AGENTE CERO

(LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 1)

JACK MARS

AGENTE CERO

(LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 1)

JACK MARS

A G E N T E C E R O

(LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 1)

J A C K M A R S

Jack Mars

Jack Mars es el autor bestseller de USA Today, autor de las series de suspenso de LUKE STONE, las cuales incluyen siete libros (y contando). También es el autor de la nueva serie de precuelas LA FORJA DE LUKE STONE y de la serie de suspenso del espía AGENTE CERO.

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

EPÍLOGO

“La vida de los muertos se coloca en la memoria de los vivos”.

—Marcus Tullius Cicero

CAPÍTULO UNO

La primera clase del día siempre fue la más dura. Los estudiantes se mezclan en el salón de lectura de la Universidad de Columbia como zombis perezosos y con ojos muertos, con sus sentidos embotados por todas las sesiones de estudio nocturnas o por resacas, o por alguna combinación de ellas. Llevaban pantalones deportivos y camisetas de ayer, y apretaban tazas de poliestireno llenas de latte moca de soya o de tostados artesanales, o de cualquier otra cosa que los chicos beben en estos días.

El trabajo del Profesor Reid Lawson era enseñarnos, pero él también reconoce la necesidad de un impulso por la mañana — un estimulante mental para suplementar la cafeína. Lawson les dió un momento para encontrar sus asientos y ponerse cómodos mientras él se quitaba su saco deportivo de tweed y lo colocaba sobre su silla.

“Buenos días”, dijo él en voz alta. El anuncio estremeció a varios estudiantes, quienes de repente levantaron la Mirada como si no se hubieran dado cuenta de que habían entrado a un salón de clases. “Hoy vamos a hablar acerca de los piratas”.

Esto obtuvo algo de atención. Ojos miraron hacia adelante, parpadeando a través de la gran falta de sueño y tratando de determinar si en realidad había dicho “piratas” o no.

“¿Del Caribe?” Bromeó un estudiante de segundo año en la primera fila.

“Del Mediterráneo en realidad”, corrigió Lawson. Él se paseó lentamente con sus manos juntas detrás de su espalda. “¿Cuántos de ustedes han tomado la clase del Profesor Truitt sobre imperios antiguos?” Alrededor de una tercera parte de la clase levantó sus manos. “Bien. Entonces saben que Imperio Otomano fue una potencia mundial durante, oh, casi seiscientos años. Lo que quizás *no* sepan es que los corsarios Otomanos, o más coloquialmente, los piratas de Berbería, acecharon los mares durante una gran parte de ese tiempo, desde la costa de Portugal, a través del Estrecho de Gibraltar, y gran parte del Mediterráneo. ¿Qué crees que buscaban? ¿Alguien? Sé que están vivos ahí afuera”.

“¿Dinero?” pregunto una chica de la tercera fila.

“Tesoros”, dijo el estudiante de segundo año en el frente.

“¡Ron!” Gritó un estudiante masculino desde la parte de atrás del salón, provocando una risita de la clase. Red sonrió también. Había algo de vida en la multitud después de todo.

“Todas son buenas conjeturas”, él dijo. “Pero la respuesta es ‘todas las anteriores’. Verán, los piratas de Berbería, muchos de ellos de dirigieron a los buques mercantes europeos, y ellos lo tomarían todo… y me refiero a *todo*. Zapatos, cinturones, dinero, sombreros, bienes, la nave en sí… y su tripulación. Se cree en el lapso de dos siglos desde 1580 hasta 1780, los piratas de Berbería capturaron y esclavizaron más de dos *millones* de personas. Lo tomarían todo de vuelta a su reino en el Norte de África. Esto pasó por siglos. ¿Y qué creen que hicieron las naciones europeas a cambio?”

“¡Declararon la guerra!” gritó el estudiante de atrás.

Una chica tímida con anteojos de montura de cuerno levantó su mano levemente y preguntó, “¿Acordaron un tratado?”

“De alguna forma”, respondió Lawson. “Los poderes europeos acordaron pagar tributo a las naciones de Berbería, en forma de grandes sumas de dinero y bienes. Estoy hablando de Portugal, España, Francia, Alemania, Suecia, los Países Bajos… todos les pagaban a los piratas para mantenerlos alejados de sus botes. El rico se volvió más rico, y los piratas retrocedieron… en su mayoría. Pero entonces, a finales del siglo dieciocho y a principios del siglo diecinueve, algo pasó. Un evento ocurrió que sería el catalizador para el fin de los piratas de Berbería. ¿Alguien quiere aventurarse a adivinar?”

Nadie habló. A su derecha, Lawson descubrió a un chico desplazándose en su teléfono.

“Sr. Lowell”, él dijo. El chico prestó atención. “¿Alguna conjetura?”

“Um… ¿Estados Unidos pasó?”

Lawson sonrió. “¿Me estás preguntando o me estás diciendo?” Ten confianza en tus respuestas y el resto de nosotros al menos *pensaremos* que sabes de lo que estás hablando”.

“Estados Unidos pasó”, él dijo de nuevo, esta vez más enfáticamente.

“¡Así es! Estados Unidos pasó. Pero, como sabrán, apenas éramos

un pichón nación en ese momento. América era más joven que la mayoría de ustedes. Tuvimos que establecer rutas de comercio con Europa para impulsar nuestra economía, pero, los piratas de Berbería, empezaron a tomar nuestros barcos. Cuando dijimos: '¿Qué demonios chicos?' ellos demandaron tributo. Nosotros apenas teníamos una tesorería, y mucho menos algo en ella. Nuestra alcancía de cerdito estaba vacía. ¿Entonces qué opción teníamos? ¿Qué podíamos hacer?"

"¡Declarar la guerra!" se oyó un grito familiar desde la parte trasera del salón.

"¡Precisamente! No tuvimos otra opción que declarar la guerra. Ahora, Suecia estuvo peleando contra los piratas por un año, y juntos, entre 1801 y 1805, tomamos el Puerto de Trípoli y capturamos la ciudad de Derna, terminando efectivamente el conflicto". Lawson se apoyó en el borde de su escritorio y cruzó sus manos delante de él. "Por supuesto, eso es pasar por alto muchos detalles, pero esta es una clase de historia europea, no de historia estadounidense. Si tienes la oportunidad, deberías leer algo del teniente Stephen Decatur y la USS *Philadelphia*. Pero divago. ¿Por qué estamos hablando de piratas?"

"¿Por qué los piratas son geniales?" dijo Lowell, que desde entonces había alejado su teléfono.

Lawson soltó una risita. "No puedo estar en desacuerdo. Pero no, ese no es el punto. Estamos hablando de piratas porque la Guerra Tripolitana representa algo que rara vez hemos visto en los relatos de la historia". Él se mantuvo firme, escaneando el salón y haciendo contacto visual con varios estudiantes. Al menos ahora, Lawson pudo ver la luz en sus ojos, un vistazo de que la mayoría de los estudiantes estaban vivos está mañana… y atentos. "Por siglos literales, ninguno de los poderes europeos quería levantarse contra las naciones de Berbería. Era más fácil sólo pagarles. Le tomó a Estados Unidos — quien era, en ese momento, un chiste para la mayoría de naciones desarrolladas — ser el cambio. Tomó un acto de desesperación de una nación que estaba sin esperanza y graciosamente desarmada, para traer un cambio en la dinámica de poder de la ruta comercial más valiosa del mundo en ese momento. Y ahí recae la lección".

"¿No se metan con Estados Unidos?" alguien ofreció.

Lawson sonrió. "Bueno sí". Él sostuvo su dedo en el aire para expresar su punto. "Pero, además, esa desesperación y una pronunciada falta de opciones viables, puede y ha, históricamente, llevado a algunos de los más grandes triunfos que el mundo haya

visto. La historia nos ha enseñado una y otra vez, que no hay régimen tan grande que no sea derribado, ningún país es demasiado pequeño o débil para hacer una diferencia real". Él guiñó el ojo. "Piensen en eso la próxima vez que sientan que sólo son algo más que una mancha en este mundo".

Al final de la clase, había una marcada diferencia entre los estudiantes cansados, los arrastrados que habían entrado y los que reían y conversaban que llenaban el salón de lectura. Una chica de cabello rosado se detuvo en su escritorio de camino para sonreír y comentar: "Buena charla Profesor. ¿Cuál era el nombre del teniente estadounidense que usted mencionó?"

"Oh, ese era Stephen Decatur".

"Gracias". Ella lo anotó y salió corriendo del salón.

"¿Profesor?"

Lawson miró hacia arriba. Era el estudiante de segundo año de la primera fila. "Sí, ¿Sr. Garner? ¿Qué puedo hacer por usted?"

"Me preguntaba si podía pedirle un favor. Estoy aplicando para un internado en el Museo de Historia Natural, y… esto, podría utilizar una carta de recomendación".

"Seguro, no hay problema. ¿Pero, acaso no es usted un mayor en antropología?"

"Sí. Pero, uh, pensé que una carta de su parte tendría algo más de peso, ¿usted sabe? Y, esto…" El chico miró a sus zapatos. "Esta es mi clase favorita"

"Tu clase favorita hasta ahora". Lawson sonrió. "Estaré feliz de hacerlo. Tengo algo para ti mañana — oh, en realidad, tengo un compromiso importante esta noche y no puedo faltar. ¿Qué tal el viernes?"

"No hay apuro. El viernes está genial. Gracias Profesor. ¡Nos vemos!" Garner salió corriendo del salón, dejando solo a Lawson.

El levantó la mirada alrededor del auditorio vacío. Este era su momento favorito del día entre clases — la satisfacción presente del mezclado anterior con la anticipación del siguiente.

Su teléfono sonó. Era un texto de Maya. *¿En casa a las 5:30?*

Sí, el respondió. *No me lo perdería*. El "compromiso importante" esa tarde era una noche de juegos en la casa de Lawson. El apreciaba su tiempo de calidad con sus dos hijas.

Bien, texteó su hija de regreso. *Tengo noticias*.

¿Qué noticias?

Más tarde ella respondió. Él frunció el ceño ante el vago mensaje. Repentinamente el día se iba a sentir muy largo.

*

Lawson empacó su bolso de mensajero, se puso su abrigo de inverno y se apresuró al estacionamiento, ya que su día de enseñanza había llegado a su final. Febrero en Nueva York solía ser muy frío y últimamente ha sido peor. El viento más leve era absolutamente abrasador.

Él encendió el carro y lo dejó calentar por unos minutos, juntando sus manos sobre su boca y soplando aliento caliente sobre sus dedos congelados. Este era su segundo invierno en Nueva York, y no parecía que se estaba aclimatando a un ambiente más frío. En Virginia él pensaba que cuatro grados en febrero era frígido. *Al menos no está nevando*, él pensó. *El lado positivo*.

El viaje desde el campus de Columbia a casa era de sólo siete millas, pero el tráfico a esta hora del día era pesado y los compañeros viajeros eran generalmente irritantes. Reid mitigó eso, con los audiolibros que su hija mayor le había entregado recientemente. Él estaba haciéndose camino a través de *El Nombre de la Rosa* de Umberto Eco, sin embargo, él apenas escuchaba las palabras el día de hoy. Pensaba sobre el mensaje encriptado de Maya.

El hogar de Lawson era un búngalo de dos pisos con ladrillos marrones en Riverdale, en el extremo del norte del Bronx. Amaba el vecindario bucólico, suburbano — la proximidad de la ciudad y la universidad, las sinuosas calles que daban paso a amplios bulevares al sur. Las chicas lo amaban también y, si Maya era aceptada en Columbia o incluso en su escuela de seguridad en NYU, ella no tendría que salir de casa.

Reid supo inmediatamente que algo era diferente cuando entró a

la casa. Podía olerlo en el aire y escuchó voces que venían de la cocina al final del pasillo. Él dejó su bolso de mensajero y se quitó silenciosamente su chaqueta deportiva antes de salir del vestíbulo en puntillas.

"¿Qué demonios está sucediendo aquí?" él preguntó en forma de saludo.

"¡Hola Papi!" Sara, su hija de catorce años, saltó sobre las puntas de sus pies mientras observaba a Maya, su hermana mayor, realizar un ritual sospechoso sobre un plato de hornear de Pírex. "¡Estamos haciendo la cena!"

"*Estoy* haciendo la cena", murmuró Maya sin mirar hacia arriba. "*Ella* es un espectador."

Reid pestañeó con sorpresa. "Está bien. Tengo preguntas." Él miró sobre el hombro de Maya mientras ella aplicaba un glaseado purpurino a una fila ordenada de chuletas de cerdo. "Comenzando con… ¿*huh?*"

Maya todavía no levantaba la vista. "No me mires así", dijo ella. "Si van a hacer que economía doméstica sea una clase obligatoria, le voy a dar algo de uso". Finalmente ella miró hacia él y sonrió levemente. "Y *no* te acostumbres".

Reid levantó sus manos defensivamente. "De ninguna manera".

Maya tenía dieciséis y era peligrosamente inteligente. Ella claramente había heredado el intelecto de su madre; tenía el cabello oscuro de Reid, una sonrisa pensativa y un talento para lo dramático. Sara, por otro lado, consiguió su aspecto enteramente de Kate. A medida que se convirtió en una adolescente, a veces a Reid le dolía verla a la cara, aunque nunca la dejaba de ver. Ella también adquirió el temperamento ardiente de Kate. La mayoría del tiempo, Sara era todo un encanto, pero de vez en cuando ella podía detonar y las consecuencias podrían ser devastadoras.

Reid observaba perplejo como las niñas ponían la mesa y servían la cena. "Maya, esto se ve asombroso", el comentó.

"Oh, espera. Una cosa más". Ella retiró algo de la nevera — una botella marrón. "El Belga es tu favorito, ¿verdad?"

Reid entrecerró los ojos. "¿Cómo lo…?"

“No te preocupes, hice que tía Linda lo comprara”. Ella abrió la tapa y sirvió la cerveza en un vaso. “Bien. Ahora podemos comer”.

Reid estaba extremadamente agradecido con la hermana de Kate, Linda, sólo hace unos pocos minutos. Lograr su profesorado asociado mientras criaba a dos niñas hasta la adolescencia hubiese sido una tarea imposible sin ella. Fue uno de los principales motivadores para mudarse a Nueva York, para que las niñas tuvieran una influencia femenina positiva cerca de ellas. (Sin embargo, tenía que admitir, que no le gustaba que Linda le comprara una cerveza a su hija, sin importar para quien era).

“Maya, esto es increíble”, él derramó luego del primer bocado.

“Gracias. Es un glaseado de chipotle”.

El limpió su boca, dejó su servilleta y preguntó: “Está bien, sospecho. ¿Qué hiciste?

“¿Qué? ¡Nada!” ella insistió.

“¿Qué rompiste?”

“Yo no…”

“¿Te suspendieron?”

“Papá, por favor…”

Reid, melodramáticamente, sujetó la mesa con ambas manos. “Oh Dios, no me digas que estás embarazada. Ni siquiera poseo una escopeta”.

Sara se río.

“¿Podrías detenerte?” Maya resopló. “¿Sabes? Tengo permitido ser amable”. Comieron en silencio por un minuto más o menos, antes de que ella casualmente agregara: “Pero, ahora que lo mencionas…”

“Oh, diablos. Aquí viene.”

Ella aclaró su garganta y dijo: “Tendré algo cómo una cita. Para el día de San Valentín”.

Reid casi se ahoga con su chuleta.

Sara sonrió satisfecha. “Te *lo dije* él sería raro al respecto”.

Él se recuperó y levantó una mano. “Espera, espera. No estoy siendo raro. Sólo que lo pensé… No sabía que estabas, eh… ¿Están saliendo?”

“No”, dijo Maya rápidamente. Entonces ella encogió los hombros y miró su plato. “Quizás. No lo sé todavía. Pero él es un gran chico y quiere llevarme a cenar en la ciudad…”

“En la ciudad”, repitió Reid.

“Sí, Papá, en la ciudad. Y necesitaré un vestido. Es un lugar lujoso. En realidad, no tengo nada que ponerme”.

Hubo muchas ocasiones en las que Reid deseó desesperadamente que Kate estuviese ahí, pero quizás esto podría haberlas superado. Siempre había asumido que sus hijas tendrían citas en algún punto, pero el esperaba que no fuera sino hasta que tuviesen veinticinco. En tiempos como estos, el recurría a su acrónimo de padre favorito, QDK — ¿Qué diría Kate? Como un artista y un espíritu decididamente libre, ella probablemente habría manejado la situación muy diferente de lo que él lo haría, y el trató de mantenerse consciente de ello.

Él debió parecer particularmente preocupado, porque Maya se río un poco y puso sus manos en las de él. “¿Estás bien, Papá? Es sólo una cita. Nada va a suceder. No es gran cosa”.

“Sí”, él dijo lentamente. “Tienes razón. Por supuesto, no es gran cosa. Podemos ver si tía Linda puede llevarte al centro comercial este fin de semana y…”

“Quiero que tú me lleves”.

“¿Tú quieres?”

Ella se encogió. “Me refiero, no querría adquirir nada con lo que no estés de acuerdo”.

Un vestido, cena en la ciudad y un chico… esto no era nada con lo que él realmente antes hubiese considerado lidiar.

“Está bien entonces”, él dijo. “Iremos el sábado. Pero tengo una condición — voy a elegir el juego de esta noche”.

“Hmm”, dijo Maya. “Podemos hacer un trato. Déjame consultarlo con mi socio”. Maya se volteó hacia su hermana.

Sara asistió. “Bien. Siempre que no sea Risk”.

Reid se burló. “No sabes de lo que estás hablando. Risk es lo mejor”.

Después de cenar, Sara limpió los platos mientras Maya hacía chocolates caliente. Reid colocó uno de sus favoritos, Ticket to Ride, un juego clásico acerca de construir rutas de trenes por todo Estados Unidos. Mientras acomodaba las cartas y los trenes de plástico, él se encontró así mismo pensando cuando esto había pasado. ¿Cuándo Maya había crecido tan rápido? En los últimos dos años, desde que Kate falleció, él ha tenido el rol de ambos padres (con la ayuda muy apreciada de su tía Linda). Ambas aún lo necesitaban o eso parecía, pero no tardarían mucho para irse a la universidad y luego sus carreras, y entonces…

“¿Papá?” Sara entró al comedor y tomó asiento frente a él. Como si leyera su mente, ella dijo: “No te olvides, tengo un show de arte en la escuela el próximo miércoles por la noche. Estarás allí, ¿verdad?”

Él sonrió. “Por supuesto cariño. No me lo perdería”. El aplaudió. “¡Ahora! Quién está listo para ser demolido — Quiero decir, ¿quién está listo para jugar un juego familiar?”

“Adelante, viejo”, Maya dijo desde la cocina.

“¿Viejo?” Reid dijo indignado. “¡Tengo treinta y ocho!”

“Y lo ratifico”. Ella se río mientras entraba al comedor. “Oh, el juego del tren”. Su mueca se disolvió en una delgada sonrisa. “Este era el favorito de mamá, ¿verdad?”

“Oh… sí”. Reid frunció el ceño. “Era”.

“¡Soy el azul!” Sara anunció, agarrando las piezas.

“Naranja”, dijo Maya. “Papá, ¿qué color? Papá, ¿hola?”

“Oh”. Reid salió de sus pensamientos. “Lo siento. Uh… verde”.

Maya empujó algunas piezas hacia ella. Reid forzó una sonrisa, sin embargo, sus pensamientos eran turbulentos.

*

Después de dos juegos, de los cuales ambos ganó Maya, las chicas se fueron a la cama y Reid se retiró a su estudio, una habitación pequeña en el primer piso, justo al lado del vestíbulo.

Riverdale no era un área económica, pero era importante para Reid asegurarse de que sus niñas tuvieran un ambiente seguro y feliz. Sólo había dos dormitorios, así que él reclamó el estudio en el primer piso como su oficina. Todos sus libros y objetos memorables estaban amontonados en casi cada centímetro disponible del cuarto de diez por diez. Con su escritorio y un sillón de cuero, solamente un pequeño parche de alfombra desgastada estaba visible.

Él se quedaba dormido con frecuencia en ese sillón, después de largas noches tomando notas, preparando lecturas y releyendo biografías. Estaba comenzando a darle problemas de espalda. Pero, si era honesto consigo mismo, no lo hacía más dormir en su propia cama. El lugar quizás haya cambiado — las niñas y él se mudaron a Nueva York poco después del fallecimiento de Kate — pero todavía tenía el colchón y el marco matrimonial que había sido de *ellos*, de Kate y de él.

Él habría pensado que a estas alturas el dolor de perder a Kate podría haberse desvanecido, al menos ligeramente. A veces lo hacía, temporalmente, y entonces pasaba por su restaurante favorito o echaba un vistazo a una de sus películas favoritas en la TV y volvía con fuerza, tan fresco como si hubiese pasado ayer.

Si cualquiera de las chicas experimentaba lo mismo, ellas no hablarían de ello. De hecho, con frecuencia hablaban de ella abiertamente, algo que Reid todavía no era capaz de hacer.

Había una foto de ella en uno de sus estantes, tomada en una boda de un amigo hace una década. La mayoría de las noches, el marco sería girado hacia atrás, o de lo contrario, pasaría la tarde entera mirándolo fijamente.

Qué increíblemente injusto podía ser el mundo. Un día, ellos lo tenían todo — un lindo hogar, niños maravillosos, grandes carreras. Vivían en McLean, Virginia; él trabajaba como profesor adjunto en la cercana Universidad de George Washington. Su trabajo lo tenía viajando constantemente a seminarios y cumbres y como lector invitado, en Historia Europea, a escuelas por todo el país. Kate estaba en el departamento de restauraciones del Museo Smithsoniano de Arte

Americano. Sus hijas estaban floreciendo. La vida era perfecta.

Pero como la frase famosa de Robert Frost, “nada dorado permanece”. Una tarde invernal Kate se desmayó en el trabajo — al menos eso fue lo que creyeron sus compañeros cuando ella repentinamente se blandeó y se cayó de su silla. Llamaron a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde. Ella fue declarada muerta al llegar al hospital. Una embolia, ellos dijeron. Un coágulo de sangre había viajado a su cerebro y causado un accidente cerebro vascular isquémico. Los doctores usaban términos médicos apenas comprensibles siempre que daban una posible explicación, como si de alguna manera suavizara el golpe.

Lo peor de todo, Reid estaba ausente cuando pasó. Él estaba en un seminario de pregrado en Houston, Texas, dando charlas acerca de la Edad Media cuando recibió la llamada.

Así fue como descubrió que su esposa había muerto. Una llamada telefónica, fuera de un salón de conferencias. Después llegó el vuelo a casa, los intentos de consolar a sus hijas en medio de su propio dolor devastador, y eventualmente se mudaron a Nueva York.

Él se levantó de la silla y volteó la foto. No le gustaba pensar acerca de todo eso, el final y las consecuencias. Él quería recordarla así, como en la foto, Kate en su esplendor. Eso es lo que escogió recordar.

Había algo más, algo en la esquina de su consciencia — algún tipo de recuerdo fugaz trataba de salir a la superficie mientras miraba fijamente la foto. Se sentía casi como un déjà vu, pero no del momento presente. Era como si su subconsciente tratara de decirle algo.

Un golpe repentino en la puerta lo devolvió a la realidad. Reid titubeó, pensando quien podría ser. Era casi medianoche; las chicas ya tenían varias horas en la cama. El fuerte golpe vino de nuevo. Preocupado de que pudiese despertar a las niñas, él se apresuró a responder. Después de todo, él vivía en un vecindario seguro y no tenía razón para temer abrir su puerta, siendo medianoche o no.

El fuerte viento invernal no fue lo que lo congeló en sus pasos. El miró sorprendido a tres hombres del otro lado. Ellos eran claramente del Medio Oriente, cada uno con piel oscura, una barba negra y ojos hundidos, vestidos con chaquetas gruesas color negro y botas. Ambos que flanqueaban cada lado de la salida, eran grandes y larguiruchos;

el tercero, detrás de ellos, era corpulento y de hombros anchos, con un ceño claramente pronunciado.

"Reid Lawson", dijo el hombre alto a su izquierda. "¿Es usted?" Su acento sonó iraní, pero no era pesado, lo cual sugiere que había pasado una cantidad considerable de tiempo en los Estados Unidos.

La garganta de Reid se sintió seca cuando vio, sobre sus hombros, una camioneta gris estacionada en la calle, sus luces estaban apagadas. "Um. Lo siento", les dijo. "Deben tener la casa equivocada".

El hombre alto a su derecha, sin quitar los ojos de Reid, levantó su celular para que sus dos compañeros lo vieran. El hombre a su derecha, el que hacía las preguntas, asintió una vez.

Sin previo aviso, el corpulento se lanzó hacia adelante, engañosamente rápido para su tamaño. Una mano carnosa llegó a la garganta de Reid. Reid se retorció accidentalmente fuera de su alcance, tambaleándose hacia atrás y casi tropezando con sus propios pies. Él se recuperó, tocando el suelo embaldosado con la punta de sus dedos.

Mientras se deslizaba hacia atrás para recuperar el equilibrio, los tres hombres entraron en la casa. Él entro en pánico, pensando sólo en las niñas durmiendo en su cama subiendo las escaleras.

Se volteó y corrió a través del vestíbulo, hacia la cocina y se deslizo alrededor de la isla. Él miró por encima de su hombro — los hombres lo perseguían. *Teléfono*, pensó desesperadamente. Estaba encima de su escritorio en el estudio, y sus asaltantes bloqueaban el camino.

Él tenía que alejarlos de la casa, y lejos de las niñas. A su derecha estaba la puerta del patio trasero. La abrió y corrió hacia la cubierta. Uno de los hombres maldijo en una lengua extranjera — árabe, supuso — mientras lo perseguían. Reid saltó sobre el pasamanos de la cubierta y cayó en el pequeño patio trasero. Un golpe de dolor recorrió su tobillo con el impacto, pero lo ignoró. Rodeó la esquina de la casa y se estrelló contra la fachada de ladrillo, tratando desesperadamente de calmar su respiración entrecortada.

El ladrillo estaba helado al toque y la leve brisa invernal cortó a través de él como un cuchillo. Sus dedos de los pies estaban entumecidos — había salido de la casa sólo en calcetines. Los escalofríos le hormigueaban sus extremidades de arriba abajo.

Podía escuchar a los hombres susurrándose entre sí, con voz ronca y urgentemente. Él contó las distintas voces — uno, dos y luego tres. Ellos estaban fuera de la casa. Bien; significa que estaban sólo tras él y no por las niñas.

Necesitaba conseguir un teléfono. No podía regresar a la casa sin poner en peligro a sus chicas. No podía golpear la puerta de un vecino. Espera — había un cajetín amarillo de llamadas de emergencia montado en un poste telefónico bajando la cuadra. Si pudiera llegar hasta allí…

Respiró profundamente y corrió por el oscuro patio, desafiándose a entrar en el halo de luz emitido por los faroles de arriba. Su tobillo latía en protesta y la conmoción por el frío le provocó picaduras en los pies, pero se obligó a sí mismo a moverse lo más rápido que pudiera.

Reid miró sobre su hombro. Uno de los hombres altos lo había descubierto. Él gritó a sus compañeros, pero no lo persiguieron. Extraño, pensó Reid, pero no se detuvo a cuestionarlo.

Llegó al cajetín amarillo de llamadas de emergencia, lo abrió y apretó el pulgar contra el botón rojo, el cual enviaría una alerta al despacho local del 911. Él miró por encima de su hombro otra vez. No pudo ver a ninguno de ellos.

“¿Hola?” siseó por el intercomunicador. “¿Alguien puede escucharme?” ¿Dónde estaba la luz? Se supone que haya una luz cuando el botón de llamada sea presionado. ¿Esta cosa siquiera está funcionando? “Mi nombre es Reid Lawson, tres hombres me persiguen, vivo en…”

Una fuerte mano agarró un puñado del corto cabello castaño de Reid y tiró hacia atrás. Sus palabras quedaron atrapadas en su garganta y escaparon como un poco más que un ronco jadeo.

Lo siguiente que supo, fue que tenía una tela áspera sobre su cara que lo cegaba — una bolsa en su cabeza — y al mismo tiempo, sus brazos forzados detrás de su espalda y cerrados con esposas. Él trató de resistirse, pero las fuertes manos lo sujetaban firmemente, doblando sus muñecas casi al punto de romperlas.

“¡Esperen!” logró gritar. “Por favor…” Un impacto golpeó su abdomen tan fuerte que el aire salió de sus pulmones. No podía respirar, menos hablar. Mientras se mareaba, colores nadaban en sus visiones mientras casi se desmaya.

Entonces, estaba siendo arrastrado, sus calcetines raspaban el pavimento de la acera. Lo empujaron hacia la camioneta y cerraron la puerta detrás de él. Los tres hombres intercambiaron palabras guturales extranjeras entre ellos que sonaban acusatorias.

"¿Por qué…?" Reid finalmente se sofocó.

Sintió el punzón agudo de una aguja en la parte superior de su brazo, y luego el mundo se desvaneció.

CAPÍTULO DOS

Cegado. Frío. Retumbado, ensordecido, zarandeándose, adolorido.

Lo primero que notó Reid mientras se despertaba, era que el mundo era negro — no podía ver. El olor agrio del combustible llenó sus fosas nasales. Trató de mover sus palpitantes extremidades, pero sus manos estaban atadas detrás de él. Se estaba congelando, pero no había brisa; sólo aire frío, como si estuviese sentado en un refrigerador.

Lentamente, como si atravesara una niebla, los recuerdos de lo que había ocurrido regresaron a él. Los tres hombres del Medio Oriente. Una bolsa sobre su cabeza. Una aguja en su brazo.

Él entró en pánico, tirando de sus ataduras y agitando las piernas. El dolor abrasó sus muñecas, donde el metal de las esposas se clavó en su piel. Su tobillo pulsaba, enviando ondas de choque sobre su pierna izquierda. Había una intensa presión en sus oídos y no podía oír nada más que el rugido del motor.

Por solo una fracción de segundo, él sintió una sensación de vacío en su estómago — como resultado de una negativa aceleración vertical. Estaba en un avión. Y, por el sonido de este, no era un avión común de pasajeros. El ruido, el sonido intensamente fuerte del motor, el olor a combustible… se dio cuenta de que debería estar en un avión de carga.

¿Cuánto tiempo tenía inconsciente? ¿Con qué le dispararon? ¿Estaban las chicas a salvo? *Las niñas*. Lagrimas punzaban sus ojos mientras esperaba que estuvieran a salvo, que la policía hubiese escuchado su mensaje lo suficiente y que las autoridades habrían sido enviadas a la casa…

Se retorció en su asiento de metal. Sin importar el dolor y la ronquera de su garganta, se aventuró a hablar.

“¿H-hola?” salió casi como un susurro. Aclaró su garganta y trató de nuevo. “¿Hola? ¿Alguien…?” Se dio cuenta de que el ruido del motor lo opacaría de cualquiera que no estuviera sentado a su lado. “¡Hola!” trató de gritar. “Por favor… alguien dígame que está…”

Una áspera voz masculina le silbó en árabe. Reid retrocedió; el hombre estaba cerca, no más de unos pocos pies de distancia.

“Por favor, solo dígame que está pasando”, él suplicó. “¿Qué está pasando? ¿Por qué están haciendo esto?”

Otra voz le gritó en árabe de modo amenazador, esta vez a su derecha. Reid se contrajo ante la fuerte reprimenda. Esperó que el temblor del avión enmascarara el de sus extremidades.

“Tienen a la persona equivocada”, dijo. “¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? No tengo mucho, pero puedo — ¡esperen!” Una mano fuerte se encerró alrededor de su brazo en un agarre claro y, en un instante después, fue arrancado de su asiento. Se tambaleó, tratando de levantarse, pero la inestabilidad del avión y el dolor de su tobillo pudieron más que él. Sus rodillas se doblaron y cayó de costado.

Algo sólido y pesado lo golpeó en la sección media. Un dolor de telaraña sobre su torso. Trató de protestar, pero de su voz sólo salieron sollozos incomprensibles.

Otra bota lo pateó en la espada. Otra más, en la barbilla.

Sin importar la horrible situación, un pensamiento bizarro golpeó a Reid. Estos hombres, sus voces, estos golpes sugieren que todo sea una venganza personal. No sólo se sentía atacado. Se sentía *detestado*. Estos hombres estaban molestos — y su rabia estaba dirigida hacia él como la punta de un láser.

El dolor disminuyó, lentamente, y dio paso a un frío entumecimiento que engullía su cuerpo mientras se desmayaba.

*

Sufrimiento. Agudo, palpitante, dolor, ardor.

Reid despertó de nuevo. Los recuerdos del pasado… no sabía cuánto tiempo había pasado, tampoco sabía si era de día o de noche, y que si donde estaba era de día o de noche. Pero los recuerdos regresaron, inconexos, como simples cuadros cortados de un rollo de película y dejados en el suelo.

Tres hombres.

El cajetín de emergencia

La camioneta.

El avión.

Y ahora…

Reid se atrevió a abrir sus ojos. Era difícil. Los parpados se sentían como si estuviesen pegados. Incluso debajo de la delgada piel, podía ver que había una luz brillante y severa, esperando del otro lado. Podía sentir el calor en su cara, y veía la red de pequeños capilares a través de sus parpados.

Él echó un vistazo. Todo lo que podía ver era una luz implacable, brillante y blanca, y que ardía en su cabeza. Dios, esta cabeza duele. Trato de gruñir y descubrió, a través de una nueva dosis eléctrica de dolor, que su quijada dolía también. Su lengua se sentía gorda y seca, y probó un montón de centavos. Sangre.

Sus ojos, se dio cuenta — que habían sido difíciles de abrir porque estaban, de hecho, pegados. El lado de su cara se sentía caliente y pegajoso. La sangría le había corrido por su frente y en sus ojos, sin duda por haber sido pateado hasta desmayarse en el avión.

Pero podía ver la luz. La bolsa había sido removida de su cabeza. Si era algo bueno o no, quedaba por verse.

Mientras se ajustaban sus ojos, trató de nuevo mover sus manos en vano. Aún seguían atadas, pero esta vez, no por esposas. Cuerdas gruesas y abultadas lo sujetaban en su lugar. Sus tobillos, también estaban atados a una silla de madera.

Finalmente, sus ojos se ajustaron a la dureza de la luz y se formaron contornos confusos. Estaba en un pequeño cuarto sin ventanas con paredes disparejas de concreto. Estaba caliente y húmedo, suficiente para que el sudor le picara en la nuca, sin embargo, su cuerpo se sentía frío y parcialmente entumecido.

No podía abrir completamente su ojo derecho y dolió intentarlo. O lo habían pateado ahí o sus captores lo habían golpeado demás mientras estaba inconsciente.

La luz brillante venía de una lámpara delgada de procedimiento en una base con ruedas delgada y alta, ajustada a su altura y brillando hacia su cara. La bombilla halógena brilló intensamente. Si había algo detrás de la lámpara, no podría verlo.

Él retrocedió cuando un *sonido* pesado hizo eco a través de la pequeña habitación — el sonido de un cerrojo se deslizó a un lado. Las bisagras crujieron, pero Reid no pudo ver una puerta. Se cerró de nuevo en un sonido disonante.

Una silueta bloqueaba la luz, cubriéndolo con su sombra mientras se colocaba sobre él. Temblaba, sin atreverse a mirar.

"¿Quién eres?" La voz era masculina, ligeramente más aguda que sus previos captores, pero fuertemente teñida con un acento del Medio Oriente.

Reid abrió su boca para hablar — para decirles que no era más que un profesor de historia, que tenían al hombre equivocado — pero rápidamente recordó que la última vez que trató de hacerlo, fue pateado en sumisión. En cambio, un pequeño gemido escapó de sus labios.

El hombre suspiró y se retiró de la luz. Algo raspó contra el piso de concreto, las patas de una silla. El hombre ajustó la lámpara para que quedara ligeramente lejos de Reid, y luego se sentó frente a él en la silla, de forma que sus rodillas casi tocaban.

Reid levantó la mirada lentamente. El hombre era joven, treinta como mucho, con piel oscura y una barba negra cuidadosamente recortada. Llevaba gafas redondas y plateadas y un *kufi* blanco, una gorra sin ala, redondeada.

La esperanza floreció dentro de Reid. Este hombre joven parecía ser intelectual, no como los salvajes que lo atacaron y sacaron de su casa. Quizás podría negociar con este hombre. Quizás estaba a cargo…

"Comenzaremos simple", el hombre dijo. Su voz era suave y casual, la manera en la que un psicólogo hablaría con un paciente. "¿Cuál es tu nombre?"

"L… Lawson". Su voz se quebró al primer intento. Tosió y estaba un poco alarmado al ver manchas de sangre tocando el suelo. El hombre ante él arrugó su nariz desagradablemente. "Mi nombre es… Reid Lawson". ¿Por qué me siguen preguntando mi nombre? Ya les había dicho. ¿Se equivocó inconscientemente con alguien?

El hombre suspiró lentamente, entrando y saliendo a través de su nariz. Apoyó sus codos contra sus rodillas y se inclinó hacia adelante, bajando su voz un poco más. "Hay muchas personas que quisieran estar en este cuarto en este momento. Por suerte para ti, solo somos tú

y yo. Sin embargo, no estás siendo honesto conmigo, no tendré otra opción, sino que invitar… a otros. Y ellos tienden a carecer de mi compasión". Se sentó derecho. "Así que te preguntaré de nuevo. ¿Cuál… es… tu… nombre?"

¿Cómo podría convencerlos de que él era él quien decían que era? El rito cardiaco de Reid se duplicó mientras caía en cuenta de algo que lo azotó como un golpe en la cabeza. El muy bien podría morir en esa habitación. "¡Estoy diciendo la verdad!" insistió. Repentinamente las palabras fluyeron de él como el estallido de una represa. "Mi nombre es Reid Lawson. Por favor, solo díganme por qué estoy aquí. No sé qué está pasando. No he hecho nada…"

El hombre le dio una bofetada a Reid en la boca. Su cabeza se sacudió salvajemente. Se quedó sin aliento mientras la picadura irradió a través de su labio recién partido.

"Tú nombre". El hombre limpió la sangre del anillo de oro de su mano.

"T-te lo dije", balbuceó. "Mi nombre es Lawson". Él contuvo un sollozo. "Por favor".

Se atrevió a mirar. Su interrogador lo miró impulsivamente, fríamente. "Tú nombre".

"¡Reid Lawson!" Reid sintió que el calor subía por su rostro mientras el dolor se convertía en ira. No sabía que más decir, que querían que dijera. "¡Lawson! ¡Es Lawson! Puedes revisar mi… mi…" No, no podrían revisar su identificación. No tenía su billetera con él cuando el trío de musulmanes se lo llevaron.

Su interrogador desaprobó, luego llevo su puño huesudo al plexo solar de Reid. El aire de nuevo salió de sus pulmones. Por un completo minuto, Reid no pudo tomar aliento; finalmente vino de nuevo en un jadeo irregular. Su pecho quemaba con fiereza. El sudor goteaba por sus mejillas y quemaba su labio partido. Su cabeza colgaba floja, su barbilla entre sus clavículas, mientras luchaba con una ola de nauseas.

"Tú nombre", el interrogador repitió con calma.

"Yo… yo no sé lo que quieres que te diga", Reid susurró. "No sé qué es lo que estás buscando. Pero no soy yo." ¿Estaba perdiendo la cabeza? Estaba seguro de que no había hecho nada que merecía ese tipo de trato.

El hombre con el *kufi* se inclinó hacia adelante de nuevo, esta vez tomando la barbilla de Reid gentilmente con dos dedos. Levantó su cabeza, forzando a Reid a mirarlo a los ojos. Sus labios delgados se estrecharon en una media sonrisa

"Mi amigo", él dijo, "esto se pondrá mucho, mucho peor antes de que mejore".

Reid tragó y probó cobre al final de su garganta. Él sabía que la sangre era emética; alrededor de dos tazas le causarían el vómito, y ya se sentía mareado y con nauseas.

"Escúchame", imploró. Su voz sonaba temblorosa y tímida. "Los tres hombres que me secuestraron, vinieron a Ivy Lane 22, mi hogar. Mi nombre es Reid Lawson. Soy un profesor de historia europea en la Universidad de Columbia. Soy un viudo, con dos jóvenes…" Se detuvo. Hasta ahora sus captores no habían dado ninguna indicación de que sabían sobre sus chicas. "Si no es eso lo que estás buscando, no puedo ayudarte. Por favor. Esa es la verdad".

El interrogador lo miró fijamente por un largo momento, sin pestañear. Luego gritó algo en árabe bruscamente. Reid se estremeció ante la repentina explosión.

La bisagra se deslizó de nuevo. Sobre el hombro del hombre, Reid pudo ver sólo el contorno de la puerta gruesa cuando se abrió. Parecía estar hecha de algún tipo de metal, hierro o acero.

Esta habitación, se dió cuenta, estaba hecha para ser una celda de prisión.

Una silueta apareció en el camino. El interrogador gritó algo en su lengua nativa y la silueta se desvaneció. Le sonrió a Reid. "Ya veremos", dijo simplemente.

Hubo un chirrido indicador de unas ruedas, y la silueta reapareció, esta vez empujando un carrito de ruedas hacia la habitación de concreto. Reid reconoció al portador como el tranquilo y corpulento bruto que vino a su casa, todavía llevaba el ceño perpetuo.

Sobre el carro había una máquina arcaica, una caja marrón con docenas de mandos y diales y con gruesos cables negros enchufados a un lado. Al final del lado opuesto, un pergamino de papel blanco con cuatro agujas delgadas presionadas contra él.

Era un polígrafo — probablemente tan viejo como lo era Reid, pero al final un detector de mentiras. Suspiró en medio alivio. Al menos sabrían que estaba diciendo la verdad.

Lo que podrían hacer con él después… no quería pensar sobre eso.

El interrogador se dispuso a envolver los sensores de Velcro alrededor de los dedos de Reid, un cinturón alrededor de su bicep izquierdo y dos cordones sobre su pecho. Tomó asiento de nuevo, sacó un lápiz de su bolsillo y metió la punta rosada del borrador en su boca.

“Sabes qué es esto”, dijo simplemente. “Sabes cómo esto funciona. Si dices algo que no sea la respuesta a mis preguntas, te haremos daño. ¿Entiendes?”

Reid asintió una vez. “Sí”.

El interrogador presionó un botón y manipuló los mandos de la máquina. El bruto ceñudo se paró sobre su hombro, bloqueando la luz de la lámpara y mirando fijamente a Reid.

Las delgadas agujas bailaron levemente contra el pergamino de papel blanco, dejando cuatro trazos negros. El interrogador marcó la hoja con un garabato, luego devolvió su fría mirada hacia Reid. “¿De qué color es mi sombrero?”

“Blanco”, Reid respondió con calma.

¿Qué especie eres?

“Humano”. El interrogador establecía un parámetro para las preguntas que vendrían — usualmente cuatro o cinco verdades para que él pudiera monitorear las posibles mentiras.

“¿En qué ciudad vives?”

“Nueva York”.

“¿Dónde estás ahora?”

Reid casi tosió. “En u… en una silla. No lo sé”.

El interrogador hizo marcas intermitentes en el papel. “¿Cuál es tu nombre?”

Reid hizo lo mejor para mantener su voz fluida. “Reid. Lawson”.

Los tres hombres ojeaban la máquina. Las agujas continuaban sin perturbarse; no había crestas o valles significativos en las líneas de garabatos.

“¿Cuál es tu ocupación?” pregunto el interrogador.

“Soy un profesor de Historia Europea en la Universidad de Columbia”.

“¿Cuánto tiempo tienes siendo un profesor universitario?”

“Trece años”, Reid respondió honestamente. “Fui profesor asistente por cinco y profesor adjunto en Virginia por otros seis. He sido un profesor asociado en Nueva York por los últimos dos años”.

“¿Alguna vez has estado en Teherán?”

“No”.

“¿Alguna vez has estado en Zagreb?”

“¡No!”

“¿Alguna vez has estado en Madrid?”

“N — sí. Una vez, alrededor de hace cuatro años. Estuve allí por una cumbre, representando a la universidad”.

Las agujas se mantuvieron fluidas.

“¿No lo ven?” Por más que Reid quería gritar, luchó por mantenerse calmado. “Tienen a la persona equivocada. A quien sea que estén buscando, no soy yo”.

Las fosas nasales del interrogador de encendieron, pero por lo demás no hubo reacción. El bruto juntó sus manos frente a él, sus venas se mantenían rígidas contra su piel.

“¿Alguna vez has conocido a un hombre llamado Jeque Mustafar?” el interrogador preguntó.

Reid negó con la cabeza. “No”.

“¡Está mintiendo!” Un hombre alto, larguirucho entró en la habitación — uno de los otros hombres que había asaltado su casa, el

mismo que primero le había preguntado su nombre. Se sacudió en largas zancadas con su mirada hostil dirigida a Reid. “Está máquina puede ser vencida. Lo sabemos”.

“Habría alguna señal” replicó el interrogador calmadamente. “Lenguaje corporal, sudor, signos vitales… Todo aquí sugiere que está diciendo la verdad”. Reid no podía ayudar, pero pensaba que hablaban en inglés por su beneficio.

El hombre alto se volteó y caminó a lo largo de la habitación de concreto, murmurando enojado en árabe. “Pregúntale sobre Teherán”.

“Lo hice”, el interrogador respondió.

El hombre alto giró sobre Reid, echando humo. Reid contuvo el aliento, esperando ser golpeado de nuevo.

En cambio, el hombre reanudó su caminar. Decía algo rápidamente en árabe. El interrogador respondió. El bruto miró fijamente a Reid.

“¡Por favor!” dijo en voz alta sobre su charla. “No soy quien sea que piensen que soy. No tengo recuerdos de nada de lo que preguntan…”

El hombre alto se calló y sus ojos se expandieron. Casi se golpeó así mismo en la frente, y luego le respondió con entusiasmo al interrogador. El hombre pasivo en el *kufi* acarició su barbilla.

“Posible”, dijo en inglés. Se levantó y tomó la cabeza de Reid con ambas manos.

“¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo?” Reid preguntó. Las puntas, de los dedos del hombre, él sentía que bajaban y subían por su cuero cabelludo.

“Quieto”, dijo el hombre rotundamente. Sondeó la línea de su cabello, su cuello, sus orejas — “¡Ah!” dijo bruscamente. Le farfulló a su cohorte, quien se lanzó hacia él y tiró violentamente de la cabeza de Reid a un lado.

El interrogador pasó un dedo a lo largo del mastoideo izquierdo de Reid, la pequeña sección de un hueso temporal justo detrás de la oreja. Había un bulto oblongo debajo de la piel, apenas más grande que un grano de arroz.

El interrogador le gritó algo al hombre alto, y este último rápidamente salió de la habitación. El cuello de Reid dolía por el extraño ángulo del cual estaban sosteniendo su cabeza.

"¿Qué? ¿Qué está sucediendo?" preguntó.

"Este bulto, aquí", preguntó el interrogador, moviendo su dedo sobre él de nuevo. "¿Qué es esto?"

"Esto es… esto es sólo una protuberancia occipital", dijo Reid. "La he tenido desde un accidente de automóvil, a mis veinte años".

El hombre alto regresó rápidamente, esta vez con una bandeja de plástico. La colocó sobre el carro, al lado del polígrafo. Sin importar la poca luz y el extraño ángulo de su cabeza, Reid podía ver claramente que había dentro de la bandeja. Un golpe de miedo apretó su estómago.

La bandeja era hogar de un número de instrumentos plateados y afilados.

"¿Para qué son esos?" Su voz estaba en pánico. Él se sacudió contra sus ataduras. "¿Qué estás haciendo?"

El interrogador soltó un breve comando al bruto. Él dio un paso adelante, y el repentino brillo de la lámpara casi cegaba a Reid.

"Esperen… ¡esperen!" gritó. "¡Solamente díganme lo que quieran saber!"

El bruto se apoderó de la cabeza de Reid con sus grandes manos y lo apretó con fuerza, obligándolo a permanecer. El interrogador escogió una herramienta — un bisturí de hoja delgada.

"Por favor no… por favor no…" El aliento de Reid venía en cortos jadeos. Estaba casi hiperventilando.

"Shh", dijo el interrogador con calma. "Querrás permanecer como estás. No quisiera cortar tu oreja. Al menos, no por accidente".

Reid gritó mientras la cuchilla se deslizaba dentro de la piel de su oreja, pero el bruto lo sostuvo en sí. Cada musculo de sus extremidades se puso tenso.

Un extraño sonido llego a sus oídos — una suave melodía. El interrogador estaba cantando una canción en árabe mientras cortaba

en la cabeza de Reid.

Soltó el bisturí sangriento en la bandeja mientras Reid siseaba alientos bajos a través de sus dientes. Luego el interrogador alcanzó un par de pinzas de punta de aguja.

“Me temo que este es sólo el comienzo”, murmuró en la oreja de Reid. “La siguiente parte de verdad va a doler”.

Las pinzas sujetaban algo en la cabeza de Reid — ¿era ese su hueso? —y el interrogador tiró.

Reid chilló en agonía mientras un dolor candente le atravesó el cerebro, pulsando en las terminaciones nerviosas. Sus pies se golpearon contra el piso.

El dolor aumento hasta que Reid pensó que no posiblemente no podría aguantar más. La sangre brotaba de sus orejas y sus propios gritos sonaban como si estuviesen muy lejos. Luego la lámpara de procedimiento se atenuó y los bordes de su visión se oscurecieron mientras caía inconscientemente.

CAPÍTULO TRES

Cuando Reid tenía veintitrés, estuvo en un accidente de automóvil. El semáforo se puso en verde, facilitando la intersección. Una camioneta saltó la luz y se estrelló contra su lado del pasajero delantero. Su cabeza golpeó la ventana. Estuvo inconsciente por varios minutos.

Su única lesión fue una rotura del hueso temporal de su cráneo. Sanó bien; la única evidencia del accidente fue un pequeño bulto detrás de su oreja. El doctor le dijo que era una protuberancia occipital.

Lo gracioso sobre el accidente era que a pesar de que se acordaba del hecho, no podía acordarse de ningún dolor — ni cuándo pasó, y nada después, tampoco.

Pero podía sentirlo ahora. Mientras recuperaba la conciencia, el pequeño parche de hueso detrás de su oreja izquierda zumbaba de manera torturadora. La lámpara estaba brillando en sus ojos nuevamente. El echó un vistazo y gimió ligeramente. El mover su cabeza en menor cantidad enviaba una nueva picadura por su cuello.

Repentinamente su mente brilló en algo. La luz brillante en sus ojos no era del todo de la lámpara.

El sol de la tarde ardía contra un cielo azul sin nubes. Un A-10 Warthog vuela sobre su cabeza, girando a la derecha y sumergiéndose en la altitud sobre los tejados lizos, apagados de Kandahar.

Su visión no era fluida. Venía en destellos, como varias fotografías en secuencia; como si estuviese viendo a alguien bailar bajo una luz estrobostópica.

Estás de pie en el techo beige de un edificio parcialmente destruido, una tercera parte de él desapareció. Traes la culata a tu hombro, el ojo a la mira y la vista en un hombre debajo…

Reid sacudió su cabeza y gruñó. Está en la habitación de concreto, bajo la mirada discerniente de la lámpara de procedimiento. Sus dedos temblaban y sus extremidades sentían frío. El sudor corría por su frente. Estaba entrando en shock. En su posición, podía ver que el hombro izquierdo de su camisa estaba empapado en sangre.

“Protuberancia occipital”, dijo el interrogador con una voz plácida. Luego se rio con sarcasmo. Una mano delgada apareció en el campo de visión de Reid, agarrando el par de pinzas de punta de aguja. Apretado entre sus dientes había algo pequeño y plateado, pero Reid no podía verlo en detalle. Su visión era confusa y la habitación se inclinaba ligeramente. “¿Sabes qué es esto?”

Reid negó con su cabeza lentamente.

“Debo admitir que solamente he visto esto una vez”, dijo el interrogador. “Un chip de supresión de memoria. Es una herramienta muy útil para personas en tu situación única”. Dejó caer en la bandeja de plástico las pinzas ensangrentabas y el pequeño grano plateado.

“No”, Reid gruñó. “Imposible”. La última palabra salió como poco más que un murmullo. ¿Supresión de memoria? Eso era ciencia ficción. Para que eso funcione, tendría que afectar todo el sistema límbico del cerebro.

El quinto piso del Ritz Madrid. Ajustaste tu corbata negra antes de patear la puerta con un tacón sólido justo encima de la perilla de la puerta. El hombre que está adentro estaba desprevenido; se pone de pie y agarra una pistola del escritorio. Pero antes de que pueda nivelarse, tomas la mano de su pistola y la giras de abajo hacia afuera. La fuerza le rompe la muñeca fácilmente…

Reid sacudió la secuencia confusa de su cerebro, mientras el interrogador tomaba asiento en la silla frente a él.

“Me hiciste algo”, murmuró.

“Sí”, el interrogador asintió. “Te hemos liberado de tu prisión mental”. Se inclinó hacia adelante con una sonrisa tensa, buscando algo en los ojos de Reid. “Estás recordando. Esto es fascinante de ver. Estás confundido. Tus pupilas están anormalmente dilatadas, a pesar de la luz. ¿Qué es real, ‘Profesor Lawson’?”

El jeque. Por todos los medios necesarios.

“Cuando nuestras memorias nos fallen…”

Último paradero conocido: Una casa segura en Teherán

“¿Quiénes somos?”

Una bala suena igual en cada idioma… ¿Quién dijo eso?

“¿En quién nos convertimos?”

Tú dijiste eso.

Reid sintió que se deslizaba de nuevo en el vacío. El interrogador lo cacheteó dos veces, llevándolo de vuelta la habitación de concreto. “Ahora, podemos continuar en serio. Así que te preguntaré de nuevo. ¿Cuál… es… tu… nombre?”

Entraste solo a la sala de interrogación. El sospechoso está esposado a un cerrojo asegurado en la mesa. Metes la mano en el bolsillo de tu traje y sacas una placa de identificación con forro de cuero y la abres…

“Reid. Lawson”. Su voz era insegura. “Soy un profesor… de historia europea…”

El interrogador suspiró decepcionado. Llamó con un dedo al hombre bruto y ceñudo. Un puño pesado se estrelló contra la mejilla de Reid. Un molar rebotó por el suelo en una estela de sangre fresca.

Por un momento, no había dolor; su cara estaba entumecida, palpitando con el impacto. Luego una fresca y nebulosa agonía tomó lugar.

“Nnggh…” trató de formar palabras, pero sus labios no se moverían.

“Te pregunto de nuevo”, dijo el interrogador. “¿Teherán?”

El jeque estaba encerrado en una casa de seguridad disfrazada como una fábrica textil abandonada.

“¿Zagreb?”

Dos hombres iraníes son aprehendidos en una pista de aterrizaje privada, a punto de abordar un avión a París.

“¿Madrid?”

El Ritz, quinto piso: Una celda de dormir con una bomba de maleta. Destino sospechado: La Plaza de Cibeles.

“¿El Jeque Mustafar?”

Él negoció por su vida. Nos dio todo lo que sabía. Nombres, lugares, planes. Pero él solo sabía demasiado…

“Sé que estás recordando”, dijo el interrogador. “Tus ojos te traicionan… Cero”.

Cero. Una imagen apareció en su cabeza: *Un hombre con gafas de aviador y una chaqueta oscura de motorizado. Está en la esquina de alguna ciudad europea. Se mueve con la multitud. Nadie es consciente. Nadie sabe que está ahí.*

Reid trató de sacudir de nuevo las visiones de su cabeza. ¿Qué le estaba sucediendo? Las imágenes bailaban en su cabeza como secuencias ininterrumpidas, pero se negó a reconocerlas como memorias. Eran falsas. Implantadas, de algún modo. Él era un profesor universitario con dos niñas adolescentes y un hogar humilde en el Bronx…

“Dinos que sabes sobre nuestros planes”, el interrogador demandó rotundamente.

No hablamos. Nunca.

Las voces hicieron eco a través de la caverna de su menta, una y otra vez. *No hablamos. Nunca.*

“¡Esto está tomando mucho tiempo!” gritó el alto iraní. “Coacciónalo”.

El interrogador suspiró. Él alcanzó el carrito de metal — pero no para encender el polígrafo. En cambio, sus dedos permanecieron sobre la bandeja de plástico. “Generalmente soy un hombre paciente”, le dijo a Reid. “Pero debo admitir, la frustración de socio es algo contagiosa”. Él agarró el bisturí ensangrentado, la herramienta que había usado para cortar el pequeño grano plateado de su cabeza, y gentilmente presionó la punta de la cuchilla contra los pantalones de mezclilla de Reid, cerca de cuatro pulgadas por encima de la rodilla. “Todo lo que queremos saber es lo que sabes. Nombres. Fechas. A quién le has dicho lo que sabes. Las identidades de tus compañeros agentes en el campo”.

Morris. Reidigger. Johansson. Nombres destellaron alrededor de su mente y con cada uno vino una cara que nunca había visto antes. Un hombre joven con cabello oscuro y una sonrisa arrogante. Un chico de cara redonda y mirada amigable en una camisa blanca almidonada. Una mujer con cabello rubio fluido y ojos grises y acerados.

“Y qué fue del jeque”.

De algún modo, Reid se dio cuenta repentinamente de que el jeque en cuestión había sido detenido y llevado a un sitio negro en Marruecos. No era una visión. El simplemente sabía.

Nunca hablamos. Nunca.

Un escalofrío bajó por la espina dorsal de Reid mientras el luchaba por mantener algo de cordura.

"Dime", el interrogador insistió.

"No lo sé". Las palabras se sintieron extrañas rodando por su lengua hinchada. Él levantó la vista alarmado y vio a los otros hombres sonriéndole.

Había entendido la demanda extranjera… y respondió de regreso en un impecable árabe.

El interrogador hundió la punta del bisturí en la pierna de Reid. Él gritó mientras el cuchillo penetraba el musculo de su muslo. Instintivamente trató de alejar su pierna, pero sus tobillos estaban atados a las patas de la silla.

Él apretó los dientes con fuerza, su mandíbula dolía en protesta. La herida de su pierna quemaba ferozmente.

El interrogador sonrió y ladeó su cabeza ligeramente. "Debo admitir, eres más fuerte que la mayoría, Cero", dijo en inglés. "Desafortunadamente para ti, soy un profesional". Se agachó y lentamente le quitó uno de los calcetines ahora sucios a Reid. "No suelo recurrir a esta táctica a menudo". Se enderezó y miró a Reid directamente a los ojos. "Esto es lo que va a pasar a continuación: Voy a cortar pequeñas piezas de ti y te mostraré cada una. Comenzaré con los dedos de tus pies. Luego los dedos de tus manos. Después de eso… veremos donde estamos parados". El interrogador se arrodilló y presionó la cuchilla contra el dedo más pequeño de su pie derecho.

"Espere", Reid suplicó. "Por favor, espere".

Los otros dos hombres en la habitación se acercaron a ambos lados, observando con interés.

Desesperado, Reid tocó las cuerdas que sostenían las muñecas en su lugar. Era un nudo en línea con dos lazos opuestos, atados con medio enganche…

Un intenso escalofrío corrió desde la base de su espina dorsal hasta sus hombros. Él sabía. De alguna forma el solo *sabía*. Tuvo un sentimiento intenso de déjà vu, como si ya hubiese estado en esa situación antes — o más bien, estas visiones dementes, de algún modo implantadas en su cabeza, le dijeron que lo había hecho.

Pero lo más importante, él sabía lo que tenía que hacer.

"¡Te lo diré!" Reid jadeó. "Te diré lo que quieres saber".

El interrogador levantó la mirada. "¿Sí? Bien. Primero, sin embargo, todavía voy a remover este dedo del pie. No quisiera que creas que estaba blofeando".

Detrás de la silla, Reid agarró su pulgar izquierdo con la mano opuesta. Contuvo el aliento y tiró con fuerza. Sintió el chasquido cuando el pulgar se dislocó. Esperó a que el dolor agudo e intenso llegara, pero era poco más que una pulsación sorda.

Una nueva comprensión lo golpeó — esta no era la primera vez que le pasaba.

El interrogador cortó la piel de su dedo y él gritó. Con el pulgar opuesto a su ángulo normal, él deslizó su mano librándose de sus ataduras. Con un lazo abierto, el otro cedió.

Sus manos estaban liberadas. Pero no tenía idea de qué hacer con ellas.

El interrogador levantó la mirada y frunció el ceño confundido. "¿Qué…?"

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, la mano derecha de Reid salió disparada y agarró el primer implemento cercano a él — un cuchillo de precisión de mango negro. Mientras el interrogador trató de levantarse, Reid retiró su mano. La hoja del cuchillo recorrió la carótida del hombre.

Ambas manos volaron a su garganta. La sangre brotó entre sus dedos mientras el interrogador, con los ojos abiertos, colapsaba en el piso.

El enorme bruto gruñó en furia mientras se lanzaba hacia adelante. Él envolvió ambas manos carnosas alrededor del cuello de Reid y las exprimió. Reid trató de pensar, pero el miedo se apoderó de él.

Lo siguiente que supo, fue que levantó de nuevo el cuchillo de precisión y lo hundió dentro de la muñeca del bruto. Torció los hombros mientras empujaba, y abrió una avenida a lo largo del antebrazo del hombre. El bruto gritó y cayó, aferrándose a su grave herida.

El hombre alto y delgado miraba sin creerlo. Como antes, en la calle en frente de la casa de Reid, parecía dudar en acercarse a él. En cambio, buscó la bandeja de plástico y un arma. Agarró un cuchillo de hoja curva y apuñaló directamente al pecho de Reid.

Reid echó el peso de su cuerpo hacia atrás, tumbando la silla y por poco evitando el cuchillo. Al mismo tiempo, forzó sus piernas hacia afuera tan fuerte como pudo. Cuando la silla golpeó el concreto, las patas se separaron del marco. Reid se puso de pie y casi tropezó, sus piernas estaban débiles.

El hombre alto gritó por ayuda en árabe y luego cortó el aire indiscriminadamente con el cuchillo, una y otra vez en amplios barridos para mantener a Reid a raya. Reid mantuvo su distancia, observando el girar del cuchillo plateado hipnóticamente. El hombre giró a la derecha y Reid se abalanzó, atrapando el brazo — y el cuchillo — entre sus cuerpos. Su impulso lo llevo hacia adelante y, cuando el iraní tropezó, Reid se retorció y con destreza cortó a través de la arteria femoral en la parte posterior de su musculo. Plantó un pie y giró el cuchillo en dirección opuesta, perforando la yugular.

No sabía cómo lo supo, pero sabía que el hombre tenía alrededor de cuarenta y siete segundos de vida restantes.

Pies golpeaban una escalera cercana. Con los dedos temblando, Reid se deslizó a la puerta abierta y se aplastó contra un lado. La primera cosa que atravesó fue una pistola — inmediatamente la identifico como una Beretta 92 FS — y un brazo le siguió, y luego un torso. Reid giró, atrapó la pistola en el hueco de su codo e introdujo el cuchillo de precisión entre dos costillas. La hoja perforó el corazón del hombre. Un grito quedo atrapado en sus labios mientras se caía al suelo.

Luego sólo hubo silencio.

Reid se tambaleó hacia atrás. Su respiración vino en sorbos poco profundos.

“Oh Dios”, suspiró. “Oh Dios”.

Acababa de matar — no, él había *asesinado* a cuatro hombres en el lapso de varios segundos. Peor aún era que fue un juego de rodilla, reflexivo, como andar en bicicleta. O repentinamente hablando árabe. O conocer el destino del jeque.

Él era un profesor. Tenía recuerdos. Tenía hijos. Una carrera. Pero claramente su cuerpo sabía cómo pelear, incluso si él no lo hacía. Sabía cómo escapar de las ataduras. Sabía dónde dar un golpe letal.

"¿Qué me está pasando?" jadeó.

Cubrió sus ojos brevemente mientras una oleada de náuseas se apoderaba de él. Había sangre en sus manos… literalmente. Sangre en su camisa. A medida que la adrenalina disminuía, los dolores se impregnaban a través de sus extremidades por estar inmóviles por tanto tiempo. Su tobillo aún palpitaba por saltar de su cubierta. Había sido apuñalado en la pierna. Tenía una herida abierta detrás de su oreja.

Ni siquiera quería *pensar* cómo se vería su cara.

Vete, le gritó su cerebro. *Pueden venir más*.

"Está bien", dijo Reid en voz alta, como si estuviese asintiéndole con alguien más en la habitación. Calmó su respiración lo mejor que pudo y escaneó sus alrededores. Sus ojos desenfocados cayeron en ciertos detalles — la Beretta. Un bulto rectangular en el bolsillo del interrogador. Una extraña marca en el cuello del bruto.

Se arrodilló al lado del corpulento hombre y miró fijamente la cicatriz. Era cerca de la línea de la quijada, parcialmente oscurecida por la barba y no más grande que un centavo. Parecía ser algún tipo de marca, quemada en la piel y se veía como un glifo, como una letra en otro alfabeto. Pero no la reconoció. Reid la examinó por varios segundos, grabándolo en su memoria.

Rápidamente hurgó en el bolsillo del interrogador muerto y encontró un antiguo ladrillo de teléfono celular. *Probablemente uno desechable*, su cerebro le dijo. En el bolsillo trasero del hombre alto, encontró un trozo roto de papel blanco, una esquina manchada con sangre. En una mano con garabatos, casi ilegibles había una larga serie de dígitos que comenzaban con el 963 — el código para hacer una llamada internacional a Siria.

Ninguno de estos hombres tenía una identificación, pero el aspirante a tirador tenía una billetera gruesa en euros, fácilmente unos

miles. Reid guardó eso también y, por último, tomó la Beretta. El peso de la pistola se sentía extrañamente natural en sus manos. *Calibre de nueve milímetros. Cargador de quince tiros. Cañón de ciento veinticinco milímetros.*

Sus manos expulsaron el cargador en un movimiento fluido, como si otra persona más lo estuviese controlando. Trece balas. Lo empujó de nuevo y lo amartilló.

Luego salió de ahí.

Fuera de la gruesa puerta de acero había una sala sucia que terminaba en una escalera que subía. Al final de ella, se evidenciaba la luz del día. Reid subió las escaleras cuidadosamente, con pistola en alto, pero no escucho nada. El aire se hacía más frío mientras ascendía.

Se encontró a sí mismo en una pequeña y sucia cocina, la pintura se desprendía de las paredes y los platos empapados de mugre apilados en el fregadero. Las ventanas eran translúcidas; habían sido manchadas con grasa. El radiador de la esquina estaba frío al tacto.

Reid revisó el resto de la pequeña casa; no había más nadie a parte de los cuatro hombres muertos en el sótano. El único baño tenía peor aspecto que la cocina, pero Reid encontró un kit de primeros auxilios aparentemente antiguo. No se atrevió a mirarse en el espejo hasta que hubiese lavado tanta sangre de su cara y cuello como fuese posible. Todo de la cabeza a los pies picaba, dolía o quemaba. El pequeño tubo de pomada antiséptica había expirado hace tres años, pero lo usó de todos modos, contrayéndose del dolor al presionar las vendas sobre sus cortes abiertos.

Luego él se sentó en el inodoro y sostuvo su cabeza con sus manos, tomando un breve momento para recobrar el control. *Puedes irte*, se dijo a sí mismo. *Tienes dinero. Ve al aeropuerto. No, no tienes un pasaporte. Ve a la embajada. O consigue un consulado. Pero…*

Pero acababa de matar a cuatro hombres y su propia sangre estaba por todo el sótano. Y había otro problema más claro.

“No sé quién soy”, murmuró en voz alta.

Aquellos destellos, esas visiones que acosaban su mente, eran de su propia perspectiva. Su punto de vista. Pero el nunca, nunca *podría* hacer algo como eso. Supresión de memoria, había dicho el interrogador. ¿Acaso era posible? Pensó de nuevo en sus niñas.

“¿Están a salvo? ¿Están asustadas? ¿Eran… suyas?

Esa noción lo sacudió hasta el fondo. ¿Qué pasaría si, de alguna manera, lo que pensaba que era real no era real del todo?

No, se dijo a sí mismo firmemente. Ellas eran sus hijas. Él estuvo ahí en sus nacimientos. Él las crio. Ninguna de estas bizarras e intrusivas visiones contradecía eso. Y necesitaba encontrar una forma de contactarlas, para asegurarse de que están bien. Esa era su máxima prioridad. No había forma en que pudiera utilizar el celular desechable para contactar a su familia; no sabía si estaba siendo rastreado o quién podría estar escuchando.

Súbitamente recordó el trozo de papel con el número de teléfono en él. Se mantuvo y lo sacó de su bolsillo. El papel manchado en sangre lo miró de vuelta. No sabía de qué se trataba esto o por qué pensaban que era alguien diferente de quién decía que era, pero había una sombra de urgencia bajo la superficie de su subconsciente, algo le decía que ahora estaba involuntariamente involucrado en algo mucho más grande que él.

Sus manos temblaban, marcó el número en el teléfono desechable.

Una voz masculina brusca respondió al segundo tono. “¿Está hecho?” preguntó en árabe.

“Sí”, respondió Reid. Trató de enmascarar su voz lo mejor que pudo y fingió un acento.

“¿Tienes la información?

“Mmm”.

La voz estuvo callada por un momento largo. El corazón de Reid latía con fuerza en su pecho. ¿Se habrían dado cuenta de que no era el interrogador?

“187 Rue de Stalingrad”, dijo el hombre finalmente. “Ocho p.m.” Y colgó.

Reid terminó la llamada y respiró profundamente. *¿Rue de Stalingrad?* Pensó. *¿En Francia?*

No estaba seguro de que lo iba a hacer todavía. Su mente se sentía como si hubiera atravesado un muro y descubierto otra cámara del otro lado. No podía regresar a casa sin saber que le estaba pasando a él. Incluso si lo hacía, ¿cuánto tiempo tardarían en encontrarlo de nuevo, y a sus niñas? Solo tenía una pista. Tenía que seguirla.

Puso un piso fuera de la pequeña casa y se encontró en un callejón angosto, cuya boca daba paso a una calle llamada Rue Marceau. Inmediatamente supo dónde estaba — un suburbio de París, a pocos bloques del Sena. Casi se rio. Pensó que estaría saliendo a las calles, devastadas por la guerra, de una ciudad del Medio Oriente. En cambio, se encontró en un bulevar con tiendas e hileras de casas, con transeúntes modestos disfrutando de su tarde casual, amontonados contra la fría brisa de febrero.

Metió la pistola en la cintura de sus jeans y salió a la calle, mezclándose con la multitud y tratando de no atraer ninguna atención a su camisa manchada de sangre, a sus vendas o a sus evidentes heridas. Abrazó sus brazos cerca de él — necesitaría algo de ropa nueva, una chaqueta, algo más cálido que solo su camisa.

Necesitaba asegurarse de que sus hijas están a salvo.

Luego obtendría más respuestas.

CAPÍTULO CUATRO

Caminar por las calles de Paris se sintió como un sueño — solo que no de la manera que cualquiera esperara o incluso deseara. Reid alcanzó la intersección de Rue de Berri y la Avenida de los Campos Elíseos, siempre un punto de acceso turístico a pesar del clima congelante. El Arco de Triunfo se alzaba varias cuadras hacia el noroeste, la pieza central de la Plaza de Charles de Gaulle, pero su grandeza se perdió en Reid. Una nueva visión destelló por su mente.

He estado aquí antes. Me paré en este lugar y miré esta señal de tránsito. Llevaba jeans y una chaqueta negra de motorizado, los colores del mundo enmudecidos por los lentes de sol polarizados…

Giró a la derecha. Él no estaba seguro de que encontraría en este camino, pero tenía la extraña sospecha de lo reconocería cuando lo viera. Era una sensación increíblemente extraña de no saber a dónde iba hasta que llegó allí.

Se sentía como si cada nueva vista trajera viñetas de vagos recuerdos, cada uno desconectado del siguiente, sin embargo, con algo de congruencia. Sabía que el café en la esquina servía los mejores pastís que jamás había probado. El dulce aroma de la pastelería al otro lado de la calle hacía que se le hiciera agua la boca por las sabrosas palmeras. Nunca había probado las palmeras antes. ¿O sí?

Los sonidos lo sacudían. Los transeúntes charlaban ociosamente el uno al otro mientras paseaban por el bulevar, ocasionalmente robando miradas a su cara herida y vendada.

“No me gustaría ver como quedó el otro”, un joven francés le murmuró a su novia. Ambos se rieron entre dientes.

Está bien, *no entres en pánico*, pensó Reid. *Aparentemente hablas árabe y francés*. El otro idioma que hablaba el Profesor Lawson era alemán y algunas frases en español.

Había algo más también, algo difícil de definir. Debajo de sus rápidos nervios y su instinto de correr, de ir a casa, de esconderse en algún lado, debajo de todo eso había una reserva fría y acerada. Era como tener la mano pesada de un hermano mayor en el hombro, una voz en lo profundo de su mente diciendo. *Relájate. Tú sabes cómo hacer todo esto*.

Mientras la voz lo acompañó suavemente desde el fondo de su mente, en primer plano estaban sus niñas y su seguridad. ¿Dónde estaban? ¿Qué estaban pensando en ese momento? ¿Qué significaría para ellas si perdieran a ambos padres?

Nunca dejó de pensar en ellas. Incluso mientras estaba siendo golpeado en el sótano de una oscura prisión, incluso si los destellos de estas visiones invadían su mente, él estuvo pensando en las niñas — particularmente en esa última pregunta. ¿Qué les sucedería si hubiese muerto ahí abajo en ese sótano? ¿O si muere haciendo lo más temerario que estaba a punto de hacer?

Tenía que asegurarse. Tenía que contactarlas de algún modo.

Pero primero, necesitaba una chaqueta, y no sólo para cubrir su camisa manchada de sangre. El clima de febrero se estaba aproximando a los diez grados, pero aún era muy frío para solo una camisa. El bulevar actuaba como un túnel de viento y la brisa era intensa. Se metió dentro de la siguiente tienda de ropa y escogió el primer abrigo que capturó su mirada — una chaqueta marrón oscura de aviador, de cuero y con forro de lana. Extrañó, pensó. Nunca había escogido una chaqueta como esta antes, que pasaba con su sentido de la moda tweed y a cuadros, pero se sintió atraído a ella.

La chaqueta de aviador eran doscientos cuarenta euros. No importaba; tenía un bolsillo lleno de dinero. Él agarro una camisa nueva también, una camiseta gris pizarra y, luego, un nuevo par de jeans, calcetines nuevos y unas botas marrones robustas. Trajo todas sus compras a la caja y pagó en efectivo.

Había una huella dactilar de sangre en una de las facturas. El empleado de labios finos pretendió no darse cuenta. Un destello de luz apareció en su mente:

“Un hombre camina hacia una estación de gasolina cubierto de sangre. Paga por su combustible y comienza a alejarse. El asistente desconcertado lo llama, ‘Oye, hombre, ¿estás bien?’ el tipo sonríe. ‘Oh sí, estoy bien. No es mi sangre’”.

Nunca he escuchado esa broma antes.

“¿Podría usar su vestidor?” Reid preguntó en francés.

El empleado señaló hacia la parte trasera de la tienda. No había dicho una sola palabra durante toda la operación.

Antes de cambiarse, Reid se examinó a sí mismo por primera vez en un espejo limpio. Jesús, se veía terrible. Su ojo derecho estaba hinchado ferozmente y la sangre manchaba los vendajes. Él tenía que encontrar una farmacia y comprar unos suministros decentes de primeros auxilios. Deslizó sus, ahora sucios y de algún modo sangrientos, jeans bajo su muslo herido, haciendo una mueca de dolor al hacerlo. Algo cayó al suelo, sorprendiéndolo. La Beretta. Casi había olvidado que la tenía.

La pistola era más pesada de lo que hubiese imaginado. *Novecientos cuarenta y cinco gramos, descargada*, lo sabía. Sosteniéndola como si abrazara a un antiguo amante, familiar y extranjero al mismo tiempo. La dejó y se terminó de cambiar, metió su ropa vieja en la bolsa de compras y metió la pistola en la cintura de sus jeans nuevos, en la parte baja de su espalda.

Fuera del bulevar, Reid mantuvo su cabeza baja y caminó enérgicamente, mirando hacia la acera. No necesitaba que más visiones lo distrajeran en este momento. Tiró la bolsa con la ropa vieja en un cubo de basura en una esquina sin perder el paso.

"¡Oh! *Excusez-moi"*, se disculpó y su hombro chocó fuertemente contra una mujer que pasaba en un traje de negocios. Ella lo fulminó con la mirada. "Lo siento". Ella jadeó y se alejó. Él metió las manos en los bolsillos de su chaqueta — junto al celular que había sacado del bolso de ella.

Fue fácil. Muy fácil.

A dos cuadras de distancia, se metió bajo el toldo de una tienda por departamentos y sacó el celular. Respiró en signo de alivio — había seleccionado a una mujer de negocios por una razón y su instinto dio frutos. Ella tenía Skype instalado en el celular y una cuenta vinculada a un número estadounidense.

Abrió el navegador de Internet del celular, miró hacia el número de Pap's Deli en el Bronx y llamó.

La voz de un hombre joven respondió rápidamente. "Pap's, ¿En qué puedo ayudarlo?"

"¿Ronnie?" Uno de sus estudiantes del año anterior trabajaba a tiempo parcial en el deli favorito de Reid. "Es el Profesor Lawson".

"¡Oye, Profesor!" dijo el hombre joven brillantemente. "¿Cómo le va? ¿Quiere colocar una orden para llevar?"

“No. Sí… algo por el estilo. Escucha, necesito un gran favor Ronnie”. Pap’s Deli solo estaba a seis cuadras de su casa. En días agradables, caminaba con frecuencia todo el camino para recoger unos sándwiches. “¿Tienes Skype en tu celular?”

“¿Sí?” Dijo Ronnie, con un tono de voz confuso.

“Bien. Esto es lo que necesito que hagas. Anota este número…” Instruyó al chico para que corriera rápidamente hasta su casa, para ver quién, si alguien, estaba allí, y que llamara de regreso al número estadounidense en el celular.

“Profesor, ¿Está metido en algún de problema?”

“No, Ronnie, estoy bien”, mintió. “Perdí mi celular y una mujer amable me está dejando usar el de ella para hacerle saber a mis niñas que estoy bien. Pero solo tengo pocos minutos. Así que, si puedes, por favor…”

“No diga más, Profesor. Feliz de ayudar. Regresaré dentro de poco”. Ronnie colgó.

Mientras esperaba, Reid recorrió el corto tiempo en el toldo, revisando el celular cada segundo por si perdía la llamada. Parecía que una hora había pasado hasta que sonó de nuevo, sin embargo, sólo habían pasado seis minutos.

“¿Hola?” Respondió la llamada de Skype al primer tono. “¿Ronnie?”

“Reid, ¿eres tú?” Una frenética voz femenina.

“¡Linda!” dijo Reid sin aliento. “Estoy feliz de que este ahí. Escucha, necesito saber…”

“Reid, ¿qué pasó? ¿Dónde estás?” demandó.

“Las niñas, están en la…”

“¿Qué pasó?” interrumpió Linda. “Las niñas se despertaron esta mañana, enloquecidas porque te habías ido, así que me llamaron y vine de inmediato…”

“Linda, por favor”, trató de intervenir, “¿dónde están?”

Ella habló sobre él, claramente distraída. Linda era muchas cosas, pero buena en crisis no era una de ellas. “Maya dijo que a veces sales

a caminar en la mañana, pero ambas puertas, la del frente y la de atrás, estaban abiertas, y ella quería llamar a la policía porque decía que nunca dejabas el celular en casa y ahora este chico del deli aparece ¿y me entrega un celular…?"

"¡Linda!" Reid siseó bruscamente. Dos hombres mayores que pasaban miraron su arrebato. "¿Dónde están las niñas?"

"Están aquí", ella resopló. "Ambas están aquí, en la casa conmigo".

"¿Están a salvo?"

"Sí, por supuesto. Reid, ¿qué sucede?"

"¿Llamaste a la policía?"

"Todavía no, no… en la TV siempre dicen que debes esperar veinticuatro horas para reportar a alguien desparecido… ¿Estás metido en algún problema? ¿De dónde me estás llamando? ¿De quién es esta cuenta?"

"No puedo decírtelo. Sólo escúchame. Haz que las chicas empaquen un bolso y llévatelas a un hotel. No en ningún lugar cerca; fuera de la ciudad. Quizás a Jersey…"

"Reid, ¿qué?"

"Mi cartera está en el escritorio de mi oficina. No usen la tarjeta de crédito directamente. Saquen un avance de efectivo de cualquiera de las tarjetas que están allí y úsenlo para pagar la estadía. Mantenla abierta sin restricciones".

"¡Reid! No voy a hacer nada hasta que me digas que está… espera un segundo". La voz de Linda se volvió apagada y distante. "Sí, es él. Está bien. Yo creo. Espera, ¡Maya!"

"¿Papá? ¿Papá, eres tú?" Una nueva voz en la línea. "¿Qué pasó? ¿Dónde estás?"

"¡Maya! Yo, esto, algo surgió, extremadamente a último minuto. No quería despertarlas…"

"¿Estás bromeando?" Su voz era aguda, agitada y preocupada al mismo tiempo. "No soy estúpida, Papá. Dime la verdad".

Él suspiró. "Tienes razón. Lo siento. No puedo decirte dónde estoy

Maya. Y no debería estar mucho en el teléfono. Sólo haz lo que tu tía diga, ¿está bien? Van a dejar la casa por un corto tiempo. No vayan a la escuela. No deambulen por ningún lado. No hablen sobre mí en el celular o en la computadora. ¿Entendido?"

"¡No, no entiendo! ¿Estás metido en algún problema? ¿Deberíamos llamar a la policía?"

"No, no hagas eso", él dijo. "No todavía. Sólo… dame algo de tiempo para pensar en algo".

Ella estuvo en silencio por un largo momento. Luego dijo: "Prométeme que estás bien".

Él hizo una mueca.

"¿Papá?"

"Sí", dijo un poco forzado. "Estoy bien. Por favor, solo haz lo que te digo y ve con tu Tía Linda. Las amo a ambas. Dile a Sara que dije eso y abrázala por mí. Te contactaré tan pronto como pueda…"

"¡Espera, espera!" dijo Maya. "¿Cómo vas a contactarnos si no sabes dónde estamos?"

Él pensó por un momento. No podía pedirle a Ronnie que se involucrara más en esto. No podía llamar a las niñas directamente. Y no podía arriesgarse a saber dónde estaban, porque eso podría volverse en contra de él…

"Configuraré una cuenta falsa", dijo Maya, "bajo otro nombre. Lo sabrás. Solamente la revisaré desde las computadoras del hotel. Si necesitas contactarnos, envía un mensaje".

Reid entendió inmediatamente. Sintió una oleada de orgullo; ella era muy inteligente y mucho más fría bajo presión de lo que él podría esperar ser.

"¿Papá?"

"Sí", dijo él. "Eso está bien. Cuida a tu hermana. Me tengo que ir…"

"Te amo también", dijo Maya.

Terminó la llamada. Entonces inhaló. Una vez más, el instinto punzante de correr a casa con ellas, mantenerlas a salvo, empacar

todo lo que pudieran e irse, irse a algún lugar…

No podía hacer eso. Sea lo que fuera esto, quien sea que estuviera tras él, tenía que encontrarlo de una vez. Había sido muy afortunado de que no estaban detrás de sus niñas. Quizás no sabían sobre los niños. La siguiente vez, si había una siguiente, pudiese no ser tan suertudo.

Reid abrió el celular, sacó la tarjeta SIM y la partió a la mitad. Dejo caer los trozos en una reja de alcantarilla. Mientras caminaba por la calle, depositó la batería en un cubo de basura y las dos mitades del celular en otros.

Él sabía que caminaba en la dirección general del Rue de Stalingrad, aunque no tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando llegara allí. Su cerebro le gritaba que cambiara de dirección, que fuera a otro lado. Pero esa sangre fría en su subconsciente lo obligó a seguir adelante.

Sus captores le habían preguntado qué sabía de sus “planes”. Los lugares que le habían preguntado, Zagreb, Madrid y Teherán, tenían que estar conectados y claramente estaban vinculados a los hombres que se lo llevaron. Independientemente de lo que fueran estas visiones — aún se negaba a reconocerlas como cualquier otra cosa, pero — ellas tenían conocimiento de algo que había ocurrido o que estaba por ocurrir. Conocimiento que no sabía. Mientras más pensó en ello, más sintió una sensación de urgencia fastidiando su mente.

No, era más que eso. Se sentía como una obligación.

Sus captores se veían dispuestos a matarlo lentamente por lo que sabía. Y él tenía la sensación de que si no descubría que era esto y que se supone que debía saber, más gente podía morir.

“Monsieur”. Reid se sobresaltó de su meditación por una mujer madura y corpulenta con un chal que gentilmente le tocó su brazo. “Estás sangrando”, dijo en inglés y señaló su propia ceja.

“Oh. *Merci*”. Él se tocó su ceja derecha con dos dedos. Un pequeño corte había empapado el vendaje y una gota de sangre bajaba por su rostro. “Necesito encontrar una farmacia”, murmuró en voz alta.

Entonces, aspiró un aliento mientras un pensamiento lo golpeó: Había una farmacia dos cuadras abajo y una arriba. Nunca había

estado dentro de ella — no por su propio conocimiento dudoso de todos modos — pero él simplemente lo sabía, tan fácil como sabía la ruta a Pap's Deli.

Un escalofrío corrió desde la base de su espina dorsal hasta su nuca. Las otras visiones se habían manifestado a través de un estímulo externo, imágenes y sonidos e incluso olores. Esta vez no hubo una visión acompañante. Era un pleno recuerdo del conocimiento, de la misma forma que supo donde girar en cada señal de tránsito. De la misma forma en que supo cómo recargar la Beretta.

Tomó una decisión antes de que la luz se pusiera verde. Iría a su encuentro y obtendría cualquier información que pudiera. Luego decidiría que hacer con ella — quizás reportarla a las autoridades y limpiar su nombre con respecto a los cuatro hombres en el sótano. Dejando que hagan los arrestos mientras él iba a casa con sus hijas.

En la farmacia, compró un tubo delgado de súper pegamento, una caja de vendajes de mariposa, cotonetes y una base que casi igualaba el tono de su piel. Llevó sus compras al baño y cerró la puerta.

Se quitó los vendajes que había pegado erráticamente en su rostro en el apartamento y se lavó la sangre costrosa de sus heridas. A los cortes pequeños les aplicó vendas de mariposa. Para las heridas más profundas, en las que regularmente requerirían suturas, juntó los bordes de la piel y apretó con una gota de súper pegamento, siseando a través de sus dientes todo el tiempo. Luego contuvo su aliento alrededor de treinta segundos. El pegamento quemaba ferozmente, pero disminuía mientras se secaba. Finalmente, alisó la base sobre los contornos de su cara, particularmente a los nuevos creados por sus sádicos captores anteriores. No había forma de enmascarar completamente su ojo hinchado y su mandíbula herida, pero al menos de esta forma menos gente lo miraría en la calle.

El proceso completo tomó alrededor de media hora, y dos veces en ese lapso los clientes golpearon la puerta del baño (la segunda vez una mujer gritaba en francés que su hijo estaba a punto de estallar). Ambas veces Reid sólo gritó: "*¡Occupé!*"

Finalmente, cuando había terminado, se examinó de nuevo en el espejo. Estaba lejos de la perfección, pero al menos no se veía como si hubiese sido golpeado en una cámara de tortura subterránea. Él pensó si debió haber ido con una base más oscura, algo que lo hiciese ver más extranjero. ¿Sabía el hombre que llamó con quién se supone que se reuniría? ¿Reconocerían quién era él — o quién pensaban que era?

Los tres hombres que vinieron a su casa no se veían muy seguros; ellos tuvieron que revisar una fotografía.

"¿Qué estoy haciendo?" se preguntó así mismo. *Te estás preparando para una reunión con un peligroso criminal que probablemente sea un reconocido terrorista*, dijo la voz en su cabeza — no esta nueva voz invasiva, la suya propia, la voz de Reid Lawson. Era su propio sentido común burlándose de él.

Entonces esa personalidad lista y asertiva, aquella justo debajo de la superficie, habló. *Estarás bien*, le dijo. *Nada que no hayas hecho antes*. Sus manos alcanzaron instintivamente el mango de la Beretta metida en la parte trasera de sus pantalones, oculta por su chaqueta nueva. *Tú conoces todo esto.*

Antes de abandonar la farmacia, él agarró pocos objetos más: Un reloj barato, una botella de agua y dos barras de caramelo. Afuera, en la acera, devoró ambas barras de chocolate. No estaba seguro de cuanta sangre había perdido y quería mantener alto su nivel de azúcar. Drenó la botella de agua entera y luego le preguntó la hora a un transeúnte. Configuró el reloj y lo deslizó alrededor de su muñeca.

Eran las seis y media. Tenía suficiente tiempo para llegar al lugar de reunión y prepararse.

*

Era casi de noche cuando llegó a la dirección que se le había entregado por teléfono. La puesta de sol sobre París arrojó grandes sombras por el bulevar. 187 Rue de Stalingrad era un bar en el 10mo distrito llamado Féline, un antro con ventanas pintadas y una fachada agrietada. Por otra parte, estaba situada en una calle poblada de estudios de arte, restaurantes indios y cafés bohemios.

Reid se detuvo con la mano en la puerta. Si entraba, no habría vuelta atrás. Él todavía podía alejarse. No, el decidió, no podría. ¿A dónde iría? De vuelta a casa, ¿para que pudieran encontrarlo de nuevo? ¿Y vivir con esas extrañas visiones en su cabeza?

Él entró.

Las paredes del bar estaban pintadas de negro y rojo, y cubiertas con pósteres de la década de los cincuenta, de mujeres de rostro sombrío, titulares de cigarrillos y siluetas. Era muy temprano, o quizás

muy tarde, para que el lugar estuviera ocupado. Los pocos clientes que se juntaban hablaban en voz baja, encorvados protectoramente sobre sus bebidas. Música melancólica de blues sonaba suavemente de un estéreo detrás de la barra.

Reid escaneó el lugar de izquierda a derecha y viceversa. Nadie miró en su dirección y, ciertamente, nadie se veía a los tipos que lo habían tomado como rehén. Tomó una pequeña mesa cerca de la parte trasera y se sentó frente a la puerta. Ordenó un café, aunque lo tuvo en frente de él humeando, la mayor parte.

Un anciano encorvado se deslizó de un taburete y cojeó a través de la barra hacia los baños. Reid encontró su mirada rápidamente atraída por el movimiento, escaneando al hombre. *Finales de los sesenta. Displasia de cadera. Dedos amarillentos, dificultad para respirar — un fumador de cigarros*. Sus ojos volaron al otro lado del bar, sin mover su cabeza, donde dos hombres de aspecto rudo en general estaban teniendo una silenciosa pero ferviente conversación sobre los deportes. *Empleados de fábrica. El hombre de la izquierda no está durmiendo lo suficiente, probablemente el padre de hijos jóvenes. El hombre en la derecha estuvo en una pelea recientemente o, al menos, lanzó un puñetazo; sus nudillos están heridos.* Sin pensarlo, se encontró a sí mismo examinando los puños de sus pantalones, sus mangas y la manera en la que sostenían sus codos en la mesa. *Alguien con un arma la protegería, trataría de ocultarla, incluso inconscientemente.*

Reid negó con la cabeza. Se estaba volviendo paranoico y estos persistentes pensamientos foráneos no ayudaban. Pero entonces, recordó la extraña ocurrencia con la farmacia, el recuerdo de su ubicación con sólo mencionar la mera necesidad de encontrar una. El académico en él habló. *Quizás haya algo que aprender de esto. Quizás en vez de resistirse, deberías intentar abrirte.*

La camarera era una mujer joven, con aspecto cansado y una melena morena con nudos. "*¿Stylo?*" preguntó ella al pasar junto a él. "*¿Ou crayon?*" ¿Bolígrafo o lápiz? Ella buscó en su cabello enredado y encontró un bolígrafo. "*Merci*".

Ella alisó una servilleta de cóctel y le puso la punta del bolígrafo. Esta no era alguna habilidad nueva que nunca había aprendido; está era una táctica del Profesor Lawson, una que había usado muchas veces en el pasado para recordar y fortalecer la memoria.

Recordó su conversación, si podía llamarla así, con los tres captores árabes. Trató de no pensar en sus ojos muertos, la sangre en

el piso o la bandeja de implementos afilados, destinados a cortar cualquier verdad que pensaban que él tenía. En cambio, se enfocó en los detalles verbales y escribió el primer nombre que vino a su mente.

Luego murmuró en voz alta. “El Jeque Mustafar”.

Un sitio negro marroquí. Un hombre que pasó toda su vida en riqueza y poder, pisoteando a aquellos menos afortunados que él, aplastándolos debajo de sus zapatos — ahora asustado de mierda porque sabes que puedes enterrarlo hasta el cuello en la arena y nadie encontraría nunca sus huesos.

“¡Te he dicho todo lo que sé!” Él insistió.

Vamos, vamos. “Mi inteligencia dice lo contrario. Dicen que puedes saber mucho más, pero quizás tengas miedo de las personas equivocadas. Te diré algo, Jeque… ¿mi amigo en la habitación de al lado? Se está poniendo ansioso. Verás, él tiene este martillo — es sólo una cosa pequeña, un martillo de piedra, ¿cómo un geólogo lo usaría? Pero hace maravillas en huesos pequeños, nudillos…”

“¡Lo juro!” El jeque retorcía sus manos nerviosamente. Lo reconociste como un cuento. “Eran otras conversaciones sobre los planes, pero eran en alemán, ruso… ¡No entendía!”

“Sabes, Jeque… una bala suena igual en cada idioma”.

Reid volvió al bar de mala muerte. Su garganta se sentía seca. El recuerdo había sido intenso, tan vívido y lúcido como cualquier otro que en realidad había experimentado. Y había sido *su* voz en su cabeza, amenazando casualmente, diciendo cosas que nunca soñaría decirle a otra persona.

Planes. El jeque definitivamente dijo algo sobre unos planes. Cualquier cosa terrible que estuviera preocupando a su subconsciente, tenía la clara sensación de que aún no había ocurrido.

Tomó un sorbo de su café, ahora tibio, para calmar sus nervios. “Está bien”, se dijo así mismo. “Está bien”. Durante su interrogatorio en el sótano, le preguntaron sobre unos compañeros agentes en el campo y tres nombres destellaron por su mente. Anotó uno y luego lo leyó en voz alta.

“Morris”.

Una cara vino inmediatamente a él, un hombre en sus primeros

treinta, bien parecido y astuto. Una arrogante media sonrisa con sólo un lado de su boca. Cabello oscuro, estilizado para que luzca joven.

Una pista de aterrizaje privada en Zagreb. Morris corre junto a ti. Ambos tienen sus armas afuera, con los cañones apuntando hacia abajo. No puedes dejar que los dos iraníes lleguen al avión. Morris apunta entre zancadas y dispara dos veces. Uno agarra al becerro y el primer hombre cae. Tú alcanzas al otro, embistiéndolo brutalmente contra el piso.

Otro nombre. "Reidigger".

Una sonrisa de niño, cabello bien peinado. Un poco de panza. Él usaría su peso mejor si fuera unos centímetros más altos. El trasero de un montón de nervaduras, pero se lo toma con buen humor.

El Ritz en Madrid. Reidigger cubre el pasillo mientras pateas la puerta y agarras al bombardero desprevenido. El hombre va por el arma en el escritorio, pero eres más rápido. Rompes su muñeca… luego Reidigger te dice que escuchó el sonido desde el pasillo. Eso le revolvió el estómago. Todos se ríen.

El café ya estaba frío, pero Reid apenas lo notó. Sus dedos temblaban. No había duda de ello; cualquier cosa que le estuviera sucediendo, estos eran recuerdos… *sus* recuerdos. O de alguien. Los captores, tuvieron que cortar algo de su cuello y lo llamaron supresor de memoria. Eso no podría ser verdad; este no era él. Había algo más. Tenía los recuerdos de alguien más mezclados con los suyos.

Reid colocó el bolígrafo en la servilleta de nuevo y anotó el nombre final. Lo dijo en voz alta: "Johansson". Una figura nadó en su mente. Cabello rubio largo, acondicionado a un brillo. Pómulos fluidos y bien formados. Labios carnosos. Ojos grises, el color pizarra. Una visión destelló…

Milán. De noche. Un hotel. Vino. Maria se sienta en la cama con las piernas dobladas debajo de ella. Los tres primeros botones de su camisa están abiertos. Su cabello está despeinado. Nunca habías notado antes lo largas que son sus pestañas. Dos horas antes la viste matar a dos hombres en un tiroteo y ahora son Sangiovese y Pecorino Toscano. Sus rodillas casi se tocan. Su mirada se encuentra con la tuya. Ninguno de los dos habla. Puedes verlo en sus ojos, pero ella sabe que no puedes. Ella pregunta por Kate…

Reid se contrajo mientras venía un dolor de cabeza, esparciéndose por su cráneo como una nube de tormenta. Al mismo tiempo, la visión se puso borrosa y desapareció. Sacudió sus ojos cerrados y agarró sus

sienes durante un minuto completo hasta que el dolor de cabeza disminuyó.

¿Qué demonios fue eso?

Por alguna razón, parecía que el recuerdo de esta mujer, Johansson, había provocado la breve migraña. Incluso más inquietante, sin embargo, era la extraña sensación que lo apretó en el despertar de su dolor de cabeza. Se sentía como… deseo. No, era más que eso… se sentía como pasión, reforzada por la emoción e incluso por un poco de peligro.

No pudo evitar preguntarse quién era esa mujer, pero se la sacudió. No quería incitar otro dolor de cabeza. En cambio, colocó el bolígrafo de nuevo en la servilleta, a punto de escribir el nombre final — Cero. Así es como lo llamó el interrogador iraní. Pero antes de que pudiera escribirlo o recitarlo, sintió una extraña sensación. Los pelos en su nunca se erizaban.

Estaba siendo observado.

Cuando levantó la mirada de nuevo, vio a un hombre parado en la puerta oscura de Féline, con su mirada fija en Reid como un halcón mirando un ratón. La sangre de Reid se enfrió. Estaba siendo observado.

Este era el hombre con el que debía encontrarse, estaba seguro de ello. ¿Lo reconoció? Los hombres árabes no habían aparecido. ¿Esperaba este hombre a alguien más?

Dejó el bolígrafo. Lentamente y furtivamente, arrugó la servilleta y la dejó caer en su café frío y medio vacío.

El hombre asintió una vez. Reid asintió de regreso.

Luego el extraño puso su mano detrás, por algo escondido en la parte trasera de sus pantalones.

CAPÍTULO CINCO

Reid se puso de pie con tal fuerza que su silla casi se cayó. Su mano inmediatamente se envolvió alrededor del mango texturizado de la Beretta, caliente por estar en su espalda. Su mente le gritó frenéticamente. *Este es un lugar público. Hay gente aquí. Nunca he disparado un arma antes.*

Antes de que Reid sacara su pistola, el extraño saco una billetera de su bolsillo trasero. Sonrió a Reid, aparentemente entretenido por su naturaleza nerviosa. Nadie más en el bar parece haberse dado cuenta, excepto por la camarera con el pelo de nido de rata, quién simplemente levantó una ceja.

El extraño se aproximó a la barra, deslizó un billete sobre la mesa y le murmuró algo al bartender. Luego se dirigió a la mesa de Reid. Estuvo detrás de una silla vacía por un largo momento, con una sonrisa delgada en sus labios.

Era joven, treinta a lo mucho, con el cabello muy corto y una barba de dos días. Era algo larguirucho y su rostro estaba demacrado, haciendo que sus afilados pómulos y su barbilla sobresaliente parecieran casi caricaturescos. Lo más encantador eran las gafas negras con montura de cuerno que llevaba, buscando por todo el mundo como si Buddy Holly hubiese crecido en los ochenta y descubierto la cocaína.

Reid pudo notar que él era diestro; él sostuvo su codo izquierdo cerca de su cuerpo, lo que probablemente significaba que tenía una pistola colgada en una funda de hombro en su axila, así que podría sacarla con su derecha, si era necesario. Su brazo izquierdo sujetaba su chaqueta negra de gamuza cerca de él para esconder el arma.

"*¿Mogu sjediti?*" el hombre preguntó finalmente.

¿Mogu…? Reid no entendió inmediatamente como lo había hecho con el árabe y el francés. No era ruso, pero estaba lo suficientemente cerca para que él pudiera deducir el significado del contexto. El hombre estaba preguntando si podía sentarse.

Reid hizo un gesto a la silla vacía en frente de él y el hombre se sentó, manteniendo metido su codo izquierdo todo el tiempo.

Tan pronto como se sentó, la camarera trajo un vaso de cerveza

color ámbar oscuro y la puso delante de él. "*Merci*", dijo él. Sonrió hacia Reid. "¿Tu serbio no es muy bueno?"

Reid negó con la cabeza. "No". ¿serbio? Él había asumido que el hombre con el que se reuniría era árabe, como sus captores y el interrogador.

"En inglés, ¿entonces? ¿*Ou francais?*"

"A elección del negociante". Reid se sorprendió de lo calmado que estaba e incluso de cómo sonó su voz. Su corazón casi brotaba de su pecho del miedo… y si estaba siendo honesto, tenía al menos una pizca de emoción ansiosa.

La sonrisa del serbio se ensanchó. "Disfruto este lugar. Es oscuro. Está tranquilo. Es el único bar que conozco en este distrito que sirve Franziskaner. Es mi favorita". Tomó un largo sorbo de su vaso, sus ojos se cerraron y un gruñido de placer se escapó de su garganta. "*Qué delicioso*". Él abrió sus ojos y añadió: "No eres lo que esperaba".

Una oleada de pánico aumentó en las extrañas de Reid. *Él lo sabe*, su mente le gritó. *Sabe que no eres con quien se supone que debía encontrarse y, tiene una pistola.*

Relájate, dijo el otro lado, el nuevo. *Puedes manejar esto.*

Reid tragó saliva, pero de algún modo logró mantener su actitud helada. "Tú tampoco lo eres", replicó.

El serbio se rio entre dientes. "Eso es justo. Pero somos muchos, ¿sí? Y tú… ¿tú eres estadounidense?"

"Expatriado", Reid respondió.

"¿Qué no lo somos todos?" Otra risita. "Antes de ti, conocí solo a otro estadounidense en nuestro, um… cuál es la palabra… ¿conglomerado? Sí. Así que, para mí, esto no es tan extraño". El hombre guiñó el ojo.

Reid se puso tenso. No sabía si era una broma o no. ¿Qué pasaría si supiera que Reid era un impostor y lo estaba guiando o haciendo tiempo? Puso sus manos en su regazo para esconder sus dedos temblorosos.

"Puedes llamarme Yuri. ¿Cómo te puedo llamar?"

“Ben”. Fue el primer nombre que vino a su mente, el nombre de un mentor de sus días como profesor asistente.

“Ben. ¿Cómo lograste trabajar para los iraníes?”

“Con”, Reid corrigió. Entrecerró sus ojos para darle efecto. “Trabajo *con* ellos”.

El hombre, este Yuri, tomó otro sorbo de su cerveza. “Seguro. Con. ¿Cómo ocurrió eso? A pesar de nuestros intereses mutuos, ellos tienden a ser, uh… un grupo cerrado”.

“Soy de confianza”, dijo Reid sin pestañear. No tenía idea de dónde venían estas palabras, tampoco de la convicción con la que venían. Él las dijo tan fácilmente como si lo hubiera ensayado.

“¿Y dónde está Amad?” preguntó Yuri casualmente.

“No lo pudo lograr”, replicó Reid igualmente. “Envía sus saludos”.

“Está bien, Ben. Dices que el trabajo está hecho”.

“Sí”.

Yuri se inclinó hacia adelante, sus ojos se entrecerraron. Reid pudo oler la malta en su aliento. “Necesito escucharte decirlo, Ben. Dime, ¿el hombre de la CIA está muerto?”

Reid se congeló por un momento. ¿CIA? Como en, ¿*la* CIA? Repentinamente, todo lo que se habló de los agentes en el campo y las visiones deteniendo terroristas en aeródromos y hoteles tuvieron más sentido, incluso si la totalidad del asunto no lo tenía. Entonces, recordó la gravedad de su situación y esperó que no hubiese dado ninguna señal para traicionar su farsa.

Se inclinó hacia adelante también y dijo lentamente, “Sí Yuri. El hombre de la CIA está muerto”.

Yuri se recostó casualmente y sonrió de nuevo. “Bien”. Levantó su vaso. “¿Y la información? ¿La tienes?”

“Nos dio todo lo que sabía”, le dijo Reid. No pudo evitar notar que sus dedos ya no temblaban debajo de la mesa. Era como si ahora alguien más estuviera en control, como si Reid Lawson estuviera tomando el asiento trasero de su propio cerebro. Decidió no luchar contra eso.

“¿La ubicación de Mustafar?” preguntó Yuri. “¿Y todo lo que les dijo?”

Reid asintió.

Yuri pestañeo varias veces expectante. “Estoy esperando”.

Una realización golpeó a Reid como un peso pesado mientras su mente juntaba el poco conocimiento que tenía. La CIA estaba involucrada. Había algún tipo de plan que podría hacer que muchas personas murieran. El jeque lo sabía y les dijo — le *dijo* — todo. Estos hombres, necesitaban conocer lo que sabía el jeque. Eso es lo que Yuri quería saber. Sea lo que fuera, se sentía grande, y Reid había tropezado en el medio… aunque ciertamente él sentía como si esta no fuera la primera vez.

No habló por un largo momento, lo suficientemente largo para que la sonrisa se evaporara de los labios de Yuri en una expectante mirada de labios delgados. “No te conozco”, dijo Reid. “No sé a quién representas. ¿Esperas que te de todo lo que sé, y me vaya y confíe que llegue al lugar correcto?”

“Sí”, dijo Yuri, “eso es exactamente lo que espero y precisamente es la razón de este encuentro”.

Reid negó con la cabeza. “No. Verás Yuri, se me ocurre que esta información es demasiado importante para jugar a ‘susurro por el callejón’ y esperar a que llegue a los oídos adecuados en el orden correcto. Es más, en lo que respecta a ti, sólo existe un lugar donde existe — aquí”. Golpeó ligeramente su propia sien izquierda. Era verdad; la información que buscaban estaba, presuntamente, en alguna parte de lo más recóndito de su mente, esperando ser desbloqueada. “También se me ocurre”, continuó, “que ahora que ellos tienen esta información, nuestros planes deben cambiar. Estoy cansado de ser el mensajero. Quiero entrar. Quiero un rol verdadero”.

Yuri sólo se quedó mirando fijamente. Luego dejó salir una risa aguda y al mismo tiempo golpeó la mesa con tal fuerza que sacudió a varios clientes cercanos. “¡Tú!” exclamó, moviendo un dedo. “¡Quizás seas un expatriado, pero aún tienes esa ambición estadounidense!” se rio de nuevo, sonando muy parecido a un burro. “¿Qué es lo que quieres saber, Ben?”

“Comencemos con a quién representas en esto”.

“¿Cómo sabes que represento a alguien? Por lo que sabes, podría

ser el jefe. ¡El cerebro detrás plan maestro!" Levantó ambas manos en un gran gesto y volvió a reír.

Reid sonrió. "No lo creo. Pienso que estás en la misma posición que yo, transportando información, intercambiando secretos, teniendo encuentros en bares de mierda". *Táctica de interrogación — relaciónate con ellos en su nivel*. Yuri era claramente un políglota, y parecía carecer del mismo comportamiento endurecido de sus captores. Pero incluso si estuviera en un bajo nivel, sabía incluso más que Reid. "¿Qué tal si hacemos un trato? Me dices lo que sabes y te diré lo que yo sé". Bajo su voz a casi un susurro. "Y confía en mí. Quieres saber lo que yo sé".

Yuri acarició su barba descuidada, pensativo. "Me caes bien, Ben. Lo cual es, cómo se dice, um… conflictivo, porque los estadounidenses usualmente me enferman". Él sonrió. "Lamentablemente para ti, no puedo decirte lo que no sé".

"Entonces llévame a quién pueda". Las palabras salían de él como si pasaran por alto su cerebro y fueran directamente a su garganta. La parte lógica de él (o más apropiadamente, la parte de Lawson de él) gritó en protesta. *¡¿Qué estás haciendo?! ¡Obtén lo que puedas y sal de ahí!*

"¿Te importaría dar un paseo conmigo?" los ojos de Yuri brillaron. "Te llevaré para que veas a mi jefe. Allí, puedes decirle lo que sabes".

Reid titubeó. Sabía que no debía. Sabía que no quería hacerlo. Pero había un extraño sentido de obligación, y había una reserva de acero en el fondo de su mente que le decía de nuevo: *Relájate*. Tenía un arma. Tenía un conjunto de habilidades de algún tipo. Había llegado tan lejos y juzgando por lo que ahora sabía, esto iba más allá de unos cuantos hombres iraníes en un sótano Parisino. Había un plan y la participación de la CIA, y de algún modo él sabía que el final del juego era mucha gente herida o peor.

Asintió una vez, su quijada se apretó fuertemente.

"Genial". Yuri drenó su vaso y se levantó, aun manteniendo metido el codo izquierdo. "*Au revoir*". Saludó al bartender. Luego el serbio guio el camino hacia la parte trasera de Féline, a través de una cocina pequeña y sucia, y salieron por una puerta de acero que daba a un callejón empedrado.

Reid lo siguió en la noche, sorprendido de ver que había oscurecido tan rápido mientras él estaba en el bar. En la boca del

callejón había un todoterreno negro, al ralentí, con ventanas teñidas casi tan oscuras como el trabajo de pintura. La puerta trasera se abrió antes de que Yuri la alcanzara, y dos matones salieron. Reid no supo que más pensar de ellos; cada uno era de hombros anchos, imponentes y sin tratar de ocultar las pistolas automáticas TEC-9 que se balanceaban de los arneses en sus axilas.

"Relájense, amigos míos", dijo Yuri. "Este es Ben. Lo llevaremos a ver a *Otets*".

Otets. Ruso fonético para "padre". O, en el nivel más técnico, "creador".

"Ven", dijo Yuri agradablemente. Dio una palmada en el hombro de Reid. "Es un paseo muy agradable. Beberemos champagne en el camino. Ven".

Las piernas de Reid no querían funcionar. Era arriesgado — muy arriesgado. Si iba en el carro con estos hombres y ellos descubrían quién era él, o incluso que no era quien dijo que era, bien podría ser un hombre muerto. Sus hijas serían huérfanas y probablemente nunca sabrían que fue de él.

¿Pero qué otra opción tenía? No podía actuar muy bien como si hubiera cambiado de opinión repentinamente; eso sería demasiado sospechoso. Era probable que ya hubiera dado dos pasos más allá del punto de no retorno simplemente al seguir a Yuri hasta afuera. Y si quería mantenerse la farsa lo suficiente, él podría encontrar la fuente — y descubrir que estaba sucediendo en su propia cabeza.

Dió un paso adelante hacia el todoterreno.

"¡Ah! *Un momento, por favor*", Yuri agitó un dedo a sus musculosos escoltas. Uno de ellos forzó los brazos de Reid a sus costados, mientras que el otro lo revisó. Primero él encontró la Beretta, metida en la parte trasera de sus jeans. Luego hurgó en los bolsillos de Reid con dos dedos, sacó el fajo de euros y el teléfono desechable, y le entregó los tres a Yuri.

"Esto te lo puedes quedar", el serbio le devolvió el dinero. "Estos, sin embargo, nos aferraremos a ellos. Seguridad. Tú entiendes". Yuri metió el celular y la pistola en el bolsillo interior de su chaqueta de gamuza, y por un breve momento, Reid vio la empuñadura marrón de una pistola.

"Entiendo", dijo Reid. Ahora estaba desarmado y sin ninguna

forma de pedir ayuda si lo necesitaba. *Debería correr*, él pensó. *Sólo comienza a correr y no mires atrás…*

Uno de los matones forzó su cabeza baja y la empujó hacia adelante, dentro de la parte trasera del todoterreno. Ambos entraron luego de él y Yuri los siguió, tirando la puerta detrás de él. Se sentó junto a Reid, mientras que los matones encorvados, casi hombro con hombro, se sentaron en un asiento orientado hacia atrás opuesto a ellos, justo detrás del conductor. Una partición de color oscuro los separaba del asiento delantero del auto.

Uno del par tocó la partición del conductor con dos nudillos. "*Otets*", dijo bruscamente.

Un pesado y revelador clic cerró las puertas traseras, y con ello llegó la compresión de lo que Reid había hecho. Se había metido en un carro con tres hombres armados sin idea a donde iba y con muy poca idea de quién se suponía que era. Engañar a Yuri no había sido del todo difícil, pero ahora estaba siendo llevado a algún jefe… ¿acaso ellos sabían que él no era quién decía que era? Luchó contra el impulso de saltar hacia adelante, abrir la puerta y salir del auto. No había escape de esto, al menos no por el momento; tendría que esperar hasta que llegaran a su destino y esperar que pudiera salir en una pieza.

El todoterreno rodó hacia adelante por las calles de París.

CAPÍTULO SEIS

Yuri, quién había sido muy hablador y animado en el bar francés, estuvo inusualmente silencioso durante el paseo en automóvil. Abrió un compartimiento junto a su asiento y sacó un libro muy gastado con una tapa desgarrada — *El Príncipe* Maquiavelo. El profesor Reid quería burlarse en voz alta.

Ambos matones se sentaron silenciosamente en frente de él, con los ojos dirigidos hacia adelante como si trataran de mirar agujeros a través de Reid. Él rápidamente memorizó sus características: El hombre en su izquierda era calvo, blanco, con un oscuro bigote de manubrio y ojos pequeños y brillantes. Tenía una TEC-9 debajo de su hombro y una Glock 27 metida en una funda de tobillo. Una cicatriz pálida dentada sobre su pestaña izquierda sugería un mal trabajo de parche (no del todo diferente de lo que Reid tenía que hacer una vez que su intervención de súper pegamento se curara). No podía saber la nacionalidad del hombre.

El segundo matón era unos tonos más oscuros, con una barba descuidada, llena y una considerable panza. Su hombro izquierdo parecía estar ligeramente hundido, como si estuviese favoreciendo su cadera opuesta. Él también tenía una pistola automática medida en un brazo, pero ninguna otra arma que Reid pudiera notar.

Él pudo, sin embargo, ver la marca en su cuello. La piel de ahí estaba arrugada y rosada, levantada ligeramente por ser quemada. Era la misma marca que había visto en el bruto árabe en el sótano de París. Un glifo de algún tipo, estaba seguro, pero ninguno que reconociera. El hombre con el mostacho no parecía tener una, aunque su cuello estaba oculto mayormente por su camisa.

Yuri no tenía una marca tampoco — al menos no una que Reid pudiera ver. El cuello de la chaqueta de gamuza del serbio surcaba alto. *Podría ser un símbolo de estatus*, pensó. *Algo que debía ser ganado*.

El conductor guio el vehículo a la A4, dejando atrás París y dirigiéndose al noreste hacia Reims. Las ventanas teñidas hicieron la noche toda más oscura; una vez dejaron la Ciudad de las Luces, a Reid le resultó difícil distinguir puntos de referencia. Tenía que confiar en los letreros y señales para saber a dónde se estaban dirigiendo. El paisaje cambio lentamente de un brillo urbano local a una topografía vaga y bucólica, la carretera con una pendiente suave, con la

disposición de la tierra y las granjas que se extendían en ambos lados.

Después de una hora de manejo en completo silencio, Reid aclaró su garganta. "¿Está mucho más lejos?" preguntó.

Yuri puso un dedo en sus labios y luego sonrió. "*Oui*".

Las fosas nasales de Reid se ensancharon, pero no dijo nada más. Él debió preguntar qué tan lejos lo llevarían; por todo lo que sabía, iban claramente a Bélgica.

La ruta A4 se volvió A334, que a su vez se convirtió en A304 mientras subían cada vez más al norte. Los árboles que marcaban el campo pastoral se hacían más gruesos y cercanos, abetos anchos como paraguas que tragaban las tierras de cultivo abiertas y se convertían en bosques indistinguibles. La inclinación del camino incrementó a medida que las colinas inclinadas se convirtieron en pequeñas montañas.

Él conocía este lugar. Mejor dicho, conocía la región y no por ninguna visión destellante o memoria implantada. Nunca había estado aquí, pero lo sabía por sus estudios que había llegado a las Ardenas, un estrecho montañoso boscoso compartido entre el noreste de Francia, el sur de Bélgica y el noreste de Luxemburgo. Fue en las Ardenas donde el ejército alemán, en 1944, trató de lanzar sus divisiones armadas a través de la región densamente forestada en un intento de capturar la ciudad de Amberes. Fueron frustrados por fuerzas estadounidenses y británicas cerca del río Mosa. El conflicto que siguió fue apodado la Batalla del Bulge, y fue la última gran ofensiva de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Por alguna razón, a pesar de lo grave que era o podría llegar a ser su situación, él encontró algo de consuelo pensando sobre la historia, su vida anterior, y sus estudiantes. Pero luego sus pensamientos transitaron de nuevo a sus niñas solas y asustadas sin tener ninguna idea de dónde estaba o en qué se había metido.

Bastante seguro, Reid pronto vio una señal que advirtió el acercamiento a la frontera. *Belgique*, *Belgien, België, Belgium*. A menos de dos millas más tarde, el todoterreno redujo la velocidad hasta detenerse en un pequeño puesto con un toldo de concreto en lo alto. Un hombre en un saco grueso y una gorra tejida de lana miró hacia el vehículo. La seguridad fronteriza entre Francia y Bélgica estaba muy lejos de lo que la mayoría de los estadounidenses estaban acostumbrados. El conductor bajó la ventana y le habló al hombre,

pero las palabras fueron silenciadas por la partición cerrada y las ventanas. Reid echó un vistazo a través del tinte y vio que el brazo del conductor se extendía, pasándole algo al oficial fronterizo — un billete. Un soborno.

El hombre con el gorro les hizo señas.

A solo unas pocas millas por la N5, el todoterreno salió de la carretera y entró a un camino estrecho paralelo a la vía principal. No había señal de salida y la carretera estaba apenas pavimentada; era un camino de acceso, probablemente uno creado para vehículos madereros. El coche empujó sobre los surcos profundos de tierra. Los dos matones chocaron uno contra otro en frente de Reid, pero todavía continuaban mirando fijamente hacía él.

Comprobó el reloj barato que había comprado en la farmacia. Habían estado viajando por dos horas y cuarenta y seis minutos. La noche anterior había estado en los Estados Unidos, luego se despertó en París, y ahora estaba en Bélgica. *Relájate*, su subconsciente lo persuadió. *En ningún lugar que no hayas estado antes. Sólo presta atención y mantén tu boca cerrada.*

Ambos lados del camino parecían ser nada más que árboles gruesos. El todoterreno continuó, subiendo por la ladera de una montaña curva y bajando nuevamente. Mientras tanto, Reid miró por la ventana, pretendiendo estar inactivo, pero mirando cualquier tipo de referencia o señal que pudiera decirle dónde estaban — idealmente algo que pudiera contar más tarde a las autoridades, si era necesario.

Había luces adelante, aunque desde su ángulo no podía ver la fuente. El todoterreno redujo la velocidad de nuevo y se detuvo lentamente. Reid vio una cerca de hierro negro forjado, cada poste coronado por una espiga peligrosa, que se extendía a cada lado y que desaparecía en la oscuridad. Junto a su vehículo había una pequeña cabina de guardia hecha de vidrio y ladrillos oscuros, una luz fluorescente iluminaba el interior. Un hombre emergió. Llevaba unos pantalones y un abrigo de guisante, con el collar levantado alrededor de su cuello y una bufanda gris abrazada en su garganta. No hizo ningún intento de ocultar su MP7 silenciadora que colgaba de una correa sobre su hombro derecho. De hecho, mientras se acercó al automóvil, agarró la pistola automática, aunque no la levantó.

Heckler & Koch, variante de producción mp7A1, dijo la voz en la cabeza de Reid. *Supresor de siete punto un pulgadas. Mira de reflejo Elcan. Cargador de treinta balas.*

El conductor bajó su ventana y le habló al hombre por pocos segundos. Luego el guarda rodeó el todoterreno y abrió la puerta del lado de Yuri. Se inclinó y miró dentro del coche. Reid captó el olor del whiskey de centeno y sintió el aguijón de la gélida ráfaga de aire que vino con él. El hombre miró a cada uno de ellos a su vez, su mirada se detuvo en Reid.

"*Kommunikator*", dijo Yuri. "*Chtoby uvidet' nachal'nika*". Ruso. *Mensajero, para ver al jefe.* El guardia no dijo nada. Cerró la puerta de nuevo y regresó a su poste, presionando un botón en una pequeña consola. La puerta negra de hierro zumbó mientras se hizo a un lado, y el todoterreno se abrió paso. La garganta de Reid se apretó cuando la completa gravedad de la situación lo presionó. Él había ido al encuentro con la intención de obtener información sobre lo que sea que estuviera pasando — no sólo para él, sino con todas las charlas de los planes, jeques y ciudades extranjeras. Se había metido al auto con Yuri y los dos matones en el calor de encontrar una fuente. Había dejado que se lo llevaran fuera del País y al medio de una densa región boscosa, y ahora ellos estaban detrás un portón alto, resguardado y vigilado. No tenía idea de que cómo iba a salir de esto si algo salía mal. *Relájate. Ya has hecho esto antes. ¡No lo he hecho!* Pensó desesperadamente. *Soy un profesor universitario de Nueva York. No sé lo que estoy haciendo. ¿Por qué lo hice? Mis niñas... Sólo déjate llevar. Tú sabes que hacer.* Reid respiró profundo, pero esto hizo poco para calmar sus nervios. Sacó la vista de la ventana. En la oscuridad, apenas podía ver sus alrededores. No había árboles detrás de la reja, sino que había filas sobre filas de viñas, trepando y tejiendo a través de celosías a la altura de la cintura… Era un viñedo. Si era en realidad un viñedo o simplemente un frente, no estaba seguro, pero al menos era algo reconocible, algo que pudiera ser visto por el sobrevuelo de un helicóptero o un dron. *Bien. Eso será útil más tarde. Si es que hay un más tarde.* El todoterreno condujo lentamente sobre el camino de grava durante aproximadamente una milla más o menos antes de que terminara el viñedo. Ante ellos se encontraba una propiedad palaciega, prácticamente un castillo, construida en piedra gris con ventanas arqueadas y hiedra que subía por la fachada sur. Por un breve momento, Reid apreció la hermosa arquitectura; probablemente tenía como doscientos años, quizás más. Pero no se detuvieron allí, en cambio, el carro dio una vuelta alrededor de la gran casa y detrás de ella. Después de otra media milla, se detuvieron en un pequeño terreno y el conductor apagó el motor. Habían llegado. Pero a dónde habían llegado, él no tenía ni idea. Los matones salieron primero, y luego salió Reid, seguido por Yuri. El frío lo dejó sin aliento. Apretó la mandíbula para evitar que sus dientes chasquearan. Sus dos grandes

escoltas no parecían molestarse por ello en absoluto. A unas cuarenta yardas de ellos había una amplia y baja estructura, de dos pisos de altura y varias veces más ancha; sin ventanas y hecha de acero corrugado pintado en beige. Una especie de instalación, razonó Reid — tal vez para la elaboración de vino. Pero lo dudaba. Yuri gruñó mientras estiraba sus extremidades. Luego le sonrío a Reid. "Ben, comprendo que ahora somos muy buenos amigos, pero aun así…" Él sacó una pequeña tela negra del bolsillo de su chaqueta. "Debo insistir". Reid asintió una vez, firmemente. ¿Qué opción tenía? Se volteó, así Yuri podría atar la venda sobre sus ojos. Una fuerte mano carnosa agarró su brazo — uno de los matones, sin duda. "Ahora entonces", dijo Yuri. "Adelante hacia Otets". Una fuerte mano tiró de él hacia adelante y lo guio mientras caminaban en dirección de la estructura de acero. Sintió que otro hombro se frotaba contra el suyo en el lado opuesto; los dos grandes matones lo tenían flanqueado. Reid respiró uniformemente por la nariz, haciendo lo mejor para mantener la calma. *Escucha*, su mente le dijo. *Estoy escuchando*. *No*, escucha. *Escucha, y déjate llevar*. Aunque no pudiera ver, Reid imaginaba en el ojo de su mente a Yuri golpeando con el plano de su puño la pesada puerta de acero. *Chasquido*. Un cerrojo deslizándose a un lado. Un *silbido*, una ráfaga de aire cálido mientras la puerta se abría. De repente, una mezcla de sonidos — vasos que tintinean, líquidos que gotean, cinturones zumbando. El equipo de un vinatero, por su sonido. Extraño; no ha escuchado nada de afuera. *Las paredes del interior del edificio son a prueba de ruidos.* La pesada mano lo guio hacia adentro. La puerta se cerró de nuevo y el cerrojo se deslizó de regreso a su lugar. El suelo debajo de él se sentía como concreto liso. Sus zapatos golpeaban contra un pequeño charco. El olor acético de la fermentación era más fuerte, y justo debajo de eso, el aroma más dulce y familiar del jugo de uva. *Ellos realmente hacen vino aquí.* Reid contó sus pasos por el suelo de la instalación. Pasaron a través de otro conjunto de puertas y con ello llegó una variedad de nuevos sonidos. *Maquinaria — presión hidráulica. Taladro neumático. El tintineo de la cadena de un transportador*. El olor a fermentación dio paso a la grasa, al aceite de motor y a la… *Pólvora. Estaban fabricando algo aquí; más probablemente municiones*. Había algo más, algo familiar, más allá del aceite y la pólvora. Era algo dulce, como almendras… *Dinitrolueno. Estaban haciendo explosivos.* "Escaleras", dijo la voz de Yuri, cerca de su oído, cuando la espinilla de Reid chocó contra el escalón más bajo. La mano pesada continuó guiándolo mientras cuatro series de pisadas subían las escaleras de acero. *Trece pasos. Quién haya construido este lugar no debe ser supersticioso.* Al final había otra puerta de acero. Una vez que se cerró detrás de ellos, los sonidos de la maquinaría se ahogaron — otra habitación a prueba de ruidos. Música de piano

clásica tocada desde cerca. *Brahms. Variaciones sobre un Tema de Paganini*. La melodía no era suficientemente rica como para provenir de un piano real; un estéreo de algún tipo. "Yuri". La nueva voz era un barítono severo, ligeramente ronco por gritar a menudo o por muchos cigarros. A juzgar por el olor de la habitación, era la última. Posiblemente ambos. "Otets", dijo Yuri servicialmente. Él habló rápidamente en ruso. Reid hizo su mejor esfuerzo para seguir el acento de Yuri. "Te traigo buenas noticias de Francia…" "¿Quién es este hombre?" demandó el barítono. Por la forma en la que hablaba, el ruso parecía su lengua nativa. Reid no pudo evitar preguntarse cuál podría ser la conexión entre los iraníes y este hombre ruso — o entre los matones en el todoterreno, si venía al caso, e incluso el Serbio Yuri. *Un trato de armas, quizás*, dijo la voz en su cabeza. *O algo peor*. "Este es el mensajero de los iraníes", respondió Yuri. "Tiene la información que estamos buscando…" "¿Lo trajiste aquí?" intervino el hombre. Su voz profunda se elevó a un rugido. "¡Se suponía que irías a Francia y te reunirías con los iraníes, no arrastrar a 'sus hombres' hacia mí! ¡Estás comprometiendo todo con tu estupidez!" Hubo un fuerte chasquido — un sólido revés sobre una cara — y un jadeo de Yuri. "¡¿Debo escribir la descripción de tu trabajo en una bala para atravesarla en tu grueso cráneo?!" "Otets, por favor…" balbuceó Yuri. "¡No me llames así!" gritó el hombre ferozmente. Una pistola amartillada — una pistola pesada, por su sonido. "¡No me llames por ningún nombre en la presencia de este extraño!" "¡No es ningún extraño!" gritó Yuri. "¡Él es el Agente Cero! ¡Te he traído a Kent Steele!"

CAPÍTULO SIETE

Kent Steele. El silencio reinó por varios segundos que se sintieron como minutos. Cientos de visiones destellaron rápidamente a través de la mente de Reid como si estuviera siendo alimentada por una máquina. *Servicio Nacional Clandestino, División de Actividades Especiales, Grupo de Operaciones Especiales. Operaciones de Psicoanálisis. Agente Cero. Si eres expuesto, estás muerto. Nunca hablamos. Nunca. Imposible.* Sus dedos temblaban de nuevo. Era simplemente imposible. Cosas como los borrados de memoria o implantes o supresores eran materia de teorías de conspiración y películas de Hollywood. No importaba de todos modos. Ellos supieron todo el tiempo quién era él — desde el bar hasta el paseo en carro y todo el camino hasta Bélgica, Yuri sabía que Reid no era quien decía que era. Ahora estaba cegado y atrapado detrás de una puerta de acero con al menos cuatro hombres armados. Nadie más sabía dónde estaba o quién era. Un nudo pesado de miedo se formó en su estómago y amenazó con causarle nauseas. "No", dijo la voz del barítono lentamente. "No, estás equivocado. Estúpido Yuri. Este no es el hombre de la CIA. Si lo fuera, ¡no estarías parado aquí!" "¡A menos que él viniera aquí a encontrarte!" contraatacó Yuri. Dedos agarraron la venda y se la quitaron. Reid entrecerró los ojos ante la repentina rudeza de las luces fluorescentes del techo. Parpadeó ante la cara de un hombre de unos cincuenta, con cabello canoso, una barba tupida ceñida a la mejilla, y unos afilados y discernientes ojos. El hombre, probablemente Otets, llevaba un traje gris carbón, con los dos botones superiores de su camisa desabrochados y con vellos grises en el pecho que salían debajo de ella. Estaban parados en una oficina, con las paredes pintadas de rojo oscuro y adornadas con pinturas llamativas. "Tú", el hombre dijo en inglés acentuado. "¿Quién eres?" Reid tomó un respiro entrecortado y luchó con la urgencia de decirle al hombre que él simplemente ya no lo sabía. En cambio, con voz trémula, él dijo: "Mi nombre es Ben. Soy un mensajero. Trabajo con los iraníes". Yuri, quien estaba de rodillas detrás de Otets, se levantó de un salto. "¡Él miente!" gritó el serbio. "¡Sé que miente! ¡Él dice que los iraníes lo enviaron, pero ellos nunca confiarían en un estadounidense!" Yuri miró maliciosamente. Un delgado riachuelo de sangre brotó del rincón de su boca, dónde Otets lo había golpeado. "Pero sé más. Verás, le pregunté sobre Amad". Él negó con la cabeza mientras enseñaba los dientes. "No hay ningún Amad entre ellos". Le pareció extraño a Reid que estos hombres parecían conocer a los iraníes, pero no con quién trabajaban o a quién podrían enviar. Estaban ciertamente conectados de alguna manera, pero cuál podía ser esa conexión, él no tenía idea. Otets murmuró maldiciones en ruso en voz baja. Luego dijo en inglés: "Le dices a Yuri

que eres un mensajero. Yuri me dice que eres el hombre de la CIA. ¿A qué voy a creer? Ciertamente no te ves como imaginé que Cero se vería. Sin embargo, mi chico encargado idiota dice una verdad: Los iraníes detestan a los estadounidenses. Esto no se ve bien para ti. O me dices la verdad o te dispararé en tu rótula". Levantó la pesada pistola — una Desert Eagle TIG Series. Reid perdió su aliento por un momento. Era un arma muy grande. *Cede*, su mente le estimuló. No estaba seguro de cómo hacer eso. No estaba seguro de que podría pasar si lo hiciera. La última vez que estos nuevos instintos tomaron el control, cuatro hombres terminaron muertos y él, literalmente, tenía sangre en sus manos. Pero no había salida de esto para él — eso es, para el Profesor Reid Lawson. Pero Kent Steel, quien sea que fuera, podría encontrar una manera. Quizás él no sabía quién era, pero no importaría mucho si no sobrevivía lo suficiente para averiguarlo. Reid cerró sus ojos. Asintió una vez, con un consentimiento a la voz de su cabeza. Sus hombros se aflojaron y sus dedos dejaron de temblar. "Estoy esperando", dijo Otets bruscamente. "No querrías dispararme", dijo Reid. Él estaba sorprendido de escuchar su propia voz tan calmada y uniforme. "Un disparo a quemarropa de esa arma no me volaría la rodilla. Me rompería la pierna y me desangraría en el piso de esta oficina en segundos". Otets encogió un hombro. "¿Cómo es que les gusta decir a los estadounidenses? No puedes hacer omelets sin…" "Tengo la información que necesitas", lo interrumpió Reid. "La localización del jeque. Lo que me dio. A quién se lo di. Sé todo acerca de su plan, y no soy el único". Las esquinas de la boca de Otets se curvaron en una sonrisa. "Agente Cero". "¡Te lo dije!" dijo Yuri. "Lo hice bien, ¿verdad?" "Cállate", rugió Otets. Yuri se encogió como un perro golpeado. "Llévatelo bajando las escaleras y obtén todo lo que sabe. Comienza removiendo sus dedos. No quiero perder tiempo". En cualquier día común, la amenaza de que le cortaran sus dedos habría enviado un choque de miedo a través de Reid. Sus músculos se tensaron por un momento, los pequeños vellos de su nuca se pusieron de punta — pero su nuevo instinto luchó contra él y lo forzó a relajarse. *Espera*, le dijo. *Espera por una oportunidad…* El matón calvo asintió bruscamente y agarró de nuevo el brazo de Reid. "¡Idiota!" Otets chasqueó. "¡Átalo primero! Yuri, ve al archivo de documentos. Debe haber algo allí". Yuri se apresuró hacia gabinete de roble de tres cajones en la esquina y lo hurgó hasta que encontró un paquete de cordel grueso. "Aquí", dijo él, y se lo arrojó al calvo bruto. Todos los ojos se movieron instintivamente en el aire hacia el paquete de cordeles que giraba en el aire — ambos matones, Yuri y Otets. Pero no Reid. Él tenía una oportunidad y la tomó. Tomó su mano izquierda y la arqueó hacia arriba en un ángulo fuerte, golpeando la tráquea del hombre calvo con el lado carnoso de su palma. Él sintió que la

garganta cedía bajo su mano. Cuando el primer golpe llegó, pateó el tacón de su bota izquierda detrás de él y golpeó al matón barbudo en la cadera — la misma cadera que el hombre había estado favoreciendo durante el paseo a Bélgica. Un jadeo ahogado y húmedo escapó de los labios del hombre calvo mientras sus manos volaban a su garganta. El bruto barbudo gruño mientras su gran cuerpo giraba y colapsaba. *¡Abajo!* El cordel golpeó el suelo. Red también lo hizo. En un movimiento, se agachó y agarró la Glock de la funda del tobillo del calvo. Sin levantar la mirada, saltó hacia adelante, se agachó y rodó. Tan pronto como saltó, un sonido estruendoso cruzó la pequeña oficina, increíblemente alto. El disparo de la Desert Eagle dejó una impresionante abolladura en la puerta de acero de la oficina. Reid dejó de rodar sólo a unos pocos pies de Otets y se propulso a sí mismo hacia él. Antes de que Otets pudiera girarse a apuntar, Reid agarro la mano de su arma desde abajo — *nunca agarres la corredera, esa es una buena forma de perder un dedo* — y la empujó de arriba abajo. El arma se disparó de nuevo, un estruendo penetrante sólo a unos pocos pies de la cabeza de Reid. Sus oídos zumbaron, pero lo ignoró. Giró el arma hacia abajo y a un lado, manteniendo el cañón apuntado lejos de él mientras lo llevaba a su cadera — y a la mano de Otets con él. El hombre mayor echó su cabeza hacia atrás y gritó cuando su dedo en el gatillo se rompió. El sonido le dio nauseas a Reid mientras la Desert Eagle caía al suelo. Él giró y envolvió un brazo alrededor del cuello de Otets, usándolo como un escudo mientras apuntaba a los dos matones. El calvo estaba fuera de servicio, jadeando en vano contra una tráquea aplastada, pero el barbudo había perdido su TEC-9. Sin vacilar, Reid disparó tres tiros en rápida sucesión, dos en el pecho y uno en la frente. Un cuarto tiro sacó al hombre calvo de su miseria. La consciencia de Reid le gritaba desde el fondo de su mente. *Acabas de matar a dos hombres. Dos hombres* más. Pero esta nueva consciencia era más fuerte, rechazando sus náuseas y su sentido de la preservación. *Puedes entrar en pánico más tarde. No has terminado aquí.* Reid se giró completamente, con Otets en frente de él como si estuviesen bailando, y nivelando la Glock hacia Yuri. El desafortunado mensajero estaba luchando para liberar una Sig Sauer del arnés de su hombro. “Detente”, ordenó Reid. Yuri se congeló. “Manos arriba”. El mensajero serbio levantó sus manos lentamente, con las palmas abiertas. Él sonrió ampliamente. “Kent”, dijo en inglés, “somos muy buenos amigo, ¿no es así?” “Saca mi Beretta del bolsillo izquierdo de tu chaqueta y colócala en el piso”, ordenó Reid. Yuri lamió la sangre de la esquina de su boca y movió los dedos de mano izquierda. Lentamente, metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña pistola negra. Pero no la puso en el piso. En su lugar la sostuvo, con el cañón apuntando hacia abajo. “Sabes”, él dijo, “se me ocurren que, si quieres

información, necesitas al menos uno de nosotros con vida. ¿Sí? "¡Yuri!" rugió Otets. "¡Haz lo que te pide!" "En el piso", repitió Reid. No apartó la mirada de Yuri, pero era consciente de que otros en la instalación pudieron escuchar el rugido de la Desert Eagle. No tenía idea de cuantas personas había abajo, pero la oficina era a prueba de ruidos y había maquinaria funcionando en otra parte. Era posible que nadie lo escuchara — o quizás estaban acostumbrados al sonido y pensaban poco en ello. "Quizás", dijo Yuri, "tome esta arma y le dispare a Otets. Entonces, *me* necesitarás". "¡Yuri, *nyet*!" lloró Otets, esta vez más sorprendido que molesto. "Verás, Kent", dijo Yuri, "esto no es *La Cosa Nostra*. Esto es más cómo, uh… un empleado descontento. Ves cómo me trata. Así que, si le disparo, tú y yo, podemos pensar en algo…" Otets apretó sus dientes y siseó una serie de maldiciones a Yuri, pero el mensajero sólo sonrió ampliamente. Reid se estaba impacientando. "Yuri, si no bajas el arma ahora, me veré forzado a…" El brazo de Yuri se movió, solo un leve indicio de que se estaba levantando. El instinto de Reid se activó como un motor cambiando marchas. Sin pensarlo apuntó y disparó. Pasó tan rápido que la corredora de la pistola lo sobresaltó. Durante medio segundo, Reid pensó que podía haberse perdido. Luego, sangre oscura brotó de un agujero en el cuello de Yuri. Primero cayó de rodillas, con una mano tratando débilmente de frenar el flujo, pero era muy tarde para eso. *Puede tomar hasta dos minutos para desangrarse de una arteria carótida cortada*. Él no quería saber cómo sabía eso. *Pero sólo tarda de siete a diez segundos en desmayarse por una pérdida de sangre.* Yuri se desplomó hacia adelante. Reid inmediatamente se giró hacia la puerta de acero con la Glock apuntada al centro de masa. Esperó. Su propia respiración era estable y suave. Ni siquiera había sudado. Otets respiró bruscamente, jadeando, protegiendo su dedo fracturado con su mano buena. Nadie más vino. *Acabo de dispararles a tres hombres. No hay tiempo ahora para eso. Sal de aquí.* "Quédate", le rugió Reid a Otets mientras lo soltaba. Pateó la Desert Eagle a la esquina más alejada. Se deslizó bajo el archivador. No tenía uso un cañón como ese. También dejo las pistolas automáticas TEC-9 que tenían los matones; eran enormemente imprecisas, buenas para poco más que esparcir balas sobre un área amplia. En cambio, empujó el cuerpo de Yuri a un lado con el pie y agarró la Beretta. Mantuvo la Glock, metiendo una pistola, y sus manos, en cada uno de los bolsillos de su chaqueta. "Nos vamos de aquí", le dijo Reid a Otets, "tú y yo. Irás primero y fingirás que nada está mal. Me vas a llevar afuera y a un carro decente. Porque estas". Hizo un gesto con sus manos, cada una metida en un bolsillo y agarrando una pistola. "Ambas estarán apuntando a tu espina dorsal. Haz un solo paso en falso, o di una palabra fuera de lugar y te enterraré una bala entre tus vértebras L2 y L3. Si eres lo

suficientemente suertudo para vivir, estarás paralizado por el resto de tu vida. ¿Entendido?" Otets lo fulminó con la mirada, pero era lo suficientemente inteligente como para asentir. "Bien. Entonces guía el camino". El hombre ruso se detuvo en la puerta de acero de la oficina. "No saldrás de aquí con vida", dijo en inglés. "Mejor espera que lo haga", rezongó Reid. "Porque me aseguraré de que tú tampoco lo hagas". "Otets abrió la puerta y salió al descenso. Los sonidos de la maquinaria vinieron rugiendo de nuevo instantáneamente. Reid lo siguió fuera de la oficina hacia la pequeña plataforma de acero. Miró hacia abajo por encima del pasamanos, mirando hacia el taller en el piso de abajo. Sus pensamientos — *¿Los pensamientos de Kent?* — eran correctos; había dos hombres trabajando en una presa hidráulica. Uno en un taladro neumático. Uno más parado en un pequeño transportador, inspeccionando los componentes electrónicos mientras avanzaba lentamente hacia una superficie de acero en el extremo. Otros dos con gafas y guantes de látex, sentados en una mesa de melamina, midiendo cuidadosamente algún tipo de producto químico. Curiosamente, notó que eran una variedad de nacionalidades: Tres eran de cabello oscuro y blancos, probablemente rusos, pero dos eran definitivamente del Medio Oriente. El hombre en el taladro era africano. El aroma como de almendra del dinitrotolueno flotaba hacia él. Estaban haciendo explosivos, como había percibido antes por el olor y los sonidos. *Seis en total. Probablemente armados*. Ninguno de ellos miró hacia la oficina. *No dispararían aquí — no con Otets expuesto y con los químicos volátiles alrededor. Pero yo tampoco puedo*, pensó Reid. "Impresionante, ¿no?" dijo Otets con una sonrisa. Notó que Reid inspeccionaba el piso. "Muévete", él ordenó. Otets bajó, con su zapato chocando contra la primera escalera de metal. "Sabes", dijo casualmente, "Yuri tenía razón". *Sal. Móntate en el todoterreno. Choca contra el portón. Conduce como si lo hubieses robado.* "Si necesitas a uno de nosotros". *Regresa a la carretera. Encuentra una estación de policía. Involucra a la Interpol.* "Y el pobre Yuri está muerto…" *Entrégales a Otets. Oblígalo a hablar. Limpia tu nombre en los homicidios de siete hombres.* "Así qué, se me ocurre que no me puedes matar". *He asesinado a siete hombres. Pero fue en defensa propia.* Otets alcanzó el final, con Reid justo detrás de él con dos manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. Sus palmas estaban sudadas, cada una agarrando una pistola. El ruso se detuvo y miró ligeramente sobre su hombro, no mirando del todo a Reid. "Los iraníes. ¿Están muertos?" "Cuatro de ellos", dijo Reid. El sonido de la maquinaria casi ahogaba su voz. Otets chasqueó la lengua. "Lástima. Pero de nuevo… eso significa que no estoy equivocado. No tienes pistas, nadie más a quién ir. Me necesitas". Estaba poniendo en evidencia el blofeo de Reid. El pánico subió en su pecho. El otro lado, el lado de Kent, luchó contra él

de nuevo, como si tragara en seco una píldora. “Tengo todo lo que el jeque nos dio…” Otets se rio entre dientes suavemente. “El jeque, sí. Pero ya sabes que Mustafar sabía muy poco. Él era una cuenta bancaria, Agente. Era blando. ¿Pensaste que le confiaríamos nuestro plan? Si es así, ¿Entonces por qué has venido aquí?” El sudor hormigueaba en la frente de Reid. Había venido aquí con la esperanza de encontrar respuestas, no sólo acerca de este supuesto plan, pero sobre quién era. Había encontrado mucho más de lo que esperaba. “Muévete”, ordenó de nuevo. “Hacia la puerta, lentamente”. Otets se bajó de la escalera, moviéndose lentamente, pero no caminó hacia la puerta. En vez de eso, dio un gran paso hacia el taller, hacia sus hombres. “¿Qué estás haciendo?” demandó Reid. “Poniendo en evidencia tu blofeo, Agente Cero. Si estoy equivocado, me dispararás”. Sonrió y dio otro paso. Dos de los trabajadores levantaron la mirada. Desde su perspectiva, parecía como si Otets estaba simplemente hablando con un hombre desconocido, quizás un socio de negocios o un representante de otra facción. No hay razón para alarmarse. El pánico se elevó nuevamente en el pecho de Reid. No quería soltar las armas. Otets estaba a sólo dos pasos, pero Reid no podía agarrarlo y obligarlo a salir por la puerta — no sin alertar a los seis hombres. No podía arriesgar a disparar en una habitación llena de explosivos. “*Do svidaniya*, Agente”. Otets sonrió. Sin quitar los ojos de Reid gritó en inglés: “¡Dispárenle a este hombre!” Dos trabajadores más levantaron la mirada, mirándose entre sí y a Otets, confundidos. Reid tuvo la impresión de que estos hombres eran trabajadores, no soldados o guardaespaldas como el par de matones muertos de arriba. “¡Idiotas!” rugió Otets sobre la maquinaria. “¡Este es el hombre de la CIA! ¡Dispárenle!” Eso llamó su atención. El par de hombres, en la mesa de melanina, se levantaron rápidamente y alcanzaron las fundas de sus hombros. El hombre africano en el taladro neumático se acercó a sus pies y se levantó una AK-47 al hombro. Tan pronto como se movieron, Reid saltó hacia adelante, al mismo tiempo tirando de ambas manos — y ambas pistolas. Giró a Otets por el hombro y sostuvo la Beretta contra la sien izquierda del ruso, y luego levantó la Beretta hacia el hombre con la AK, su brazo descansaba en el hombro de Otets. “Eso no sería muy sabio”, dijo en voz alta. “Ustedes saben lo que podría pasar si comenzamos un tiroteo aquí”. La visión de un arma en la cabeza de su jefe hizo que el resto de los hombres entrara en acción. Tenía razón; todos estaban armados, y ahora tenía seis armas apuntándole con sólo Otets entre ellos. El hombre que sostenía la AK miraba nerviosamente a sus compatriotas. Una gota delgada de sudor corría por el costado de su frente. Reid dio un pequeño paso hacia atrás, persuadiendo a Otets junto a él con un empujón de la Beretta. “Despacio y con cuidado”, dijo tranquilamente. “Si empiezan a

disparar aquí, todo este lugar podría volar. Y no creo que quieran morir el día de hoy". Otets apretó sus dientes y murmuró una grosería en ruso. Poco a poco se fueron alejando, con pequeños pasos a la vez, hacia las puertas de la instalación. El corazón de Reid amenazaba con salir de su pecho. Sus músculos se tensaron nerviosamente, y luego se aflojaron mientras el otro lado de él lo obligaba a relajarse. *Mantén la tensión fuera de tus extremidades. Los músculos tensos harán que tus reacciones sean lentas.* Por cada paso que Otets y él daban hacia atrás, los seis hombres daban uno hacia adelante, manteniendo una corta distancia entre ellos. Estaban esperando por una oportunidad, y cuanto más se alejaban de las máquinas, menos probable era que se produjera una explosión involuntaria. Reid sabía que sólo la amenaza de matar accidentalmente a Otets les impedía disparar. Ninguno habló, pero las máquinas zumbaban detrás de ellos. La tensión en el aire era palpable, eléctrica; sabía que en cualquier momento alguno se podría poner ansioso y comenzar a disparar. Luego su espalda tocó con las puertas dobles. Otro pasó y abrió las puertas, empujando a Otets junto a él con el cilindro de la Beretta. Antes de que las puertas se cerraran de nuevo, Otets les rugió a sus hombres. "¡Él no sale vivo de aquí!" Entonces se cerró, y el par de ellos estaba en la habitación de al lado, la sala de vinificación, con botellas tintineando y el dulce olor de las uvas. Tan pronto como entraron, Reid dio la vuelta, con la Glock apuntando al nivel del pecho — todavía manteniendo la Beretta preparada en Otets. Una máquina embolletadora y taponadora estaba en funcionamiento, pero estaba automatizada en su mayoría. La única persona en toda la amplia habitación era una mujer rusa de aspecto cansado que llevaba un pañuelo verde en la cabeza. Al ver el arma, y a Reid y a Otets, sus ojos cansados se abrieron aterrorizados de par en par, y levantó ambas manos. "Apaga aquellas", dijo Reid en ruso. "¿Lo entiendes?" Ella asintió vigorosamente y tiro de dos palancas en el panel de control. Las máquinas zumbaban menos, deteniéndose. "Vete", le dijo a ella. Tragó y retrocedió lentamente hacia la puerta de salida. "¡Rápidamente!" gritó con dureza. "¡Fuera!" "*Da*", ella murmuró. La mujer se escabulló hacia la pesada salida de acero, la abrió y salió corriendo hacia la noche. La puerta se cerró de nuevo con un golpe resonante. "Ahora qué, ¿Agente?" gruñó Otets en inglés. "¿Cuál es tu plan de escape?" "Cállate", Reid apuntó con el arma hacia las puertas dobles de la habitación siguiente. ¿Por qué no habían llegado todavía? No podía seguir adelante sin saber dónde estaban. Si había una puerta trasera en la instalación, podrían estar esperándolo afuera. Si lo seguían, no había forma de que pudiera meter a Otets dentro del todoterreno y alejarse sin que le dispararan. Aquí no había amenaza de explosivos; podrían disparar si quisieran. ¿Se arriesgarían a matar a Otets para llegar a él? Nervios destrozados y un arma no

eran una combinación ideal para nadie, ni siquiera para su jefe. Antes de que pudiera decidir su siguiente movimiento, las poderosas luces fluorescentes sobre su cabeza se apagaron. En un instante fueron sumergidos en la oscuridad.

CAPÍTULO OCHO

Reid no podía ver nada. No había ventanas en la instalación. Los trabajadores en la otra habitación debieron bajar los interruptores, porque incluso los sonidos de la maquinaria en la habitación de al lado se desvanecieron y quedaron en silencio.

Rápidamente buscó el lugar donde sabía que podía estar Otets y se agarró del cuello del ruso antes de que este pudiera escapar. Otets hizo un pequeño ruido de asfixia mientras Reid le tiraba hacia atrás. Al mismo tiempo, una luz de emergencia roja se encendió, apenas una bombilla que salía de la pared junto encima de la puerta. Bañaba la habitación con un brillo suave y espeluznante.

"Estos hombres no son idiotas", dijo Otets tranquilamente. "No saldrás de aquí con vida".

Su mente se apresuró. Necesitaba saber dónde estaban — o mejor todavía, necesitaba que vinieran a él.

¿Pero cómo?

Es simple. Sabes que hacer. Deja de luchar contra eso.

Reid respiró profundamente por su nariz, y luego hizo la única cosa que tenía sentido en ese momento.

Le disparó a Otets.

El agudo estallido de la Beretta hizo eco en la silenciosa habitación contigua. Otets gritaba de dolor. Ambas manos volaron a su muslo izquierdo — la bala sólo le había rozado, pero sangraba abundantemente. Escupió una larga serie de insultos en ruso.

Reid se agarró del cuello de Otets y lo tiró hacia atrás, casi de pie, y lo obligó a bajar detrás de la máquina embotelladora. Esperó. Si los hombres aún estaban adentro, definitivamente debieron escuchar el disparo y vendrían corriendo. Si no venía nada, estaban fuera en alguna parte, al acecho.

Recibió su respuesta unos segundos después. Las puertas dobles se abrieron de una patada desde el otro lado lo suficientemente fuerte como para chocar contra la pared detrás de ellas. El primero en pasar

fue el hombre con la AK, rastreando con el cañón de izquierda a derecha rápidamente en un amplio barrido. Otros dos estaban justo detrás de él, ambos armados con pistolas.

Otets gruñó de dolor y agarró su pierna firmemente. Su gente lo escuchó, se acercaron a la esquina de la máquina embotelladora con las armas levantadas para encontrar a Otets sentado en el piso, siseando a través de sus dientes con su pierna herida postrada.

Reid, sin embargo, no estaba ahí.

Él se escabulló rápidamente hacia el otro lado de la máquina, permaneciendo agachado. Guardó la Beretta y agarró una botella vacía del transportador. Antes de que se pudieran girar, él estrelló la botella sobre la cabeza del trabajador más cercano, un hombre del Medio Oriente, luego metió la botella rota en el cuello del segundo. Corrió sangre caliente sobre su mano mientras el hombre balbuceaba y caía.

Uno.

El africano con la AK-47 se giró, pero no lo suficientemente rápido. Reid usó su antebrazo para empujar el cañón hacia un lado, incluso cuando un fusil de balas rompió a través del aire. Se lanzó hacia adelante con la Glock, presionándola bajo la barbilla del hombre, y apretó el gatillo.

Dos

Un disparo más acabó con el primer terrorista — ya que claramente estaba lidiando con eso, él se decidió — este seguía inconsciente en el piso.

Tres.

Reid respiró con fuerza, tratando de que su corazón se ralentizara. No tuvo tiempo de horrorizarse con lo que acababa de hacer, tampoco quería realmente pensar en eso. Era como si el Profesor Lawson hubiese entrado en shock y la otra parte hubiese tomado el control completamente.

Movimiento. A la derecha.

Otets se arrastró por detrás de la máquina y agarró la AK. Reid se volteó rápidamente y le pateó el estómago. La fuerza hizo que el ruso rodara, sosteniendo su costado y quejándose.

Reid tomó la AK. *¿Cuántas balas fueron disparadas? ¿Cinco? Seis*. Tenía un cargador de treinta y dos balas. Si el cargador estaba lleno, aún le quedarían veintiséis balas.

"No te muevas", le dijo a Otets. Entonces, para sorpresa del ruso, Reid lo dejó ahí y regresó por las puertas dobles al otro lado de la instalación.

El cuarto de fabricación de bombas estaba bañado con un brillo rojo similar de la luz de emergencia. Reid abrió la puerta de una patada e inmediatamente se arrodilló — en caso de que alguien tuviese un arma apuntada a la entrada — y barrió el cuarto de izquierda a derecha. No había nadie ahí, lo que significaba que tenía que haber una puerta trasera. La encontró rápidamente, una puerta de seguridad de acero entre las escaleras y la pared orientada al sur. Probablemente sólo se abrió desde el interior.

Los otros tres estaban en alguna parte. Era una apuesta — no tenía forma de saber si lo estaban esperando al otro lado de la puerta, o si habían tratado de dar la vuelta al frente del edificio. Necesitaba una forma de cubrir su apuesta.

Esto es, después de todo, una instalación de fabricación de bombas…

En la esquina más alejada del lado opuesto, pasando el transportador, encontró una larga caja de madera aproximadamente del tamaño de un ataúd y llena de cacahuates para empacar. Los

escudriñó hasta que sintió algo sólido y lo sacó. Era una caja de plástico negro mate, y él ya sabía lo que había adentro.

La puso sobre la mesa de melanina cuidadosamente y la abrió. Más para su disgusto que para su sorpresa, lo reconoció inmediatamente como un maletín bomba, programado con un temporizador, pero capaz de ser desviado por el interruptor de un hombre muerto como un mecanismo a prueba de fallos.

El sudor goteaba por su frente. *¿En serio voy a hacer esto?*

Nuevas visiones destellaron por su mente — fabricantes de bombas afganos perdieron dedos y miembros enteros por incendiarios mal construidos. Edificios que se llenan de humo por un mal movimiento, un solo cable mal conectado.

¿Qué opción tienes? Es esto o recibir un disparo.

El interruptor de hombre muerto era un pequeño rectángulo verde del tamaño de una navaja de bolsillo con una palanca a un lado. Lo cogió con la mano izquierda y contuvo la respiración.

Luego lo apretó.

Nada pasó. Era una buena señal.

Se aseguró de mantener la palanca cerrada en su puño (liberarla detonaría la bomba inmediatamente) y colocó el contador de la maleta en veinte minutos — él no necesitaría tanto después de todo. Luego cogió la AK con su mano derecha y se largó de ahí.

Se estremeció; la puerta de seguridad chillaba en sus bisagras mientras la abría. Saltó a la oscuridad con la AK levantada. No había nadie allí, no detrás del edificio, pero ciertamente habían oído el chillido revelador de la puerta.

Su garganta estaba seca y su corazón aún latía como un timbal, pero se mantuvo de espaldas a la fachada de acero y cuidadosamente facilitó su camino hacia la esquina del edificio. Su mano estaba sudando, agarrando el interruptor de hombre muerto con un agarre de muerte. Si lo soltaba ahora, seguramente estaría muerto en un instante. La cantidad de C4 empacada en esa bomba volaría las paredes del edificio y lo aplastaría, si no fuera incinerado primero.

Ayer mi mayor problema era mantener la atención de mis estudiantes por noventa minutos. Hoy estaba arriesgándose con la palanca de una

bomba mientras trataba de eludir terroristas rusos.

Concéntrate. Alcanzó la esquina del edificio y echó un vistazo alrededor, pegándose a las sombras lo mejor que pudo. Había una silueta de un hombre, una pistola en su mano, de pie como centinela en la fachada este.

Reid se aseguró de que tenía un agarre sólido en el interruptor. *Puedes hacer esto*. Entonces, salió a plena vista. El hombre se volteó rápidamente y comenzó a levantar su pistola.

"Oye", dijo Reid. Él levantó su propia mano — no la que sostenía la pistola, sino la otra. "¿Sabes lo que es esto?"

El hombre se detuvo y ladeó su cabeza ligeramente. Luego sus ojos se ensancharon con tanto miedo que Reid podía ver el blanco de ellos a la luz de la luna. "Un interruptor", murmuró el hombre. Su mirada se movía del interruptor al edificio y viceversa, pareciendo llegar a la misma conclusión que Reid ya tenía — si soltaba esa palanca, ambos estarían muertos en un latido.

El fabricante de bombas abandonó su plan de dispararle a Reid, y en cambio corrió hacia el frente del edificio. Reid lo siguió apresuradamente. Escuchó gritos en árabe —"¡Un interruptor! ¡Tiene el interruptor!"

Bordeó la esquina del frente de la instalación con la AK apuntada hacia adelante, la culata descansaba en su hombro, y su otra mano sostenía el interruptor de hombre muerto en alto sobre su cabeza. El fabricador de bombas no se detuvo; seguía corriendo, subiendo por el camino de grava que se alejaba del edificio y gritándose a sí mismo con voz ronca. Los otros dos fabricantes de bombas estaban reunidos cerca de la puerta principal, aparentemente listos para entrar y acabar con Reid. Se quedaron desconcertados cuando él llegó a la vuelta de la esquina.

Reid rápidamente inspeccionó la escena. Los otros dos hombres tenían pistolas — *unas Sig Sauer p365, capacidad de trece balas con empuñaduras totalmente extendidas* — pero ninguno le apuntó. Como había presumido, Otets había escapado a través de la puerta principal y estaba, en ese momento, a medio camino del todoterreno, cojeando mientras sostenía su pierna herida y apoyado a un hombro con un hombre corto y corpulento con una gorra negra — el conductor, asumió Reid.

"Armas al suelo", ordenó Reid, "o lo volaré"

Los fabricantes de bombas colocaron cuidadosamente sus armas en el suelo. Reid pudo escuchar gritos en la distancia, más voces. Había otros viniendo desde la dirección de la antigua casa. Probablemente la mujer rusa les había avisado.

"Corran", él les dijo. "Vayan y díganles lo que está a punto de pasar".

No hubo que decírselo a los hombres dos veces. Ellos rompieron en una carrera rápida en la misma dirección en la que su cohorte acababa de irse.

Reid volteó su atención al conductor, quién ayudaba al cojo Otets. "¡Detente!" él rugió.

"¡No lo hagas!" gritó Otets en ruso.

El conductor vaciló. Reid soltó la AK y sacó la Glock del bolsillo de su chaqueta. Ellos habían llegado a poco más que la mitad del camino hacia el auto — *cerca de veinticinco yardas. Fácil.*

Se acercó unos pasos más y gritó: "Antes de hoy, creía que nunca había disparado un arma. Pues resulta que soy muy buen tirador".

El conductor era un hombre sensible — o quizás un cobarde, o incluso ambos. Él liberó a Otets, dejando caer a su jefe sin contemplaciones en la grava.

"Las llaves", ordenó Reid. "Suéltalas".

Las manos del conductor temblaron mientras sacaba las llaves del todoterreno del interior del bolsillo de su chaqueta. Las tiró a sus propios pies.

Reid hizo un gesto con el cañón de su pistola. "Vete".

El conductor corrió. La gorra negra cayó de su cabeza, pero no le prestó atención.

"¡Cobarde!" escupió Otets en ruso.

Reid recuperó las llaves primero y luego se paró sobre Otets. Las voces en la distancia se hacían más cercanas. La casa estaba a media milla de distancia; a la mujer rusa le habría llevado unos cuatro minutos llegar a pie, y luego otros pocos minutos para que los hombres bajaran hasta aquí. Se dio cuenta de que tenía menos de dos

minutos.

“Levántate”.

Otets escupió sus zapatos en respuesta.

“Hazlo a tu manera”, Reid guardó la Glock, agarró a Otets por la parte trasera de su chaqueta de traje y lo arrastró hacia el todoterreno. El ruso lloró de dolor mientras su pierna disparada se arrastraba por la grava.

“Entra”, ordenó Reid, “o te dispararé en la otra pierna”.

Otets refunfuño en voz baja, siseando a través del dolor, pero se subió al auto. Reid cerró la puerta de un portazo, dio la vuelta rápidamente y se puso al volante. Su mano izquierda aún sostenía el interruptor de hombre muerto.

Encendió de golpe el todoterreno y aceleró. Las llantas giraron, levantando la grava y la tierra detrás de él, y luego el vehículo se lanzó hacia adelante con una sacudida. Tan pronto como volvió al estrecho camino de acceso, sonaron los disparos. Las balas golpearon el lado del pasajero con una serie de fuertes golpes. La ventana — justo a la derecha de la cabeza de Otets — se astillaba en una tela de araña de vidrio agrietado, pero se mantuvo.

“¡Idiotas!” gritó Otets. “¡Dejen de disparar!”

Resistencia a las balas. Pensó Reid. *Por supuesto que lo es*. Pero él sabía que no duraría mucho. Presionó el acelerador contra el suelo y el todoterreno marchó de nuevo, pasando por delante de tres hombres que estaban a un lado de la carretera mientras disparaban contra el auto. Reid bajó la ventanilla mientras rodaban dos fabricantes de bombas, todavía corriendo por sus vidas.

Luego tiró el interruptor por la ventana.

La explosión sacudió el todoterreno, incluso a su distancia. No escuchó la detonación tanto como la sintió, en lo profundo de su corazón, sacudiendo sus entrañas. Una mirada en el espejo retrovisor no mostró nada más que una intensa luz amarilla, como si estuviera mirando directamente al sol. Manchas nadaron en su visión por un momento y se forzó a mirar adelante hacia el camino. Una bola de fuego naranja voló hacia el cielo, enviando con ella una inmensa nube de humo.

Otets dejó escapar un suspiro quebrado y quejumbroso. “No tienes idea de lo que acabas de hacer”, dijo con calma. “Eres un hombre muerto, Agente”.

Reid no dijo nada. Si se dio cuenta de lo que acababa de hacer — había destruido una significativa suma de evidencia en cualquier caso que se pudiera armar contra Otets una vez que fuera llevado a las autoridades. Pero Otets estaba equivocado; no era un hombre muerto, por lo menos no todavía, y la bomba lo había ayudado a escapar.

Hasta aquí, de todos modos.

Más adelante, la casa se vislumbró, pero no hubo pausa para apreciar su arquitectura esta vez. Reid mantuvo los ojos en línea recta y pasó por encima de él mientras el todoterreno rebotaba sobre los surcos del camino.

Una luz en el espejo captó su atención. Dos pares de faros se balanceaban a la vista, saliendo de la entrada de la casa. Estaban bajas en el suelo y podía escuchar el sonido agudo de los motores sobre el rugido del suyo. Autos deportivos. Pisó el acelerador de nuevo. Serían más rápidos, pero el todoterreno estaba mejor equipado para manejar el camino desigual.

Más disparos rompieron el aire mientras las balas golpeaban el parachoques trasero. Reid agarró el volante con ambas manos, las venas sobresaliendo con la tensión de sus músculos. Él tenía el control. Él podría hacer esto. El portón de acero no podía estar lejos. Iba a cincuenta y cinco por el viñedo; si podía mantener esta velocidad, podría ser suficiente para estrellarse contra el portón.

El todoterreno se balanceó violentamente cuando una bala golpeó la llanta del lado trasero del conductor y explotó. El frente se desvió salvajemente. Reid contraatacó instintivamente, sus dientes se apretaron. La parte trasera se deslizó, pero el todoterreno no se movió.

“Dios sálvame”, gimió Otets. “Este lunático será mi muerte…”

Reid agarró el volante de nuevo y enderezó el vehículo, pero el constante golpeo *tras tras tras* de la rueda le dijo que estaban montados en el rin y que había pedazos de goma. Su velocidad se redujo a cuarenta. Trató de pisar el acelerador de nuevo, pero el todoterreno tembló, amenazando con virarse de nuevo.

Él sabía que no podían mantener la velocidad el tiempo suficiente para atravesar el portón. Rebotarían en ella.

Es una puerta electrónica, pensó repentinamente. Era controlado por el guardia de afuera — quién a este punto sin duda estaría al tanto de su intento de escape y estaría listo con la peligrosa MP7 — pero eso significa que *tiene* que haber otra salida de este recinto.

Las balas continuaban golpeando el parachoques, ya que sus dos perseguidores les disparaban. Encendió las luces altas y vio que el portón de acero se acercaba rápidamente.

"Agárrate de algo", advirtió Reid. Otets agarró la manilla de su ventana y murmuró una oración en voz baja mientras Reid tiraba de la rueda con fuerza hacia la derecha. El todoterreno patinó del lado de la grava. Sintió que los dos neumáticos del lado del pasajero se desprendían del suelo y, por un momento, su corazón saltó a su garganta con la noción de que podrían rodar de un lado a otro.

Pero mantuvo el control y las ruedas cayeron de nuevo. Pisó el acelerador y condujo directo al viñedo, estrellándose contra los delgados enrejados de madera como si fueran palillos de dientes y viñas planas enrollables.

"¡¿Qué demonios estás haciendo?!" chillaba Otets en ruso. Rebotó fuertemente en su asiento mientras pasaban por encima de las hileras plantadas. Detrás de él, el par de autos deportivos se detuvieron. No podían seguirlo a través del campo — pero probablemente estaban al tanto de lo que él estaba buscando y sabían dónde encontrarlo.

"¿Dónde está la otra salida?" exigió Reid.

"¿Qué salida?"

Sacó la Beretta del bolsillo de su chaqueta (era una tarea fácil con el violento rebote del auto) y la presionó contra la pierna herida de Otets. El ruso gritó de dolor. "¡En esa dirección!", lloró, señalando con un dedo torcido el borde noroeste del recinto.

Reid contuvo su aliento. *Por favor, aguanta*, pensó desesperadamente. El todoterreno era resistente, pero hasta ahora habían tenido suerte de que no se rompiera un eje.

Entonces, misericordiosamente, el viñedo terminó abruptamente y regresaron a la carretera de grava. Las luces brillaban en el segundo portón — hecho del mismo hierro forjado, pero sobre ruedas y unido por un solo enlace de cadena.

Eso es todo. Reid apretó su mandíbula y pisó el acelerador una vez

más. El todoterreno se tambaleó. Otets aulló una grosería inentendible. La parte delantera chocó con la puerta de hierro y la abrió, sacando un lado de sus bisagras.

Reid respiró en un intenso signo de alivio. Luego las luces destellaron en su retrovisor de nuevo — los autos estaban de vuelta. Habían dado la vuelta y tomado el otro camino, probablemente subiendo desde el lado opuesto de la casa.

"Diablos", murmuró Reid. No podía seguir así por siempre, y si le disparaban al otro neumático trasero aparecería muerto en el agua. El camino aquí era recto y parecía que se inclinaba hacia arriba. También estaba mejor pavimentado que detrás de la puerta, lo cual sólo significaba que los autos deportivos lo alcanzarían más rápido.

Los árboles se estaban despejando en el lado derecho del camino. La mirada de Reid revoloteó desde la carretera hasta la ventana de pasajeros. Podía haber jurado que, a través del cristal roto, vio un resplandor, como… como agua.

Una ráfaga de recuerdos vino a él, pero no las visiones destellantes de su nueva mente. Estos eran recuerdos reales, recuerdos del Profesor Lawson. *Estamos en las Ardenas. Las Batalla de las Arenas tuvo lugar aquí. Fuerzas Estadounidenses y Británicas mantuvieron los puentes contra las divisiones de los panzer en el río…*

"Mosa", murmuró en voz alta. "Estamos en el río Mosa".

"¿Qué?" exclamó Otets. "¿Qué estás balbuceando?" Luego se agachó instintivamente mientras las bayas astillaban su parabrisas trasero.

Reid lo ignoró, y a las balas. Su mente se apresuró. ¿Qué era lo que recordaba haber leído sobre el Mosa? Cortaba a través de las montañas, sí. Y estaban en una pendiente, yendo hacia arriba. Había canteras aquí. Canteras de mármol rojo. Acantilados escarpados y caídas empinadas.

El todoterreno se estremecía en protesta. Un sonido pesado y desconcertante retumbaba desde su parte interior.

"¿Qué es eso?" gritó Otets.

"Ese es nuestro eje rompiéndose", respondió Reid. Él se concentró en el camino por delante. Tenían muy poco tiempo…

Otra explosión sacudió el todoterreno y amenazó con sacarlo de la carretera. *No era una bala*, pensó Reid. Era la otra rueda trasera que se reventó. Se le acababa el tiempo y el camino. Escaneó en busca de un descanso en los árboles lo suficientemente ancho.

El auto deportivo detrás de él se dio cuenta inmediatamente del reventón. Se arrastró por la parte trasera y chocó contra el parachoques. El todoterreno patinó ligeramente. Por un breve momento, Reid pensó en frenar y dejar que el auto chocara contra ellos. Con la distracción momentánea, podía ganar el elemento de sorpresa. Aún tenía dos armas. Pero no; había una buena posibilidad de que los dos carros que los perseguían tuvieran el mismo blindaje antibalas del todoterreno.

Sólo había una forma en la que podía pensar para salir de esto.

Pero eso es imposible, pensó. *Eso es una locura.*

No, no lo es. ¿Aún no lo entiendes? Has sido entrenado para cada ocasión. Has estado en todas las situaciones. Mira lo que has hecho hasta ahora. ¿Aún no lo entiendes? Tú eres *Kent Steele.*

"Lo soy", murmuró. "Lo soy". Él no sabía cómo era posible, y su cerebro todavía era un completo desastre, pero sabía que era verdad. Y la voz en su cabeza tenía la razón. Había una forma.

Tiró de la rueda a la derecha. El todoterreno chirrió y rugió mientras se deslizaba de lado. Reid piloteó entre dos árboles estrechos, directamente hacia el río. "Vas a querer saltar del auto cuando te diga salta".

"¡¿Qué estás haciendo?!" gritó Otets. "¿Estás demente?"

"Quizás lo esté". El auto dio tumbos con un temblor que sacudía los dientes al romperse el eje, pero en ese momento su impulso era demasiado para detenerlo. Reid agarró la manija de la puerta con la otra mano y la dirigió con la otra. "Pero si no quieres morir, saltarás".

Otets susurró otra oración en voz baja, sus ojos se cerraron.

Reid apretó su mandíbula firmemente. *Aquí vamos*. Los autos deportivos detrás de él se detuvieron, los conductores observando con incredulidad como el todoterreno se deslizaba sobre el borde de la cantera de mármol rojo y se desplomaba sesenta pies hacia la oscuridad del Mosa.

CAPÍTULO NUEVE

La caída se sintió increíblemente larga.

Mientras las llantas delanteras del todoterreno se perdían en el suelo debajo de ellas y salieron rodando sobre nada, Reid abrió la puerta del lado del conductor y, con un estallido de adrenalina, saltó fuera del auto. Medio segundo antes de que gritara "¡Salta!" Escuchó el agudo alarido de miedo de Otets mientras él también abría la puerta.

Y entonces, cayeron a través de la oscuridad hacia el torrente de agua debajo. Reid pensó que era extraño, en ese momento, que no hubiera ningún tirón hipnótico, ninguna sensación de caída cuando cayeron rápidamente hacia el Mosa — y luego pensó que era aún más extraño que su mente pudiera estar tan consciente y lúcida mientras caía por un precipicio.

Ellos golpearon la superficie del río medio segundo antes que el todoterreno y a varios pies de distancia. Un choque eléctrico quemó todo el cuerpo de Reid al golpear el agua helada. Cada músculo estaba tan tenso como bandas elásticas estiradas hasta el límite. El aire salió de sus pulmones tan rápido que casi se desmayó. El pesado vehículo se balanceó por un momento y luego se hundió; la succión de este los hizo caer una y otra vez en la oscuridad hasta que no supo por dónde estaba la superficie.

Finalmente, su cabeza salió a la superficie. Aspiró con dificultad, su cuerpo ya amenazaba con ceder ante el agua helada. Miró a su alrededor por Otets, pero no vio más que burbujas. Está muy oscuro como para ver debajo de la superficie. Si Otets se hubiera hundido con el auto, si no hubiera salido a tiempo, no habría nada que Reid pudiera hacer. Ya estaría muerto…

Algo atravesó el agua a pocos pies de él. Se acercó y lo agarró por la ropa empapada. El cuerpo del ruso estaba débil. Había perdido la consciencia — al menos, esperemos que eso sea todo. Arrastró a Otets hacia él y se aseguró que su cabeza estuviera fuera del agua. Sería difícil llegar a cualquier parte con un hombre inconsciente.

No entres en pánico. Mueve tus extremidades.

Reid se posicionó en movimientos de mariposa hacia atrás y envolvió sus piernas alrededor del torso de Otets. Movió sus manos en

círculos amplios, lentamente y metódicamente — no quería chapotear demasiado y potencialmente dar su posición a cualquiera que mirara hacia abajo desde arriba. Dudaba que los coches deportivos y los hombres de Otets simplemente se rindieran y fueran a casa.

La corriente era fuerte, pero dejó que los llevara hacia el sureste mientras se dirigían a la orilla. Les llevó varios minutos, pero pronto fue lo suficientemente poco profundo como para que pudiera ponerse de pie. Subió el cuerpo de Otets sobre sus hombros como en un agarre de bomberos y lo arrastró en un estrecho tramo de playa rocosa.

El frío era peor fuera del agua. El viento bajo cero sopló a través de él y endureció su ropa mojada. Dejó caer a Otets y se aseguró de que aún respiraba sosteniendo un dedo debajo de sus fosas nasales. Sintió que respiraba superficialmente, de forma irregular — Otets estaba vivo, pero probablemente había tragado una buena cantidad de agua.

Reid se acurrucó, frotando su pecho rítmicamente con ambos brazos. Necesitaba encontrar refugio, y rápido, antes de que ambos sucumbieran a la hipotermia. Estimó que tenían entre cinco y diez minutos antes de que ambos estuvieran muertos. Apretó los dientes para evitar que chasquearan y volvió a levantar a Otets. Para distraer su mente del frío crudo y mordaz, y de la sospecha de que podrían congelarse en minutos, intentó pensar en otra cosa, en cualquier cosa. Playas cálidas. Duchas calientes. Una chimenea acogedora. Su mente se dirigió a sus hijas, sentadas en un hotel en alguna parte y preocupadas por dónde podría estar su padre y que estaba pasando. Pensó en Kate, su difunta esposa y madre de sus hijos, y que haría ella en esta situación. Casi se rio amargamente — Kate nunca se habría metido en una situación como esta. Apenas sabía cómo *él* se había metido en una situación como esa.

Kent sabía. En algún lugar de su mente estaba ese conocimiento, el conocimiento de Kent, de lo que había pasado y por qué, por un tiempo, ya no era Kent Steele. Ahora era más claro para él; no había forma de negarlo. Eran recuerdos, y no eran falsos recuerdos implantados como algún proyecto secreto de control mental de la CIA u otras tonterías de mitos urbanos. La CIA, estas visiones destellantes… eran suyas. Eran sus instintos, su voz, su entrenamiento. Ningún recuerdo implantado podría simular la intuición, la compulsión y el conocimiento situacional que había exhibido en las instalaciones o en el sótano con los iraníes.

No sabía cómo, pero *era* Kent Steele. Agente Cero. No sabía por

qué, pero él — o alguien más, quizás — le había quitado todo eso. Repentinamente, el Profesor Reid Lawson se sintió como una mentira. Esa otra vida, la vida tranquila en el Bronx y las caminatas al deli y las charlas sobre piratas, todo se sentía implantado y falso.

No, se dijo así mismo. *Esa era su vida también. Las niñas son tus hijas. Kate era tu esposa. Todo era tuyo.*

Pero esto también lo es.

Reid ni siquiera se dio cuenta de que había llegado a una carretera hasta que las luces de los faros nublaron su visión. Entrecerró los ojos, entró en pánico, atrapado en los faros como un ciervo medio congelado. Los hombres de Otets lo habían encontrado. Debía haber un puente o algún camino rápido a través del río, y él había tropezado descuidadamente justo en el camino que tenían en frente. No podía correr — incluso si dejaba caer a Otets, le quedaban muy pocas fuerzas en sus heladas extremidades.

El carro se detuvo bruscamente y permaneció allí unos segundos. Entonces la puerta del conductor se abrió. Reid no podía ver a nadie, ni siquiera una silueta, más allá de las luces.

"*¿Hallo?*" la voz de una mujer, pellizcada por el nerviosismo. "*¿Heb je hulp nodig?*"

El no reconocimiento de sus palabras despertó la mente de Reid. "Um, *¿D-deutsche*?" tartamudeó. "¿I-inglés? *¿Francais?*"

"*Francais, oui*", respondió ella. "*¿As-tu besoin d-aide?*" ¿Necesitan ayuda?

"*Oui, si'l vous plait*", dijo sin aliento. Sí, por favor. Dio un par de pequeños pasos hacia el auto. Escuchó su grito de sorpresa — debe haber tenido un aspecto terrible. La escarcha había brotado en su cuello y en su cabello, y era probable que sus labios fueran de un rico tono azul. Le dijo en francés: "Nos caímos en el río…"

"¡Rápido!" dijo ella con urgencia. "¡Entren al auto! Vamos, sube". Su acento francés registró algo dentro de él — no en el lado de Kent Steele, sino en el lado de Reid Lawson. Ella era Flamenca, y su primer intento de hablarle debe haber sido en holandés.

Ella abrió la puerta trasera y le ayudó a recostar a Otets en el asiento. El aire caliente se precipitó sobre Reid como una brisa de bienvenida. La mujer sacó una manta delgada del maletero. En lugar

de ponerla sobre el ruso, Reid la puso en forma de bola y la usó para apoyar los pies de Otets, para ayudar a que la sangre circule a su corazón y evitar que convulsionara. Luego subió al asiento delantero y sostuvo sus manos en los conductos de ventilación.

La mujer Flamenca volvió a subir al auto y alcanzó el botón para subir la calefacción. “Espera”, dijo Reid en francés. “Lento es mejor”. Sabía que, si intentaban calentarse muy rápido, incluso después un principio mínimo de hipotermia, ambos podrían entrar en shock — especialmente Otets, si es que ya no lo estaba.

“Debería llevarlos a un hospital”, dijo la mujer mientras abrochaba su cinturón. “No está muy lejos…”

“Nada de hospitales, por favor”. Tenía el presentimiento de que los hombres de Otets podrían revisar los hospitales. Además, no quería ser interrogado — de hecho, él planeaba hacer el interrogatorio, tan pronto como estuviera en condiciones para hacerlo.

“Pero, ¿qué hay de tu amigo?” protestó ella. “¡Él podría morir!”

“Nada de hospitales”, dijo Reid firmemente.

Ella lo miró y su mirada se encontró con la de él. Podía ver la incertidumbre parpadeando detrás de sus ojos verdes, un conflicto entre querer hacer lo correcto y potencialmente ponerse en algún tipo de peligro.

Él la miró rápidamente; ella tenía unos cuarenta años, de aspecto sencillo, con callos en los dedos y ligeros grabados que cruzaban el dorso de sus manos. *Un granjero. Probablemente cebada, considerando la zona.*

El resto de la conversación fue en francés. A Reid le resultaba extraño hablarlo, conocer de repente las palabras cuando le venían a la mente en inglés, pero era aún más extraño escuchar un idioma extranjero y entenderlo al instante tal como se hablaba.

“Estábamos bebiendo”, explicó. “No mirábamos por dónde íbamos, y chocamos contra el río...”

“¿Tu coche está en el río?”, exclamó. “¡Tienes suerte de estar vivo!”

Reid frotó su pecho. Sus miembros ya se estaban calentando, aunque sus ropas aún estaban tiesas por la brisa helada de la noche.

Mientras se encogía de hombros ante su chaqueta mojada, dijo: “Sí, pero no estamos heridos. No muy mal, de todos modos. Si vamos al hospital, nos harán preguntas. Y si encuentran la verdad, tendrán que llamar a la policía”.

Ella negó con la cabeza. “Eso fue extremadamente estúpido de su parte”.

“Lo sé. Pero por favor, nada de hospitales. ¿Hay algún lugar donde podamos pasar la noche? ¿Una posada o un hostal, quizás?”

“Pero tu amigo”, dijo ella de nuevo, “parece que necesita ayuda…”

“Él estará bien. Sólo está muy borracho”. Reid esperaba que no se hubiera dado cuenta de la herida en la pierna de Otets donde la bala le había rozado.

La mujer suspiró y sacudió su cabeza. Ella murmuró algo en holandés, y entonces dijo algo en francés: “Tengo una granja no muy lejos de aquí. Hay una cabaña. Pueden pasar la noche allí”. Su mirada vacilante se encontró de nuevo con la suya: “Sería muy bueno que no me arrepienta de esto más tarde”.

“No lo hará. Se lo prometo. Gracias”.

Condujeron en silencio por varios minutos. Otets ocasionalmente emitía un suave quejido, y en un momento dado vomitó una pequeña cantidad de agua de río en el piso del auto.

Al tiempo, la mujer le preguntó: “¿Eres Estadounidense?”

“Sí”.

“¿Y tu amigo?”

“También es estadounidense”. Reid no quería que la mujer estuviera en la línea de fuego de nadie si los hombres en las instalaciones de Otets iban a buscar a un estadounidense con un ruso.

El reloj digital de la radio de su coche le dijo que era casi la una de la mañana. “¿Puedo preguntar qué hacías afuera a estas horas de la noche?”, se aventuró.

“Mi madre está enferma en Bruselas”, él le dijo. “Estaba justo regresando de visitarla”.

“Lamento escuchar eso”.

“Los doctores dicen que vivirá”.

El resto de su viaje fue tranquilo. Reid tenía la clara impresión de que la mujer sabía que él estaba mintiendo, pero no quería preguntar. Esa fue una buena idea de parte de ella — una creíble negación — y, además, él no iba a compartir la verdad, a pesar de lo hospitalaria que ella estaba siendo.

Después de unos quince minutos, llegaron a un camino de tierra que atravesaba un campo de cebada de invierno de tallo corto. Al final de la estrecha carretera había una pequeña cabaña, un único piso hecho de piedra y madera con un techo alto. Aparcó el coche delante de ella.

“¿Necesitas ayuda para llevarlo adentro?” preguntó ella.

“No, no. Yo lo llevaré. Ya has hecho más que suficiente”. Reid no quería dejar el cálido auto, pero obligó a sus piernas a moverse de nuevo. Un dolor en los nervios le pinchaba los músculos como agujas, pero se las arregló para poner a Otets sobre sus hombros una vez más y llevarlo a la cabaña.

La mujer flamenca les abrió la puerta. Pulsó un interruptor y una sola bombilla se iluminó por encima. Reid dejó a Otets en un pequeño sofá verde que podría haber sido mayor que él. La cabaña olía a moho y parecía que no se había usado en mucho tiempo; había una fina capa de polvo en cada superficie, y cuando encendió la estufa eléctrica en la esquina, esta estaba acompañada de un suave olor a quemado.

“El olor se desvanecerá”, le dijo ella. “Hay una cama en la habitación trasera y algunas toallas en el baño. Puede que haya algo de comida en la alacena — sírvanse lo que quieran”. Se mordió su labio, como si estuviera considerando si preguntar o no. “¿Estás seguro de qué estarán bien? No cualquier día uno encuentra a dos hombres congelados a un lado de la carretera…”

“Estaremos bien”, le aseguró. “No puedo agradecerte lo suficiente”. *Al menos podría tratar*, pensó. Aún tenía un montón de euros en su bolsillo. Estaban blandos y mojados, pero sacó dos billetes, cada uno de cien, y se los ofreció. “Por las molestias”.

Ella sacudió la cabeza. “No es molestia. Estoy feliz ayudar a los necesitados”.

“No tenías que hacerlo”. Le puso los billetes en la mano. “Por favor”.

Ella los tomó y asintió gentilmente. Luego hizo un gesto hacia la ventana. “¿Ven esa luz sobre el campo? Esa es mi casa”. Ella añadió rápidamente: “No estoy sola allí”.

“No seremos molestias. Te doy mi palabra. Nos iremos en la mañana”.

La mujer asintió una vez y luego salió apresurada de la cabaña. Un momento después, Reid escuchó el motor de su auto mientras se alejaba del camino de tierra.

Tan pronto como se fue, cerró las cortinas y se quitó los zapatos y la ropa mojada. No fue fácil, rígido con escarcha y aferrado a su piel como estaban. Se dio cuenta de lo cansados que estaban sus músculos — que tan exhausto estaba él en general. ¿Cuándo fue la última vez que durmió sin ser drogado o estando inconsciente? Apenas podía recordar.

Puso su ropa en el mantel sobre la estufa eléctrica y luego se paró frente a ella por varios minutos, llevando puesto sólo unos bóxer y lentamente calentando su cuerpo y flexionando sus extremidades para que la sangre fluyera completamente otra vez.

Luego desvió su atención a Otets.

Primero le quitó al ruso su traje gris carbón. Le sacó sus zapatos de punta de ala, sus zapatos mojados y fríos, la chaqueta, los pantalones, y finalmente su camisa blanca. Cuando giró a Otets para sacar la camisa debajo de él, Reid se dio cuenta de que su espalda estaba cubierta de cicatrices verticales de un color rosa pálido, cada una entre cuatro y seis pulgadas de largo. O eran golpes superficiales de un cuchillo, o latigazos; no pudo saber cuál era, peo se veían como si tuvieran décadas de antigüedad, adquiridas en la juventud.

Otets ocasionalmente murmuraba ininteligiblemente en voz baja. Reid no podía entender si hablaba ruso o inglés, pero a juzgar por el gruñido de su labio, todo lo que decía no era agradable. Bruscamente, tiró la ropa empapada en un montón, y luego hizo rodar a Otets desde el sofá y lo arrastró hasta la estufa eléctrica, poniéndolo sobre la alfombra desgastada frente a ella.

La cocina de la cabaña era poco más que un corto pasillo con un fregadero de acero, una placa calefactora, un bloque de corte y dos

cajones. Reid llenó un vaso con agua del grifo. Cuando lo trajo de vuelta, Otets se las había arreglado para levantarse un poco, apoyado en sus codos.

"Tú", dijo débilmente en inglés. "Eres un demente. ¿Lo sabes?"

"Estoy empezando a darme cuenta de eso", dijo Reid. "Bebe".

Otets no discutió; se bebió el vaso completo y, luego cuando terminó, respiró varias veces con dificultad. Se miró a sí mismo como si acabara de darse cuenta de que estaba despojado en calzoncillos. "¿Qué estás haciendo?" preguntó.

"Te necesito coherente". Atrás en las instalaciones de Otets, el plan de Reid era sacar al ruso para entregarlo a las autoridades. Pero necesitaba saber que estaba pasándole — a él, y posiblemente a muchos más, si su corazonada sobre una amenaza era correcta. Había oído hablar más de una vez de un plan de algún tipo. Y él era, después de todo, Kent Steele, agente de la CIA. Ya se había dado cuenta de esto antes, o al menos parte de ello. Descubriría lo que pudiera, y luego entregaría a Otets al poder y recuperaría su vida.

"No te diré nada". La cabeza de Otets se encogió un poco. Sus ojos estaban medio cerrados y llorosos. No estaba en posición de defenderse, y mucho menos de escapar.

"Ya veremos". Reid recuperó la Glock del bolsillo de su chaqueta. La Beretta se había ido; probablemente la había perdido en el río. Volvió a la cocina, puso el vaso en el fregadero y desmontó la pistola. Sabía que seguiría disparando bien a pesar de la caída en el río, pero el agua en la cámara podía corroer el cañón. Puso las piezas sobre un trapo de cocina y luego abrió cada uno de los dos cajones.

Está bien, se preguntó a sí mismo, *¿qué podemos usar?*

El contenido de los cajones era escaso, pero entre ellos encontró un cuchillo dentado para carne — viejo, pero robusto y afilado. La sostuvo en alto y miró su reflejo en la hoja. Se le revolvió el estómago ante la idea de usarlo contra una persona.

Decidió que era hora de enmendar su acrónimo. Con sus niñas, se preguntaba con frecuenta: "¿Qué haría Kate?" Las letras eran las mismas — ¿QHK? — pero el nombre era diferente.

¿Qué haría Kent?

Respondió con calma de inmediato. *Ya sabes la respuesta.*

Se estremeció un poco. Era extraño tener otra voz en su cabeza — no, no otra voz, ya que la voz de Kent era la suya. Era otra personalidad en su cabeza, tan diferente de la de Reid Lawson que pensó que era casi nauseabunda.

Kent mató personas.

En defensa propia.

Kent estuvo encubierto en conocidas células terroristas.

Necesario para la seguridad de nuestra nación.

Kent conducía autos sobre precipicios.

Por necesidad. Además, fue divertido.

Reid se inclinó sobre el fregadero de acero con ambas manos, hasta que la pasó la leve sensación de náusea. Fue por tragar agua de río y nada más — definitivamente, no por la locura que se arrastraba en él, se dijo a sí mismo.

Quería desesperadamente la información que Otets conocía, o incluso la información que Kent conocía, pero no podía quitarse de encima la horrible sensación de que quizás se había hecho esto a sí mismo. No parecía tener sentido, no se basaba en lo que él sabía actualmente, pero aun así no podía sacarse la idea de la cabeza. ¿Y si se hubiera tropezado con algo tan peligroso y potencialmente dañino que necesitara olvidarlo? ¿Y si él, como Kent Steele, tuviera el supresor de memoria implantado para su propia seguridad — o para la seguridad de su familia?

"¿Por qué?" se preguntó a sí mismo con calma. "¿Por qué paso esto?" Ningún recuerdo chispeó. Ninguna visión destelló.

Suspiró, y luego recogió sus provisiones. De los cajones cogió el cuchillo para bistec y una vieja extensión marrón de dos puntas. Encontró una tetera en el armario y la llenó de agua, y luego sacó una toalla del pequeño baño en la parte trasera de la cabaña. Luego los trajo todos de vuelta a Otets.

El ruso parece que estaba recuperando algo de fuerza, o al menos, algo de sentido. Miró fijamente a Reid mientras este colocaba los cuatro objetos en el suelo entre ellos.

“Tienes la intención de torturarme”, dijo en inglés. No era una pregunta.

“Pretendo obtener respuestas”.

Otets se encogió de hombros. “Haz lo que quieras”.

Reid se quedó callado durante un largo momento. ¿Valía la pena obtener información con lo que tenía pensado hacer?

Si eso significa mantener a las personas vivas — especialmente a mis niñas — entonces sí.

“Voy a ser honesto contigo”, dijo Reid. Otets levantó la mirada con sorpresa, pero sus ojos se mantuvieron entrecerrados y sospechosos. “Sabes quién soy. Kent Steele, Agente Cero de la CIA, ¿correcto? El problema es… que no lo sé. No sé lo que significa. O al menos no lo sabía, hasta hace muy poco”. Señalo a la venda de mariposa en su cuello, donde el interrogador iraní había cortado el supresor de memoria. “Parece que mi memoria fue alterada. No sé por qué. Sé algunas cosas — ellas regresan en destellos — pero no es suficiente”.

¿Por qué les estoy diciendo todo esto?

Sabes por qué. Porque él no puede salir de esta habitación con vida.

No matare a un hombre herido y desarmado.

Tienes que hacerlo.

“No te creo”, dijo Otets con firmeza. “Es una… um, cómo se dice… una artimaña. Esto es un truco”.

“No lo es”, dijo Reid simplemente. “Y no necesito que me creas. Necesito resolver esto por mí mismo, de verdad. Yo estaba en algo — mejor dicho, Kent estaba en algo. Los hombres que aprehendimos en Zagreb, Teherán, Madrid… he tenido este sentimiento de que estaban conectados, y ahora tengo la clara impresión de que estaban conectados a ti. El jeque, Mustafar, sabía cosas. Nos dio esas cosas, pero no sabía lo suficiente. Estaba construyendo un caso contra algún plan, un ataque tal vez, pero no sé lo suficiente para saber lo que es”.

Otets sonrió con la mitad de su boca. “El jeque no sabía nada”.

“El jeque nos dio cosas”, respondió Reid. Lo había visto en su

flashback. “Nombres, fechas, lugares…”

La sonrisa se convirtió en una mueca despiadada. “El jeque sabía solo lo suficiente para mantenerlo involucrado. Esa es la belleza de nuestra operación. Cada uno de nosotros es meramente una pieza en el rompecabezas, ninguno es más importante que el siguiente. Tortúrame si lo deseas, Agente, pero no puedo decirte lo que no sé — y sé sólo lo suficiente para mantenerme involucrado también”.

“Los iraníes que me capturaron”, dijo Reid. “Y Yuri, el serbio, el estadounidense que mencionó y los hombres del Medio Oriente en tus instalaciones… todos están trabajando juntos. ¿Cuál es la conexión?”

Otets no dijo nada. Simplemente lo miró desafiante, con su boca en línea recta.

Reid tomó casualmente el cable de extensión y lo midió en tramos, con un largo de cada brazo. “¿Sabes para qué son estas cosas?” Tomó el cuchillo de carne y cortó el cable de extensión en dos pedazos.

“Gulag”, dijo Otets. “Conoces esta palabra, ¿‘gulag’?”

“Campo de prisioneros ruso”, dijo Reid.

“Sí. Tu gobierno cree que todos los gulags estaban cerrados cuando la Unión Soviética se disolvió. Pero no”. Otets tiró de un pulgar sobre su hombro, haciendo gestos hacia las cicatrices entrecruzadas en su espalda. “No hay nada que puedas hacerme peor de lo que ya me han hecho”.

“Ya veremos”. El brazo de Reid salió disparado y agarro la muñeca de Otets. El ruso trató de alejarla, de luchar contra él, pero todavía estaba muy débil. Reid sacó su codo opuesto y rápidamente golpeó la frente de Otets. El golpe lo aturdió lo suficiente para que Reid atara ambas muñecas firmemente con el cordón de extensión cortado. La otra pieza la ató alrededor de ambos tobillos.

Forzó a Otets a acostarse boca arriba, y luego Reid se sentó sobre su pecho, sentado encima de él inmovilizando sus brazos con todo su peso.

Imagínate si esa mujer entrara aquí ahora mismo, dijo el lado Kent de él. *¿Qué pensaría ella que está pasando?*

Cállate. No quiero hacer esto. Incluso si lo pensaba, sus manos

estaban buscando la toalla.

Es la única manera. Aparte del cuchillo. O del arma. ¿Preferirías uno de esos?

Las náuseas volvieron a aparecer en su barriga, pero respiró profundamente por la nariz y la obligó a volver a bajar.

Otets le miró pasivamente. Sabía que no tenía fuerzas para luchar. "Haz lo que quieras", dijo. "No te diré nada".

Reid envolvió la toalla alrededor de la cara de Otets, agrupando los extremos detrás de su cabeza y tirando de ella con fuerza. Lo agarró con fuerza con un puño bajo la cabeza del ruso.

"Última oportunidad", dijo. "¿Cuál es el complot? ¿Cuál es la conexión entre los iraníes, el jeque y tú?

Otets no dijo nada. Sus respiraciones se volvían rápidas y ansiosas.

"Bien". Reid agarró la tetera y vertió agua sobre la toalla.

Algunos llamarían al submarino una técnica de interrogación. La mayoría simplemente lo llamaría tortura. Se hizo público en 2004 cuando los informes filtrados de la CIA detallaron su uso en sospechosas células terroristas. Reid sabía todo esto, pero sabía más, y le volvió a inundar mientras echaba agua generosamente sobre la cara de Otets.

El submarino simula los efectos del ahogo. La superficie porosa — en este caso, una toalla — se vuelve saturada e impermeable. El cautivo no puede respirar; el agua llena sus vías.

El adulto promedio puede contener la respiración por menos de un minuto.

Después de pocos minutos, la hipoxia se instalará — la falta de oxígeno en el cerebro — y cautivo se desmayará. Por supuesto, querrás mantenerte dentro de ese límite.

Los efectos secundarios potenciales son el daño a los pulmones. Daño cerebral. Dolor extremo. Consecuencias psicológicas a largo plazo. Y, a veces, la muerte.

Los músculos del cuello de Otets se tensaron, poniéndose firmes

contra su blanca piel. Intentó sacudir la cabeza, pero Reid lo sujetó con fuerza. De todos modos, no tenía adónde ir, ni adónde escapar del agua. Gruñó y se sofocó bajo la toalla. Sus miembros atados se retorcieron bajo Reid.

Contó hasta sesenta y luego quitó la toalla.

Otets aspiró un grito ahogado. Su esclerótica estaba abultada y enrojecida — se le habían reventado algunos pequeños vasos sanguíneos en los ojos. Sus hombros se elevaron.

"¿Cuál es el complot?" preguntó Reid de nuevo. "¿Cuál es la conexión?"

Otets le miró con ira, con los dientes apretados y respiraba siseando. Aun así, no dijo nada.

"Como tú quieras". Reid colocó la toalla sobre su cabeza de nuevo, apretándola con fuerza. Otets gruñó e intentó golpear, pero no podía moverse. Reid vertió el agua. Otets estaba amordazado y se ahogaba bajo la toalla.

Reid contó de nuevo, mirando a la pared. No quería que el recuerdo de lo que estaba haciendo quemara en su mente — pero la visión llegó de todas formas.

Un sitio negro de la CIA. Un cautivo, atado a una mesa con una ligera inclinación. Una capucha sobre su cabeza. Agua, vertiendo. Sin detenerse. El cautivo se golpea tan fuerte que se rompe su propio brazo…

Se estremeció y volvió a quitar la toalla. Otets aspiró un profundo y tembloroso aliento. Pequeñas manchas de sangre venían con su exhalación; se había mordido la lengua.

"Ambos sabemos", balbuceó Otets, "que no saldré de esta cabaña con vida".

"Tal vez no", dijo Reid. "Pero tenemos *horas* hasta la mañana. Podemos hacer esto una y otra y otra vez. Y esto se puede poner, mucho peor. Me dirás lo que quiero saber. Depende de ti cuánto tiempo lleve".

Otets tragó y se estremeció. Miró al techo. Estaba pensando — y Reid sabía que, aunque fuera un asesino, aunque fuera un terrorista, todavía había un hombre sensato ahí dentro. Sabía que Reid tenía razón.

“Yuri usó la palabra ‘conglomerado’”, dijo Reid con calma. “¿Qué quiso decir con eso?”

Otets no dijo nada. Reid volvió a hacer un gesto con la toalla.

“¡Espera!” gritó roncamente. “Espera”, Otets respiró un poco. “Somos… muchos”, dijo al fin. No se fijó en la mirada de Reid, pero continuó mirando el techo. “Una vez fuimos independientes unos de otros, trabajando dentro de nuestras propias regiones y países. Nos llamábamos a nosotros mismo libertadores y activistas. Ustedes nos llaman extremistas, fanáticos y terroristas”.

“¿Qué significa eso de, muchos?” preguntó Reid. “¿Hablas de diferentes facciones, células, trabajar juntos?” De repente, las palabras del jeque volvieron a pasar por su mente: *“Hubo otras conversaciones sobre los planes, pero estaban en alemán, ruso… ¡No entendía!”*

“Unificados”, dijo Otets, “bajo Amón”.

“¿Amón?” repitió Reid. “¿Quién es Amón?”

Otets se burló. “Amón no es un quién. Amón es un qué. Como te dije, cada uno de nosotros sólo sabe lo suficiente para mantenernos involucrados. Amón promete un nuevo mundo. Oportunidades para todos. Amón nos ha reunido”.

Reid agitó la cabeza. Ese nombre, Amón, despertó algo en su memoria — pero no sus nuevos recuerdos como Kent Steele. Estaba en su mente académica, el lado del Profesor Lawson. “¿Estás hablando de Amón-Ra? ¿El dios egipcio?”

Otets sonrió maliciosamente. “No sabes nada de Amón.”

“Ahí es donde te equivocas” Él sabía de Amón, o Amón-Ra, como se llamaba al antiguo dios egipcio después de que el Reino Unido se estableció. Pero el dios tenía una historia mucho antes de eso. Reid no tenía idea de si este dios Amón tenía algo que ver con lo que Otets estaba describiendo, pero su cerebro se estaba agitando.

“Amón comenzó como una deidad de poca monta en la ciudad de Tebas”, dijo Reid. “A medida que la ciudad crecía, también lo hacía la influencia de Amón. Finalmente, Tebas se convirtió en la capital del imperio y Amón, a lo largo de los siglos, fue aclamado como el ‘rey de los dioses’, un creador, muy parecido al Zeus de los Griegos. A medida que Egipto crecía, la deificación de Amón absorbió a otros dioses, como al dios tibetano de la guerra, Monthu, y al dios del sol Ra… de

ahí su rebautizado homónimo en el Nuevo Reino como Amón-Ra".

"La decimoctava dinastía de Egipto trajo algunos cambios al régimen de Amón. El faraón Amenhotep IV trasladó la capital de Tebas, y promovió un culto monoteísta a un dios llamado Atón, junto a muchos cambios gubernamentales estrictos que les quitaron el poder a los sumos sacerdotes de Amón. No duró mucho; inmediatamente después de la muerte de Amenhotep, los sacerdotes borraron el nombre del faraón de la mayoría de los registros, revocaron sus enmiendas burocráticas y restauraron la adoración a Amón".

"Incluso convencieron al nuevo faraón, el hijo de Amenhotep, a cambiar su nombre a Tutankamón — que literalmente significa 'la imagen viviente de Amón'".

"Por más de dos mil años Amón fue la deidad más elevada de Egipto, pero lentamente su influencia fue decayendo a medida que el cristianismo y el Imperio Bizantino se esparció. Es decir, hasta alrededor del siglo VI, cuando el último 'culto de Amón', como se les conocía antes, se extinguió".

Reid sonrió un poco, habiendo llevado proverbialmente a Otets a la escuela. La breve charla le había hecho sentir un poco más parecido a Reid Lawson de nuevo — y, curiosamente, le había parecido casi extraño. Hizo una nota mental para que se mantuviera cauteloso al respecto.

Otets, sin embargo, simplemente levantó una ceja dudosamente. "Conoces los hechos", dijo. "Pero no la verdad".

"¿Y cuál es la verdad?" preguntó Reid.

"Amón nos une, pero cada uno de nosotros es sólo un engranaje. Sólo conocemos a los otros engranajes que giramos — nunca vemos el reloj".

Reid se burló. "Me estás diciendo que tú, y los demás, están trabajando hacia un fin inminente, ¿pero no saben lo qué es?"

Otets trato de reír, pero salió más como una tos chisporreante. "Es brillante, ¿no es así? Mi gente, tenemos un trabajo — hacer explosivos y dárselos a los iraníes. Ellos, a su vez, trabajan con otros, quienes trabajan con otros. Nadie conoce el plan completo. No conocemos los nombres ni quién más está involucrado". Su voz graznó. "Sólo conocemos voces y números. Ahí está la diferencia — en un reloj, remueve un engranaje y toda la máquina deja de funcionar. Con

Amón, ningún engranaje es tan importante como para separarnos".

"¿Así que Amón es un grupo?"

"Amón es mucho más. Amón es una fuerza. Y pronto, este mundo lo sabrá".

"No", dijo Reid. ¿Organizar a disidentes de todo el mundo bajo una sola bandera? ¿Lo que Otets estaba describiendo sería imposible? Habría demasiada disensión entre ellos, demasiadas ideologías diferentes. Pero… si eso era cierto que conocía a muy pocas personas involucradas… "El jeque dijo…"

"Te lo dije, el jeque sabía casi nada", escupió Otets. "La información que te dio ya habrá cambiado para este momento. Él era débil; era una cuenta bancaria para nosotros, nada más. Una facción local tenía una recompensa por la cabeza de Mustafar. Acordamos la protección, los destruimos, a cambio de sus fondos".

Un nuevo pensamiento envió un nuevo escalofrío a través de Reid — *¿Y si eso fue lo que descubrí? ¿Se dio cuenta Kent que había sido engañado por información falsa, que había pintado un blanco en su espalda? ¿Era esa la razón detrás del supresor de memoria?* Desde que escapó del sótano Parisino había sentido esa poderosa sensación de obligación de seguir adelante, de hacer algo al respecto y descubrir lo que ya había descubierto — pero si Kent había hecho esto por sí mismo, tal vez era porque sabía que nunca se habría echado para atrás.

"Me llamaste Cero", dijo Reid. "Y también lo hicieron los iraníes. ¿Cómo conoces ese nombre? ¿Qué significa para ti?"

"Agente Cero", dijo Otets lentamente. "Muchos de nosotros te conocen como Kent Steele, pero *todos* saben sobre el Agente Cero. Es como una leyenda — un mito urbano. Un nombre que inspira miedo hasta en el más inquebrantable".

"¿Por qué?"

"Por lo que hiciste".

Reid estaba cada vez más frustrado con las respuestas cortas. "¿Qué hice?"

"Realmente no lo recuerdas, ¿verdad?" El ruso sonrió. La sangre manchó sus dientes. "Eso es para que lo descubras. Adelante, mátame.

No soy nadie importante, en el gran esquema".

"Ya veremos", dijo Reid. Dejo caer al suelo la toalla mojada. "No voy a matarte. Voy a llamar a la Interpol y a involucrar a la CIA. Te voy a entregar. Voy a decirles a todos lo que me has dicho. Pero primero, quiero saber cómo los iraníes me encontraron en Nueva York. Sabías que vendrían a buscarme. Enviaste a Yuri a esa reunión para asegurarte de que estuviera muerto, y para ver si tenía información sobre ti. ¿No es eso cierto?"

"Por supuesto", dijo claramente Otets. "Tenía que asegurarme de que mis instalaciones no estaban comprometidas".

"¿Pero ¿cómo sabían quién era yo y dónde encontrarme?"

Otets finalmente se encontró con la mirada de Reid mientras sonreía maliciosamente. "Piensa sobre ello, Agente. Ya sabes la respuesta. Las únicas personas que saben dónde encontrarte son *tu* gente".

"¿Mi gente?" Reid sacudió su cabeza. "Quieres decir alguien en la CIA, ¿trabajando contigo? ¿Con Amón?"

"*¿Alguien?*" Otets se rio roncamente. "No. Como dije — somos muchos".

La mente de Reid regresó a la reunión con Yuri. *"Antes de ti, conocí solo a otro estadounidense en nuestro, um… cuál es la palabra… ¿conglomerado?"*

Reid agarró la toalla y la sostuvo entre ambos puños, a solo unos centímetros de la cara de Otets. El ruso sacudió la cabeza instintivamente. "Nombres", exigió Reid. "Quiero nombres, o lo haremos de nuevo".

"En el bolsillo de mi chaqueta", dijo Otets. Sus ojos estaban abiertos de miedo, mirando la toalla.

Reid lo tiró a un lado y se levantó. Revisó la chaqueta húmeda del traje gris carbón. No había nada en sus bolsillos más que un teléfono celular, y estaba completamente sumergido en el río. Pero la tarjeta SIM probablemente sería salvable, si pudiera encontrar un…

Había movimiento en su perímetro. Dejó caer el teléfono y se giró justo a tiempo para ver a Otets abalanzándose sobre él con el cuchillo para carne.

CAPÍTULO DIEZ

Reid saltó a la derecha para evitar la veloz cuchilla. La punta del cuchillo no le dio por centímetros, pero se sobrecompuso y tropezó con el sofá verde.

Las piernas de Otets estaban libres; mientras Reid estaba a horcajadas sobre él, no se había dado cuenta de que la atadura alrededor de sus tobillos se había aflojado. El ruso tenía el cuchillo en ambas manos, aún atado a las muñecas. Sus ojos estaban muy abiertos y enrojecidos — ahí parado en calzoncillos, se veía como un maníaco.

Reid se puso de pie y levantó ambas manos, con las palmas hacia afuera. “No lo hagas”, dijo. “Todavía estás débil por el río. Suelta el cuchillo. Nadie tiene que salir herido”.

Otets negó con su cabeza vigorosamente, rociando agua de su cabello húmedo. “Aún no lo entiendes. Te lo dije, no puedo salir de aquí con vida. Si Amón descubre que te di información, seré un hombre muerto de todos modos”.

“La policía te colocará en custodia, en algún lugar seguro, donde nadie pueda llegar a ti…”

Otets se rio salvajemente. “¡No seas estúpido! ¿De verdad crees que nos importa lo que Mustafar te pudo decir? ¡Por supuesto que no! Solamente queremos saber su ubicación… para que podamos encontrarlo y matarlo por su traición”.

“Espera…”

Otets se lanzó hacia adelante, apuñalando directamente al esternón de Reid. Él giró su torso hacia la izquierda y, antes de que supiera lo que estaba haciendo, forzó los codos de Otets hacia abajo. Sus muñecas, rectas hacia arriba. En un movimiento más rápido que los propios pensamientos de Reid, clavó el cuchillo en la garganta de Otets, guiado por las propias manos del ruso.

Se le escapó un gorgoteo de los labios. Una delgada fuente de sangre se arqueó por toda la cabaña, salpicando la pared y el suelo. Otets se derrumbó en un montón, goteando generosamente sobre la delgada alfombra.

Reid suspiró con dificultad. Había sucedido tan rápido, y su

cuerpo simplemente reaccionó sin pensar. Una vez más, tenía la sangre de otra persona en sus manos. Se sentó pesadamente en el sofá, sosteniendo ambas manos delante de él. Sus dedos no temblaron esta vez.

Ahora no tenía ningún cautivo que entregar a las autoridades, nadie que corroborara sus afirmaciones. Las instalaciones de fabricación de bombas de Otets fueron destruidas, y dudó de que el ruso fuera lo suficientemente temerario como para dejar evidencia o un rastro de papel. Tenía cuatro cadáveres en un sótano de París, un enorme agujero en la tierra en Bélgica, y ahora la posibilidad de que alguien — o más de uno — estuviera trabajando activamente contra él en la CIA.

Yo no me hice esto a mí mismo, decidió. *Esto me lo hicieron a mí. Para hacerme olvidar lo que había aprendido… para que no pudiera estorbar.*

Estaba seguro de ello. Kent había encontrado algo que se suponía que no debía encontrar —posiblemente en el Jeque Mustafar — y su propia gente suprimió su memoria. Esta organización, Amón, debe haber descubierto que aún estaba vivo por un topo (o topos) de la CIA. Encontraron su ubicación y se la dieron a los iraníes.

Nunca se había sentido tan solo como en ese momento, sentado en una pequeña cabaña en Bélgica con el cadáver de un terrorista ruso a sus pies. ¿Dónde sería seguro para él? ¿Podría confiar en alguna autoridad — o en alguien en absoluto?

No tenía idea de lo que iba a hacer, al menos a largo plazo, pero sabía lo que tenía que hacer a continuación. Primero, se puso la ropa, ahora seca y calentada por la estufa eléctrica. Se puso las botas marrones robustas y su chaqueta de aviador. En la cocina, volvió a ensamblar la Glock y la puso en un bolsillo. Desmontó el teléfono de Otets, guardó la tarjeta SIM y aplastó el resto bajo un talón. Los pedazos rotos los tiró por el inodoro.

Puso el cuchillo, el cordón de extensión y la tetera donde los encontró. Revisó los bolsillos de los pantalones de Otets, pero no encontró nada más que el teléfono. No había billetera, ni identificación, ni nada.

Reid usó la toalla húmeda para limpiar la mayor cantidad de sangre posible de las paredes y el piso. Luego enrolló el cuerpo de Otets en la alfombra desgastada, junto con su ropa aún mojada.

En un cajón de la mesita de noche del dormitorio trasero había una Biblia, y encontró un bolígrafo en uno de los cajones de la cocina. En la portada interior de la Biblia garabateó una nota — no pudo encontrar ningún papel en la cabina.

Finalmente, tomó la manta de lana del dormitorio de la cabaña. Apagó las luces y la estufa eléctrica y dejó la Biblia en el porche principal, justo afuera de la puerta. Por la mañana, la belga vendría a verlos, y con suerte cuestionaría la ubicación del libro y al menos abriría la portada, donde encontraría varios billetes de cien euros más y la nota de Reid, escrita en francés:

Lo siento mucho.

Te di mi palabra de que no te causaríamos problemas, pero me vi obligado a romper eso. Por favor, no entres en la cabaña. El hombre que vino aquí conmigo está muerto dentro. Deberías llamar a la policía. Pídales que involucren a la Interpol. Diles que este hombre se hace llamar "Otets". Llevaba un viñedo cruzando el Mosa. Sus instalaciones explotaron anoche. Si cavan un poco más profundo, encontrarán más.

Siento que esto haya pasado. Nunca quise involucrarte.

*

Los primeros rayos del amanecer se asomaban por el horizonte cuando Reid llegó a Bruselas. Empezó caminando desde la granja de cebada hasta el camino, la manta de lana cubriéndole los hombros y rodeándole. Estaba un poco áspera, pero al menos lo mantuvo caliente contra el frío de la noche. Coches pasaban ocasionalmente, y Reid se detenía y sacaba un pulgar — no estaba seguro de si se trataba de un gesto de autostop universal o no, y aparentemente Kent tampoco, ya que ningún recuerdo destelló. Finalmente, una camioneta se detuvo para él. El conductor hablaba holandés y sólo un poco de alemán, pero entendía dos cosas: *Brüssel*, y el puñado de euros que Reid le ofreció.

La barrera del idioma hizo posible un tranquilo viaje de dos horas hasta la ciudad. Reid tuvo mucho tiempo para pensar. Se sentía muy mal por la situación en la que había puesto a la mujer Flamenca, pero tenía pocas opciones; no podía ocultar muy bien el cuerpo de Otets. No podría haberlo enterrado, no con el suelo congelado, y aunque pudiera, si alguna vez era descubierto, la mujer asumiría la culpa. La decisión de pedirle que involucrara a la Interpol fue una decisión

lógica, basada en los tratos de Otets. Era probable que la explosión en la instalación hubiera sido vista u oída por alguien y reportada. No podía estar seguro de que la policía local pudiera separar los componentes de la bomba del equipo y la maquinaria de la fábrica.

Había pensado brevemente en dejar su nombre — o, mejor dicho, el nombre de Kent. La idea no era por una afirmación o burla arrogante, sino con la esperanza de que llegara a los oídos de la CIA y sacudiera algunas jaulas. Asumiendo que Otets hubiera dicho la verdad, el topo, o topos, en la organización probablemente se pondría nervioso y haría algo descarado. Dar un paso en falso. Además, no quería que la belga cayera por lo que él había hecho. Al final, sin embargo, decidió no hacerlo. Necesitaba permanecer de incógnito todo el tiempo que pudiera.

Tampoco mencionó el nombre de Amón en su nota, simplemente porque no estaba completamente seguro de lo que significaba o lo que era. Si la gente equivocada pensara que él lo sabía, podría causar pánico — y necesitaba más respuestas de las que necesitaba para evadir más balas.

Le pidió al conductor que lo dejara en algún lugar del centro. Se bajó en Hallenstraat y le pagó al hombre. Mientras miraba a su alrededor, ninguna visión destelló en su cabeza. Ningún recuerdo chispeó. Al parecer, Kent nunca había estado en Bruselas, o al menos no en esta parte de ella.

El centro de la ciudad le dejó sin aliento. La arquitectura era impresionante; la cantidad de historia en cada cuadra era simplemente imponente. Una vez pensó de manera similar sobre Nueva York, cuando se mudó allí por primera vez, pero pocas estructuras en los EE.UU. tenían más de doscientos años de antigüedad. Aquí, en Bélgica, estaba en el centro de más de mil años de civilización occidental. El lado del Profesor Lawson de él habría estado francamente vertiginoso al explorar una ciudad tan rica desde el punto de vista histórico.

Con ese pensamiento vino una pizca de pánico. Ni siquiera se había dado cuenta, pero cuanto más se adentraba en esta trama, menos se sentía como el Profesor Reid Lawson. Con cada nuevo desarrollo, con cada situación que amenazaba su vida, y con todos los nuevos recuerdos que volvían, se sentía cada vez más como Kent Steele.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza. Tenía dos objetivos aquí

en Bruselas, que podían cumplirse en un solo lugar. Se detuvo ante un vendedor ambulante y le preguntó en francés dónde podría encontrar el cibercafé más cercano, y luego siguió sus instrucciones seis cuadras de distancia a un lugar llamado Cyber Voyageurs.

El café apenas estaba abriendo en el momento que llegó. El empleado, un joven con gafas redondas y plateadas, le bostezó y le preguntó algo en holandés.

"¿Inglés?" preguntó Reid.

"Sí, inglés. ¿En qué puedo ayudarlo?"

Reid ordenó un café y sacó la tarjeta de SIM de su bolsillo. "Se me cayó el teléfono en la carretera y un coche pasó por encima de él. Pero me las arreglé para salvar la SIM. ¿Puedes sacar información de esto?"

"Eso no debería ser un problema, siempre y cuando no esté dañada. Deme unos minutos". El joven llevó la tarjeta al cuarto trasero.

Mientras Reid esperaba, sorbió su café y se sentó en una computadora para lograr su segunda meta. Primero creó una nueva cuenta de correo electrónico con una dirección inocua y luego se conectó a Skype.

"*Abriré una cuenta falsa*", le había dicho Maya ayer, "*bajo otro nombre. Lo sabrás*".

Creó su propia cuenta falsa, usando la nueva dirección de correo electrónico y con el nombre de Alan Moon. Fue el primer nombre que le vino a la mente — el nombre que figuraba en el lado del juego de mesa que había jugado por última vez con sus hijas antes de ser tomado como rehén. Luego buscó.

"Lo sabrás", se murmuró a sí mismo, acariciando su barba incipiente. "Vamos a intentar…" Buscó el nombre de Kate Lawson. Parecía la elección más probable de nombres falsos que usaría Maya. Aparecieron varias Kate Lawson, pero estaba seguro de que Maya incluiría algo detalle de identificación que le diría que era ella. "Demasiado obvio", se regañó a sí mismo. "Ella era más lista que eso". Trató con el apellido de soltera de Kate, Schoeninger. Aún nada. Trató con Katherine Lawson y Katherine Schoeninger, sin éxito.

Luego casi se golpea en la frente. Debería haber sido evidente de inmediato. El segundo nombre de Kate era Joanne — y el de Maya

también. Escribió “Katherine Joanne”, y luego casi se rio a carcajadas. Uno de los resultados tenía el avatar de un pequeño hombre de plástico rojo, sosteniendo un rifle. Era una pieza de juego, un soldado de Risk.

Hizo clic en el perfil para enviar un mensaje, pero las palabras no salieron fáciles.

¿Estoy siendo paranoico?

Cerró sus ojos.

No. Estás a salvo. Vamos a pensarlo bien.

Si tengo razón, y la CIA me hizo esto, entonces saben lo de mis chicas. Y si Otets no estaba mintiendo, y hay topos en la agencia, no sería tan difícil para ellos encontrar una reservación de hotel bajo el nombre de Lawson.

Escribió un mensaje: *Necesito que te vayas de allí. Sin hacer preguntas. No me digas adónde vas. No se lo digas a la tía Linda. No se lo digas a nadie. No usen sus nombres verdaderos.*

Reid tragó con un nudo en la garganta cuando se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo a Maya. Le estaba pidiendo a su hija de dieciséis años que tomara a su hermana menor y simplemente se fuera, que se fuera a algún lugar sin decírselo a nadie. Pero necesitaban estar a salvo. Si algo les pasara, nunca se lo perdonaría.

Recuerda, escribió, *nada de teléfonos. Nada de policías. Súbete a un autobús y vete a un lugar donde nunca has estado antes.* Si hubieran hecho lo que él les había pedido y hubieran tomado los adelantos de efectivo de sus tarjetas de crédito, tendrían suficiente dinero para durar un poco más. *Ingresa aquí con un mensaje al menos cada doce horas para saber que están bien. Lo revisaré tan a menudo como pueda.*

Quería decir más. Quería decirle a Maya que estaba bien y que pronto volvería a casa. Pero no se atrevió a escribir las palabras, sabiendo que no eran del todo ciertas. Estaba lejos de estar bien. No tenía ni idea de si volvería a verlas.

Las amo a las dos.

Reid no esperó por una respuesta. Maya le dijo que revisaría la cuenta de vez en cuando desde las computadoras del hotel, y él no esperaba que ella estuviera sentada frente a una, esperando que él la

contactara (al menos él esperaba que no lo estuviera). Se desconectó y luego limpió el historial de navegación de la computadora.

El joven salió de la habitación trasera, frunciendo el ceño y apretando la tarjeta SIM entre dos dedos como si fuera un insecto ofensivo. “Lo siento”, le dijo a Reid, “pero parece que hay un problema”.

El corazón de Reid se hundió. “¿No pudiste sacar nada de ella?”

El empleado negó con la cabeza. “Casi nada. No hay contactos, ni fotos… sólo un único mensaje de texto. Podría ser que la tarjeta estuviera dañada…”

“El mensaje de texto”, interrumpió Reid. “¿Qué decía?”

“Es una dirección”, dijo el hombre. “Pero eso es todo”.

“Está bien”, dijo Reid rápidamente. “¿Puedes escribirlo?” Es posible que la tarjeta SIM se haya dañado en el río, pero él pensó que era más probable que Otets fuera lo suficientemente inteligente como para no almacenar contactos e información sensible en un teléfono. Probablemente tenía una libreta de direcciones en algún lugar bajo llave (aunque ahora estaba ciertamente incinerada). Reid sintió una gran decepción en sus entrañas. La cantidad de pruebas sólidas que había destruido en esa explosión podría haber puesto fin a todo esto, o al menos, haberle dado una mejor pista que una sola dirección enviada por mensaje de texto. “Supongo que no tienes el número de teléfono que lo envió”, preguntó.

El empleado negó con la cabeza. “Estaba bloqueado”. Garabateó la dirección en el reverso de un recibo, lo dobló y se lo dio a Reid, quien a su vez deslizó un billete de cincuenta euros por el mostrador.

“Nunca me viste”, dijo. “Y ciertamente no escribiste una dirección”.

El empleado asintió solemnemente y se embolsó el billete. “Ya lo he olvidado”.

Reid tomó asiento en una mesa en el rincón más alejado para terminar su café, aunque la mayor parte del tiempo se quedó allí enfriándose mientras sopesaba sus opciones. Apenas podía procesar todo lo que había pasado en las últimas diez horas.

Trata de fragmentarlo, le dijo su cerebro académico. *Toma estas*

piezas individuales y conviértalas en un concepto coherente. Luego, llega a una conclusión lógica.

Lo primero y lo más importante, decidió, era que si todo lo que creía saber era cierto, entonces sus chicas no estaban seguras. Ojalá se hubiera ocupado de eso con su mensaje, pero eso también significaba que ya no podía simplemente darse por vencido e irse a casa.

Con Otets muerto, no tenía a nadie a quien entregar a las autoridades. No tenía pruebas sólidas; sólo la ubicación de los cuerpos, quemados, acribillados o apuñalados, y todo a su alcance. ¿Cómo se vería eso? Y luego, por supuesto, el mayor problema era que no estaba seguro de que pudiera confiar en las autoridades.

Finalmente, estaba él mismo — no el que él conocía, sino este nuevo aspecto que poco a poco se iba derramando en su conciencia como un petrolero volcado. Su sentido de urgencia, de obligación, se hacía cada vez más fuerte. El lado de Kent Steele de su cerebro lo impulsaba a seguir adelante.

Y en este punto, no veía ninguna otra opción.

Reid desplegó el recibo de papel que el empleado le había dado y verificó la dirección, esperando que estuviera cerca. Se desinfló con un profundo suspiro cuando vio que era en Zúrich.

¿Cómo demonios se supone que voy a llegar a Suiza?

Un vuelo tomaría apenas una hora, pero no tenía pasaporte ni identificación alguna; aunque pudiera pagar el pasaje en efectivo, no lo dejarían subir a un avión. Lo mismo se aplicaría a un tren. No tenía un auto — aunque un repentino recuerdo le pasó por la cabeza para decirle que sabía cómo desactivar una alarma y activar un vehículo. Aun así, no todas las fronteras serían tan poco exigentes como Francia/Bélgica, y si el auto fuera denunciado como robado, tendría mayores problemas en sus manos.

Salió del café y caminó por la cuadra, haciendo una pausa para comprar un bollo para que pudiera tener algo en el estómago. Se sentó en un banco y comió lentamente, pensando. Un camión pasó a su lado, blasonado con el logo amarillo de una compañía de mensajería... y le dio una idea.

Volvió a entrar en la panadería y preguntó dónde estaba el

supermercado más cercano. La mujer detrás del mostrador le dijo que había un mercado Carrefour a unos doce minutos caminando desde ahí. Le dio las gracias y se dirigió al sudeste por Rue Grétry. Encontró el mercado con facilidad — ocupaba casi una media cuadra de la ciudad — pero en lugar de entrar, se dirigió hacia atrás, hacia los muelles de carga.

Pasó unos cuarenta y cinco minutos dando vueltas, pero un camión finalmente entró en el muelle de carga y lentamente retrocedió su remolque hasta la puerta de acero rodante en la parte trasera del mercado. Un conductor corpulento con una gorra de derby salió y entró por unos minutos, y luego salió con su papeleo y encendió un cigarrillo mientras los empleados descargaban su cargamento.

Reid se aproximó y sonrió. "*¿Deutsche?*" preguntó.

"*Ja*", dijo el hombre, de algún modo con recelo.

"Estoy buscando un aventón", dijo Reid en alemán. Mostró unos cuantos billetes. "Hacia el sur".

El camionero le dio una larga fumada a su cigarrillo. "¿Eres Estadounidense?"

"Sí. Perdí mi pasaporte y no tengo otra forma de volver".

El hombre sonrió. "Bebiendo demasiado, ¿Eh? ¿Acabó en Bruselas?"

¿Qué tienen de malo los estadounidenses que todo el mundo asume eso? pensó Reid. Aun así, era una coartada bastante decente. "Sí", dijo, tratando de parecer tímido. "Mi familia me espera en Zúrich".

El conductor sopló una columna de humo por la nariz. "Podría perder mi trabajo por eso".

"Y yo podría estar atrapado en Bélgica durante semanas esperando que la embajada me ayude", replicó Reid. "Por favor".

El conductor gruñó y le dio una patada a una pequeña piedra, haciendo que se deslizase por el aparcamiento. "Me dirijo al sur", dijo, "pero no lo suficientemente lejos para ir a donde quieres. Hay un depósito de camiones en el camino. Podemos parar y te ayudaré a conseguir otro aventón".

“Gracias”. Reid le soltó los billetes.

El hombre señaló bajando la cuadra. “Detrás de ese edificio hay un estacionamiento. Espérame allí”.

Reid hizo lo que se le pidió, corriendo hacia el lote más pequeño adyacente a un complejo de negocios y esperando que el conductor lo recogiera. El camión entró en el estacionamiento unos diez minutos después. El conductor levantó la puerta trasera del remolque lo suficiente para que Reid entrara.

El remolque estaba refrigerado para proteger la carga de alimentos que transportaba, pero a Reid no le importó. Todavía tenía la manta de lana, se cubrió con ella y se abrazó de rodillas contra el pecho. Se había enfrentado a un resfriado peor hace unas horas. Además — era mucho mejor que ser detenido en una frontera sin pasaporte ni identificación.

Mientras el camión se dirigía hacia el sur por el E411, se cubrió la cabeza con la manta para crear una bolsa de calor. Se dio cuenta de lo agotado que estaba y trató de dormir, pero cada vez que el camión chocaba contra un bache en la carretera, se ponía alerta. Todavía no estaba acostumbrado a estos nuevos instintos; sus músculos se tensaron como cables de acero y sus ojos miraban en busca de amenazas. Tenía que recordarse constantemente a sí mismo que estaba en la parte trasera de un camión, solo, yendo por una carretera.

Pensó en lo que podría encontrar en la dirección de Zúrich. Si todo lo que había pasado hasta ahora era una indicación, estaba seguro de que no sería nada bueno. De hecho, no podía evitar la sensación de que podría haber una razón por la que era la única pieza de datos en el teléfono de Otets.

No pudo evitar sentir que podría estar caminando hacia otra trampa.

CAPÍTULO ONCE

Reid no tardó en apreciar la belleza de la maravillosa ciudad. Gracioso, pensó, que solía ser el centro de recaudación de impuestos de las provincias romanas casi dos mil años antes, y ahora una de las capitales financieras del mundo. *Si sobrevivimos hoy, tal vez podamos volver y verlo de nuevo alguna vez*. La voz de Kent — era su propia voz interior, pero el lado de Kent — se burlaba de él.

El viaje a Zúrich duró aproximadamente siete horas, con solo un breve descanso en una parada en Luxemburgo donde el conductor del camión, como había prometido, organizó un viaje a Suiza para Reid. El segundo camión (afortunadamente) no estaba refrigerado, pero en el remolque todavía hacía frío por el clima invernal. Dejó su manta de lana en el remolque cuando llegaron a la ciudad.

Volvió a comprobar la dirección y se detuvo para preguntar cómo llegar a la calle. Era una caminata de veinte minutos desde donde el camión lo había dejado. El tiempo estaba fresco, así que metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de aviador, con el puño derecho alrededor de la Glock, mientras intentaba formular un plan. No tenía idea de lo que encontraría allí, pero asumió lo peor. ¿Otra facción violenta escondida a plena vista, como los iraníes en París? ¿Quizás un depósito de fabricación de bombas como las instalaciones de Otets? No podía simplemente irrumpir con un arma desenfundada. Pretender ser miembro no le había funcionado muy bien la última vez. No, tendría que examinarlo primero. No podía entrar a ciegas.

La dirección era un apartamento en el extremo sur de la ciudad, con vistas al Limmat, en el tercer piso de un edificio blanco que parecía haber sido una posada en un momento dado. El año grabado en una piedra angular le dijo que tenía unos trescientos cincuenta años, pero las escaleras de acero que subían por el lado norte de la estructura eran ciertamente más nuevas. Desde el nivel de la calle podía ver la entrada al apartamento en el rellano del tercer piso, la pintura blanca de la puerta se desvanecía con la edad.

Reid serpenteó hacia la orilla del río y se sentó en un banco. Desde su perímetro podía ver el edificio y el apartamento. Desde allí podría tomar nota si alguien iba o venía. Admiraba la vista del río. Al otro lado había una alta catedral de piedra con una afilada aguja de color óxido que golpeaba hacia el cielo. Un puñado de gansos cayó al agua. Todo el tiempo mantuvo el apartamento en su campo de visión, pero no hubo movimiento. Nadie vino o se fue. La puerta nunca se abrió.

A los veinte minutos subió el cuello polar de su chaqueta. Hacía frío; la temperatura estaba a menos seis, quizás menos. Las pocas personas que vio por ahí se apresuraron a llegar a su destino. Una ligera nevada comenzó a caer.

Pasó una hora antes de que no pudiera soportarlo más. La espera y el aire helado le estaban llegando y no había señales de vida.

Reid subió por las escaleras de acero hasta el tercer piso con una mano alrededor de la pistola en el bolsillo. *Tendré el elemento sorpresa*, se dijo a sí mismo. No como en las instalaciones de Otets. E incluso entonces, pensaron que lo habían descubierto y que había escapado, ¿no es así?

A pesar del frío en el aire, sintió pequeñas gotas de sudor en su frente, y…

Y se dio cuenta de algo. No estaba asustado. Estaba nervioso, ansioso y hasta un poco entusiasmado, pero no tenía miedo de lo que pudiera encontrar. Fue una epifanía muy extraña — porque, aunque *esa* idea lo asustó, el concepto de entrar en el apartamento con factores desconocidos dentro no lo hizo.

El pensamiento de no tener miedo era aterrador.

Se detuvo fuera de la puerta y puso su oído en ella. No podía oír nada que viniera de adentro. La ventana más cercana estaba a unos

metros de la entrada, pero demasiado lejos para llegar al rellano. Sólo había dos maneras de ir desde allí: hacia adentro, o bajando las escaleras.

Se quedó fuera de la puerta durante lo que parecieron ser momentos demasiado largos.

Ya sabes la respuesta, dijo la voz en su cabeza. *Ya no hay vuelta atrás. No hay nada que encontrar detrás de ti. Aquí, puede que haya algo.*

Reid extendió la mano y con mucho cuidado probó la perilla. Estaba cerrada con llave. Se echó hacia atrás, levantó su pie derecho y dio una fuerte patada, colocando el talón de su bota justo por encima de la cerradura. La jamba se astilló y la puerta se abrió. Tenía la Glock levantada al instante, apuntando al centro de masa y girando de izquierda a derecha e izquierda de nuevo mecánicamente.

Estaba mirando fijamente a una cocina pequeña pero acogedora, con una estufa de hierro a la parrilla, gabinetes de cereza, un fregadero blanco de un solo lavabo y un cuerpo en el piso.

Un olor a muerte lo golpeó inmediatamente. Su estómago se revolvió al ver el cuerpo y al reconocer el olor como sangre y descomposición temprana. Estaba a mitad de camino en la cocina, su mitad inferior sobre el umbral en un ángulo de tal manera que el torso y la parte superior del cuerpo quedaban oscurecidos detrás de la puerta de la habitación contigua.

Reid obstruyó su impulso de vomitar y mantuvo el arma en alto. *Los asesinos normalmente no se quedan*, se dijo a sí mismo, pero, aun así, ignoró el cuerpo por ahora y le pasó por encima mientras despejaba el resto del apartamento — que resultó tener sólo una habitación más. Más allá de la cocina había un salón decentemente grande, con una pequeña mesa de comedor redonda en una esquina y una cama Murphy en la pared. A la derecha había un baño blanco y limpio con una bañera de patas de garra.

El apartamento estaba vacío. Bueno, en su mayoría. Reid se guardó la Glock y se arrodilló junto al cuerpo. Era un hombre, boca abajo, con una camisa de cuello blanco, pantalones negros y medias negras. No llevaba zapatos. Y yacía en un charco amplio y liberal de sangre oscura y pegajosa.

El olor a muerte era fuerte; este no fue un asesinato reciente. Reid no quería tocar el cuerpo, así que se puso de rodillas, evitando la sangre con cuidado, y miró la cara hinchada y sin aliento. Este

hombre llevaba muerto al menos unas veinticuatro horas, quizás un poco más.

Y luego — un recuerdo destelló por su cabeza como un rayo. Vio la misma cara, pero viva… una sonrisa infantil, el cabello bien peinado, con un poco de peso extra en la barbilla y el cuello.

El Ritz en Madrid. Reidigger cubre el pasillo mientras pateas la puerta y agarras al bombardero desprevenido. El hombre va por el arma en el escritorio, pero eres más rápido. Rompes su muñeca… luego Reidigger te dice que escuchó el sonido desde el pasillo. Eso le revolvió el estómago. Todos se ríen.

"Jesús", susurró Reid. Conocía a este hombre — solía conocer a este hombre. No, era incluso más que eso…

Una habitación de hotel en Abu Dabi. Dos a.m., Reidigger parece exhausto mientras se come una rebanada de pizza fría. Te ofrece una. Estás ocupado limpiando tu arma.

"No, gracias".

"Kent", dice, "Sé que esto es difícil, pero…"

"No", díselo tú. "No lo sabes".

"Estamos preocupados por ti..."

"Voy a encontrarlo, Alan. Y voy a matarlo. Si no vas a ayudarme, entonces no te metas en mi camino".

Reid olfateó una vez. Sus emociones eran confusas y abrumadoras. Las lágrimas le picaban en los ojos y apenas sabía por qué. Este hombre había sido un amigo, pero apenas podía recordar pocas cosas.

Tu boda. Estás parado al lado de Kate y le sostienes ambas manos. Ella nunca se ha visto más hermosa. Ambos dicen: "Sí, acepto". Van por el pasillo, tomados de las manos y sonriendo. Escaneando a la multitud mientras aplauden.

Casi al final, lo ves. No se suponía que viniera — podría haber arruinado tu cubierta — pero él se coló de todos modos. Él tenía que ver. Él te sonríe y asiente sutilmente antes de salir por la puerta trasera...

Reid se cubrió la cara con ambas manos y suspiró, intentando

agarrarse. El nombre de este hombre era Alan Reidigger, él lo sabía. Era un amigo. Y era un agente de la CIA.

Tienes que mirar a tu alrededor. Revisa sus bolsillos. Encuentra algo. O si no, esto es un callejón sin salida.

"No quiero tocar el cuerpo". Apenas se daba cuenta de que estaba hablando consigo mismo.

Reidigger odiaba ensuciarse las manos — literalmente. Revisa el fregadero.

En el armario de la cocina debajo del fregadero de un solo lavabo, Reid encontró un par de guantes de goma amarillos. Se las puso hasta los codos, y entonces, después de un momento de vacilación, levantó cuidadosamente el hombro de Reidigger.

"Dios mío", susurró. La parte delantera de la camisa del agente estaba completamente empapada de sangre. Había sido apuñalado — y no sólo una vez. Había pequeñas heridas punzantes en los muslos, en el abdomen, en ambos brazos…

Esto no fue una muerte rápida. Alguien quería información de él.

Reid se puso rápidamente en pie y caminó por la sala de estar, respirando hondo para calmarse. Una vez que tuvo el valor, revisó los bolsillos de Reidigger. Estaban vacíos. Miró alrededor del resto del pequeño apartamento, pero no encontró una billetera, llaves, un teléfono celular o una pistola de servicio. Se lo habían llevado todo.

Reid se quejó en frustración. Había llegado tan lejos, desde Francia a Bélgica, a Suiza, ¿y para qué? Para encontrar a un viejo amigo que apenas podía recordar, ¿muerto en el piso de una cocina sin identificación?

Sonó un teléfono. Asustó tanto a Reid en el silencioso apartamento que se giró y se puso en cuclillas a la defensiva. Sonó de nuevo. Siguió el sonido hasta una silla gris en la esquina. Levantó una almohada y encontró un teléfono inalámbrico negro debajo.

¿Un teléfono fijo? El teléfono siguió sonando en su mano mientras decidía si debía contestar o no. La pequeña pantalla del teléfono decía que era una llamada desconocida. Sabía que no debía, pero no tenía otras pistas. No hay adónde ir desde aquí.

Presionó el botón verde del teléfono y se lo puso en la oreja, pero

no dijo nada.

Alguien respiró al otro lado de la línea por un momento. Entonces, una voz masculina dijo: “Debe hacer frío allá arriba”.

Pero no hay nada mejor que la vista. Las palabras pasaron por su cabeza instantáneamente, tan instintivamente como él podría decir “salud” cuando escuchó un estornudo.

Era un código. Esta era una llamada de la CIA — o, mejor dicho, de alguien de la CIA. Era un código, y él lo sabía. Pero no dijo nada.

“¿Me escuchaste?” La voz parecía familiar de alguna manera, pero no trajo nuevos recuerdos. “He dicho, ‘Debe hacer frío allá arriba…’ Alan, ¿estás ahí?”

“Alan está muerto”. Lo dijo en voz baja, pero no intentó enmascarar su voz. Ya había contestado el teléfono. Ahora quería ver si lo reconocían. Además, quería que supieran lo que había pasado.

“¿Qué? ¿Quién es?”, exigió la voz.

“Deberías enviar a alguien”. Reidigger merecía ser llevado a casa y enterrado.

Hubo una pausa muy larga. “Jesús”, respiró la voz. “Suenas casi como...” Y luego: “¿Kent?”

Reid se quedó en silencio.

“No puedo creerlo”, dijo la voz. “Estabas muerto en combate… ¿eres realmente tú? Eso es increíble. Escucha, quédate ahí, ¿de acuerdo? Enviaremos un equipo a buscar a Reidigger y a sacarte...”

“No puedo quedarme aquí”, dijo Reid. “Y no puedo confiar en ti”.

“Kent, espera, sólo escúchame un segundo. No cuelgues. Iremos...” Reid terminó la llamada. Silenció el timbre del teléfono y lo puso en el sillón.

Independientemente de que la persona que llamó lo supiera o no, acababa de darle a Reid tres piezas cruciales de información. Primero: reconoció la voz de Kent, lo que corroboró mucho de lo que había aprendido hasta entonces. Segundo: el hombre en línea no parecía tan preocupado por la muerte de Reidigger como lo estaba por escuchar que Kent Steele seguía vivo, lo que despertó las sospechas de Reid de

que las cosas no estaban del lado de la agencia.

Tercero y lo más importante: pensaron que estaba muerto. La voz dijo que estaba muerto en combate. ¿Realmente pensaron eso o fue un engaño? Si la agencia lo creyera muerto, significaría que no fueron ellos los que pusieron el supresor de memoria en su cabeza.

No podría haberme hecho esto a mí mismo. No lo habría hecho. Incluso el lado Kent de él estaba de acuerdo con eso. *Alguien debe haberlo hecho*. Una visión destelló en su mente — la habitación de hotel en Abu Dabi. La pizza fría. "*Estamos preocupados por ti*".

Quizás no fue malévolo.

Su mirada se extendió lentamente por la habitación, hacia el cuerpo tendido en el suelo.

Tal vez fue un acto de misericordia.

Los latidos de Reid duplicaron su ritmo. Una mano cubrió su boca mientras se daba cuenta. Alguien más, además de Kent, debe haber sabido lo del supresor de memoria. La lista de personas que Kent hubiera sabido que estaban de su lado debe haber sido corta.

Reidigger era un amigo. Él era digno de confianza. Él habría estado en esa lista.

Los iraníes habían obtenido su información de una fuente diferente. Se lo habían sacado a este hombre, Reidigger. Lo torturaron y mataron para conseguir la ubicación de Kent en Nueva York.

Alan Reidigger había muerto por su culpa.

Sintió que algo se le encendió en el pecho, una sensación que nunca antes había tenido, o que tal vez no podía recordar. Era calor, que se elevaba como un fuego constante. Ira… no. Fue más que eso. Era ira, y era deseo, y su encendido era el conocimiento y la responsabilidad de que podía hacer algo al respecto. No era el frío instinto mecánico con el que había matado a los iraníes y torturado a Otets. Era todo lo contrario — una ferocidad salvaje mezclada con la pasión de poner sus manos alrededor del cuello de la gente que hizo esto y ver cómo la luz muere lentamente en sus ojos.

Tienes que salir de aquí, y pronto. Esta vez fue la parte de Reid

Lawson en su mente la que lo instó. Ahora que la CIA sabía que estaba allí, sin duda enviaría a alguien, quizás incluso a un equipo, al apartamento. Pero a pesar de sus pocos descubrimientos, no tenía pistas; no tenía adónde ir de aquí.

Rápidamente buscó pistas de lo que Reidigger podría haber estado buscando, de la operación en la que estaba en Zúrich. Revisó todos los armarios y gabinetes. Revisó el historial de llamadas del teléfono inalámbrico e incluso levantó la tapa del tanque del inodoro. No había nada, ni siquiera una maleta — los asesinos se habían llevado todo menos la ropa ensangrentada de la espalda de Reidigger. Parecía que no querían facilitar que cualquiera que lo encontrara identificara el cuerpo y alertara a las autoridades competentes.

Pero él era un agente. Y uno inteligente, por cierto. Hay algo aquí.

Si fuera yo, ¿dónde lo escondería?

Reid pasó sus manos a lo largo de las sólidas paredes de yeso, buscando cualquier lugar donde pudieran haber sido abiertas y remendadas. Inspeccionó el techo de estuco de palomitas de maíz. Buscó salidas de aire o espacios para gatear y no encontró nada.

Abajo, pensó. *Debajo.*

Caminó a lo largo del suelo, comenzando por un extremo y moviendo su peso cuidadosamente de pie a pie sobre la madera dura. Ocasionalmente, una tabla crujía y él se arrodillaba, trabajando con las puntas de los dedos en los bordes para comprobar si había tablas sueltas en el suelo.

No había nada.

Estaba empezando a frustrarse. Tal vez no había nada más que un teléfono inalámbrico.

O quizás el teléfono estaba donde estaba por una razón.

Lo había encontrado debajo de una almohada en el diván. No podía saber si se estaba volviendo paranoico o si estaba siendo minucioso, pero, de cualquier manera, sacó el pesado sillón de la esquina y revisó el piso debajo de él.

Tal vez tu paranoia te hace ser minucioso, pensó con una risa sombría mientras abría una tabla suelta en el suelo. Efectivamente, en el espacio entre dos gruesas vigas paralelas había una pequeña

mochila negra. Lo reconoció inmediatamente.

Un BUEN bolso.

En cualquier operación a largo plazo, un agente tendría un BUEN bolso preparado — un bolso de "Salir de Inmediato", o como algunas personas lo llaman, un bolso de escape. En el caso de que uno tuviera que coger sus cosas y huir. Un BUEN bolso contendría todas las necesidades para hasta setenta horas fuera de la red, y (en el caso de un agente) los medios para llegar a otro lugar o a un refugio rápidamente.

Sacó el bolso y lo abrió. El bolso de Reidigger era metódico y completo. Dentro encontró dos botellas de agua, dos raciones listas para comer, un botiquín de primeros auxilios, un suéter térmico, un cambio de calcetines y calzoncillos, una linterna, cinta adhesiva, una navaja Swiss Army, un trozo de cuerda de nylon, dos bengalas de carretera y una bolsa de basura. En el único bolsillo delantero había dos pasaportes americanos, una amplia pila de dinero en efectivo tanto en euros como en dólares americanos (por lo que Reid estaba muy agradecido, ya que su propia pila estaba bastante baja), y una Walther PPK de nariz respingada.

Sacó la pequeña pistola negra y plateada. Era un arma pequeña a su mano, de menos de cuatro pulgadas de alto y una pulgada de ancho. *Cargador de seis balas, calibre.380 ACP, superficie antideslizante*. También en el bolsillo delantero había un cargador de repuesto.

Reid volvió a poner la pistola en el bolso y sacó los dos pasaportes. Estaba seguro de que ambos llevarían un nombre falso y la foto de Reidigger. El primero presentaba al ex agente con una barba irregular y el alias Carl Fredericks, de Arkansas. Abrió el segundo pasaporte.

Cayó de espaldas y golpeó contra el suelo, mirando asombrado.

Su propia foto le devolvía la mirada.

Su cara — la cara de Reid Lawson — plácidamente marcada en la página de identificación del pasaporte. Era por lo menos cinco años más joven, tal vez más, en la foto, pero no se podía negar. Era él. El nombre en el pasaporte era Benjamin Cosgrove.

Ben. El mismo alias que le había dado a Yuri, el primero que se le ocurrió a Reid cuando necesitaba un nombre falso, estaba aquí en este

pasaporte.

¿Cómo?

Volteó las páginas para ver si había sellos de países, y un pequeño trozo de papel doblado revoloteó. Lo cogió y lo abrió — era una nota escrita a mano, y tan pronto como la vio supo inmediatamente que era la letra de Reidigger.

Eh Cero, comenzó la nota.

Si estás leyendo esto, es porque lo que hicimos regresó para mordernos el trasero. Siempre pensé que podría, por eso he estado llevando esto desde entonces. Y si no estoy leyendo esto por encima de tu hombro ahora mismo, bueno… Espero que haya sido rápido. Coge el bolso BUENO. Haz lo que tengas que hacer. Debí dejar que lo terminaras entonces. Espero que no hayas tenido que pagar por eso ahora. – Alan

Reid leyó la nota una segunda y luego una tercera vez. ¿Qué significaba eso?, "¿qué hicimos?" ¿Qué era lo que tenía que hacer? Obviamente él — como Kent Steele — estaba en algo. Había arrestado al jeque. Se había enterado de la conspiración, y tal vez incluso de Amón. ¿Pero qué sabía entonces que no sabía ahora? Deseaba desesperadamente que Reidigger estuviera vivo para decirle algo más, darle algún tipo de pista sobre lo que se suponía que debía hacer a continuación.

Tal vez lo hizo. Reidigger era inteligente.

Si Alan hubiera pensado por un segundo que algo le pasaría y Kent hubiera regresado a encontrar esto, habría sabido que una nota vaga no sería suficiente. Tuvo que haberle dado a Reid algo más para seguir adelante.

Metió la nota y el pasaporte de nuevo en la bolsa y, por si fuera poco, también sacudió el pasaporte falso de Reidigger. Por supuesto, algo se le cayó del suyo también. Era una fotografía, doblada de cuatro en seis, los bordes desgastados y el pliegue central blanco por haber sido doblada y desplegada docenas de veces. Era una foto de ellos dos, Reidigger y él, sonriendo y parados frente a una fuente ornamentada.

¿Por qué Reidigger tenía esto? Siempre fue el tipo sentimental — el tipo de persona que rompería el protocolo por una foto. O arriesgarse a arruinar su propia cubierta para colarse en la boda de un amigo.

No, decidió que era más que eso. Tenía que haber un motivo más fuerte para que Alan mantuviera esta imagen en particular y dejara esa nota en particular. La escudriñó, mirando más allá de los rostros…

Conozco este lugar. La Fontana delle Tartarughe (Fuente de la Tortuga), en la Piazza Mattei. El distrito de Sant'Angelo en Roma, Italia.

Lo sabía — la conocía como Profesor Reid Lawson, ya que era una famosa fuente del Renacimiento construida por el arquitecto Giacomo della Porta — pero era más que eso. La conocía como Kent Steele. Él había estado allí, lo cual era obvio por la fotografía, pero el lugar tenía un significado mayor.

Este era un lugar de encuentro. Si alguien tenía que desaparecer, volvíamos a reunirnos aquí. Una visión de cuatro personas destelló en su mente — él mismo, Reidigger, un hombre más joven con una sonrisa arrogante, y la misteriosa mujer, la de ojos grises Johansson. Habían hecho un reconocimiento de la zona. Determinó que era un buen lugar para una casa segura. *Había un edificio de apartamentos justo al lado de la plaza. Es tranquilo, no hay mucho tráfico peatonal. Un buen lugar para esconderse.*

Volvió a doblar la foto, la metió en el pasaporte y la guardó de nuevo en el bolso. Reemplazó la tabla del suelo y volvió a colocar el sillón en su sitio, y luego colgó una correa del bolso sobre un hombro.

“Lo siento”, le murmuró al cuerpo de Reidigger. “No sé lo que hicimos, pero estoy seguro de que no te merecías esto. Voy a averiguarlo. Y voy a hacer lo correcto”.

Cerró la puerta rota lo mejor que pudo, y luego bajó corriendo por las escaleras de acero hasta el nivel de la calle. Zúrich Hauptbahnhof, la estación central de trenes de la ciudad, se encuentra a pocos pasos. Y entonces estaría de camino a Roma.

La fotografía tenía que ser algo más que nostalgia, decidió Reid. Era una brújula. No sabía lo que podía encontrar allí, pero Reidigger quería que lo siguiera.

CAPÍTULO DOCE

El subdirector Shawn Cartwright respiró hondo antes de llamar dos veces a la puerta de roble de la oficina. El mensaje que recibió hace unos momentos había sido explícito: *Ven directamente a la oficina del director. Tan pronto como sea posible.*

Ni siquiera había terminado su café todavía.

Empujó la puerta para abrirla unos centímetros. "¿Director Mullen? ¿Quería verme, señor?"

"¡Cartwright, sí! Entra. Toma asiento". Mullen se sentó detrás de su escritorio y sonrió, pero sus fosas nasales se abrieron. Eso nunca fue una buena señal — la amabilidad era probablemente una artimaña.

Cartwright entró en la oficina y cerró la puerta tras él. A los cuarenta y cuatro años, se le consideraba relativamente joven en la jerarquía de la Agencia Central de Inteligencia — al menos aún tenía todo el cabello, aunque le costó mucho teñirlo de negro el año pasado para ocultar las canas que se le venían encima. Había pasado cinco años dirigiendo el Grupo de Operaciones Especiales, lo que (ya que le gustaba bromear) era una forma elegante de decir que no se le permitía contarle a su esposa cómo le fue el día. Hace dieciocho meses fue ascendido a subdirector, supervisando la División de Actividades Especiales en todos los asuntos internacionales. Era un hombre que construyó su reputación sobre la base de la eficiencia, aunque su predecesor la había cagado tan mal con documentos filtrados y agentes de campo expuestos que eso le facilitó ser bien visto.

A pesar de su avance y éxito general, Cartwright tenía cierta inquietud al tratar con el director de la CIA, Mullen. Su superior era un experto en subterfugios y pretensiones, ocultando sus emociones mientras leía las de los demás. Los días de Mullen en el campo ya habían pasado, pero aun así se mantenía alerta en sus interacciones diarias. Cartwright tuvo que recurrir a las más minúsculas idiosincrasias y manierismos para detectar el estado de ánimo actual del director — de ahí las fosas nasales ensanchadas y la sensación de hundimiento en sus entrañas mientras se sentaba frente a Mullen.

"Buenos días", dijo Mullen. De alguna manera se las arregló para que el saludo sonara animado y alegre al mismo tiempo. Hizo un arco con sus dedos. Era un hombre exigente, de cincuenta y seis años, su cabeza calva brillaba y estaba encerada, anillada por una cresta de

pelo gris de oreja a oreja. “¿Oyó algún susurro esta mañana, Cartwright?”

“¿Susurros, señor?” Había oído susurros en el ascensor, y no servía de nada tratar de ocultárselo a Mullen. “Puede que haya oído algunos… rumores. Algo sobre una explosión en Bélgica, ¿una posible fábrica de municiones?”

“Incendiarios”, corrigió Mullen. “Al menos eso es lo que la Interpol está diciendo en este momento. Una explosión del demonio; la gente lo vio a kilómetros de distancia, en la carretera. La instalación servía de fachada como un viticultor...”

“¿Viticultor, señor?”

“Elaboración del vino”.

“Ah”.

“¿Y eso es todo lo que has escuchado?” preguntó Mullen por casualidad.

“Sí señor, eso es todo lo que he escuchado”.

Mullen frunció los labios y asintió. “Entonces supongo que puedo ser el que te cuente sobre el ruso encontrado muerto en una granja a unas doce millas de distancia. Apuñalado en la garganta con un cuchillo de carne”.

“Jesús”, dijo Cartwright. “¿Conectado?”

“Sin duda”, contestó Mullen. Cartwright estaba luchando para saber por qué esta reunión era sólo entre ellos dos, en lugar de una reunión informativa del equipo, cuando Mullen añadió: “Hay más. Alan Reidigger está muerto”.

Cartwright miró asombrado. “¿Reidigger? Cristo”. Cuando Cartwright era jefe del Grupo de Operaciones Especiales, Reidigger había sido uno de sus agentes de campo. Alan no había sido el tipo más apto físicamente, ni siquiera el más astuto, pero era simpático, sin problemas de cuerpo y muy bueno para mezclarse. “¿Cómo?”

“Me alegra que lo pregunte”, dijo el Director Mullen. Tocó la pantalla de una tableta que tenía delante y abrió una aplicación de audio. “Esto vino de Steve Bolton, actual jefe de Operaciones Especiales, hace unos ocho minutos. Reidigger no se había reportado

en más de veinticuatro horas, así que se arriesgó y lo llamó. Toma, escúchalo".

Mullen presionó el botón de reproducción. "Alan está muerto", dijo una voz masculina, pequeña y distante. "No puedo quedarme aquí. Y no puedo confiar en ti".

Cartwright sacudió su cabeza confundido. "Señor, no estoy seguro de seguirle".

"¿No?", dijo Mullen. "Inténtalo de nuevo". Presionó play en el clip de audio.

"Alan está muerto".

"No puedo quedarme aquí. Y no puedo confiar en ti".

La voz le sonaba familiar, pero Cartwright estaba luchando para ubicarla. Mullen volvió a poner el clip, observando atentamente al subdirector. La tocó de nuevo.

A la cuarta vez, los ojos de Cartwright se abrieron de par en par con la realización y el terror.

"No...", dijo en voz baja. "No, de ninguna manera". Evitó la mirada perspicaz de Mullen. "Está muerto. Cero está muerto".

"Ciertamente se supone que lo esté", estuvo de acuerdo Mullen. "*Tu* trabajo era supervisar eso".

"Y lo hice", insistió Cartwright. "Debe ser otra persona, alguien que lo conocía, o tal vez quiere que pensemos que está vivo..."

"Estamos haciendo un análisis de voz completo en esto", dijo Mullen. "Pero no creo que necesitemos hacerlo". El director cruzó las manos y se inclinó hacia adelante en su silla. "Cartwright, ¿sabes cuántos cuerpos han sacado hasta ahora de ese incendio en Bélgica? Seis. Y los forenses dicen que todos ellos ya estaban muertos. Luego tenemos huellas que conducen a un todoterreno en el fondo de un río — ¡una maldita caída de dieciocho metros! Y, por último, pero no menos importante, un ruso muerto con la garganta cortada. ¿Eso le suena a alguien en particular, subdirector?"

Cartwright no podía hacer más que agitar la cabeza y mirar fijamente a un anillo de café en el escritorio de Mullen. Ciertamente sonaba como alguien que ellos conocían — alguien que ellos habían

conocido. Cerca del final, Cero se había vuelto imprudente, impredecible, incluso desenfrenado. Uno de los superiores se había referido a él como "salvaje".

"Pero está muerto", fue todo lo que Cartwright pudo decir.

"Bueno, todo esto está jodido". Mullen suspiró. "Así que, ¿por qué no lo repasas conmigo rápido? Porque esta necesidad de saber se ha convertido en una necesidad de saber". En ese momento, Mullen no quería ningunos detalles. Sólo quería que se hiciera. Y la idea de contar la terrible experiencia le revolvió el estómago a Cartwright.

"De acuerdo. Puse a Morris y, uh..." Él suspiró. "Puse a Morris y a Reidigger en ello..."

Mullen se burló con incredulidad. "¿Sus propios hombres? Cristo, Cartwright".

"¡Se ofrecieron voluntariamente!", dijo él a la defensiva. "Sabían cómo se estaba poniendo. Ambos vinieron a mí, por separado, con sus preocupaciones. Iba a hacer que le dispararan o que lo mataran, o ambas cosas, y su imprudencia podría haberlos comprometido a ellos también. Y luego, después de... bueno, usted sabe lo que pasó... y Cero empeoró, ellos volvieron a mí. Sabían que íbamos a hacerlo de todos modos, así que los dos se ofrecieron a ser los que lo llevaran a cabo. Eran sus amigos. Querían que se hiciera rápido y limpio".

"Y lo hicieron", dijo Mullen.

"Sí, señor".

"Y ahora uno de ellos está muerto".

"... Sí, señor".

"Y tenemos muy buenas razones para creer que Cero estaba allí".

Cartwright tragó. "Eso parece, señor".

"Tus agentes, ¿tenían pruebas de que lo eliminaron?" Preguntó Mullen con prudencia.

El subdirector levantó la vista con fuerza. "¿Pruebas, señor?" Dios mío, ¿qué sugería el director — qué les pidiera a sus agentes que le trajeran una oreja? "¿Desde cuándo los de Operaciones Especiales obtienen pruebas? No, lo enterraron y lo enviaron al fondo del río".

“Al menos eso es lo que te dijeron”, dijo Mullen.

“Confié en mis hombres”. Director o no, Cartwright estaba empezando a irritarse.

“El otro, Morris. Todavía trabaja para ti, ¿no? ¿Dónde está ahora?”

Cartwright pensó por un momento. “Mmm… Morris está encubierto, en algún lugar cerca de Barcelona. Debería estar reportándose en algún momento en las próximas seis horas. ¿Qué quieres que haga? ¿Llamarlo?”

“No”. Mullen se acarició la barbilla. “Pero sácalo de su operación. Quiero que esté listo para volar en cualquier momento. Alguien ha asesinado a un agente, y tan pronto como este tipo aparezca de nuevo — sea Cero o no — llevas a Morris allí. ¿Entendido?”

“Entendido, señor”.

“Ocúpate de ello esta vez. No voy a poner a Bolton en esto, ni a nadie más. Esto depende de ti. No podemos permitir que esto se sepa. No podemos tener a Asuntos Internos husmeando por aquí. Y ciertamente no podemos arriesgarnos a que una historia se filtre al público en general”.

“Entendido, señor”.

“Bien. Vete”.

Cartwright se puso de pie y se abotonó su chaqueta de traje. Sus piernas se sentían débiles. Si Steele aún estaba vivo... bueno, no quería pensar en lo que podría pasar.

Con su mano en la perilla de la puerta, Mullen pidió una vez más. “¿Y Cartwright? Es disparar a matar. ¿Entiendes? No lo quiero arrasando por toda Europa de nuevo. Eso sería muy malo para mí… y para ti”.

“Sí, señor”.

Cartwright se apresuró a volver a su oficina, asintiendo a sus colegas mientras pasaba y forzando una sonrisa. Tan pronto como estuvo dentro con la puerta cerrada y con llave, suspiró y llamó a Morris por la línea de seguridad.

No se molestó con saludos o charlas. “Tenemos razones para creer que el Agente Cero podría estar vivo”, dijo severamente. “Necesito que hagas que no sea así”.

CAPÍTULO TRECE

Reid notó que una empresaria que estaba al otro lado del pasillo en el tren tenía una bolsa con la esquina de una computadora portátil que sobresalía. “Disculpe”, se inclinó y dijo en voz baja: “¿Habla usted inglés?”

Levantó una ceja con recelo, pero asintió una vez. “Sí”.

“Sé que esto puede sonar atrevido, pero, ¿me prestaría su computadora por un momento? Sólo quiero ver cómo están mis hijas”.

Al mencionar a las niñas, la mujer se ablandó visiblemente. “Por supuesto”. Ella sacó la computadora de su bolso y se la dio.

“Gracias. Sólo serán unos minutos”.

El viaje en tren de Zúrich a Roma duró casi diez horas. Un vuelo sólo habría tomado una hora y media, y ahora que Reid tenía pasaporte, podría haber subido a un avión — pero eso habría significado dejar la Glock y la Walther, y no estaba a favor de la idea de seguir adelante desarmado. En vez de eso, se había subido a un tren en la estación Zúrich Hauptbahnhof y había tomado el viaje nocturno a Italia.

Los asientos eran lo suficientemente cómodos para dormir, pero todo lo que podía hacer era tener siestas cortas durante veinte o treinta minutos cada vez. Estaba teniendo problemas para tranquilizar su mente. ¿Habría algo que encontrar en la fuente? Tendría que revisar el apartamento, el antiguo refugio de su equipo, pero dudaba de que estuviera todavía en uso. Era muy consciente de que podría ser otro callejón sin salida — y entonces, ¿qué haría? ¿Rendirse? ¿Entregarse a la CIA?

Absolutamente no. No mientras piensen que se supone que estás muerto. No mientras sospechen que pudiste haber matado a Reidigger. Lo último que quieres es terminar en una celda negra, como el jeque. La muerte sería preferible.

Tenía que creer que habría algo en la fuente. Tuvo que seguir diciéndose a sí mismo que Reidigger era un amigo, y que había una razón por la que había conservado la fotografía.

Reid encendió la computadora y se conectó al sitio web de Skype.

Tenía un mensaje pendiente de la cuenta de Katherine Joanne.

Eran sólo tres simples palabras: *¿Estamos en peligro?*

Su corazón casi se rompe, pensando en sus chicas escondidas en un hotel con apenas una pista de por qué estaban allí o qué estaba pasando, sólo con las vagas instrucciones que debían alejarse de allí, ir a un lugar donde nunca habían estado antes, evitar el uso de sus teléfonos, y no decirle a nadie a dónde iban. Peor aún era que no podía responder a la pregunta de Maya porque no tenía ni idea de si las niñas estaban en peligro o no. Lo único que podía hacer era asumir que las mismas personas que sabían de él también sabían sobre ellas — y eso era suficiente para que cuestionara su seguridad.

Decidió que la honestidad era la mejor política. Maya sólo tenía dieciséis años, pero era inteligente y capaz, y él le estaba pidiendo mucho. Demasiado. Se merecía algo más para seguir adelante.

Escribió: *Es posible. No estoy seguro. Lamento no poder decirte más. Sólo quiero que ambas estén a salvo. Por favor, cuida a tu hermana. Las amo a las dos.*

Mientras movía el cursor para cerrar la sesión, apareció un icono que mostraba a Katherine Joanne en línea. Apareció un nuevo mensaje: *Sigues diciendo eso. Como si no fueras a volver.*

Esperó un momento más, su garganta apretaba, pero no llegó más nada. Él escribió, *Lo haré. Lo prometo*. Y luego se desconectó rápidamente antes de que la necesidad de contarle más se hiciera demasiado fuerte. Ciertamente quería hacerlo — ya que ambas eran muy listas y quizás lo suficientemente mayores como para manejar la verdad, especialmente Maya — pero no podía arriesgarse a ponerlas en peligro. Se preguntaba si Amón sabía algo de las niñas o si simplemente habían decidido dejar a las niñas fuera de esto. Si fuera lo último, ¿cuánto tiempo pasaría hasta trataran de usar a las chicas en su contra? Esperaba que las niñas hubieran encontrado un lugar seguro, fuera de la ciudad, como él pidió. Esperaba que su tía Linda se resistiera a la tentación de involucrar a la policía. Esperaba que las chicas no usaran el teléfono. Sobre todo, esperaba que Reidigger no hubiera dicho nada sobre ellas, a pesar de la evidente tortura por la que había pasado.

Reid miró fijamente a la pantalla de cierre de sesión mientras pensamientos increíblemente horribles nadaban en su imaginación — la idea de que la misma clase de hombres que habían venido a

buscarlo a él llegaran a sus niñas lo hizo estremecerse.

Los mataría a todos y cada uno de ellos si les tocaran un pelo.

No sabría decir si ese era el pensamiento de Kent o el de Reid — la voluntad de matar, de hacer cosas impensadas para defender a su familia. No importaba, se dio cuenta; ambos eran padres. Además, ambos eran la misma persona. Los pensamientos de Kent, los pensamientos de Reid… ambos eran parte de él. Cuanto más lejos llegaba, más llegaba a conocer a Kent, y menos distinguibles se volvían las dos personalidades. Ambos eran *él*, simple y llanamente. Lo sabía mucho más ahora. Uno sólo era más vago y confuso que el otro.

Había algo más, una pequeña y molesta idea que tiraba suavemente del borde de su subconsciente como un niño tirando de la falda de su madre. Lo había sentido antes; casi se sentía como un déjà vu, pero no tenía la sensación de haber estado antes en un tren desde Zúrich a Roma. Era como si su mente quisiera que reviviera algún recuerdo que sabía que estaba allí, incluso si no lo hacía.

Vio a Kate. La vio con su vestido de novia blanco el día que dijeron sus votos. La vio en una playa de México en su luna de miel. La vio sonriendo mientras se inclinaba sobre la cuna de Maya.

La vio petrificada, demasiado lejos para que él llegara a tiempo, su boca se abrió en el silencioso bostezo de un grito…

Y luego la imagen mental de Kate se volvió borrosa, amorfa e indistinguible. Su frente palpitaba mientras aparecía un dolor de cabeza, rápidamente y dolorosamente. Sostuvo sus sienes y respiró uniformemente.

La mujer que estaba al otro lado del pasillo se acercó. “¿Estás bien?”

“Sí”, murmuró. “Migrañas”.

El dolor de cabeza disminuyó lentamente en el transcurso de un minuto. *Extraño*, pensó. Se lo quitó de encima.

Estaba a punto de cerrar el ordenador y devolvérselo a la mujer cuando se le ocurrió otra idea. Abrió una nueva pestaña del navegador e hizo una búsqueda en Internet por “Amón”, por lo que no es de extrañar que las primeras páginas de los resultados tuvieran que ver con el mismo tema, el antiguo dios egipcio.

Reid no tenía idea que correlación, si la hubiera, podría haber entre el dios egipcio y la organización terrorista. Pero, aun así, examinó detenidamente todas las páginas y leyó todo lo que pudo sobre el ascenso de Amón y su eventual declive. Él ya sabía la mayor parte. Trató de reducir su búsqueda al "culto de Amón" del siglo VI, el último grupo sobreviviente que adoraba al dios antiguo antes de que el cristianismo sofocara y extinguiera el seguimiento de la antigua deidad. Sin embargo, encontró poca información sobre ellos, y menos aún era nuevo para él. Escaneó varios sitios web, buscando algún detalle, algún tipo de conexión o una posible explicación.

Entonces lo vio, y su sangre se enfrió.

En un sitio web dedicado a la herencia y a la cultura egipcia, vio un símbolo — un jeroglífico, algo crudo, pero basado en los que se encuentran en las excavaciones arqueológicas. Parecía ser una pluma y, a su lado, un rectángulo y, debajo, una línea en zigzag, la forma en que un niño dibujaría las montañas.

Había visto ese glifo antes, unas cuantas veces hasta ahora, quemado en el cuello de tres de los hombres que había matado. Era el jeroglífico de Amón.

¿Qué significa esto? ¿Fanáticos? ¿Restos del culto? Pero, ¿por qué?

Se frotó la cara. Estaba demasiado cansado para pensar con claridad sin precipitarse a conjeturas descabelladas. Además, necesitaba pistas reales, no historias sobre dioses antiguos y faraones muertos hace mucho tiempo. Cerró la computadora y se la devolvió a la mujer, se acomodó en su asiento y tomó siestas intermitentes durante el resto del viaje en tren.

Llegaron a Roma cuando el sol estaba saliendo de nuevo. Reid estaba lejos de estar bien descansado, pero al menos había conseguido dormir un poco. Compró un expreso en la estación de tren, y mientras esperaba, se esforzó en recordar qué día era, cuánto tiempo había pasado desde que fue secuestrado de su casa. ¿Han pasado sólo dos días? Parecía mucho más largo, como si hubiera sido hace semanas.

Al igual que en París, los recuerdos de Kent lo guiaron por las calles de Roma. Parecía que la conocía bien; las señales de la calle y las vistas encendían su sistema límbico como una máquina de pinball animada. Ni siquiera tuvo que romper su paso para encontrar la Piazza Mattei, y con ella, la Fontana delle Tartarughe.

La fuente no era particularmente grande, ni siquiera tan grande

en comparación con muchas otras que Roma tenía para ofrecer, pero era muy hermosa. En ella, cuatro hombres de bronce sostenían un vasco, cada uno con una mano levantada como si se tratara de tortugas muy realistas en el borde de la pila de mármol.

Se quedó allí durante un largo momento, admirándolo, luchando contra la necesidad de reírse sarcásticamente. ¿Cuántas veces se había dicho Reid Lawson que haría este mismo viaje? ¿Cuántas veces había prometido que algún día las niñas y él visitarían Italia, España, Francia, Grecia? Y ahora aquí estaba, no por placer sino por necesidad, porque su vida dependía literalmente de ello.

Una visión destelló — en su mente vio a cuatro personas, paradas alrededor de la fuente, admirándola como si fueran turistas. Él estaba entre ellos. Reidigger estaba allí. Un hombre más joven, con cabello oscuro y una sonrisa arrogante. *Morris*. Y la mujer rubia de sus recuerdos, la de los ojos gris pizarra. *Johansson*.

Los cuatro planeamos una operación aquí, en el hotel frente a la plaza. Reconocíamos el área y establecimos nuestra casa segura aquí. Nos paramos frente a esta fuente y le pedimos a un turista asiático que nos tomara una foto. Fue idea de Reidigger. Morris fingió que no le gustaba. Sabíamos que no debíamos. Pero lo hicimos de todos modos.

Miró más allá de la fuente, hacia el alto edificio de ladrillo blanco que había detrás. Era la antigua casa señorial de la familia Mattei, renovada hace mucho tiempo en apartamentos de lujo. Inmediatamente supo que la casa segura estaba a través del arco de piedra, en el patio, y por las escaleras, la unidad más pequeña en el segundo piso, al final del pasillo. Tenía una ventana que daba a la fuente.

Reid miró hacia arriba, hacia la ventana. No podía ver nada a la luz del sol en la mañana que no fueran cortinas blancas atadas con fajas desde el interior.

Pensó si debía subir o no. ¿Encontraría algo allí? ¿Era una casa segura todavía o entraría para encontrar una familia desayunando?

¿Por qué vine aquí? Esto fue una estupidez de mi parte, seguir una foto vieja sin una buena razón. Debería haberlo pensado bien. Debería haber…

Sintió una sensación familiar pero distinta, como la que tuvo en el bar de mala muerte de París — estaba siendo observado. Estaba seguro de ello; los instintos de Kent le gritaban. Actuó de forma

casual, fingiendo admirar la fuente mientras daba vueltas alrededor de ella y comprobaba el perímetro. Por lo que sabía, estaba solo en la plaza, pero también estaba rodeado por todos lados de varios pisos de ventanas.

Necesito moverme.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y la envolvió alrededor de la Glock. Sólo había un camino por recorrer; no se iba a ir, rendirse después de haber viajado tan lejos. Así que cruzó la plaza y caminó bajo el arco abovedado de piedra del edificio de apartamentos y hacia el patio, deseoso de salir de la vista de todas esas ventanas.

Los jardines del patio estaban bien cuidados — un nuevo recuerdo destelló de la primavera en Roma, flores vibrantes que crecían en hileras impecables — aunque hacía demasiado frío para eso ahora.

Siguió el camino pavimentado hasta un conjunto de escaleras de piedra que conducían hacia arriba y hacia el interior del edificio. Justo dentro del vestíbulo, a su izquierda, había otro conjunto de escaleras, que desembocaban en un pasillo con dos puertas a cada lado. Reid pasó su mano izquierda a lo largo de la pared mientras se dirigía silenciosamente por el pasillo. El yeso parecía áspero, viejo y desigual, pero había una rica historia en estas paredes. Una vez había sido una parte pequeña, casi insignificante, lo recordara o no.

Se detuvo en la última puerta a la izquierda. Detrás estaría la casa segura, el apartamento que su equipo había establecido como lugar de encuentro.

Reid ajustó el bolso en su hombro y le quitó el seguro a la Glock 27. No sacó la pistola, sino que dirigió el cañón hacia cualquier amenaza potencial que pudiera encontrar al otro lado de la puerta.

Quería confiar en que Reidigger lo había enviado allí por una razón. Quería creer que Alan había estado de su lado. Quería asumir que la fotografía era una pista que lo llevaría a un lugar seguro, a otra pista, al siguiente paso en este extraño viaje.

Movió la perilla, la agarró con sólo dos dedos y la giró lentamente, muy lentamente.

Se abrió a su alcance.

Empujó la puerta para abrirla unos centímetros y miró cuidadosamente al apartamento.

Estaba mirando una pequeña sala de estar. Casi todo parecía viejo, hasta las cañerías y las vigas desgastadas, expuestas en la parte superior. Alguien había arreglado el lugar un poco de la imagen que tenía en su mente; había flores frescas en la mesa de café y unas cuantas almohadas de colores en el sofá, pero por lo demás cada pared y cada mueble era blanco o gris. Era una dicotomía extraña, como si alguna forma de vida vívida tratara de atravesar una existencia neutral y sosa.

Reid empujó la puerta un poco más. Dio un cauteloso paso a través del umbral, girando su cuerpo de lado y deslizándose hacia adentro. No parecía que hubiera nadie allí.

Entonces — el chasquido revelador de un vaso de vidrio. Un fregadero corriendo. Alguien bostezando.

Reid se congeló. Sólo podía ver el borde de la cocina, a la vuelta de la esquina de la sala de estar. Pero alguien estaba allí, moviéndose. Contuvo la respiración y dio un paso más, moviendo su cuerpo por completo hacia el apartamento. Lentamente, lentamente empujó la puerta que se cerró tras él.

Las bisagras chillaron.

"¿Hola?" La voz de una mujer. Vino a la vuelta de la esquina.

Tenía la piel clara y cremosa, el cabello rubio y despeinado hacia atrás en una cola de caballo suelta. Todavía era temprano; llevaba pantalones de pijama y una camiseta sin mangas, como si acabara de despertarse.

Pero su rostro contaba una historia diferente. Sus ojos gris pizarra estaban muy sorprendidos y su boca abierta mientras miraba directamente a Reid.

Una taza de té se le escapó de las manos y se rompió en el suelo.

Era ella. La mujer de sus recuerdos.

Johansson.

CAPÍTULO CATORCE

"Kent Steele está vivo".

Las palabras corrían por su cabeza como un mantra, una y otra vez. *Kent Steele está vivo. Kent Steele está vivo.* Qué extraño era que cuatro palabras aparentemente simples pudieran levantar una ira tan increíble, pudieran hacer hervir su sangre y que sus labios se rizaran involuntariamente en un furioso gruñido.

Rais se paró frente al espejo en el sucio baño, sin camisa y colgado sobre la barra de la ducha. Dos de las cuatro bombillas se quemaron en el lavabo sobre el fregadero mientras mezclaba polvo de blanqueador y peróxido en un pequeño tazón de acero inoxidable con una cuchara de plástico.

Amón había puesto al agente desertor en contacto directo con él. Rais no sabía el nombre del agente; dentro de Amón se referían a él sólo como Agente Uno, un nombre en clave poco serio basado en su antiguo compañero de equipo, el infame Agente Cero. Rais se negó a referirse a Kent Steele por cualquier otra cosa menos que por su nombre real. El Agente Cero era el coco, un monstruoso tormento que podía convertirse en sombra y estar en cualquier parte. El nombre era susurrado con temor y trepidación, incluso entre los miembros de Amón. Pero Rais sabía muy bien que Kent Steele era sólo un hombre, de carne y hueso.

Antes de hoy, la información del Agente Uno siempre había sido buena. Había ayudado a Amón a estar un paso por delante de la CIA en el pasado, a darles información falsa y callejones sin salida, a despistar a otros agentes. Pero ahora — Kent Steele estaba vivo.

Con dos dedos, Rais tocó suavemente la oscura y dentada cicatriz que corría diagonalmente justo debajo de su pezón izquierdo, hacia abajo sobre su esternón, casi hasta el ombligo. Hace casi dos años, había sido asignado personalmente para matar a Steele. Pero no le había ido bien, no esa vez. Sus hermanos lo habían encontrado medio muerto y reteniendo sus propias entrañas. Los médicos de Amón lucharon durante horas para mantenerlo con vida. A Rais le había tomado cinco meses recuperarse.

Comenzó a aplicar la mezcla de blanqueador a secciones de su cabello corto y oscuro con un pincel.

La información del Agente Uno siempre había sido buena, excepto por un solo caso: cuando le dijo a Amón que Steele estaba muerto. Prometió que se había encargado de ello él mismo.

Sin embargo, Kent Steele estaba vivo.

Si fuera cualquier otro, incluso Rais, Amón actuaría con rapidez y sin piedad. El Agente Uno estaría muerto en menos de una hora por su transgresión. Pero lo necesitaban, y el agente lo sabía.

La llamada había llegado hace menos de una hora.

"Kent Steele está vivo", le dijo el Agente Uno por teléfono, a modo de saludo.

Rais se enorgullecía de controlar sus emociones, pero se encontró vacilando mientras la conmoción y la furia le bañaban. Qué extraño que cuatro palabras aparentemente simples puedan inspirar tal sed de sangre. Su mano tocó distraídamente la cicatriz en el pecho.

Rais había estado en silencio durante un largo momento. "Eso sería imposible", dijo al fin, de forma equilibrada, evitando que su voz traicionara su desprecio. "Porque lo mataste".

"Pensaba que sí", dijo simplemente el agente, como si sólo el hecho de pensar que uno había hecho algo fuera para que existiera. "Parece que tenía ayuda de otro, alguien que creía que estaba de mi lado. Ese tipo está muerto ahora, no obstante, gracias a tu gente".

"¿Estás seguro?" preguntó Rais. Se rio tan suavemente que apenas podía respirar. "Parece que tienes problemas para distinguir entre vivos y muertos".

El Agente Uno se burló por teléfono. "Mira, tu gente me dijo que eres el tipo que termina cosas como esta, ¿verdad? Y escuché que tienes una *buena relación*, eh, personal con Steele".

"¿Sabes dónde está?" preguntó Rais.

"No, pero creo que sé dónde estará", dijo el agente. "Sólo hay un lugar a donde puede ir, y voy a atraparlo allí. Pero si es lo suficientemente inteligente como para no ir allí, ahí es donde entras tú".

"¿Cómo sabré dónde encontrarlo?" preguntó Rais.

“Hay una manera de hacer que salga. No me gusta mucho, pero podría ser necesario”.

“¿Cuál es?”

“Diablos no”, el Agente Uno se quebró. “Es sólo un último recurso. Si fallo en atraparlo, te lo diré. Sólo te estoy poniendo en alerta”. Luego colgó.

Rais dejó que el color se fijara durante veinte minutos, sentado en la tapa cerrada del inodoro y pensando. La mezcla de lejía le produjo picazón en el cuero cabelludo, pero lo ignoró. Después de la llamada del agente, Rais se puso inmediatamente a cambiar su apariencia para que Kent Steele no lo reconociera. Cuando se encontraron por última vez, Rais tenía una barba delgada, que se había afeitado. Se blanqueó el cabello oscuro y mientras esperaba a que el color se fijara, se puso lentes de contacto azules para ocultar su iris de color esmeralda.

Lo que el sarcástico Agente Uno no sabía era que Amón ya había puesto a Rais en alerta. Cuatro de los iraníes fueron encontrados muertos en un sótano Parisino después de no reportarse a la hora indicada. La explosión en las instalaciones rusas salió en todas las noticias — aunque según los medios de comunicación, un gasoducto había sido el responsable de la destrucción del viñedo. No se mencionó la fabricación de bombas ni las conexiones con ningún grupo extremista radical.

Rais cambió los teléfonos, abriendo un antiguo Nokia, e hizo una llamada. En un día cualquiera usaba hasta cinco teléfonos diferentes y los cambiaba regularmente. Se dio cuenta completamente de que algunos podrían llamarlo paranoico. Se veía a sí mismo como meticuloso.

El hombre al otro lado de la llamada respondió, pero no habló.

“¿Estamos rastreando el movimiento del Agente Uno?”, preguntó Rais en voz baja.

“Sí”, vino un susurro ronco.

“Quiero saber adónde va”. Rais cerró el teléfono. Estaba seguro de que el agente fallaría de nuevo, y cuando lo hiciera, Rais encontraría a Steele y se aseguraría absolutamente de que estaba muerto.

Tocó el glifo de su bíceps derecho. Era rectangular, no más grande que una cuarta parte, la piel de allí estaba levantada y rosada,

donde había sido quemado el símbolo en su carne. Fue un honor increíble ser marcado con el glifo de Amón. Las pruebas físicas y mentales que uno tenía que realizar para convertirse en miembro del círculo íntimo enviaban, y a menudo lo hacían, a la mayoría de los hombres a la locura o al suicidio.

La marca en el brazo de Rais, sin embargo, no era tan visible como muchas otras. Era común tener el glifo marcado en el cuello, para llevarlo y exhibirlo con orgullo, pero la posición de Rais requería una cantidad de subterfugios, la habilidad de mezclarse con la multitud y no ser fácilmente identificable. Sus superiores lo entendieron y permitieron la marca en su brazo, en lugar de en su cuello.

Algunos de sus compañeros, por otro lado, no entendían y algunos incluso habían llegado a burlarse de él y a cuestionar su devoción a la causa. Rais tenía una solución elemental como castigo: había metido los dos pulgares en las cuencas de los ojos del último hombre que había cuestionado su lealtad.

Una vez que la lejía se asentó, Rais se lavó el cabello en la sucia bañera anillada. Se preguntaba adónde Steele podría irse después. Sería imposible rastrear su paradero sin que el agente molesto hiciera primero un movimiento. Rais no tuvo más remedio que esperar. Era un hombre paciente — un rasgo que a menudo no compartía con muchos de sus antecedentes. Otros que habían denunciado la cultura y la herencia de su lugar de nacimiento podrían haberse inclinado a olvidarlo, a sacarlo de la memoria y a centrarse en el presente, pero Rais no. Era importante para él recordar de dónde venía. Le recordó sus motivaciones y fortaleció su determinación.

Rais se había ganado su marca, aunque su posición dentro de Amón le obligaba a esconderla cuando era necesario. Sus años de formación de entrenamiento militar y el tiempo subsiguiente que pasó robando en las calles de Egipto le sirvieron bien igualmente como asesino. Había ganado prominencia entre sus hermanos. Había encontrado un propósito.

Y entonces Kent Steele entró en escena.

Había sido una confrontación épica. De sólo pensarlo, se le subieron los pelos en los brazos a Rais. Había estado a punto de vencer al agente — lo tenía de espaldas con una pistola en la cabeza. Pero falló. Un pasador de gatillo defectuoso, sólo un pequeño trozo de metal, había tomado la decisión entre la vida y la muerte por él.

Steele tenía un cuchillo en su bota, y abrió Rais del ombligo al pectoral, y luego lo dejó morir lentamente, sujetando sus propias entrañas.

Le llevó cinco meses recuperarse por completo. Cinco meses tortuosos y agotadores de terapia de heridas con presión negativa y cierre asistido por vacío, de corsés médicos y tejido necrótico.

Rais se miró en el espejo, contento con sus mejillas afeitadas, su trabajo con lejía y sus ojos azules. Para él, todavía se parecía a sí mismo, a Rais, pero esperaba que fuera suficiente para engañar a Steele, al menos temporalmente — lo suficiente como para que se acercara y clavara un cuchillo entre las costillas del agente. Esta vez no fallaría.

Se puso una camiseta negra y se fue del baño. La sala de estar olía de nuevo a humo; los otros tres estaban sentados en una pequeña mesa redonda, compartiendo cigarrillos y jugando al dominó. Rais frunció el ceño. Estos hombres, este trío de serbios, no eran de Amón. Eran una facción de algún movimiento de liberación que Amón había reunido en el redil para ayudar con su gran plan. Rais había sido asignado a este lugar, esta casa rural y destartalada en el este de España, para vigilar a estos tres. Ellos eran los responsables de seguir y anotar las rutas de vuelo que iban y venían de Sion, pero Amón pensó que eran poco fiables — y basándose en lo que Rais había visto hasta ahora, tenían razón en estar preocupados.

Estos tontos, pensaban que eran de Amón. Esa era la promesa: unirse a nosotros, convertirse en nosotros, y disfrutar de los frutos del nuevo mundo a nuestro lado. Ganándose su propio punto de apoyo en la tierra. Una pieza para todos, y todos son una pieza.

Estos hombres no tenían ni idea.

El mayor de los tres, un hombre barbudo e imponente llamado Nikola, levantó la vista e inmediatamente lanzó un resoplido a la apariencia alterada de Rais — sus mejillas limpias, su cabello rubio y sus ojos azules.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó con un inglés acentuado. “Te ves cómo, eh, una estrella de cine”. Sus dos compañeros se rieron.

Rais sonrió con satisfacción. “Voy a matar a alguien. Así que debo restablecer mis credenciales Occidentales”.

Nikola frunció el ceño. “¿Qué significa esto?”

Rais se acercó a su pequeña mesa redonda y cogió la Sig Sauer con silenciador que estaba colocada en el centro. Sin dudarlo un instante, disparó tres tiros rápidos, cada uno de ellos con un *sonido agudo* de aire comprimido, a la frente de los tres serbios.

"Inútiles", murmuró. Sacudió sus huellas de la pistola y la colocó en el centro de la mesa. Tomó las tarjetas SIM de cada uno de sus teléfonos y las aplastó. Luego se dispuso a limpiar el lugar de cualquier indicación de que había estado allí.

Hizo una llamada para alertar a Amón sobre la desafortunada desaparición de los tres serbios. Luego cogió su bolso y salió de la casa, dirigiéndose hacia Barcelona. Amón estaba rastreando al agente, y el agente estaba rastreando a Steele. El irritante Agente Uno, que les daba información — fracasaría. Sería Rais quien daría el golpe final.

CAPÍTULO QUINCE

"¿Kent?"

Los restos destrozados de la taza de té estaban entre ellos — Reid, justo dentro de la puerta del apartamento, y la mujer, Johansson de ojos grises de su memoria, justo más allá de la pequeña cocina adyacente. Su cara se quedó sin color. Su labio inferior temblaba.

"Tú…" Ella sacudió la cabeza, y su pelo rubio tembló con ella. "Estás muerto".

La gente sigue diciéndome eso, pensó, pero no dijo nada. No conocía a esta mujer. Quizás lo hizo una vez, pero ahora no lo sabía.

"Yo no... yo sólo..." tartamudeó, sin palabras. "¿Eres realmente tú?"

No sabía qué decir. Decidió lo único que tenía sentido para él en ese momento: "Sí. Soy yo".

"Dios. Te ves como el demonio". Ella soltó una risita. "¡Kent, no puedo creerlo!" Ella se movió para dar un paso adelante, pero Reid levantó ambas manos. Se quedó helada, con una ceja levantada.

Señaló hacia el suelo. "Vidrio". Sus pies estaban desnudos en el suelo de baldosas.

Miró hacia abajo con curiosidad, como si solo ahora se hubiese dado cuenta de que una taza se había roto, y luego saltó hábilmente sobre los fragmentos hacia él. Antes de que pudiera sacar la mano de su bolsillo, ella le abrazó y le acercó, enterrando su cabeza en su cuello.

"¡Dios, no puedo creerlo! ¡Estás vivo! ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo? ¡Jesús, estás vivo!"

Reid dejó que lo abrazara, pero él no le devolvió el abrazo. Sin embargo, había algo en ella, sólo la vista y el sentimiento de ella, que movía algo dentro de él. Antes, había sido pasión y emoción. Esta vez fue cálido, una sensación que rayaba en la alegría, como ver a un viejo amigo pasar por la puerta de un aeropuerto — tal vez más que eso. Podía oler su cabello, un champú con sabor a fruta, una loción para la piel de lavanda y…

Los dos se sientan en la barra de un antro de mala muerte en Malta. El lugar está lleno, pero nadie más importa. La luz del letrero de neón en la ventana baila en sus ojos grises. Sus dedos se tocan, apenas. Te inclinas hacia ella. Ella también lo hace…

Gruñó mientras aparecía de nuevo el dolor de cabeza. Se sintió como una intensa presión en su cabeza, como si algo estuviera en su cráneo y tratara de escapar.

Johansson se alejó. "¿Estás bien?", preguntó alarmada. "¿Qué pasa?"

"Es... una larga historia", se quejó.

"¿Estás metido en algún problema?"

"Sí", dijo simplemente.

"¿Te han seguido hasta aquí? ¿Has visto a alguno de los otros...?"

"Espera". El dolor disminuyó y él se alejó de su alcance. "Espera un segundo. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?"

Ella dio un paso atrás y frunció el ceño. "¿De qué estás hablando? Soy yo. Maria. Por supuesto que puedes confiar en mí. Tú me conoces".

"No. No lo sé". Agitó la cabeza. "Lo siento".

"No lo entiendo".

"Como dije. Es una larga historia".

"Bueno, quisiera oírla", insistió.

Él la escudriñó. Parecía sincera, tanto en su preocupación por él como en su deseo de ayudar. Reid Lawson puede no haber sido muy bueno leyendo a la gente, pero confiaba en que Kent Steele lo era, y no había alarmas en su cabeza.

Aun así, tenía preguntas. "¿Dices que puedo confiar en ti, pero estás escondida en una casa segura?"

"No es lo que piensas", dijo ella. "Estoy... bueno, estoy ocupándola, a costa del gobierno de los EE.UU.". Ella frunció el ceño. "¿No te acuerdas?"

“No”. Reid la miró de arriba a abajo. No había ningún lugar en su pequeña figura en el que pudiera haber estado escondiendo un arma. Al mismo tiempo, no pudo evitar darse cuenta de que su piel era impecable, sin cicatrices visibles en ninguna parte. Su cabello caía en ondas brillantes alrededor de sus hombros, tan brillante y perfectamente rubio que parecía casi luminiscente. El sentimiento se agitó de nuevo en su interior — el de la nostalgia, el del deseo.

Despierta, se regañó a sí mismo.

“Tú”, dijo. “Eres de la CIA”.

“Lo era. Ya no más. Hace tiempo que no estoy con ellos. Poco después de tu… bueno, después de tu muerte, fui repudiada”.

Repudiada. Se volvió corrupta. La agencia negó toda responsabilidad o incluso el conocimiento de ella como agente.

“¿Por qué?”

Ella empujó la puerta cerrándola completamente detrás de él, pasó por encima de los restos de vidrio de la taza de té y le hizo un gesto con la mano para que entrara. “Fui a buscar lo que tú estabas buscando”, dijo vagamente. “Luego me negué a volver cuando me llamaron. Así que fui repudiada”.

Johansson desapareció por un momento en la cocina y volvió a salir con una escoba fina y un recogedor de plástico. Se arrodilló para limpiar la taza rota.

Reid decidió confiar en ella, al menos hasta que ella le diera una razón para no hacerlo. Lentamente se sacó la mano del bolsillo mientras entraba en la sala de estar. “¿Y estás seguro de que estamos a salvo aquí?”, preguntó, mirando a su alrededor.

“Nadie más lo sabe aparte de nosotros cuatro”.

“Los otros, Reidigger y Morris… ¿no vinieron a buscarte?”

Johansson resopló. “No, Kent. Repudiado significa que los agentes activos olvidan tu rostro. Sí, eran amigos, pero siguen en el trabajo, que yo sepa. Si la agencia se enterara de que me habían encontrado, también estarían en un arroyo de la mierda”.

Reid agitó la cabeza. Quería hablarle de Reidigger, pero no creía que fuera el momento adecuado. Quería respuestas primero.

Pero ella también lo hizo. Mientras se puso de pie otra vez, dijo: “Cristo, Kent, ¿dónde has estado? ¿Y qué le pasa a tu cabeza? ¿Por qué actúas como si no recordaras nada de esto?”

“Porque no lo recuerdo”. Dejó caer la bolsa de Reidigger en el sofá, y luego peló cuidadosamente el vendaje de mariposa de su cuello y se giró ligeramente para mostrarle la herida donde el interrogador iraní le había cortado el pequeño dispositivo parecido a un grano.

“Oh, Dios mío”, respiró. “Parece que se está infectando. Ven conmigo”. Ella lo agarró de la mano y lo llevó a un pequeño baño de la cocina con ventanas de vidrio esmerilado y accesorios blancos. “Siéntate”. Lo hizo, sentado en la tapa del inodoro mientras ella escarbaba en un gabinete en busca de suministros de primeros auxilios. “Voy a limpiar esto”, dijo, “pero vas a tener que contármelo todo”.

“Lo haré”, él lo prometió.

*

Comenzó desde el lugar más lógico, el principio. Reid le dijo que estaba sentado en su estudio en Nueva York, cerca de la medianoche, cuando los tres iraníes vinieron a buscarlo. Le contó cómo lo drogaron y lo pusieron en un avión de carga a París. Le contó sobre el sótano, el interrogador y el pequeño dispositivo parecido a un grano de arroz que tenía en el cuello.

“Él lo llamó supresor de memoria”. Hizo un gesto de dolor cuando Johansson presionó un paño húmedo y caliente contra la herida.

“Jesús”, murmuró. “¿Cómo conseguiste uno de esos?”

Levantó la mirada bruscamente. “¿Sabes sobre eso?”

“Sé un poco. He oído cosas”. Frotó la sangre seca de los bordes de la herida, y luego exprimió el agua rosada de la toallita en el lavabo. “La agencia está obsesionada con el control de la memoria desde hace tanto como cualquiera pudiera recordar. Suprimir recuerdos, alterar recuerdos, acceder a ellos… Estoy seguro de que están ocurriendo cosas muy extrañas en alguna sala limpia subterránea de algún lugar".

“Pero esto es real”, dijo, “obviamente. No recordaba nada de ser

Kent".

"¿Y los recuerdos no volvieron cuando lo cortaron?", preguntó.

"No. Quiero decir, un poco. Al principio eran confusos, extraños y desarticulados. Han estado regresando un poco a la vez, especialmente cuando veo algo o escucho ciertas palabras, esto desencadena una visión en mi cabeza. Es como hojear los canales de un televisor y ver brevemente lo que hay". La miró a los ojos. Ella no lo hizo. "¿Qué has oído hablar de ello?"

Ella suspiró. "Sé que fue altamente experimental, potencialmente peligroso. Supuestamente funciona basado en la terapia cognitiva…"

"¿Qué significa eso?"

"Significa que después de que lo introducen en ti, alguien está ahí para decirle a tu cerebro qué olvidar", explicó. "Algo así como una hipnosis — poderes de sugestión y ese tipo de cosas". Ella apretó un poco de ungüento en una bola de algodón y le tocó el cuello.

"Así que estás diciendo que no podría haberme hecho esto a mí mismo".

"No", contestó ella. "Eso habría sido imposible".

"Toda esta situación es imposible", murmuró. "Hace tres días pensaba que era un profesor de historia europea que vivía en el Bronx con mis hijas. Ahora soy un agente de la CIA que fue asesinado en acción por intentar descubrir un complot terrorista. ¿Cómo puede ser eso?"

Johansson se encogió de hombros. "Todos tenemos nuestra cubierta, Kent. Según la mayor parte del mundo, soy un contador público de Baltimore. Incluso puedo llevar tus impuestos. Estamos bien entrenados. Llevamos dos vidas. Así ha sido siempre".

Él agitó su cabeza. "Pero tendría lagunas en mi memoria. Si hubiera estado aquí antes, como Kent, ¿dónde habría pensado que estaba como Reid?"

"Tu mente lo llena", dijo simplemente. "Nuestros cerebros son increíbles. Pensamos en términos de realidad. Debes haber estado en algún lugar, así que tu cerebro te da los detalles". Abrió el paquete de papel con un vendaje nuevo. "Es como ese estudio que se hizo hace unos años, sobre reclamos de seguros. Esta compañía entrevistó a una

docena de testigos de un accidente de coche, y ellos preguntaron, '¿De qué color era la gorra del conductor?' Sólo un par de personas lo recordaron, pero ni una sola persona dijo: 'No lo sé'. Sus cerebros llenaron los detalles, y todos estaban seguros de sí mismos. La compañía de seguros recibió cinco respuestas diferentes".

"Así que estás diciendo que no sólo tengo los recuerdos de Kent, ¿sino que algunos de mis recuerdos como Reid podrían no ser reales?" *Jesús,* pensó, *eso es lo último que necesito, para empezar a dudar de lo que pensaba que era cierto.*

"No tengo todas las respuestas. Sólo te estoy diciendo lo que he oído". Presionó el vendaje sobre la herida en su cuello y alisó los bordes con la punta de los dedos. Sus manos eran cálidas. Algo se agitó de nuevo, muy dentro de él. Definitivamente notó que ella estaba inclinada sobre su hombro, el cuello bajo de su camiseta sin mangas formando sombras entre sus pechos. Podía sentir su suave aliento cerca de su oreja.

"Estas visiones... ¿has tenido alguna sobre mí?" preguntó, tratando de sonar casual.

"No realmente", dijo con franqueza. "Sé que fuiste parte de mi equipo. Tal vez incluso… una amiga".

"¿Eso es todo?"

"Eso es todo. Lo siento mucho. No sé por qué, pero cada vez que te apareces en mi mente, el recuerdo se desvanece y me da un intenso dolor de cabeza, como una migraña que sólo dura un minuto más o menos".

"Hmm". Se enderezó y se mordió el labio inferior, pensando. "Podría ser un efecto secundario por la forma en que te lo sacaron. No puedo imaginar que eso fuera bueno para tu sistema límbico. Espero que no sea permanente". Luego, en voz baja, añadió: "Me gustaría que me recordaras".

Se quedaron en silencio durante varios segundos, ambos mirando el suelo de baldosas blancas. Entonces Johansson aclaró su garganta y dijo: "Quítate los pantalones".

"¿Qué?"

"Quítate los pantalones". Ella señaló. Una pequeña cantidad de sangre había empapado sus jeans. Aparentemente el súper pegamento

que usó para cerrar la herida del cuchillo en su muslo no había aguantado.

"Oh. Sí. Está bien". Se quitó su chaqueta de aviador y luego se quitó los jeans, cubriendo con ambos la bañera. Se sentó de nuevo en el inodoro y Johansson se arrodilló en el suelo frente a él, tocando la herida.

"¿Súper pegamento, Kent?" Ella se burló. "De todos modos, de vuelta a París. Los iraníes en el sótano. ¿Qué pasó con ellos? ¿Cómo saliste?"

"Los maté". La escaneó en busca de alguna respuesta física a su declaración, pero no hubo ninguna. Era impasible.

"Voy a necesitar pinzas para esto", murmuró. "¿Y luego...?"

"Luego fui a un bar". Le contó sobre el encuentro con Yuri, el viaje en coche hasta Bélgica y la huida del complejo de Otets.

Se rio un poco. "Sabes, cuando me enteré de eso, mi primer pensamiento fue en ti. Tenía escrito 'Kent Steele' por todas partes".

Él levantó una ceja. "¿Y cómo te enteraste?"

"Lo leí en las noticias, en Internet", dijo simplemente.

¿Leyó sobre una explosión en un viñedo y pensó en mí? Extraño.

"No vi una computadora cuando entré", replicó.

Johansson puso los ojos en blanco. "En mi teléfono. Dios, estás siendo paranoico".

No le hables de Reidigger, su mente le susurró. Sólo Amón y la CIA lo sabían. Si ella lo mencionaba, él sabría que ella seguía dentro.

"Entonces, ¿cómo supiste llegar hasta aquí?", preguntó.

Él hizo una mueca de dolor mientras ella tiraba del súper pegamento seco de su corte con un par de pinzas. "Vi una fuente en Bélgica", mintió. "Eso desencadenó un recuerdo".

"Raro", dijo ella. "No habrías sabido que estaba aquí".

"Pero sabía que la casa segura estaba aquí. Hablando de eso, ¿por qué estás aquí?"

"Como te dije, estoy ocupándola". Ella le sonrió. "Reidigger y tú organizaron esto hace un tiempo", explicó. "Estábamos en una operación que nos iba a llevar a Milán. Los dos firmaron un contrato de arrendamiento de cinco años sobre el lugar bajo el alias de un rico emprendedor de California. Lo escondió en el informe de gastos como un transporte blindado y municiones".

"Está bien", dijo lentamente, "pero lo que quise decir es, ¿cómo terminaste aquí? Dijiste que fuiste a buscar lo que yo estaba buscando".

"Supongo que no recuerdas esa parte", dijo suavemente. "Estabas buscando a alguien, un miembro de la Fraternidad..."

"¿La Fraternidad?".

"Así es como los llamábamos. El colectivo terrorista".

¿Debería contarle sobre Amón?

No. Todavía no. Espera y ve primero lo que ella sabe.

"¿Lo encontraste?", preguntó.

"No", dijo ella, sin ocultar la decepción en su voz. "El tipo es un fantasma".

"¿Qué es lo importante sobre él?" presionó Reid.

"¿Para ti? Era una pista. ¿Para mí?" Ella se quedó callada por un momento. "Él es el que dijeron que te mató".

"Bueno, obviamente no, si estoy aquí… ¡ouch!" Siseó mientras Johansson sacaba el último trozo de pegamento del corte. "¿Cuánto tiempo llevo muerto?"

"Um..." ella se mordió el labio de nuevo y miró hacia arriba. "La semana que viene serán diecinueve meses".

"Diecinueve meses", repitió con nostalgia. Eso fue ciertamente extraño, que ella supiera el aniversario de su muerte hasta la semana pasada. Tenía la sensación de que los dos habían sido algo más que compañeros de equipo o amigos. "Yo estaba en algo — *nosotros* estábamos en algo", dijo. "Una conspiración, por esta 'Fraternidad', que ha estado en marcha durante un tiempo… un par de años, quizás más. ¿Qué sabes de eso?"

Se encogió de hombros mientras limpiaba la herida de su muslo. “Sólo lo que descubrimos juntos”.

“Recuérdamelo”.

Johansson suspiró. “Está bien”. Tomó otra venda del gabinete y la desenvolvió. “Hace poco más de dos años, la NSA interceptó algunos correos sospechosos. Eran para un ingeniero nacido en Irán que vivía en Virginia. El tipo estaba limpio, pero los correos electrónicos no lo estaban — el ingeniero estaba tratando de convencer a su hermano de que no hiciera algo, rogándole que se fuera a casa, y las respuestas estaban llenas de amenazas y cosas del tipo ‘muerte en el nombre de Alá’. Nos involucramos, y rastreamos la IP hasta España...”

“El Ritz, en Madrid”, dijo Reid a sabiendas. “El terrorista de las maletas”. La visión destelló de nuevo por su cabeza. *Pateas la puerta y agarras al bombardero desprevenido. El hombre va a por el arma en el escritorio, pero tú eres más rápido. Le rompes la muñeca… Más tarde Reidigger te dice que oyó el sonido desde el pasillo. Se le revolvió el estómago.*

“Exactamente”, dijo Johansson mientras presionaba cuidadosamente el vendaje sobre su muslo. “Tú fuiste quien lo atrapó. El tipo era joven y estaba aterrorizado. Era un espía de un grupo radical Islámico que acababa de ser admitido en la Fraternidad, pero aún no lo sabíamos. Sólo pudo darnos dos nombres, un par de sus asociados. Nos llevó un tiempo, pero los rastreamos hasta una pista de aterrizaje en Zagreb...”

“Tratando de abordar un avión”. Reid también había tenido esa visión, de Morris y él persiguiendo a los dos iraníes en la pista.

“...Correcto”, dijo Johansson lentamente. “¿Estás seguro de que perdiste la memoria? Parece que sabes mucho de esto”.

“En el sótano, en París, preguntaron por todos estos lugares”, explicó Reid. “Algo de eso me vino a la mente. Pero como dije, todo estaba desarticulado y confuso”. *Pero ahora estaba empezando a juntarse.*

“De todos modos” continuó, “esos dos fueron más duros de romper. Créeme, lo intentamos”.

Otra visión familiar pasó por la mente de Reid, la misma que le había llegado cuando estaba ahogando a Otets — *un sitio negro de la CIA. Un cautivo, atado a una mesa con una ligera inclinación. Una*

capucha sobre su cabeza. Agua, vertiéndose. Sin detenerse. El cautivo se golpea tan fuerte que se rompe el brazo… Se sacudió la horrible visión de la cabeza.

"En última instancia, fue el propio avión el que nos dio la siguiente pista", le dijo Johansson. Con la herida limpia, ella se sentó en el suelo frente a él, con sus rodillas levantadas cerca de su pecho. "Era propiedad de un grupo de empresas de Teherán. Después de indagar un poco descubrimos que era una corporación ficticia usada para el lavado de dinero. El dueño era un jeque rico..."

"Mustafar". *Sabes, Jeque… una bala suena igual en cada idioma*. Lo había dicho, en el sitio negro de la CIA en Marruecos.

"Correcto. Estaba financiando a los iraníes y estos estaban canalizando el dinero hacia la Fraternidad — esa fue la primera vez que oímos hablar de ellos, y ahí es donde cometieron su error. El jeque tenía todo que perder, y derramó sus tripas. Nos dio nombres, lugares, fechas..."

"Pero resultaron ser pistas falsas, ¿verdad?" interrumpió Reid. "El jeque no tenía nada de valor".

“Las pocas cosas que sabía eran callejones sin salida, literalmente. La Fraternidad sabía que habíamos llegado al jeque y ellos ataron sus cabos sueltos rápidamente”, dijo Johansson. “Era un rastro de cuerpos fríos sin evidencias. Luego empeoró. Ese primer tipo, ¿el bombardero de maletas de Madrid? Alguien lo atrapó. Un miembro de la Fraternidad se las arregló para infiltrarse en un sitio negro seguro sólo para matarlo”. Ella agitó la cabeza. “Quiero decir, el tipo ya nos había dado la pequeña información que tenía. Pero aun así lo querían muerto. Arriesgar tanto sólo para silenciar a un hombre... es una locura”.

“¿Y los otros dos?” preguntó Reid. “¿Los aspirantes a pilotos de Zagreb?”

“Lo mismo. Para cuando descubrimos al primer tipo muerto y pusimos la alerta, ya estaban muertos. Y tuviste una corazonada sobre eso”.

“¿La tuve?”

Ella asintió. “Los tres fueron asesinados con el mismo método — dos en el pecho, uno en la cabeza, de una Sig Sauer con silenciador. Pensamos que era un modus operandi general para los asesinos de la fraternidad, pero hiciste analizar las balas. Resultó que eran de la misma arma. El mismo tipo hizo los tres, en un lapso de seis horas”.

Reid tenía otra corazonada, aunque no la compartió con Johansson. Basándose en lo que ahora sabía, le pareció que Amón había utilizado a los iraníes como chivos expiatorios para desviar a la CIA de su propio rastro. Tenía sentido, teniendo en cuenta el historial de Estados Unidos con el Medio Oriente. Podría haber sido que el propio jeque era poco más que una pista falsa para que lo siguieran.

En vez de eso, le preguntó: “¿Así que esa fue la pista que perseguí? ¿Al asesino?”

“Sí. Fuiste solo, sin decirnos nada. Debes haberlo encontrado… porque lo último que oí fue que te mató”.

“¿Por qué habría ido sin ti? Quiero decir, sin el equipo”. Pensó que quizás ya sabía la respuesta — *porque pensó que no podría confiar en ti* — pero quería escuchar su opinión.

“No lo sé”, dijo simplemente. “Para ese momento, estabas, uh, involucrado personalmente”.

"¿Qué significa eso?"

Ella se encogió de hombros. "¿Si te soy honesta? Te obsesionaste. Te volviste imprudente. Estabas dejando cuerpos sin explicación y sin causa probable. La agencia estuvo a un centímetro de repudiarte, pero luego se supo que estabas muerto".

Reid se frotó la cara y suspiró con ambas manos. "Pero no lo estaba. Y como dijiste, no podría haberme hecho esto a mí mismo — alguien me puso ese chip de supresión en la cabeza".

"Crees que fueron ellos". No sonaba tanto a pregunta sino como afirmación. "La agencia, ¿crees que te hicieron esto? Hubiera sido mucho más fácil matarte".

Él parpadeó en estado de shock. "Jesús. ¿Nosotros… ellos hacen eso?"

"No es algo inaudito".

Negó con la cabeza. No tenía ni idea de si debía creerle o no; después de todo, Reidigger obviamente sabía que Kent aún estaba vivo, incluso lo había previsto y seguía siendo de la CIA, hasta su prematura muerte. Johansson podría haberle mentido. Sin embargo, cada indicador físico, cada respuesta que daba, parecía sincera. Ella parecía genuinamente sorprendida de verle con vida, y genuinamente con la intención de ayudar.

Pero había sido bien entrenada. Sin duda, el engaño era parte de ello.

"Después de mi muerte", dijo, muy consciente de lo extraña que sonaba esa frase, "dijiste que habías ido a buscar lo que yo estaba buscando. ¿Al asesino?"

"Sí. Pero nunca lo encontré".

"¿Alguna pista que haya salido de eso?" preguntó.

"Nada lo suficientemente sustancial como para seguir".

Sus ojos, sus grandes lirios grises, revolotearon hacia la derecha durante una fracción de segundo, casi imperceptiblemente. Casi. Ella estaba mintiendo, Reid lo sabía. A menos — *a menos que te esté dando algo obvio para que creas todo lo demás.*

Maldita sea.

Eso complicaba las cosas. O bien estaba siendo completamente honesta sobre su historia hasta el punto de encontrar una pista, o bien era extremadamente astuta y lo engañaba intencionalmente. Él realmente esperaba que fuera la primera; ella ya tenía una ventaja sobre él simplemente por tener su memoria. Ella lo conocía mucho mejor de lo que él la conocía a ella, lo que apenas era posible.

Johansson se puso de pie y empapó una bola de algodón con peróxido de hidrógeno. “Déjame ver ese corte sobre tu ojo”. Ella lo frotó suavemente. Él hizo una mueca de dolor ante el fuerte pinchazo de los productos químicos. “Has estado huyendo durante días”, dijo en voz baja. “Deberías dormir un poco”.

“No puedo quedarme aquí”. *Ni siquiera estoy seguro de poder confiar en ti.*

“Sí que puedes. Confiaste en mí antes. Aunque no lo recuerdes, sé que puedes sentirlo. Confía otra vez en mí”. Ella tocó su áspera mejilla, levantó su barbilla y lo miró a los ojos.

“Johansson, yo…”

“Maria”, dijo ella. “Mi nombre es Maria”. Ella se inclinó y lo besó. Sus labios eran suaves, húmedos, y… y familiares. Un deseo retumbaba dentro de él, pero no era nuevo ni desconocido. Recordó la sensación de los labios de ella sobre los suyos. Sus manos habían explorado la curva de sus caderas, sus suaves muslos, el olor de su cabello…

Se alejó. “No te conozco”, dijo en voz baja.

“Pero yo te conozco”. Pasó sus dedos por su cabello, bajando por la parte de atrás de su cabeza, sus uñas suavemente bajando por su cuello. Un agradable cosquilleo corrió por su columna vertebral. Hacía mucho tiempo que nadie lo había tocado íntimamente — al menos que él pudiera recordar. “Quédate un rato. Resolvamos esto juntos”.

Ella lo besó de nuevo, más apasionadamente esta vez.

Él no se alejó.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Morris observaba a través de la mira del rifle. Todavía no había movimiento.

Bostezó, acariciando distraídamente la culata lisa del HTR 2000 modificado. Era una máquina verdaderamente hermosa, tan impresionante para él como la mujer más encantadora. Un cañón de veintiocho pulgadas de acción atornillada, de fabricación estadounidense, con un arco de 0,8 minutos y un campo de tiro efectivo de 800 pies — no es que necesitara ese tipo de distancia en este trabajo, pero ciertamente no iba a usar un Barrett o un Armalite para disparar a través de una ventana.

Había adquirido el rifle de un ex miembro de las Fuerzas Especiales Israelíes y lo modificó él mismo con un supresor y una plataforma de trípode. La llamó Betsy, en honor a su primera novia de la escuela secundaria, una animadora con piernas largas que había tomado su virginidad en la cama de una Ford F-150.

Se preguntaba cómo le iba a Betsy en estos días.

Entonces se dio cuenta de lo increíblemente aburrido que estaba.

Morris había llegado unas horas antes, mientras aún estaba oscuro. Cuando recibió la llamada del subdirector Cartwright de que Kent Steele de alguna manera se creía que estaba vivo, de inmediato se subió en un avión de Barcelona a Roma. No, eso no era del todo cierto; primero destrozó su habitación de hotel en un ataque de furia ciega, gritando obscenidades y maldiciendo su propia estupidez y rompiendo cualquier cosa que pudiera romper. *Luego* se subió en un avión a Roma. No, eso tampoco era del todo cierto; después de su ataque, hizo una llamada y puso en alerta al perro salvaje de Amón.

Luego se subió al avión.

Se ubicó en una habitación en el cuarto piso del Hotel Mattei y le insistió a la recepción que necesitaba una habitación con vista a la Fontana delle Tartarughe. Su primer curso de acción fue una bebida del mini bar, y su segundo fue la instalación del trípode y el avistamiento en Betsy en la ventana del segundo piso del apartamento directamente al otro lado de la plaza.

Por supuesto que sabía que Johansson estaba allí. Lo supo durante

unos meses, pero para cuando descubrió que ella se estaba quedando en su antigua casa segura, ya no era una amenaza. Ella había suspendido su cacería. Morris, indudablemente, siempre la había querido. Era dura, experta en subterfugios y probablemente más inteligente que cualquiera de ellos. Más importante aún, no dejó que nada de eso continuara hasta que lo necesitara. Él respetaba eso.

Cuando llegó la mañana, echó un vistazo a través de la mira y vio que Johansson estaba despierta. La observó mientras ella pasaba por la ventana en su punto de mira. Se estaba haciendo un poco de té.

Entonces, unos instantes después, ahí estaba él. El hombre del momento. El mismísimo Agente Cero.

Kent Steele había hecho exactamente lo que Morris pensó que haría y estúpidamente regresó a la casa segura.

Morris tenía una línea de visión clara sobre Steele cuando entró en la plaza y vagó alrededor de ella, haciendo todo lo posible para parecer casual. Pero Morris sabía que no era así. Kent podía sentir el cañón sobre él. El hombre siempre tuvo un gran sentido común, un instinto que parecía rayar en la precognición.

Morris pudo haber puesto una bala en el cráneo de Kent en ese momento. Pudo haber recargado, ajustado la puntería a la ventana de la cocina y dispararle a Johansson antes de que ella supiera que Kent estaba justo afuera de su apartamento.

Pero se abstuvo.

Tuvo otra oportunidad unos minutos más tarde, a través de la ventana, cuando Kent entró al apartamento. Johansson dobló la esquina y se congeló en estado de shock. Se le cayó la taza de té. Estaba de espaldas a Morris y por encima de su hombro, en la entrada, estaba Kent — un claro centro de masas que iba desde Betsy hasta su corazón, que de alguna manera todavía latía.

Pero, aun así, Morris se abstuvo.

Entonces los dos desaparecieron en la parte trasera del apartamento, donde Morris sabía que estaban el baño y el dormitorio pequeño, y que no habían salido desde entonces. Posiblemente para ponerse al día con el sueño, asumió Morris. O poniéndose al día el uno con el otro.

Morris tenía muchas ganas de disparar, pero las instrucciones del

subdirector habían sido muy claras: espera. Observar y reportar. Vuelve a llamar cuando haya actividad y puedas confirmar que es realmente Steele. Por teléfono, antes de que saliera el sol, Morris había fingido estar sorprendido de encontrar a Johansson en el apartamento. Sospechaba que esa era la razón por la que Cartwright le había dicho que esperara. Si Steele hubiera estado solo, ya estaría muerto.

Esa llamada ya había pasado hace horas, y Morris estaba aburrido.

Había estado en muchas operaciones largas y tediosas antes — días y noches en las que pasaba mirando, esperando, escuchando en líneas telefónicas intervenidas e interceptando mensajeros, pero siempre había tenido por lo menos a otra persona con quien disparar, alguien que hiciera el tiempo más llevadero. Dados sus escrúpulos, estaría ahí todos los días persiguiendo pistas y deteniendo a criminales, terroristas y disidentes. Eso era lo que más disfrutaba. Ese era el estilo de vida de agente secreto con el que había soñado desde que era niño, el sueño que se había prometido a sí mismo que nunca abandonaría. Lo había llevado a la edad adulta. Todos esos detractores que le dijeron que estaba siendo poco realista, incluyendo a su propia familia, se comieron a un cuervo mayor el día que fue contratado por la CIA.

La realidad, por supuesto, era que el trabajo estaba muy lejos de las películas de Bond o las de misión imposible. Pero a veces estaba lo suficientemente cerca.

El agente Clint Morris había sido la persona más joven admitida en el Grupo de Operaciones Especiales. A los veintinueve años había sido asignado al equipo de Kent Steele, hace ya casi cuatro años. Lo emocionado que estaba por trabajar con el legendario Agente Cero. Le caía bien Steele en ese entonces. Lo que otros percibían como soberbia y arrogancia en Morris, Steele lo veía como seguridad en sí mismo y competencia. Trataba a Morris como a un igual.

Pero entonces Morris tuvo que matarlo.

Después de la muerte de su esposa, Kent se volvió impulsivo, descuidado. Se lanzó de lleno a la investigación, sacrificando su propia salud física y mental en pos de Amón (o “la Fraternidad”, como la llamaba la CIA). Estaba matando a criminales indiscriminadamente, no escuchaba órdenes y rechazaba la ayuda de su equipo.

Cuando llegaron las órdenes de Langley de que se detuviera a Kent por cualquier medio necesario, fue Reidigger quien se ofreció como voluntario. Morris siempre había tenido debilidad por su jovial compañero de equipo — pero no pensó ni por un segundo que Alan podía apretar el gatillo contra Kent, así que también se ofreció como voluntario para respaldarlo. Cartwright estuvo de acuerdo.

Y luego llegó esa noche en el Puente Hohenzollern en Colonia, Alemania. Morris y Reidigger habían pasado tres semanas tratando de alcanzar a Steele, y cuando finalmente lo tenían, no era el empate que ninguno de los dos esperaba.

Lo vieron en el sendero peatonal del puente, con vistas pensativas al Rin. Para Morris, parecía que estaba pensando en saltar.

Y él, engreído y vanidoso como era capaz de ser, cayó en la trampa de Reidigger.

“Lo haré”, había dicho Reidigger. “Es mi mejor amigo. Me siento responsable. Quédate atrás; no queremos asustarlo o volverá a huir”.

Y Morris había aceptado. Alan parecía tan sincero, tan destrozado por lo que tenía que hacer que Morris mantuvo su posición, a unas cincuenta yardas a favor del viento de Kent. Reidigger caminó lentamente hacia él con las manos extendidas, como si se estuviera acercando a un semental salvaje. Kent no intentó huir. Alan y él hablaron en voz baja durante unos minutos. Justo cuando Morris se estaba impacientando, Alan se le echó encima.

Reidigger siempre fue un pensador lento. Kent podría haberse defendido. Pudo haberle quitado el arma a Alan de la mano y desarmarlo.

Pero no lo hizo. Él no se movió del todo.

Un solo disparo sonó. Morris corrió hacia delante, desenfundando su Glock 27 mientras corría. Ni siquiera estaba a mitad de camino cuando el cuerpo de Kent se tambaleó sobre la barandilla y cayó en picado hacia la oscuridad del río.

Cuando Morris llegó a Alan, estaba apoyado en la barandilla con ambas manos, mirando hacia el Rin.

Él aspiró por la nariz. “Está hecho”, dijo.

La palabra oficial de la CIA era que el asesino de Amón, el que

Kent estaba siguiendo, lo había matado.

No hubo ningún equipo después de eso. Johansson se volvió corrupta, tratando en vano de perseguir al asesino que había matado a sus cautivos (y que ella creía que había matado a Kent). Reidigger solicitó la reasignación y fue enviado a Suiza para ayudar en la investigación de una red de trata de personas que se desplazaba a través de Zúrich. Pero Morris se quedó en el caso de la Fraternidad, incluso trabajando encubierto con la División de Actividades Especiales para tratar de infiltrarse en sus filas.

Había pasado cerca de un año y medio desde que Kent Steele se cayó del Puente de Hohenzollern. Y ahora estaba vivo. Morris no tenía ni idea de cómo lo habían conseguido, Reidigger y él. No había duda de que Alan había estado en esto, especialmente desde que Amón obtuvo la ubicación de Kent a través de él. Ahora él también estaba muerto. Morris se sintió muy mal por eso; Alan siempre había sido una buena persona. Pero no era un extraño a la muerte, y esas cosas eran un medio para alcanzar un fin.

Morris observó a través de la mira otra vez. Aún no hay movimiento a través de la ventana. Podía ver claramente las cortinas blancas, atadas con fajas, el fregadero de acero inoxidable de la cocina, una encimera de mármol y una esquina de una pequeña mesa de comedor. Esa era su vista, su oportunidad de disparar — si Cartwright lo permitía. Esperaba que lo hiciera. Morris realmente no quería al perro de Amón en esto.

El asesino no estaba muy contento de escuchar la noticia de que Kent estaba vivo. Morris no lo conocía, nunca se había encontrado con él — ni siquiera sabía su nombre, ni el asesino el suyo. Odiaba tener que hablar con el asesino; sabía que él era el que mataba a sus cautivos en los sitios negros. Era a él a quien Amón llamaba para que hiciera el trabajo más sucio, para que se ocupara de los traidores, de los renegados y de cualquiera que no hiciera su trabajo.

Morris se arrepentía sinceramente de haber mencionado, por teléfono, tener otra forma de sacar a Kent Steele de su escondite. Había olvidado momentáneamente a quién le hablaba — no a un agente, que vive según las reglas y el protocolo, sino a un hombre que mata porque alguien le susurra un nombre al oído. No había forma de que le contara a Amón sobre las hijas de Kent. Definitivamente era una manera de llegar a él, pero Morris no iba a permitirlo. Ya había dicho demasiado con sólo mencionar otra manera.

Pero pronto no tendría que preocuparse por eso. Una vez que Cartwright diera la orden, Betsy y él se encargarían de Kent, y de Johansson también, si fuera necesario, y todo el lío habría terminado. Morris volvería a su operación encubierto — en lo que respecta a la CIA, de todos modos.

Había estado suministrando información a Amón durante unos siete meses. Sus intentos encubiertos de infiltrarse en una facción menor de la organización habían sido infructuosos durante un año; ninguno de ellos dejaba que un estadounidense se acercara a ellos. Con sus superiores respirando sobre su cuello y amenazando con llevarlo de vuelta a Langley, Morris se desesperó y fue capturado.

Sus captores no lo mataron, como él sospechaba. Ni siquiera lo torturaron. En cambio, cuando descubrieron que era de la CIA, lo llevaron ante un hombre con una extraña marca quemada en el cuello. El hombre se hacía llamar Amón, y le dio a Morris una opción.

Una opción era proporcionarle información a su grupo y alimentar a la CIA con pistas falsas. A cambio, sería recompensado generosamente.

La otra opción era morir lentamente.

Morris eligió la puerta número uno. Era una situación en la que todos salían ganando en su libro. A la CIA le parecía que su operación de encubierto fue repentinamente exitosa; les dio pistas en forma de chivos expiatorios, facciones menores de disidentes que parecían un rastro de migas de pan que podrían llevar a la cima. Ellos nunca lo harían, por supuesto. Amón, según lo prometido, canalizaba dinero a su cuenta en el extranjero. Cuando les hablaba, se referían a él sólo como el Agente Uno.

Pero Morris no era ningún Judas. Había accedido sólo para poder seguir con vida, y tenía un plan. Estaba cerca de suponer el desenlace de Amón. Iba a suceder pronto, eso lo sabía, y una vez que tuviera el cuadro completo, organizaría un ataque masivo contra la organización terrorista y los eliminaría de un solo golpe. Los detendría y se convertiría en un verdadero héroe americano.

Una vez que se hubiesen ido, continuaría con la CIA durante otros dos o tres años, para evitar el escrutinio, y luego se retiraría a mediados de los treinta a un paraíso tropical y viviría con los dos millones y medio que había acumulado en su banco suizo. Tal vez se compraría una villa en la playa.

Consideraba que era un plan muy bueno. Sólo había un problema, un palo en sus radios, una espina en su costado — Kent Steele seguía vivo.

Pronto oscurecerá de nuevo. Morris se estiró y bostezó. Había estado despierto la mitad de la noche y todo el día. Echo un vistazo a través de la mira de Betsy, ajustando su vista a la cambiante luz del día… y los vio. Kent. Johansson. Allí estaban, parados en la pequeña cocina, hablando mientras ella servía un trago.

Rápidamente hizo la llamada, alcanzando su teléfono y presionando el botón sin quitarle el ojo de la mira.

"Cartwright".

"Señor", dijo Morris, "tengo a Steele y a Johansson en la mira. Dé la señal y ambos se mancharán más rápido de lo que pueda preguntarme qué lleva puesto ella".

"¿Qué están haciendo?" preguntó Cartwright.

A Morris le sorprendió la pregunta. "¿Haciendo? Uh… están en una cocina, hablando".

"Retírese".

"¿Señor?" preguntó Morris.

"*Retírese*", dijo Cartwright con firmeza. "Kent puede tener información sobre la Fraternidad. Si la tiene, Johansson se lo sacará. Dales tiempo".

¿Qué? pensó Morris. *Johansson fue repudiada. ¿No lo estaba? A menos que…* él casi se burló. Él no pondría a nadie en la agencia para hacer tal afirmación sólo para estar al tanto de los agentes de campo. *Realmente necesito dejar de tomarle la palabra*, pensó.

Pero no dijo nada de eso. En vez de eso, sólo preguntó: "¿Órdenes, señor?"

"Mantenga su posición. Observe y reporte. Si Steele trata de irse, use la fuerza que sea necesaria. Al amanecer, infíltrese y sáquelo".

Morris sonrió satisfecho. "Sí, señor".

"*En silencio*, Morris. Nada de disparos por las ventanas del hotel. ¿Entendiste eso?"

Frunció el ceño. “Sí, señor”.

“Y Morris… sáquelo a *él*. Solamente a *él*”. Cartwright terminó la llamada.

Morris se quejó. “Parece que va a ser una larga noche, Betsy”. Acarició la culata del arma. Luego se quedó atento con una súbita realización. Si Kent *tenía* información sobre Amón y se la daba a Johansson, y si Johansson seguía siendo un agente… eso podría suponer un montón de problemas para él, con todas sus pistas falsas y desinformación.

Agitó su cabeza. No le gustaba, y a Cartwright *definitivamente* no le gustaría, pero tendría que eliminarlos a los dos. Y tendría que hacerlo de tal manera que pareciera que Johansson quedó atrapada en el fuego cruzado.

Pero tenía toda la noche para planear. Y aunque ya estaba cansado, estaba seguro de que la idea de matar a Kent Steele por la mañana lo sostendría.

CAPÍTULO DIECISIETE

La sostienes en tus brazos. Respiras su olor. Sientes su piel en la tuya. Es tan familiar, como una parte de ti. Como deslizarse en tu suéter favorito.

Ella sonríe. Ella te dice que te ama.

Kate.

Nunca has sido tan feliz. Pero cuando la miras a los ojos, se ensanchan, temerosos. Su boca se extiende en un grito abierto y silencioso.

Se te escapa de las manos. Se está cayendo. Tratas de atraparla, de llegar a ella, pero la oscuridad a tu alrededor es espesa, viscosa. Te estabilizas en el aire, pero apenas te mueves.

Desesperado, empujas y te esfuerzas y la alcanzas… y tus dedos encuentran los de ella. Los agarras con fuerza. La acercas hacia ti. Dile que está a salvo. Nada puede lastimarla.

Pero el olor, es diferente ahora. La sensación no es tan familiar. La miras a los ojos — son grises, color pizarra.

Maria te abraza con firmeza. "Quédate", dice en voz baja. "Sólo quédate un rato…"

Reid se despertó. Por un momento, olvidó dónde estaba. La luz del día inclinada entraba por las ventanas del apartamento mientras el sol salía en la plaza de afuera. Cierto — Roma. La casa segura. Los restos del sueño aún resonaban por su cabeza. *Sólo un sueño*, pensó. *No significa nada*. Se sentó y se frotó los ojos. Había optado por dormir en el sofá beige. Estaba un poco apretado, pero aun así fue el mejor descanso que había tenido. Había dormido toda la noche y medio día antes.

Una cuchara chocó contra una taza de cerámica. Maria estaba en la cocina, agitando una taza. "Buenos días, Cero". Ella sonrió. "¿Todavía tomas tu café igual? Dos de azúcar, ¿sin leche?"

"Mm-hmm". No le gustaba que ella supiera tanto de él mientras que él sabía tan poco, casi nada, de ella. "Cero", murmuró. "¿Por qué me llaman así?"

“Es una señal de llamada. Un nombre en clave. O al menos así fue como comenzó”. Puso la taza humeante sobre la mesa de café. “Tú dirigías nuestro equipo y tenías la habilidad de ir tras lo peor de lo peor. A menudo teníamos que estar ocultos. Así que teníamos códigos, y nombres, para evitar cualquier escrutinio. El tuyo era Cero. Y Cero ha ganado un poco de infamia entre los criminales clandestinos”.

Sorbió el café. Era exactamente como le gustaba. “¿Cuál era el tuyo?”

Ella sonrió. “Maravilla”.

No pudo evitar notar que ella ya estaba vestida, con jeans y una camisa blanca de cuello en V y zapatillas deportivas. Llevaba pequeños aros de plata en las orejas y un reloj delgado alrededor de la muñeca derecha.

“¿Vas a alguna parte?”, preguntó.

“Hay un mercado cerca”, dijo. “Iba a ir allí, a tomar unas cosas, algo de comer… o si lo prefieres, hay un pequeño y encantador café al final de la calle…”

“No estoy aquí para jugar a la casita contigo”, dijo. Ella frunció el ceño. No quería que sonara tan irritable como se le había salido. Todavía estaba un poco desorientado; el extraño sueño le tenía la cabeza revuelta. “Quiero decir, necesito concentrarme en la tarea que tengo entre manos”.

“Seguro”, dijo simplemente. “Aun así, deberías comer algo…”

“¿Qué éramos?”, preguntó a quemarropa.

Ella parpadeó. “¿Qué?”

Reid cogió su camiseta y se la puso. “Sé que éramos colegas. Compañeros de equipo. Amigos. Pero, ¿había algo más?” Ciertamente parecía que había algo más. El día anterior, ella lo había besado. Él la había besado. Se quedó a dormir, pero durmió en el sofá. Él no la conocía. Y, sin embargo, tenía la clara impresión de que los dos habían sido algo más.

Ella suspiró un largo aliento. “Se podría decir que siempre ha habido una especie de, uh, tensión entre nosotros. Ambos queríamos que hubiera más”.

Él asintió levemente. Parecía que cada vez que ella estaba cerca — lo suficientemente cerca para oler su aroma, para mirar en sus ojos grises, una breve visión destellaba. Los dos en una playa. En un bar, riendo y bebiendo trago por trago. Corriendo en Vespas por las avenidas italianas.

Pero cada vez que una visión destellaba, se nublaba rápidamente y le producía dolor de cabeza. Se encontró forzando su mente para evitar pensar en ella, tratando activamente de que no recuperar la memoria.

Aun así, necesitaba hacer la única pregunta que tenía en mente. "¿Así que nunca…?" Estuvo a punto de decir "follamos", una frase que había aprendido de sus alumnos, pero que no parecía en absoluto apropiada para la situación.

Ella sonrió débilmente. "Yo no he dicho eso".

"Oh". Fue una respuesta vaga, y no le gustó mucho. Al menos eso explicaría por qué Maria se había sentido tan familiarizada con él. "¿Cuándo?"

Se encogió tímidamente de hombros. "¿Es eso de lo que realmente quieres hablar?"

Reid no estaba seguro. Tenía otras preguntas — si había ocurrido, ¿dónde ocurrió? ¿Estaba Kate todavía viva en ese momento? Si no, ¿cuánto tiempo esperaron después de su muerte para actuar por sus impulsos? ¿Fue accidental, alimentado por la pasión o el alcohol, o fue un reconocimiento mutuo de un largo tiempo por venir? Por triviales que parezcan esas cosas, de repente era importante para él conocer los detalles de un encuentro íntimo — porque le daría una idea de qué tipo de persona era Kent Steele. El tipo de persona que había sido una vez.

Pero al mismo tiempo, sin los detalles o el recuerdo de ellos, es como si nunca hubiera ocurrido. No preguntó nada más, en parte porque tenía miedo de recordar algo que no le gustaría — y en parte porque no estaba seguro de poder recordar, y tendría que creer en la palabra de Maria. No estaba seguro de que le gustarían las respuestas.

Su pelea interna debe haber sido grabada en su cara, porque Maria gentilmente dijo: "Siempre fuiste leal a ella, si eso es lo que estás preguntando".

Reid no dijo nada. Era plenamente consciente de que Maria

podría haberle dicho lo que quería oír, pero, aun así, se sentía un poco mejor por ello. Kate había sido el amor de su vida. No podría soportar la idea de haberle hecho daño.

Ella se sentó en el sofá al lado de él. Sus muslos casi se tocaban. "¿Te acuerdas de ella, ¿verdad?"

"Por supuesto que sí".

"Y, el… uh… ¿el final?"

"Sí. Por supuesto", dijo. Había tenido miedo de decirlo en voz alta, de hablar de ello, durante tanto tiempo. Pero ahora sentía la necesidad de enfrentarlo. "Kate murió de una embolia en su cerebro que causó un derrame cerebral masivo. Sí, recuerdo todo eso".

"Correcto", murmuró Maria. "Un derrame cerebral".

La repentina incomodidad en el aire era palpable. La habitación se sentía más caliente por varios grados. Reid se puso de pie y se puso los jeans, sus calcetines y las botas. "Tienes razón", dijo un poco alto. "Deberíamos comer. Pero primero, quiero que me digas qué pistas encontraste cuando rastreabas al asesino".

Maria frunció el ceño. "¿De qué estás hablando?"

"Ayer, cuando hablamos, dijiste que estabas siguiendo al asesino de la Fraternidad, pero no encontraste nada sustancial. Estabas mintiendo". En realidad, no lo sabía con seguridad, pero había decidido llamar a su farol. No podía seguir estando ahí y compartiendo lo que sabía a menos que creyera que podía confiar en ella — y, por el momento, no lo hizo. No del todo.

Maria se mordió el labio inferior por un momento. "Estaba mintiendo", admitió. "Pero sólo porque no quiero que lo sigas. Hay una razón por la que dejé la persecución".

Reid esperó a que continuara, pero se quedó callada. "¿Vas a decirme qué era eso?", preguntó impacientemente.

"Pensé que estabas muerto", murmuró. "Todos lo pensamos. Ahora estás aquí. Pero me temo que, si sigues así, morirás".

Sólo quédate un rato. La voz de ella, la de su sueño, resonó en su cabeza.

“Dime”, demandó.

Aun así, ella no dijo nada. Sus ojos grises se negaron a encontrarse con los suyos. Una visión del sueño resplandeció de nuevo en su mente — Kate, angustiada y aterrorizada, se disolvía en Maria, la sostuvo, le rogó que se quedara…

Reid sintió como el calor se elevaba en su cara. “¡Dime!” Su brazo golpeó, aparentemente por sí solo, y sacó la taza de la mesa. Maria hizo un gesto de dolor cuando se estrelló contra la pared, el café oscuro dejó marcas en el yeso blanco.

“Ahí estás”, dijo en voz baja. “Ahí está el Kent que conozco”. Su mirada se levantó lentamente para encontrarse con la de él. “Apuesto a que cada día te sientes más como él”.

Reid se dio la vuelta rápidamente — no tanto por enojo sino por vergüenza. Nunca había arremetido así antes, al menos no como Reid Lawson. Ella tenía razón. Esta nueva personalidad — o vieja personalidad, como fuera — estaba volviendo a él, poco a poco. No tenía ni idea de cómo evitar volver a ser Kent, o si quería hacerlo.

Miró por la ventana de la cocina. En la plaza de abajo, el agua burbujeaba en la fuente de la tortuga. Al otro lado, el sol se asomaba por detrás del Hotel Mattei.

“Lo siento”, dijo. “Eso no es propio de mí”.

Ella se levantó del sofá y se paró junto a él, mirando también por la ventana. “Sí, lo es. Sólo que aún no lo sabes. Te estás obsesionando de nuevo”.

“No puedo evitar sentirme así. Yo sólo… *necesito* hacer esto, para que esto se lleve a cabo. Ya viene. Va a suceder pronto, puedo sentirlo. Y ahora mismo, ni siquiera sé qué es, y mucho menos cómo detenerlo”.

“No puedes”.

Reid la miró fijamente. “¿Qué quieres decir?”

Maria se mordió el labio inferior pensativamente. “¿Quieres saber lo que encontré? Te lo diré. Esta cosa, esta Fraternidad… Es grande, Kent. Demasiado grande para asumirlo solo. Pasé meses persiguiendo pistas. La mitad de ellas eran falsas. La otra mitad, conseguiría un nombre. Sólo un nombre, o a veces un lugar. Y si eso no era un

callejón sin salida, sólo llevaría a otro nombre — otro eslabón de una cadena muy, muy larga. Ellos han pasado *años* recogiendo facciones por todo el mundo. No es sólo Europa. No es sólo el Medio Oriente. Son movimientos de liberación en África. Son guerrilleros en Sudamérica. Incluso en casa…"

"Nuestra propia gente", él finalizó. "Sí. Escuché eso también".

"Fue entonces cuando me detuve, cuando aprendí eso. Me metí demasiado profundo y la Fraternidad se enteró. Se esforzaron por llegar a mí. Estaba segura de que iban a matarme. Fui repudiada — era una persona sin nadie a mi espalda y sin nadie en quien pudiera confiar, ni siquiera la agencia".

"¿Así que solo te diste por vencida? ¿Escondida aquí?" Una vez más, sus palabras salieron más duras de lo previsto.

Ella se volvió hacia él, con una mirada dura y enfadada. "¡No sólo me *di* por vencida!", dijo con firmeza. "¡Salvé mi propia vida! ¡Me di cuenta de que eres demasiado testarudo para entenderlo! Estabas obsesionado con perseguir a un hombre, tu siguiente pista. Pero lo que no te diste cuenta — la cosa que todos pensábamos que te mató — fue que, aunque lo encontraras, no sería más que una decepción. Lo único que te daría, si acaso, sería un nombre más. Un eslabón más en la cadena. Por mucho que me duela admitirlo, la Fraternidad lo hizo brillantemente. Nadie sabe quién está en la cima; todo lo que saben es con quién trabajan directamente. Es como era antes, hace dos años… podemos seguir cada pista y al final del día no tendremos nada más que otro nombre".

"Eventualmente la cadena tiene que terminar", replicó él. "Hay alguien en la cima. Siempre lo hay. Tarde o temprano, lo encontraríamos".

"Siempre optimista". Maria agitó la cabeza y sonrió con tristeza. "Tienes razón. Pero sería mucho más tarde que temprano. Sería demasiado tarde. Eso es lo que han hecho". Ella se burló. "¿Recuerdas esa cosa de los ochenta, ese truco publicitario llamado Manos A Través de América? Eran algo así como seis millones de personas, todas cogidas de la mano, formando una cadena humana en todo el país. Imagina que estás en Nueva York y tienes a una persona a tu izquierda y a tu derecha. Eso es todo lo que sabes. Eso es todo lo que te importa. Estás haciendo tu parte. Estás enlazando la cadena. No tienes idea de quiénes son los enlaces en Illinois, Arkansas o California. No importa cuál sea su nombre, o cuáles sean sus

diferencias, o qué tipo de persona son — pero sabes que están ahí, haciendo lo mismo que tú. Uniendo la cadena. Todos ustedes, unidos en una sola causa. Es algo como eso. Eso es lo que han hecho. Y de eso me di cuenta, Kent. Nunca te dejarán llegar a la cima. Estarás muerto mucho antes de eso".

Reid suspiró y se frotó la frente. "Entonces, ¿qué quieres que haga?" Sus palabras del sueño le llegaron de nuevo. *Sólo quédate un rato*. "No podemos dejar que esto suceda. La gente morirá, Maria. Voy a seguir, con o sin tu ayuda. Y no es por la obsesión o el sentido del deber de Kent. Es porque tengo dos niñas en casa que están muy asustadas ahora mismo, escondidas, sin saber si volverán a verme o no. Nadie debería vivir así, nunca. Y si Amón se saliera con la suya..."

Maria levantó la vista bruscamente. "¿Amón?"

¡Maldición! Se regañó a sí mismo. Su lengua se había resbalado y en su apuro por convencerla de que le diera una ventaja, él había mostrado su mano.

"¿Cómo conoces ese nombre?" demandó ella.

"Yo…" Ya se le había escapado; más vale que sea honesto. "Lo oí del ruso en Bélgica. Es como se llaman a sí mismos, la Fraternidad. Creo que es el núcleo del grupo, como el pegamento que los mantiene a todos unidos…".

Maria lo golpeó en el brazo, lo suficientemente fuerte como para que hiciera un gesto de dolor. "Dios, Kent, ¡¿por qué no lo dijiste antes?!"

"¡Porque no pensé que podía confiar en ti!" dijo abruptamente.

Ella levantó las manos frustrada mientras marchaba hacia el dormitorio de atrás.

"¿Adónde vas?"

Ella volvió a aparecer un momento después, con un teléfono celular en la mano. "Mi última pista, antes de renunciar", explicó mientras se desplazaba por la pantalla, "vino de un matón de bajo nivel en Jordania. Pensó que era duro, pero después de que le arranqué unas cuantas uñas..."

"Jesús, Maria…"

"...él me dio una dirección y el nombre 'Amón'. Dijo que yo sabría que era él por una cicatriz, una marca de quemadura, en su cuello…"

"Una marca", confirmó Reid. "La he visto un par de veces hasta ahora. Es un jeroglífico de un dios Egipcio Antiguo".

Ella levantó la vista lo suficiente como para mirarle con irritación por lo mucho que le había ocultado, y luego siguió navegando. "De todos modos, el lugar del tipo debe haber sido intervenido, porque fui interceptada en el camino. Fue entonces cuando me hablaron de los topos en la agencia. Su red. Me rendí, vine aquí. Pero si este tipo es Amón, entonces… Dios, ¡puede que haya estado mucho más cerca de lo que pensaba!"

"Por lo que he averiguado", le dijo Reid, "Amón no es una persona. Es un grupo. Decir que él es Amón podría ser el equivalente a que alguien diga que son estadounidenses, católicos o Republicanos. ¿Qué pasa con el teléfono?"

"Guardé todas las direcciones en mis contactos con nombres falsos", explicó, "Este fue en Europa del Este. Eslovenia, si mal no recuerdo…"

Ella no tuvo la oportunidad de encontrarlo.

Un estruendoso choque los asustó a ambos cuando la puerta del apartamento se astilló y se abrió por los aires.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Los instintos de Reid se pusieron en marcha instantáneamente. No tuvo tiempo de ver a su agresor; en cuanto vio el cañón negro de una pistola, saltó a la derecha. Maria saltó a la izquierda, hacia la cocina.

El arma rugió bruscamente dos veces, ambos disparos golpeando la ventana que daba a la Fontana. Reid se adelantó y rodó, casi chocando contra la pared al sobrepasarse en la pequeña sala de estar. Subió agachado y recogió el trozo más grande de la taza de café destrozada, cuyos pedazos aún estaban esparcidos sobre la alfombra.

Se escucharon dos disparos más. Reid se arrojó de nuevo al suelo justo a tiempo y las balas chocaron contra el yeso, enviando partes de él volando sobre su cara. Agarró el borde de la mesa de café, la arrojó verticalmente, y se cubrió detrás de ella. *Está usando balas de nueve milímetros. Son dos pulgadas y media de madera. Debería aguantar*. Tan pronto como lo pensó, un disparo astilló la madera justo delante de él, en el centro de masa.

Afortunadamente, la mesa aguantó.

El asaltante disparó dos veces más, pero no a Reid. Maria jadeó de dolor. Reid hizo una mueca; le dieron a ella.

“Me alegro de verte de nuevo, Cero”, dijo una burlona, pero familiar voz masculina. “Sal de ahí y no la mataré”.

Reid echó un vistazo al borde de la mesa de café. El asaltante tenía su arma apuntando a Maria, pero estaba mirando a Reid. Estaba en sus primeros treinta, mandíbula cuadrada, barba crecida y una arrogante media sonrisa en la cara. *Morris*, su cerebro se lo dijo. *Tu antiguo compañero de equipo.*

Maria se sostenía el bíceps derecho con la mano izquierda, con sangre entre los dedos. Parecía que la bala sólo la había rozado.

“No lo hagas”, le dijo ella.

Reid agarró con fuerza el fragmento de cerámica, oscureciéndolo en la palma de su mano mientras salía de detrás de la mesa de café volteada.

“Ahí está”. La sonrisa de Morris se amplió. “Te ves bien para ser

un hombre muerto".

"¿Por qué?" Preguntó Reid. Ya sabía la respuesta — o al menos las posibilidades. O Morris era un topo de Amón en la CIA, o la agencia lo había enviado a eliminar a Kent. Sólo que no sabía cuál.

Morris puso los ojos en blanco. "Vamos, Kent. No vamos a quedarnos aquí y hacer lo del gran monólogo. Sólo quería darte una buena mirada: "Sacudió la cabeza y, por un momento, su mirada se suavizó, como si estuviera realmente decepcionado. "Alan era un tonto. Nada de esto tenía que pasar".

Apuntó la pistola hacia Reid.

Tan pronto como le quitó el arma, Maria buscó en su bolsillo trasero. Al mismo tiempo, se lanzó hacia delante, levantando una hoja delgada y curvada — un cuchillo de filetear de mango negro.

Antes de que Morris pudiera hacer un disparo, Maria movió la hoja hacia arriba y cortó el músculo de su antebrazo, a unos cinco centímetros por encima de la muñeca.

"¡Ah! ¡Perra!" Morris gritó de dolor mientras el arma se le escapaba de las manos. Maria pateó la pistola — pero no hacia Reid. La deslizó a través del azulejo y debajo de la mesa de la cocina.

Morris golpeó con su brazo bueno y le dio un fuerte golpe en la mejilla a Maria. Reid se adelantó y giró el codo hacia arriba, hacia el plexo solar del joven hombre. Un golpe como ese debería haberlo aturdido, haberle sacado el viento, pero Morris estaba entrenado. Cavó su torso hacia dentro, moviéndose con el golpe de forma que apenas tocó contra sus costillas, y respondió de la misma manera con un brutal gancho de derecha.

Reid recibió el golpe en la barbilla. Su cabeza se sacudió hacia atrás. Las estrellas nadaban en su visión. Por un momento, apenas se dio cuenta del brazo bueno de Morris, volviendo para un segundo golpe dirigido a su tráquea.

Apenas levantó el brazo a tiempo para bloquear el ataque. Se tambaleó hacia atrás. Morris buscó algo detrás de él en su cinturón — posiblemente tenía otra pistola.

¡Concéntrate! Exigió la voz en su cabeza. *Así no es como haces las cosas.*

Reid apretó los dientes y volvió a surgir. Esta vez agarró el brazo de Morris — el brazo derecho, el que Maria había herido — y lo apretó con fuerza.

Morris echó la cabeza hacia atrás y aulló de dolor.

La otra mano de Reid todavía sostenía el fragmento de cerámica. Lo balanceó en un arco y cortó superficialmente la frente de Morris. La herida sangró abundante y rápidamente, la sangre corría por los ojos de Morris antes de que pudiera limpiarla.

Reid agarró al joven hombre por el cuello y el cinturón y lo dejó caer sobre una rodilla, al mismo tiempo usó su peso para tirar de un brazo y empujar el otro hacia arriba. Morris cayó sobre su culo; por un breve instante su cuerpo estuvo completamente fuera del suelo, y en ese medio segundo de ingravidez Reid retorció su cuerpo, empujando a Morris en un lanzamiento de judo.

El cuerpo golpeó la ventana de la cocina. El vidrio se rompió en mil pedazos mientras Morris salía volando sobre la nada. Una mano salió disparada y, de alguna manera, imposible, agarró el marco de la ventana.

Morris aulló de nuevo. Se había atrapado a sí mismo, pero un pequeño trozo de vidrio le atravesó la mano. Su otro brazo se agitó salvajemente, todavía buscando la pistola de repuesto en la parte baja de su espalda.

Una mujer gritó. Abajo, en la plaza, una pareja de turistas de mediana edad había presenciado el calvario — la ventana rota, Morris agarrándose a sí mismo. El hombre sacó rápidamente un teléfono celular, posiblemente para llamar a la policía. Reid deliberó por un momento — podía forzar a Morris a salir del marco de la ventana y dejarlo caer al pavimento de un solo golpe. La caída no sería de más de dieciséis pies — probablemente no fuese suficiente para matarlo, pero quizás lo suficiente como para romperle las piernas. Pero él quería respuestas. Quería saber quién lo había enviado.

Maria se puso de pie desde donde se había caído en el suelo de la cocina. Su mejilla ya estaba hinchada y su bíceps sangraba mucho, pero parecía que el corte era superficial. “¡Hazlo!”, dijo con urgencia. “Suéltalo. Si no, no se detendrá”.

Reid negó con la cabeza. “Necesito saber por qué vino, qué es lo que sabe…”

Maria gruño en exasperada. “Entonces, ¿cuál es tu plan B?”

Llevárselo lejos de aquí. Lejos de Maria. A un lugar más público donde no pueda disparar abiertamente.

“Tengo que irme”. Reid cogió el bolso y su chaqueta de aviador del sofá. “No me sigas. Es a mí a quien busca. Desviaré su atención, lo llevaré a otra parte...”

Un disparo rompió el aire. Ambos se agacharon instintivamente. Morris había soltado su otra arma y disparado indiscriminadamente contra el apartamento. No podía ver a dónde estaba disparando. En la plaza, los dos turistas gritaban y corrían a por sus vidas.

Maria empujó a Reid con fuerza, a través de la puerta abierta y hacia el pasillo. Este se tambaleó hacia atrás y golpeó la pared opuesta. “Iré contigo”, dijo ella. “Podemos ir juntos, a rastrear la siguiente pista…”

Negó con la cabeza. “No. Estaré mejor por mi cuenta…”

Otro disparo resonó como un trueno. Maria se cubrió a la vuelta de la esquina y se aplanó contra la pared. Reid echó un vistazo al apartamento, justo cuando la cabeza de Morris apareció en el marco de la ventana. Parecía demoníaco, como un hombre poseído, con los dientes apretados, los ojos furiosos y la sangre corriendo por su cara.

“¡Steele!” rugió. Apuntó, pero el cañón estaba tembloroso. Reid se agachó. La bala golpeó el yeso. El brazo de Maria serpenteaba alrededor de la esquina del marco de la puerta y lo sacó de nuevo al pasillo con ella.

“Toma esto”. Ella empujó su teléfono celular hacia sus manos. Su sangre manchó la pantalla. “La dirección está ahí. Eslovenia. Encuéntralo”.

“Lo haré”, le prometió. Rápidamente abrió la bolsa y sacó la Walther PPK de Reidigger. Se la dio a Maria. “Toma, por si acaso. ¿Cómo te encontraré de nuevo?”

Ella señaló al teléfono manchado de sangre. “Te *encontraré*. ¡Ahora vete!”

Él corrió. Bajando el pasillo y subiendo las escaleras de a dos por vez, se puso la chaqueta de aviador sobre los hombros y agarró la

mochila de nylon negro con su puño. Se oyeron más disparos sobre él. Si los turistas no hubieran llamado a la policía, alguien más en el edificio ya lo habría hecho para este momento.

Llegó al patio, pero no se detuvo. Mientras entraba en la plaza, con sus botas golpeando el pavimento, miró por encima de su hombro.

Morris lo hizo también, aun colgando con una mano del marco de la ventana. La sangre corría sobre sus nudillos y empapaba su manga. Su mano derecha estaría arruinada, el antebrazo cortado y la palma de la mano perforada. Su otra mano agarró una pistola de plata — una Ruger LC9, al parecer.

Le frunció el ceño a Reid con una avaricia tan profunda que lo sintió en su interior. Reid esperaba que apuntara, que intentara disparar a través de la plaza, pero no lo hizo.

En cambio, Morris lo dejó ir.

Una visión destelló repentina y rápidamente en la mente de Reid — *un puente. De noche. El aire se precipita en tus oídos mientras te zambulles hacia el agua...*

Morris dobló sus piernas mientras golpeaba el concreto y rodó hacia adelante. Se puso de rodillas y apuntó con la mano izquierda. El cañón temblaba, su empuñadura temblaba, pero tenía una línea de visión clara.

Reid corrió hacia la derecha cuando el trueno del disparo resonó en sus oídos. Casi había salido de la plaza, zigzagueando a diestra y siniestra en forma de serpiente. Se oyó otro disparo. Una tortuga de mármol en la cima de la Fontana explotó.

Tenía que salir de la plaza, llegar a algún lugar público donde pudiera perderse entre la multitud. En algún lugar donde Morris no pudiera abrir fuego.

Reid miró por encima de su hombro una vez más antes de doblar la esquina hacia la calle. Morris se puso de pie y lo persiguió.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Reid salió de la Piazza Mattei y corrió una corta distancia por Via dei Funari. A pesar del frío tiempo de febrero, había bastantes personas afuera — y muchas de ellas se habían detenido, desconcertadas por el sonido de los disparos cercanos o se habían apresurado a refugiarse. Había teléfonos en mano por todas partes. Demasiados.

No tenía ni idea de cómo Morris podía estar caminando después de caer por la ventana de esa manera, mucho menos corriendo detrás de él. Tuvo que recordarse a sí mismo que no se trataba de un soldado de a pie o un lacayo terrorista, sino de un agente de campo bien entrenado — tal vez tan bien entrenado como él.

Reid bajó la velocidad a una caminata rápida, tratando de parecer discreto. Pero su ritmo cardíaco no disminuyó. Sentía como si se le fuera a salir del pecho. Morris era un agente activo, y había intentado matarlos. O al menos había intentado matar a Kent — no estaba seguro de si Maria también había sido un objetivo.

Probablemente llevé a ese maníaco hasta ella, pensó sombríamente. Se encontró a sí mismo esperando que ella estuviera bien. Tanto si podía confiar plenamente en ella como si no, ella se había defendido y le había ayudado a escapar. Ella le había dado su teléfono, que tenía la dirección, la pista de Amón en Eslovenia.

Pero…

Pero ella había pateado el arma debajo de la mesa de la cocina, en vez de pateársela a él.

Fue el calor del momento. No estaba pensando con claridad.

Y no reapareció cuando Morris empezó a disparar en la plaza.

Quizás le dieron.

El lado de Kent quería confiar en ella. Tenían una historia. Pero Reid no lo hizo. Todavía había más preguntas que respuestas.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta… y luego se rompió el paso, desconcertado. Les dio la vuelta a ambos bolsillos. La Glock — se había ido.

“¡Hijo de puta!” gritó con rabia. Ella la había tomado; no había duda en su mente. Él le había dado la Walther, y ella tomó la Glock. Estaba desarmado.

Tiró del bolso para asegurarse de que todo lo demás seguía ahí: el dinero, los pasaportes, la ropa, el clip de repuesto para la PPK. Todo estaba contabilizado, incluso la navaja Swiss Army, la cual sacó del bolso y se la metió en el bolsillo. No es que sirva de mucho contra un arma.

Reid echaba humo. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Él había dejado su guardia baja y ella tomó el arma mientras él dormía.

Y podría haberte matado con ella, fácilmente, mientras dormías. Pero no lo hizo.

Tal vez ella no confiaba en él más de lo que él confiaba en ella.

En algún lugar de la distancia, las sirenas sonaban mientras la policía y el personal de emergencia eran enviados a la plaza. Salió de su ensueño, se colgó el bolso sobre el hombro y se apresuró a seguir su camino.

Morris, asumió, no estaría en la calle. Estaba sangrando mucho; dejaría un rastro y sin duda llamaría la atención. El agente más joven se escondería en algún lugar, curaría sus heridas y atacaría a Kent otro día.

Aun así, Reid quería estar fuera de la calle. Decidió girar a la derecha en Via di Ambrogio, en dirección sur hacia la biblioteca, donde podría esconderse durante unas horas. Dejaría que el calor se calme un poco antes de intentar moverse de nuevo. Se bajó de la acera para cruzar la calle...

Una grieta casi le revienta los tímpanos, imposiblemente fuerte y devastadoramente cerca. La bala golpeó el cartel de la calle detrás de él. Reid saltó en cuclillas; si no hubiera dado un giro a la derecha en ese preciso momento, su cráneo estaría abierto.

La avenida se desató en caos a medida que los transeúntes gritaban y corrían en todas direcciones buscando refugio. La multitud se separó como el Mar Rojo mientras Reid escaneaba de derecha a izquierda.

“No lo puedo creer”, murmuró.

Morris se dirigía hacia él enérgicamente. Su mandíbula cuadrada estaba fruncida y cojeaba un poco con la pierna izquierda. Su mano derecha colgaba inútilmente a su lado, goteando sangre sobre la acera. Con la izquierda, volvió a levantar el arma.

Reid salió corriendo a la calle. La luz estaba verde; los coches se detuvieron chillando. Un Fiat rojo casi le golpeó, patinando de lado a pocos centímetros de distancia. Reid saltó y se deslizó sobre el coche pequeño. No podía creer que Morris siguiera cazándolo, a la intemperie. *Este es un hombre desesperado. Este es un hombre que tiene algo que perder. Y eso lo hace aún más peligroso.*

Una Ruger LC9 tiene un clip de siete balas. ¿Cuántos disparos ha hecho? ¿Cinco? ¿Seis? No podía recordar cuántas veces Morris había disparado al apartamento mientras estaba colgado en el alféizar de la ventana.

Reid corrió por la siguiente cuadra, bordeando a la gente asustada que corría para salir de la calle. Tenía que haber algún lugar al que pudiera ir, algún lugar donde pudiera desvanecerse rápidamente.

El subterráneo. Gira a la izquierda.

Una vez más corrió a través de una intersección con los autos que venían en dirección contraria. Los conductores tocaban la bocina cuando frenaban y maldecían en italiano. Miró por encima de su hombro. Morris se parecía a un villano de una película de los ochenta, caminando enérgicamente, sin correr, pero tampoco sin detenerse. Reid había puesto cierta distancia entre ellos. El agente no le disparaba, pero no porque no pudiera hacer el disparo.

Quizás no tiene balas.

O quizás él sabe que sólo le queda una.

Llegó a la entrada del túnel del Metro de Roma y bajó a toda prisa por las escaleras. Saltó el torniquete, ignorando a los italianos que gritaban desdeñosamente sobre las tarjetas del metro. No había ningún tren en el andén, y no podía pararse allí y esperar uno.

El baño, pensó. Se apresuró un poco más abajo de la plataforma, encontró un baño de hombres y abrió la puerta con los hombros. No había nadie dentro, pero tampoco había cerradura en la puerta.

Me he acorralado, pensó con tristeza.

No. Lo has llevado a una trampa. Espacios cerrados.

"Está bien", murmuró Reid para sí mismo. "Vale, cálmate". Luchó por controlar su respiración. Morris estaba bien entrenado, quizás casi tan bien entrenado como Kent, pero estaba herido. O se le acabaron las balas o sólo le quedaba una. Esas eran probabilidades lo suficientemente buenas para tomarlas.

Reid sacó la navaja Swiss Army y dejó la hoja abierta. Era diminuta, de sólo tres pulgadas de largo, pero en el lugar correcto podría ser letal.

Desármalo primero. Luego ve por la yugular, en la garganta. O la femoral, en el muslo.

Se aplastó contra la pared detrás de la puerta y esperó, con el cuchillo en la cadera, listo para empujarlo hacia delante.

Alguien empujó lentamente la puerta. Se abrió de par en par y casi golpea a Reid. Apretó más el cuchillo, esperando a ver entrar el cañón de la pistola. Pero no llegó ningún arma.

"¡Oh!" dijo sorprendido el hombre mientras la puerta se cerraba para revelar a Reid detrás de ella. "Lo siento, no te vi".

Reid rápidamente palmeó el cuchillo para esconderlo de la vista. El hombre no tenía acento — o, mejor dicho, tenía un acento estadounidense. Su cabello era inverosímilmente rubio, resultado de un obvio y reciente trabajo de decoloración. Sus ojos eran de un azul frío. Cualquier otro día, Reid podría haberse reído. El tipo no podría haberse visto más estadounidense si estuviera sosteniendo un perrito caliente y estuviera envuelto en estrellas y rayas.

Volvió a mirar con curiosidad a Reid y luego se dirigió a un urinario. Había algo en su cara, algo vagamente familiar, como ver a alguien en público que jurarías que era tu amigo o tu primo, pero al mirarlo de nuevo te das cuenta de que es sólo un extraño, un casi doble.

Reid no quiso levantar sospechas, así que volvió a embolsarse el cuchillo — manteniendo la hoja abierta — y se dirigió al lavabo. Giró la perilla del agua fría de uno de los tres grifos e inspeccionó su cara en el espejo manchado. Su cara aún estaba un poco hinchada en un par de lugares desde donde los iraníes lo habían golpeado. Al menos Maria le había puesto vendajes nuevos. Aun así, se veía como el demonio. Había una barba de dos días en su barbilla, y podía jurar

que tenía un tinte grisáceo. Debe ser por la mala iluminación fluorescente, pensó.

Mantuvo un ojo la puerta desde su perímetro. Tal vez a Morris no se le ocurriría mirar en el baño. *Por supuesto que lo haría. Es un agente altamente entrenado. Puede que esté desesperado, pero no es un idiota. Debe haberme visto venir aquí.*

"Hola, amigo", dijo el rubio estadounidense en el urinario. "¿Tienes la hora?"

"¿Hmm?" Reid apenas lo había oído.

"¿La hora?", repitió el tipo mientras se subía la cremallera.

"Oh, uh… sí". Miró el reloj barato que había comprado en París. Casi había olvidado que lo llevaba puesto. La cara estaba agrietada, y el reloj se había detenido — probablemente después de que Otets y él se sumergieran en el frío río. "Lo siento, yo…"

Si no hubiera estado parado frente a un espejo y cuidando su perímetro, no lo habría visto. Pero lo hizo — vio el movimiento de un codo cuando se metió en el bolsillo de una chaqueta.

En el mismo instante, el espejo se rompió con el impacto de dos disparos suprimidos.

CAPÍTULO VEINTE

¡Muévete! Los instintos de Kent reaccionaron tan rápido que fue como si hubiera sido empujado por una fuerza invisible. Propulsó su cuerpo hacia atrás y golpeó la pared blanca del baño cuando el espejo explotó. Fragmentos de vidrio plateado llovieron sobre el lavabo y el piso de baldosas.

El tiempo de reacción del rubio fue tan rápido como el de Reid. En un instante volvió a tener el arma apuntándole, con un dedo en el gatillo.

Reid se quedó paralizado. El desconocido lo tenía muerto.

En ese momento, la imagen de sus chicas destelló en su mente. Cuando eran recién nacidas, dormían sobre su pecho mientras estaba tumbado en el sofá. De niñas, jugando con Kate en el patio trasero. Como adolescentes, creciendo tan rápido que apenas podía mantener el ritmo.

En medio segundo, serían huérfanas. Nunca sabrán que su padre murió en el baño de un metro en Italia, con el cerebro desparramado sobre azulejos blancos.

La puerta del baño se abrió.

La mirada del aspirante a asesino se dirigió a la puerta, solo por un instante. Pero eso era todo lo que Reid necesitaba. Pateó la puerta del baño, parcialmente abierta, a su izquierda. Se abrió de par en par y el filo de acero se clavó contra la cara del rubio. Su cabeza se sacudió hacia atrás y la sangre brotó de su nariz.

El recién llegado era un italiano corpulento con un traje que no le quedaba bien y un periódico bajo el brazo. Se paró en la puerta con la boca abierta mientras Reid saltaba hacia delante y agarraba al desconocido rubio por el cuello y la muñeca derecha, forzando el cañón del arma hacia el suelo.

"¡Fuera!" Reid le ladró al italiano. No fue necesario decírselo dos veces al gordito; se le cayó el periódico y salió corriendo del baño.

Reid empujó al hombre rubio contra la pared, inmovilizándolo entre dos urinarios y cerrándole parcialmente las vías respiratorias. El desconocido no gritó ni mostró ningún signo de angustia; simplemente

miró a Reid, con una mirada estoica y plana.

Esa cara, pensó Reid. *Me parece tan familiar*. Sin embargo, nada saltó a la vista en su memoria.

"¿Quién eres tú?", demandó. "¿CIA? ¿Amón?"

Los labios del hombre rubio se enroscaron en una sonrisa burlona. "Tú me conoces", dijo con voz ronca.

"No lo sé". Reid golpeó la muñeca del hombre contra el borde superior del urinario. "Suelta el arma".

"No".

Apretó con más fuerza, bloqueando la tráquea. "Colapsaré tu tráquea y morirás", advirtió.

"Hazlo", el hombre se ahogaba. Su mirada permanecía estoica. Su cara se estaba volviendo de un impresionante tono carmesí.

"Sólo suelta el…" Reid se calló cuando su mirada cayó momentáneamente sobre el arma. La reconoció inmediatamente — y entonces un recuerdo apareció en su mente. No era una nueva visión, sino más bien un recuerdo de la conversación con Maria el día anterior, cuando ella le habló de sus cautivos en el sitio negro.

"*Los tres fueron asesinados con el mismo método*", había dicho ella. "*Dos en el pecho, uno en la cabeza, de una Sig Sauer con silenciador*".

"Tú eres Amón", dijo Reid en voz baja. "Tú… tú eres el asesino que estaba persiguiendo. El que supuestamente me mató".

El hombre trató de sacar unas pocas palabras. Reid relajó su agarre por un momento. El asesino rubio suspiró un aliento y luego dijo: "¿Es eso lo que le dijeron a tu gente? ¿Que yo lo hice?"

La puerta del baño crujió en sus bisagras al abrirse de nuevo, pero Reid no apartó la mirada del desconocido rubio.

"Déjalo ir, Cero", dijo Morris detrás de él. "Y tú, rubio — suelta el arma".

"Estás vacío", dijo Reid.

"¿Quieres estar seguro de eso?" amenazó Morris. "Déjalo ir y aléjate lentamente, o te juro por Dios que te partiré en dos".

“Vas a dispararme de todos modos”, replicó Reid.

“Es cierto”, estuvo de acuerdo Morris, “pero preferiría que no fuera de espaldas. Vamos, ahora. Aléjate de él”.

El rubio sonrió. Las fosas nasales de Reid se ensancharon. Lentamente aflojó el agarre de la tráquea del hombre y luego soltó su muñeca.

“Manos arriba, los dos”, ordenó Morris.

Reid levantó las manos, cerca de las orejas. El asesino no lo hizo — ni tampoco tiró su arma.

“¿Eres sordo?” Morris le gritó. “¡Suelta el arma o voy a acabar contigo!”

El asesino se rio tan levemente que apenas salió como un siseo entre sus dientes. “Tú debes ser el Agente Uno. Es un placer conocerte en persona”.

El pánico apareció en los ojos de Morris. “¿Cómo me encontraste?” murmuró.

El asesino le dio una mirada plana. “Somos muchos”, dijo simplemente.

Morris mantuvo su tambaleante cañón apuntando hacia el asesino. Reid sabía que podía hacer algo, meterse y sacarlo, pero decidió que Morris era el menor de los dos males aquí. El agente había perdido mucha sangre. Su agarre era tembloroso. Ciertamente tenía una o menos balas en el cargador, y su dilema era obvio — ¿debería disparar al asesino o usar su última bala contra Kent Steele? Tal y como estaba, su atención estaba puesta en el asesino de Amón, así que Reid simplemente dio un pequeño paso hacia atrás y no hizo nada.

El asesino rubio también se dio cuenta. “¿Qué debería hacer, agente?”, dijo lentamente. “Tú y yo, estamos aquí por la misma razón. Ambos queremos a Kent Steele muerto. Estamos, como dicen, jugando en el mismo equipo”.

Morris está trabajando con Amón. Eso parecía evidente. Sin embargo, estaba igualmente claro que Morris no confiaba en el asesino, y ciertamente no quería enfrentarlo con un cargador vacío.

“Morris”, dijo Reid, “no importa, ¿de acuerdo? Lo que hagas

ahora mismo, eso es lo que te va a definir. Te conozco — o lo hice. No habrías estado en mi equipo si no fueras una buena persona. Si no quisieras hacer lo correcto".

Por un breve instante, la mirada de Morris quedó vacía, como si estuviera recordando algo que hacía tiempo que había olvidado. Su dedo apretó ligeramente el gatillo.

Pero el asesino volvió a reírse suavemente. "Morris", dijo pensativo. "Agente Morris. Es bueno saberlo".

Morris se desinfló visiblemente. *El asesino no sabía su nombre*. Reid acababa de tomar la decisión por él.

El agente apretó el gatillo.

El asesino era rápido. Lo vio venir. Se desplomó de lado para evitar la bala que ciertamente habría golpeado su corazón. Al mismo tiempo, levantó la Sig Sauer y disparó tres veces en menos de dos segundos.

Dos en el pecho. Uno en la cabeza.

La sangre y la materia cerebral salpicaron sobre lo que quedaba del espejo roto tras él. Por un breve momento, pareció como si Morris estuviera siendo sostenido por cuerdas invisibles — sus brazos en alto pero sus muñecas colgando sin fuerza, su cabeza ladeada en un ángulo extraño.

Reid saltó hacia delante como si fuera a atrapar a su antiguo amigo, su antiguo compañero de equipo. Y lo hizo, en cierto modo. Se agarró a Morris mientras caía hacia atrás y usó el cuerpo del agente como escudo. El impulso de la caída de Morris los empujó a ambos más cerca de la puerta.

El asesino gruñó y disparó cuatro tiros más. Tres le dieron a Morris; el cuarto golpeó la puerta de madera maciza cuando Reid la abrió. Escuchó al desconocido rugir de furia mientras salía corriendo a la plataforma.

Había un tren ahí.

Las puertas se estaban cerrando.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Reid corrió tan rápido como pudo, cerrando la corta distancia con sólo seis grandes zancadas y, literalmente, saltó a través de la estrecha abertura de las puertas mientras éstas se cerraban. Casi se topa con una pareja joven que se agarraba de las asas de acero en lo alto.

Pero las puertas no se cerraron. Se había disparado el sensor en la parte superior de la puerta, y se abrieron deslizándose de nuevo. Reid levantó la vista, con sus ojos muy abiertos y desesperado al ver al asesino salir del baño, la sangre corriendo por sus fosas nasales y sosteniendo su Sig Sauer a la altura de la cintura y ligeramente detrás de él para ocultarla de los transeúntes.

Su mirada estaba bien fijada en Reid. Podía darse cuenta de que el asesino estaba sopesando sus opciones — abordar el tren y perseguirlo, o simplemente disparar a través de las puertas abiertas.

El hombre rubio empezó a levantar el arma. Reid saltó a un lado, fuera de la puerta, pero sabía que eso no ayudaría mucho. *Podía penetrar el cristal de las ventanas*, pensó Reid, *y posiblemente darle a gente inocente.*

Luego hubo un grito y dos policías bajaron corriendo por el andén. El hombre de negocios corpulento, el que había irrumpido en el baño, señaló y gritó en italiano. “¡Ahí! ¡Es él!”

El asesino rubio volvió a mirar a Reid con odio y desprecio mientras se metía la pistola en su chaqueta. Lo último que Reid vio cuando el tren se alejó del andén fue la parte posterior de su cabeza rubia mientras se alejaba a toda velocidad de la policía.

Reid se quitó el bolso de los hombros y lo puso en su regazo mientras caía en un asiento vacío. Respiró aliviado — tres veces en los últimos minutos había estado seguro de que estaba a punto de morir. No podía evitar preguntarse si así era la vida de Kent Steele todo el tiempo. Si eso era sólo una parte de ser el Agente Cero.

Mientras su ritmo cardíaco finalmente y misericordiosamente se ralentizaba, Reid notó que los otros pasajeros en el tren parecían estar evitándolo; la gente a su izquierda y derecha habían abandonado sus asientos, y nadie quería ni siquiera estar cerca. Al principio pensó que era simplemente para evitar al lunático que se había subido a un tren.

Pero luego se dio cuenta de que había sangre en su abrigo, en las mangas y en la solapa. No la suya, era la sangre de Morris.

Morris estaba muerto. Reidigger estaba muerto. Maria podría estar muerta. Parecía que cualquiera conectado a él — conectado con Kent Steele, eso es — estaba cayendo rápidamente. Fue casi una pequeña bendición que apenas los recordara como amigos. Al menos eso hizo que fuera un poco más fácil lidiar con toda la violencia sin sentido que parecía rodearlo como Cero.

Morris y el asesino rubio se conocían; esa parte estaba clara. No había ninguna duda en la mente de Reid después de lo que acababa de presenciar que Morris había sido el topo de la CIA. Pero no había confianza allí; el joven agente había disparado al miembro de Amón, había hecho un intento por eliminarlo. *Quizás fue contra su voluntad*, pensó Reid. O tal vez fue simplemente avaricia. Puede que ahora nunca lo sepa.

Se sacó el celular de su bolsillo, el que Maria le había dado. A pesar de las preguntas que tenía sobre su relación, tanto sobre el pasado como el presente, se encontró con la esperanza de que ella estuviera bien. Afortunadamente, el teléfono estaba intacto después de todo ese calvario. Se movió ociosamente por los contactos. Había más de cien programados allí, pero no le llevaría mucho tiempo encontrar la pista.

De repente, el teléfono vibró en sus manos. Casi se le cae, sorprendido por la repentina sensación.

La persona que llamaba era desconocida.

Maria, pensó. *Ella está viva. Ella está a salvo. Se está comunicando.*

Presionó el botón verde para contestar, pero no dijo nada.

Alguien respiró en la otra línea. Entonces una voz masculina dijo: “Debe hacer frío allá arriba”.

Un escalofrío bajó por su columna vertebral. Era el código, el mismo que en el apartamento de Reidigger en Zúrich. Esta era una llamada de la CIA.

¿Por qué la llamarían? ¿Cómo podrían tener este número?

Ella fue repudiada.

¿No lo fue?

"Pero no hay nada mejor que la vista", contestó Reid en voz baja.

La voz masculina siseó un largo suspiro. "Hola, Cero", dijo. Entonces: "¿Está viva?"

"No lo sé".

"¿Morris?"

"…No".

Otro suspiro. "Maldita sea. ¿Al menos nos dirás dónde?"

"En el piso de un baño en el Metro de Roma, justo al lado de Via di Ambrogio". Para cuando llegaran al cuerpo de Morris, Reid ya se habría ido.

"Jesús, si eso es un final innoble…"

"Estaba trabajando con ellos", interrumpió Reid. "Morris estaba trabajando con Amón".

"De ninguna manera", dijo el hombre. "Morris estuvo encubierto más de un año rastreándolos. Su trabajo era hacerles *creer* que trabajaba para ellos. Debe haber sido lo suficientemente convincente…"

"El asesino que enviaron tras de mí sabía que era un agente", cortó Reid de nuevo. "Lo llamó 'Agente Uno'".

"¿Y cómo sabemos que estás limpio?", preguntó la voz. "Apareces de repente después de un año y medio, ¿y ahora todo tu antiguo equipo está muerto o desaparecido? ¿Cómo sabemos que estás en el lado correcto?"

"No lo sabes". Colgó la llamada y silenció el teléfono.

Maria aún estaba con ellos, decidió. Todavía estaba con la agencia, o no habrían tenido su número. No habrían usado el código. Ella no habría actuado tan extrañamente y perdonado la vida de Morris dos veces cuando tuvo la oportunidad de acabar con él. Nunca había sido repudiada. Ella había mentido sobre su falta de pistas. Ella le había quitado el arma. ¿Sobre qué más había mentido? ¿Habían

estado juntos alguna vez? O peor aún, ¿había sido su cita más de lo que ella insinuó?

No quería que le importara si Maria estaba viva o muerta. Pero no pudo detener el otro lado de él, la familiaridad con ella y el extraño anhelo al estar cerca de ella. Al igual que la inexplicable ola de tristeza abrumadora que lo había golpeado al ver el cuerpo de Reidigger, simplemente no podía evitar lo que sentía.

Decidió que esperaba que ella estuviera viva — no sólo por la historia no recordada entre ellos, sino para poder obtener respuestas.

Viajó en el metro durante tres estaciones más antes de desembarcar. En el camino abrió el teléfono de Maria, sacó la batería y la tarjeta SIM. Una vez de vuelta en la calle, tiró las dos mitades y la batería en botes de basura en esquinas separadas, y luego le pidió a un transeúnte que le indicara cómo llegar a la tienda de servicios inalámbricos más cercana. Mantenía los ojos abiertos y los sentidos alerta ante cualquier amenaza potencial. El asesino rubio seguía ahí fuera en alguna parte, y Morris podría no haber sido el único enviado tras el Agente Cero.

La primera orden del día que Reid, decidió, fue obtener la información de contacto de la tarjeta SIM de Maria. Una vez que tuviera la dirección, encontraría la forma de llegar a Eslovenia. Encontrar la siguiente pista, este miembro de Amón escondido. Obligarlo a hablar. Conseguir algunas respuestas reales. No más pistas falsas y engaños.

Por todos los medios necesarios.

Y si Maria está viva — si nos encuentra y no es quien dice ser — puede que tengas que matarla, antes de que ella te mate a ti.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El subdirector Cartwright se embolsó su teléfono. La línea se había cortado. Steele le había colgado. Al menos no había ninguna duda ahora — Cero estaba vivo. Y había eliminado a Morris. Probablemente a Reidigger. Los dos hombres que el propio Cartwright había enviado tras él. Y quizás incluso hasta Johansson también, aparentemente por si acaso.

Cartwright se frotó las sienes. Lo último que quería hacer en este momento era dar un largo paseo hasta la oficina del Director Mullen para decirle que Morris estaba muerto. Ya podía anticipar lo que Mullen diría, lo que ordenaría.

Aunque… tal vez no tenía que decírselo a Mullen en persona.

Llamó a su asistente a través de la puerta parcialmente abierta de su oficina. “Lindsay, trae a Steve Bolton aquí lo antes posible, ¿podrías?”

“De inmediato, señor”.

Bolton tardó cuatro minutos en llegar. El jefe del Grupo de Operaciones Especiales era un hombre alto, con rasgos afilados y un corte de pelo afilado. Tenía una forma de estar de pie que incomodaba a la mayoría de la gente, doblando los brazos y sacando el pecho como si quisiera hacerse más grande o más imponente de lo que era. Cartwright siempre pensó que Bolton se parecía más a un profesor de gimnasia de secundaria que a un supervisor de la CIA; como si tuviera un silbato colgando de su cuello en lugar de una pistola en la cadera.

“¿Señor?” Dijo Bolton a modo de saludo, doblando sus carnosos brazos mientras se paraba en la puerta.

“Bolton, adelante. Necesito un favor. Cierra la puerta”. Cartwright no se molestó en mitigar las palabras. Tan pronto como se cerró la puerta, dijo: “Clint Morris está muerto”.

Los rasgos de Bolton se aflojaron, al igual que los músculos tensos de sus antebrazos. “Cristo”, murmuró. “¿Cero?”

Cartwright asintió. “Y necesito que *usted* se lo informe al director Mullen”.

“¿Yo? Morris era tu hombre”.

“Cierto”, dijo Cartwright, “pero no tengo tiempo para discusiones políticas. Ya sé lo que dirá. Voy a coger el primer avión disponible a Zúrich. Si esto va a ser manejado apropiadamente, necesito estar allí, no aquí”.

Bolton claramente no estaba contento con la perspectiva, pero Cartwright era su superior, así que no discutió. En vez de eso, suspiró infelizmente y le preguntó: “¿Qué quieres que le diga? Además de que Morris está muerto”.

“Eso es todo”, dijo Cartwright mientras se ponía su chaqueta negra.

Bolton se burló. “Debemos tener algo más para seguir adelante. ¿Cuál es el ángulo de Cero? ¿Con quién está trabajando?”

“¿Trabajando con?” Cartwright resopló. Bolton no había llegado a pasar mucho tiempo con Kent; fue promovido al Grupo de Operaciones Especiales para reemplazar a Cartwright cuando fue enviado a subdirector. “Apostaría todo mi salario a que no trabaja con nadie”.

“Pero…” El cerebro de Bolton parecía estar trabajando horas extras. “No”, dijo. “Es sólo un tipo”.

“Sí”, murmuró Cartwright mientras agarraba su maletín. “Ese es el problema. Es sólo un tipo”. Al salir de la oficina, le dio dos palmaditas en el hombro a Bolton. “Si Mullen pregunta, estaré en Zúrich, tratando de averiguar quién sigue vivo y por qué los muertos están muertos”.

*

Premio Insurance era una pequeña tienda, situada en un antiguo y estrecho edificio de Via da Vinci en Roma. Consistía en una apretada zona de recepción y dos oficinas traseras igualmente pequeñas. Las paredes eran de madera y las alfombras eran blancas.

La mujer de la recepción, se llamaba Anne. Tenía treinta y tres años y era de Omaha. Era un gran trabajo — le pagaban un salario respetable para vivir en Roma y pasar ocho horas de su día sentada en un escritorio, rechazando a la gente.

Ella no sabía nada sobre la venta de seguros.

El timbre de la puerta sonó y Anne puso su mejor sonrisa. "Buenos días", dijo ella. "Me temo que no estamos aceptando nuevos clientes en el… oh, mi…".

La mujer que entró en la tienda era alta y rubia, bastante guapa, con ojos gris pizarra intenso. En ese momento, su boca era poco más que una delgada línea en su cara. Llevaba una camisa blanca de cuello en V que estaba bastante saturada de sangre, especialmente en el lado derecho. Sangre negra y seca había formado una costra sobre una herida en su brazo, pero apenas parecía darse cuenta.

Tampoco intentó esconder la pequeña pistola de plata, una Walther PPK, metida en la cintura de sus jeans.

"Quiero hablar con Cartwright", dijo la mujer sin rodeos.

Anne parpadeó varias veces rápidamente. "Lo siento mucho, señorita, pero no sé quién…"

"Escuche, señora", dijo la mujer. "He tenido una mañana *muy* mala. Estoy muy cabreada. Tengo cuatro balas más en este cargador. Y quiero hablar con Cartwright. Ahora".

Anne se mojó los labios lentamente, deliberando. Cuando la gente entraba en la tienda — no por seguros, por supuesto — se suponía que tenían que entregar una línea: "Disculpe, señorita, pero mi auto se averió y necesito usar el teléfono". Se suponía que tenía que asentir educadamente y dirigirlos a las oficinas. Ese era todo su trabajo.

Ella tampoco había sido amenazada con un arma antes.

"…Un momento", dijo Anne lentamente. Ella cogió el teléfono de su escritorio. Parecía un viejo teléfono de estilo rotatorio, pero ella no tenía que girar el dial; se conectaba automáticamente a una operadora en Langley. Anne susurró rápidamente sobre la extraña y sangrienta mujer que había aparecido en la oficina.

Luego acunó el receptor contra su hombro y preguntó: "¿Quién debo decir que pregunta?"

La mujer rubia se inclinó sobre el escritorio. "Diles que es Maria Johansson. Y que Cartwright quiere tomar esta llamada".

*

La recepcionista dirigió a Maria hacia una de las dos oficinas traseras y luego regresó a su escritorio. Maria cerró la puerta detrás de ella y arrugó su nariz desagradablemente ante la decoración pegajosa. Se parecía más a algo que uno encontraría en el Medio Oeste Americano que — en las paredes de madera de Roma, certificados falsos de excelencia en el servicio al cliente, incluso un póster motivacional con un gato aferrado a un tendedero por las garras, con la leyenda: "¡Aguanta un poco más!".

No había nadie en la oficina. Tampoco había nadie en la otra oficina; la recepcionista era la única persona que trabajaba aquí, generalmente el único habitante del lugar, a excepción de la infrecuente ocurrencia de que un agente de campo necesitara asistencia y no tuviera otro recurso. "Llegando del frío", lo llamaron. A veces, un agente tendría que ocultarse por un tiempo, si una operación se dirigía hacia el sur o si alguien los seguía. Podrían pasar algunos días o incluso semanas, pero eventualmente aparecerían en una de las estaciones designadas — como la oficina de seguros en Roma — y lo reportarían.

Había un código, una metáfora, para todo. Y no se le escapó a Maria que la mayoría de esos códigos implicaban términos como frío, oscuridad, sombras y silencio.

En el centro de la oficina había un simple escritorio de roble, papeles y bolígrafos y suministros de oficina al azar dispuestos encima como si alguien simplemente se hubiera ido a almorzar a mitad de la tarea. A un lado había una silla giratoria sin brazos, y al otro lado dos

asientos de invitados con cojines verdes. Pero Maria no se sentó. En vez de eso, se paseó por la sala de 12 pies, esperando ansiosamente.

Normalmente, ella nunca habría venido aquí. Antes de hoy, ella habría pensado que era peligroso, incluso imprudente. Si hubiera topos en la agencia, como ella sospechaba, podrían tener ojos en este lugar. Pero necesitaba saber qué había pasado y por qué. Y si Kent aún estaba vivo.

El teléfono con cable del escritorio sonó. Lo cogió rápidamente, a mitad del primer sonido.

La persona en el otro extremo respiró uniformemente durante un largo momento. Entonces dijo: “Las sombras se están alargando”.

Maria hizo una mueca, cerrando los ojos. Había llegado a odiar los códigos, las metáforas, el engaño. Pero ella los conocía todos y los recordaba bien. “Pronto oscurecerá”, dijo en voz baja.

“Hola, Agente Johansson”. El subdirector Cartwright no sonaba contento.

“Sólo Johansson, ¿recuerdas?”, corrigió con rotundidad. “Cartwright, ¿qué *demonios* fue eso?”

“¿Perdón?”

“No lo hagas”, advirtió. “No juegues con eso. No conmigo”. *Negar. Descargo de responsabilidad. Repudio*. Fue a su manera, los superiores — lo sabían todo hasta que la mierda llegó a los oídos del público y, de repente, no sabían nada. “Kent está vivo. O lo estaba. Enviaste a Morris tras nosotros”.

Cartwright se quedó en silencio durante un largo momento. “Tenemos razones para creer que el Agente Morris pudo haber estado trabajando con la Fraternidad…”

“Mentira”, siseó ella. “No lo creo ni por un segundo. Lo enviaste a matar… espera. ¿Qué acabas de decir? ¿Él ‘puede haber estado’? ¿Morris está muerto?”

“Sí”, suspiró Cartwright.

“¿Y Kent?”

“Vivo y bien. De hecho, acabo de hablar con él hace no mucho,

por teléfono. *Tu* teléfono".

Johansson agitó la cabeza. Morris estaba muerto, y Kent estaba vivo — lo que sólo podía significar una cosa. Kent había matado a un agente activo de la CIA. Eso podría significar un montón de problemas para él.

"¿Y qué hay de antes?", preguntó ella. "¿Cuándo Kent fue declarado muerto en combate? ¿Era realmente la Fraternidad, o me mentiste sobre eso también?"

"Maria", dijo Cartwright gentilmente. "Ambos sabemos por qué estás parada dónde estás, por qué me hablas a mí. Personalmente, me importa un bledo tus sentimientos. Me importan los hechos. Y el hecho es que Kent Steele es un peligro para sí mismo y para los demás. Es un peligro para nosotros…"

"Va tras la Fraternidad", argumentó Maria. "Está haciendo su trabajo, o lo que se suponía que era su trabajo…"

"Y cayendo de nuevo en los viejos hábitos", interrumpió Cartwright. "¿Te contó sobre unas instalaciones de fabricación de bombas que hizo estallar? ¿Los cuatro iraníes muertos en un sótano de París? Sin preguntas, sin informes… sólo una carnicería. No está en una misión. Está en un camino de guerra. No le importa quién se interponga en su camino. Ahora tengo dos agentes muertos en mis manos…"

"¿Dos?"

Cartwright se burló. "¿No te lo dijo? No, por supuesto que no. ¿Por qué lo haría?" Suspiró. "Maria, Alan Reidigger está muerto".

"No". Ella agitó la cabeza, como si negarlo simplemente hiciera que no fuera así.

"Lo está. Lo mataron en Zúrich, con múltiples puñaladas, y por múltiples, me refiero a *docenas*…"

"Detente", respiró. No quería pensar en eso, no en Alan. "Incluso si eso es cierto, no fue a manos de Kent. Eran amigos…" Ella se calló. Su garganta se apretó.

Él no la conocía. Había perdido la memoria. Tal vez tampoco se había acordado de Reidigger. Tal vez pensó que Alan tenía información. Quizás. Ella no quería creerlo. Ella quería

desesperadamente confiar en él.

Pero no lo haces, pensó ella. *No completamente. Si no, no le hubieras quitado el arma mientras dormía.*

"Es peligroso, Maria. Sabes que lo es. Ayúdanos a llegar a él Podemos traerlo".

"No. Tú enviaste a Morris. Lo matarás si tienes la oportunidad".

"No lo haré", insistió Cartwright. "Le dije a Morris que no usara fuerza letal. Debe haberse vuelto corrupto. Escucha, estoy en un avión ahora mismo. Estaré en el Cuartel General de Zúrich en unas horas. Encuéntrame allí, repórtate, para que conste en acta, y te daré un equipo. Puedes conseguirlo tú misma. Tráelo a salvo". Se detuvo antes de añadir: "¿No es eso lo que quieres?"

"No sé adónde va", mintió Maria. Se sabía de memoria la dirección en Eslovenia. "Cuando Morris vino a por nosotros, nos separamos. Podría estar en cualquier parte".

"Tú lo conoces mejor que nadie", contestó Cartwright. "Te necesito. Eres la mejor que tengo en el campo".

"No estoy en el campo", dijo rápidamente.

Cartwright se rio. "Correcto. Por supuesto que no. Esta es una línea segura, Maria. Podemos hablar libremente. Tú y yo somos los únicos que lo sabemos. Ni siquiera Morris sabía de ti".

Por supuesto que Morris no lo sabía. Tampoco Reidigger. Toda la agencia, más allá de Cartwright, pensó que había sido repudiada. Era cierto que la mala experiencia con Kent y la Fraternidad la había sacudido, pero nunca se había dado por vencida.

"¿Y bien?" dijo Cartwright. "¿Estás adentro o no?"

Johansson se mordió el labio inferior. Sus opciones no eran ideales. O bien podía ir por su cuenta, tratar de encontrar a Kent, y dejar que la agencia enviara a otros para seguirle la pista. O podría aceptar la oferta de Cartwright, dirigir el equipo y asegurarse personalmente de que las cosas no se compliquen.

Ella sabía que, si escogía la primera, ellos tomarían la primera oportunidad que tuvieran con Kent. Y si ella estuviera con él, le causaría problemas, igual que a Morris.

“No voy a ir a Zúrich”, le dijo ella. “No hay tiempo para todo eso. Envía dos agentes a Liubliana”.

“¿Qué es Liubliana?” preguntó Cartwright.

“Un aeropuerto. Los veré en la terminal cuatro. Quiero muchachos que conozca… dame a Watson y a Carver”.

“Carver está en una operación”.

“Entonces sácalo”, soltó Maria.

“Debería recordarte a quien le estás hablando…”

“De otra forma no hay trato” dijo ella firmemente. “Watson y Carver. Ropas sencillas y oscuras”.

Cartwright se burló. “Sé razonable. No hay forma que envíe a dos agentes ocultos…”

“Sin teléfonos, sin rastreo, o no hay trato”, dijo. “Puedo atraparlo, y no puedes permitirte otro lío en tus manos como la última vez”.

Cartwright gruñó. “Bien. Estarán en Liubliana a las 13:00 horas. Esté allí”. Él colgó.

Johansson colocó el receptor en la base. Ella no confió en él, ni por un segundo — pero lo debía hacer, aunque no le encantara la idea. Ella no confiaba en nadie en la agencia en este momento. Y ella sabía que el sentimiento era mutuo. Cartwright no confiaría en ella; él enviaría a sus muchachos con diferentes órdenes, ella estaba segura. Pero al menos ella estaría allí. Ella sabría dónde estarían. Por mucho que ella no quisiera admitirlo, Cartwright tenía razón en una cosa — Kent era peligroso, pero especialmente para sí mismo. Ella no quería que el subdirector supiera sobre su pérdida de memoria; sólo lo usarían en su beneficio.

Sabía dónde iba Kent. La dirección era un almacén en Maribor, Eslovenia. Tendría que llegar rápidamente; sin duda Kent ya estaba en camino, y si no actuaba rápido, estaría siguiendo un rastro de cadáveres para encontrarlo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

"Hola, amigo". Un niño delgado de unos veinte años con una gorra de ala plana se inclinó sobre el pasillo de forma sospechosa. "¿Eres Estadounidense?"

"Sí", murmuró Reid. "¿Por qué?"

"Acabamos de ganar el oro en snowboarding. Lo vi en Internet". El chico sonrió.

"¿Qué?" Reid había estado revisando papeles en ese momento y no tenía idea de lo que el niño estaba hablando.

"¿Las Olimpiadas?" dijo el niño. "Acabamos de ganar el oro".

"Oh. Uh, genial". Reid forzó una sonrisa. Había olvidado que los juegos estaban en marcha. Deseaba poder entusiasmarse con algo así como un evento deportivo en este momento. De hecho, en su vida normal, podría estar siguiéndolo con sus chicas, mirando y cantando "¡EE.UU.!" No le gustaban mucho los deportes — seguía el baloncesto, aunque rara vez veía los partidos — pero había algo en las Olimpiadas que inspiraba un patriotismo omnipresente, por muy breve que fuera.

Después de bajarse del metro en Roma, Reid había encontrado una tienda de telefonía móvil cercana y les pidió que le sacaran la información de la tarjeta SIM de Maria. Ellos le enviaron una copia por correo electrónico a la dirección que él había establecido e imprimió una copia, con varias hojas llenas de nombres y direcciones. Mientras estaba allí, usó uno de sus teléfonos con pantalla para iniciar sesión en su cuenta de Skype. Había un solo mensaje de Maya, reportándose como él lo había pedido.

Seguras, decía. *Lejos de NY. Sin decirle a nadie.*

Su corazón se saltó un latido cuando vio que el mensaje estaba marcado con el tiempo de casi catorce horas antes. Rápidamente hizo los cálculos en su cabeza, teniendo en cuenta la diferencia horaria; eso habría sido alrededor de las cuatro de la tarde del día anterior. Le había pedido que se reportara cada doce horas.

El pánico se elevó en su pecho. ¿Les había pasado algo? Si fuera así, ¿cómo lo sabría? ¿Cómo podría encontrarlas?

Cálmate. Allí todavía es temprano.

Podrían estar durmiendo.

Escribió un mensaje rápido — *han pasado más de 12 horas. Repórtate, por favor*. Esperó diez minutos. Luego veinte. El empleado de la tienda de telefonía móvil terminó de sacar los contactos del teléfono de Maria y se los imprimió, pero aun así no hubo respuesta de Maya. Reid estaba desesperado, pero sabía que no podía quedarse allí. No mientras el asesino rubio de Amón seguía suelto. Tenía que salir de Roma lo antes posible.

Aunque le rompió el corazón pensar que cualquier daño podría haberles ocurrido a sus hijas, se vio forzado a abandonar el café y se dirigió a una agencia de viajes a unas pocas cuadras, donde pagó ciento cincuenta euros por un billete en una línea de autobús turístico que se dirigía a Liubliana, la capital de Eslovenia, con una escala en Venecia.

Los otros pasajeros eran una mezcla de estadounidenses, canadienses, ingleses, algunos franceses y una pareja de mediana edad de Australia. Charlaban entre ellos sobre sus viajes por Europa, sobre lo que habían visto y lo que aún les faltaba por ver, y sobre cómo les iba a sus países en los juegos de invierno.

Reid se mantuvo alejado — aparte del chico de enfrente que lo puso al día sobre el snowboard — mientras examinaba los contactos impresos que había recibido del teléfono de Maria. No reconoció ninguno de los nombres. Ninguno de ellos incitaba visiones o recuerdos. Sabía que ella era inteligente; era posible que todas fueran falsas, o en su mayoría falsas, para sacar de la pista a alguien que pudiera haber tenido en sus manos el teléfono. No había ni una sola dirección en el número que estaba en la lista de Eslovenia, pero en su segunda revisión sobre los documentos finalmente la encontró — una calle y un número de manzana seguidos de las letras “MBX”.

El código de un aeropuerto en Maribor, una ciudad en el este de Eslovenia.

El nombre atribuido a la dirección del contacto era Elene Stekt. *¿Qué clase de nombre es ese?* Se preguntó. *¿Húngaro? ¿holandés?* Algo parecía extraño y familiar al mismo tiempo en el nombre. Lo miró durante varios minutos antes de darse cuenta.

Era un anagrama de su propio nombre — mejor dicho, uno de sus nombres. No podía ser una coincidencia que Elene Stekt también se

escribiera Kent Steele.

Pero Maria pensaba que estaba muerto. ¿Por qué escondería mi nombre en este contacto en particular?

Llegó a dos posibles conclusiones. O ella le había mentido sobre eso también, y sabía que aún estaba vivo antes de que él apareciera… o ella lo había hecho después de que él llegara a Roma, lo que significaba que ella había tenido la intención de darle el teléfono mucho antes de que Morris viniera por él.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una mujer ruidosa a dos filas detrás de él en el autobús, deseando a los demás pasajeros un feliz día de San Valentín. Reid no había estado haciendo un seguimiento de los días. Sus pensamientos se dirigieron de nuevo a sus hijas — especialmente a Maya, que hoy tenía una cita en la ciudad con un chico. Parecía que fue hace mucho tiempo, esa noche preparó la cena y admitió que necesitaba comprar un vestido. Su corazón se rompió de nuevo por sus chicas, pero se obligó a pensar en otra cosa.

Su mente se dirigió hacia el asesino de Amón en el baño del metro de Roma. La experiencia le había sacudido; el rubio desconocido era rápido, bien entrenado y sin miedo. Pero lo que más le molestaba a Reid era que tenía la extraña sensación de que no era un extraño en absoluto. Su cara parecía estar al borde de la familiaridad.

"*Tú me conoces*", se había burlado el asesino.

Reid cerró los ojos e intentó conjurar la imagen de la cara del asesino. Se imaginaba cabello rubio, ojos azules, rasgos afilados, mejillas rasuradas. Sangre saliendo de su nariz donde Reid le había golpeado con la puerta de un retrete. El gruñido en sus labios mientras intentaba matarlo. Todo parecía tan personal, como si este hombre tuviera una venganza. Pero la imagen no provocó ningún recuerdo. En vez de eso, se nubló y se desvaneció, y provocó un nuevo dolor de cabeza que le golpeó en las sienes.

Reid gruñó frustrado y se frotó la frente. Si Maria tenía razón y estos dolores de cabeza y recuerdos desteñidos eran efectos secundarios de la extracción del implante, ¿tenía que preocuparse por el daño a largo plazo? ¿Qué tan útil sería para sí mismo, o para alguien, si no pudiera recordar detalles que podrían ser cruciales?

Por más que trató de mantenerse concentrado en la tarea que tenía por delante, se encontró vacilando entre los pensamientos de sus

chicas, del asesino burlón, de Morris y de Maria.

El autobús llegó a Liubliana al atardecer, llegando a una estación adyacente al aeropuerto Jože Pučnik. Una pantalla con la hora y la temperatura justo afuera de la estación de autobuses le dijo que sólo había nueve grados afuera. Reid se metió en un baño y se puso el suéter térmico del bolso de Reidigger debajo de su chaqueta. Luego se dirigió al aeropuerto, a una agencia de alquiler, y firmó la salida de una motocicleta usando su alias, Benjamin Cosgrove. El empleado de allí hablaba un inglés decente e insistía en que Reid necesitaba una tarjeta de crédito válida para alquilar un vehículo — hasta que deslizó un billete de cincuenta euros por el mostrador. Firmó el nombre de Ben en un contrato que decía que no abandonaría los límites de la ciudad con él.

Luego condujo por hora y media hasta Maribor.

Nunca antes había conducido una motocicleta — al menos Reid Lawson no lo había hecho — pero Kent Steele manejaba la moto de manera experta. El viento de febrero era frío y mordaz, pero su chaqueta de aviador forrada de lana y el jersey térmico lo mantuvieron lo suficientemente caliente. Un coche podría haber sido mejor para el tiempo, pero la moto sería mucho más fácil de esconder y de guardar en algún lugar.

Entró en la ciudad por el suroeste. Maribor era una ciudad simplemente impresionante; su Casco Antiguo era rústico y encantador, compuesto de villas bien iluminadas con techos naranjas a lo largo del Río Drava, coloridas y luminosas incluso de noche. Era un importante centro cultural, no sólo de Eslovenia, sino de toda Europa. En el centro de la ciudad había altas espirales grises, catedrales centenarias y un paisaje de arquitectura rica en historia.

Pero no era ahí a donde iba Reid.

Antes de salir propiamente de Maribor, aparcó la motocicleta en un parque público y se sentó en un banco. Estaba hambriento; no había comido nada en todo el día, así que sacó uno de las raciones listas para comer del BUEN bolso de Reidigger y la abrió. Una “ración lista para comer” era una porción ligera y autónoma utilizada por el ejército de los Estados Unidos cuando las instalaciones no estaban disponibles. En este caso en particular, se trataba de una comida en bolsa que decía ser carne de res, pero que resultó ser apenas apetitosa. Aun así, necesitaba algo en su estómago. Comió rápidamente con la cuchara de plástico incluida en el kit, y luego tiró los restos en la

basura.

Mientras comía, planeó.

Era muy consciente de que, a excepción de la navaja Swiss Army de tres pulgadas, estaba totalmente desarmado. Tendría que jugar esto con mucho cuidado. Después de considerar sus opciones y de consultar con el conocimiento de Kent sobre las armas improvisadas, volvió a subirse a la bicicleta y se dirigió a un distrito comercial, donde se detuvo en una ferretería y compró dos latas de lubricante en aerosol, una marca de imitación europea de WD-40.

El empleado de la ferretería de pelo blanco era un esloveno nativo, pero había aprendido suficiente alemán en la escuela para una conversación sencilla. Reid fingió ser un motociclista que turisteaba por todo el país. Le mostró al empleado la dirección y le preguntó la manera más fácil de llegar allí.

El viejo frunció el ceño. “¿Por qué quieres ir allí?”, preguntó.

“Para ver a un amigo”, contestó Reid.

El empleado se encogió de hombros y emitió una vaga advertencia. “Sujétate bien de tu mochila”. No sabía la dirección exacta, pero pudo darle a Reid la dirección de la calle que buscaba.

Se montó de nuevo en la motocicleta y viajó hacia el este, casi hasta los límites de la ciudad. La grandeza de Maribor se desvaneció oportunamente mientras Reid se encontraba en un área que cualquiera describiría como los cimientos de hormigón — agrietados y derrumbados de los barrios bajos, las fachadas cubiertas de graffiti y los incansables cupés sobre bloques de hormigón. Era como si se hubiera levantado un velo; como si el esplendor del Casco Antiguo de Maribor fuera una fachada para esconder los barrios pobres, los guetos, los edificios inclinados que parecían haber sido apilados al azar unos encima de otros. Había poca gente a esta hora de la noche, y los que lo estaban tenían expresiones sombrías y miraban el suelo malhumoradamente. Aun así, sintió como si lo estuvieran viendo desde algún lugar cercano — posiblemente notando que era estadounidense, lo que lo marcaba como un blanco potencial para el robo.

La dirección del teléfono de Maria lo llevó a un edificio industrial plano, ancho, de dos pisos, con grandes puertas de acero enrollables en la bahía del garaje que se alinean en el lado de la calle. Los cimientos se estaban desmoronando y Reid podría haber jurado que la

cara oriental del edificio de ladrillo marrón estaba visiblemente hundida. Guardó la motocicleta detrás de un contenedor de basura oxidado a una cuadra de distancia y usó la cubierta de la oscuridad para bordear su camino a lo largo de la fachada inclinada del almacén, por un callejón.

El edificio gris adyacente parecía como si hubiera sido un apartamento para personas de bajos ingresos en algún momento, pero ahora parecía estar abandonado. Se arriesgó y entró por una puerta rota al nivel del suelo, frente al callejón.

El interior olía fuertemente a moho y orina. Había agujeros en el suelo de madera, aberturas con bordes dentados que se desviaban hacia la oscuridad. Dio un paso con cuidado y se dirigió a una escalera de aspecto totalmente indigna de confianza. Después de probar su peso en la parte inferior de la escalera, se arriesgó y se puso en marcha.

En el segundo piso encontró una posición cerca de una ventana rota y observó el almacén a través del estrecho callejón. Su punto de vista estaba a poco más de diez pies de distancia; podía ver claramente una sola ventana iluminada, la única luz encendida en todo el edificio, al parecer. No había ninguna cubierta de la ventana. Reid se acercó a una ventana más cercana y ajustó su posición para tener en cuenta la paralaje. Dentro del edificio opuesto, podía ver a un trío de hombres jugando a las cartas (póquer, por su aspecto), y un cuarto hombre mirando por encima del hombro. Estaban en una antigua oficina que aparentemente había sido arreglada al azar en algún tipo de vivienda; Detrás de ellos había una cocinita, y podía ver el borde de un sofá desaliñado desde su vista.

Tres de los hombres eran blancos, dos tenían barba, uno era calvo y el cuarto era árabe. No debe hacer mucho calor en el edificio; los cuatro llevaban chaquetas, sin duda escondiendo armas debajo de ellas. Reid no podía decir cuál, si es que había alguno, o si todos, eran Amón. Incluso si tuviera prismáticos para ver en sus cuellos, los cuellos altos de sus abrigos habrían ocultado la marca.

Parecían estar a gusto. Al menos tendría el elemento sorpresa de su lado.

Reid bajó el cierre del bolso y sacó el rollo de cinta adhesiva y las dos bengalas que Reidigger había empacado, y luego las dos latas de aceite en aerosol que había comprado en Liubliana. Destapó las latas y pegó con cinta adhesiva una bengala a cada lado de cada una. Luego

las puso de nuevo en la bolsa y bajó cuidadosamente las escaleras hasta el nivel del suelo. Desde allí, corrió rápidamente por el callejón y alrededor de una puerta de seguridad de acero en el lado oeste.

Se detuvo con los dedos en el mango y respiró. Sin importar lo que pase, se prometió a sí mismo que tendría que hacer lo que fuera necesario para obtener información. Como Maria había dicho en Roma: era una persona sin apoyo y sin nadie en quien pudiera confiar, ni siquiera la agencia.

Por todos los medios necesarios.

Lo haré. Debo hacerlo.

Tiró de la puerta para abrirla. Chilló de manera aguda sobre sus bisagras.

Justo adentro había un pequeño rellano, una escalera de acero que llevaba hacia arriba, y un hombre solo sentado en una silla de jardín plegable y leyendo un periódico. Tan pronto como Reid dio un solo paso hacia adentro, el matón tiró el papel a un lado y saltó hacia arriba, frunciendo el ceño profundamente. Era grande, más gordo que musculoso, con el cabello largo y oscuro atado con una cola de caballo apretada.

"¿Quién eres?" Ladró en ruso mientras su mano se movía hacia el revólver enfundado en su cadera.

Reid no respondió — al menos no con palabras. Tan pronto como abrió la puerta, dio dos zancadas rápidas y golpeó rápidamente con su puño derecho. Le dio al hombre justo detrás de la barbilla, en la parte de la mandíbula a la que los luchadores se refieren comúnmente como "el botón de noqueo" o "el interruptor de apagado". El peso detrás del golpe sacudió la cabeza del matón lo suficientemente fuerte como para agitar su cerebro. Su gran cuerpo se tambaleó y se desplomó en el suelo.

Reid lo liberó primero de su revólver — un MP-412 REX de ruptura, modelo ruso, Magnum.357. El arma se sentía pesada y poco manejable en su mano, pero estaba en apuros. Tendría que servir. Abrió la cámara. Estaba completamente cargada.

Reid se inclinó de nuevo para revisar el cuello del matón cuando este gimió y se agitó. Sus ojos se abrieron y se giró sobre sus antebrazos, intentando levantarse. Reid rápidamente puso el brazo alrededor del cuello del ruso y lo apretó en un agarre para dormir. El

matón luchaba. Estaba recobrando sus fuerzas — y era fuerte.

Reid movió su brazo ligeramente, lo suficiente para ver el cuello del hombre. No había ninguna marca allí. Pero mientras su mirada se desviaba, el matón sacó un cuchillo de bloqueo de su bolsillo y lo abrió.

Reid torció ambos brazos en direcciones opuestas y le rompió el cuello al matón. El hombre alto cayó al suelo, con los ojos muy abiertos y su boca congelada en una amplia mueca.

Sólo se necesitan 7 libras de presión para romper el hueso hioides.

Reid respiró con calma.

Cueste lo que cueste, se recordó a sí mismo.

Subió las escaleras.

En el rellano frente a su puerta, abrió el bolso lo más silenciosamente posible y sacó una de sus flash-bangs improvisadas, el lubricante en aerosol con una bengala pegada a un costado. Puso su oído en la puerta; podía oír las voces que había dentro, charlando entre sí tanto en ruso como en esloveno (no lo reconoció). Hubo el grito ocasional de risas y maldiciones cuando alguien ganaba o perdía una mano de póquer.

Estaban tranquilos. No oyeron nada. No sospechaban nada.

Se aseguró de que la navaja Swiss Army estuviera en el bolsillo de su chaqueta, con la hoja abierta y lista.

Entonces pateó la puerta.

Al mismo tiempo que astillaba la jamba, hizo estallar la bengala. Los cuatro hombres de la mesa saltaron, gritando en esloveno y en ruso, superponiéndose entre sí. Reid lanzó su pequeña bomba a través de la puerta. Se arqueó en el aire. Los hombres entrecerraron los ojos ante la repentina y explosiva luz de la punta de fósforo de la bengala mientras se encendía en un blanco puro y cegador. Reid se agachó a la vuelta de la esquina, con las manos sobre ambos oídos y los ojos cerrados.

La lata de aerosol rebotó una vez en la mesa y explotó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La explosión fue instantánea e impresionante, más fuerte que el ruido de una escopeta. La bola de fuego naranja duró sólo medio segundo, pero envió una ola de calor abrasador por todo el espacio de la oficina convertida en sala de estar. Los cuatro hombres saltaron al suelo o se vieron obligados a hacerlo, arrastrados por la improvisada granada.

Reid dobló la esquina y entró en el apartamento improvisado. Una neblina de humo llenó la habitación. La explosión había partido la delgada mesa de cartas por la mitad. Había varias fogatas pequeñas ardiendo y cartas de juego dispersas que ardían en cenizas. Uno de los hombres se puso de pie, balanceándose sobre sus piernas — el hombre calvo que había visto a través de la ventana. Un delgado rastro de sangre caía de cada oreja. Apenas se dio cuenta de que alguien había entrado en el apartamento antes de que Reid le clavara un codo en el plexo solar, doblándolo. Un rápido rodillazo en la frente lo dejó inconsciente.

Reid giró con el revólver levantado y escaneó la habitación. El árabe estaba en el suelo, inmóvil. Un tercer hombre estaba haciendo un débil intento de sacar un arma de una funda de hombro, pero estaba desorientado. Sus ojos estaban inyectados de sangre. Su cara era de un rojo brillante y sus cejas habían desaparecido. La bola de fuego rápida debe haberle dado en la cara.

Sacó la pistola, pero se estremeció contra el suelo con su temblorosa mano. Se tambaleó. Reid le dio una patada en la cadera y el hombre se cayó, girando hacia el suelo. Revisó el cuello del hombre. No había marca. Inspeccionó a los dos hombres inconscientes. Tampoco había marcas allí.

Ellos eran cuatro. Definitivamente había visto a cuatro hombres a través de la ventana. Se apresuró hacia la parte trasera del apartamento, guiado con la pistola mientras entraba en un espacio sucio con paredes de yeso desnudo. Había dos colchones en el suelo y una lámpara sin sombra, pero no había ninguna persona. Escuchó un ruido detrás de una puerta cerrada a su izquierda. La abrió de una patada. Era un baño, sucio y con un fuerte olor a moho y a pelo quemado.

El cuarto hombre había forzado la apertura de una ventana y

estaba tratando de escabullirse a través de ella, pero la abertura era de apenas un pie de ancho. Estaba a un tercio de la salida, con la cabeza y los brazos abiertos, pero el estómago colgando sobre la bañera y con las piernas pateando el aire.

Reid lo agarró por la parte de atrás de su cinturón y lo llevó de vuelta al baño. El hombre cayó en la bañera de anillos amarillos. Tenía una quemadura impresionante en el lado izquierdo de su cara, y la mayor parte de su barba estaba quemada.

El hombre miró a Reid con una máscara de odio. En ese momento, pudo ver claramente la marca, el glifo de Amón, de pie con un agudo relieve sobre la piel roja y brillante del cuello del hombre.

"Amón", dijo Reid.

Por un momento, un rayo de miedo apareció en los ojos del hombre. Este extraño sabía quién era. "Cero", murmuró el hombre.

Entonces Reid volteó la pistola en su mano y golpeó bruscamente al hombre en la sien. Este se desplomó en la bañera, inconsciente.

Reid salió corriendo a la sala de estar. El solitario hombre, todavía consciente, se arrastraba con las manos y las rodillas hacia la puerta. Reid lo agarró de un tobillo y lo arrastró de vuelta mientras gritaba y protestaba en ruso. Sacó la cinta adhesiva de la bolsa y ató al hombre por las muñecas y los tobillos, y luego le arrancó una tira corta y le cubrió la boca.

Rápidamente hizo lo mismo con los dos hombres inconscientes. Probablemente se despertarían pronto y no estarían desorientados para siempre.

De vuelta en el baño, retorció una larga tira de cinta adhesiva alrededor de las muñecas del hombre de Amón. Lo arrastró erguido y le abofeteó en la mejilla varias veces. El hombre gruñó y gimió cuando se despertó.

"¿Inglés?" preguntó Reid. "¿Hmm?"

"Al diablo contigo", murmuró el hombre. Su acento era difícil de distinguir; rumano, al parecer, o posiblemente búlgaro. "No te diré nada. Es mejor que me dispares". Su voz era débil y sus palabras se difuminaban un poco.

Reid negó con la cabeza y dejó el revólver REX en la parte trasera

del inodoro. “No voy a dispararte”, dijo. Sacó la navaja de su bolsillo. “¿Ves esto? ¿Sabes lo que es esto? Es una herramienta muy útil. Yo era un Boy Scout, hace décadas — tenía uno igual a este. Veamos… tiene un destornillador. Un abrelatas. Un cuchillo, por supuesto”. Abrió cada implemento, los mostró y luego los volvió a cerrar. “Pinzas. Una pequeña hoja de sierra aquí… en realidad, creo que es para pelar peces”. Reid abrió el sacacorchos y se burló ligeramente. “Sacacorchos. ¿No es gracioso? Como si alguien estuviera usando una navaja Swiss Army para abrir una botella de cabernet”.

Estas fueron las palabras de Kent Steele. Las tácticas de Kent. La mentalidad de Kent de “por todos los medios necesarios”.

Las fosas nasales del terrorista resplandecían mientras sus labios se enroscaban en un gruñido. “Haz lo peor que puedas”, se mofó. “Yo soy Amón. Estamos entrenados. Preparados para cualquier cosa”.

“Cualquier cosa”, repitió Reid suavemente. “No. No para mí”. Agarró las muñecas atadas del hombre y las enderezó, forzando sus antebrazos alrededor del borde de la bañera. Presionó la punta del sacacorchos contra el antebrazo izquierdo del hombre. El hombre trató de retroceder, pero se debilitó y Reid lo sujetó con fuerza. “¿Qué es lo que estás haciendo aquí?”

“Al diablo contigo”, escupió el hombre de nuevo.

Reid suspiró decepcionado. Giró el sacacorchos mientras presionaba. La punta del mismo perforó la piel. La sangre se acumuló a su alrededor y corrió por el lado de la bañera amarilla. El hombre siseó entre los dientes, rociando saliva sobre el agrietado suelo de baldosas.

“Amón te prepara para las cosas. Para gente como yo. Los otros agentes. Nuestros sitios negros”. Kent se había hecho cargo, y esta vez el lado de Reid Lawson no protestó. Era necesario, Reid lo sabía. Por mucho que la idea de atormentar a otro ser humano pudiera hacer que se le revuelva el estómago, esta era su única pista. Era esto, o personas podrían morir. “Pero verás, todos esos preparativos sólo me obligan a ser más creativo”.

Lo retorció de nuevo, aplicando presión hacia abajo mientras el sacacorchos penetraba en el músculo. El hombre volvió a apretar los dientes, siseando rápidamente, con los ojos cerrados.

“Por favor, sólo dime lo que quiero saber”. Lo retorció de nuevo. El hombre gritó. “No tengo nada más que tiempo. No hay otro lugar a

donde ir desde aquí".

"Entonces…", jadeó el hombre. "Entonces eso te hace… mi prisionero". Las comisuras de su ampollada boca se convirtieron en una sonrisa, sus labios temblaban por el dolor.

Reid negó con la cabeza. "Ahí es donde te equivocas, amigo. Porque voy a llegar pronto al hueso". Lo retorció de nuevo. El hombre hizo un sonido de asfixia, tratando desesperadamente de no gritar. "Se necesita mucha presión para penetrar el hueso — confía en mí, lo sé. Los huesos son fuertes; una de las sustancias más fuertes que se encuentran en la naturaleza".

Retorció el sacacorchos otra vez. Esta vez el hombre gritó.

"Pero es sólo una cuestión de física. Presión y apalancamiento. Esto penetrará el hueso. Eso va a doler mucho más. Cuando llegue a la médula, este dolor va a ser diez veces peor. Si llega hasta el final, romperá el hueso en el centro. Incluso si de alguna manera recuperas el uso de este brazo, nunca volverá a ser el mismo".

La punta del sacacorchos raspó contra el radio de su antebrazo. El hombre aulló en agonía.

Reid estaba blofeando; un sacacorchos y la presión hacia abajo no era lo suficientemente fuerte como para penetrar el hueso, pero sabía que la combinación del dolor y el miedo con la amenaza correcta podía ser más poderoso que la fuerza.

"Al diablo…" gruñó el hombre. Reid lo retorció un poco más y las palabras se le atascaron en la garganta, escapando como un gemido de dolor.

"Tienes dos brazos", dijo Reid. "Dos piernas. Y un montón de vértebras… ¿conoces esa palabra, 'vértebras'? Tu columna vertebral. Hay treinta y un pares de nervios espinales. ¿Crees que esto es malo? Se pone mucho peor".

"He oído… historias", dijo el hombre jadeando. "Pero yo no… creí que fueran ciertas".

"¿Historias? ¿De qué?"

"De ti". Los ojos del hombre se encontraron con los de Reid. Sus pupilas estaban casi completamente dilatadas. Tenía miedo. "Tú eres el diablo".

“No”, dijo Reid tranquilamente. “No soy el diablo. Sólo soy un hombre en un rincón. Y tú gente me puso ahí. Ahora… comencemos”. Se puso de pie y puso un pie contra la bañera, como si se preparara para ejercer la presión necesaria para empujar el sacacorchos hacia el hueso. Aspiró profundamente…

“¡Camiones!” gruñó el hombre. “¡Camiones!”

Reid pausó. “¿Qué pasa con los camiones?”

“Los camiones vienen”. Su voz temblaba, sus respiraciones eran rápidas y desiguales. La sangre corría libremente por el borde de la bañera. “Vienen. Descargamos la carga. La ponemos en otro camión”.

“¿Eso es todo? ¿Descargas un camión y llenas otro?” Reid sacudió su cabeza. “¿Qué hay en los camiones?”

“No lo sé”, siseó el hombre.

Reid negó con la cabeza. Levantó su pie de nuevo, preparándose para presionar.

“¡No lo sé!” gritó el hombre. “¡No lo sé! ¡No lo sé!”

Reid le creyó. Sabía muy bien que el modus operandi de Amón era mantener a la gente en la oscuridad tanto tiempo como fuese posible. “Algunos de esos hombres hablaban ruso. ¿Has oído el nombre de Otets antes?”

El hombre asintió débilmente. “Sí”.

“Los conductores de estos camiones, ¿de dónde son?”

El hombre agitó la cabeza. Su barbilla se inclinó. “No lo sé… del Medio Oriente…”

Las bombas, pensó Reid al juntar las piezas en su mente. *Otets hizo bombas. Se las dio a los iraníes. Las trajeron hasta aquí. Cambiando camiones. ¿Por qué? ¿Para evitar ser seguidos o rastreados? No… eso sería demasiado simple.* Maria le había dicho que el rastro de Amón era minucioso, y que trabajaban duro para evitar que sus miembros supieran demasiado. *Cambian de camión para que nadie sepa de dónde vienen ni adónde van*. No le habría sorprendido saber que había múltiples depósitos como éste en cualquier ruta que tomaran.

“Eso es todo lo que sé”, dijo sin aliento. “Lo juro”.

“No”, replicó Reid. “Eres Amón. Debes saber algo más. ¿Dónde están los demás de tu organización? ¿Dónde tienen su cuartel general?

El hombre no dijo nada. Miró al suelo y agitó débilmente la cabeza.

Reid sabía que no podía llegar tan lejos con las amenazas. Giró ligeramente el brazo del hombre y volvió a girar el sacacorchos. Se adentró un poco más en el músculo cuando se deslizó entre el radio y el cúbito de su antebrazo.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y aulló de dolor.

“¿Dónde?”

“No hay… no hay… un solo lugar…”, dijo irregularmente. “Estamos… en todas partes…”

“Dame algo”, amenazó Reid. “Tenemos horas para hacer esto”. Eso tampoco era cierto; los tres hombres de la otra habitación sólo estaban atados con cinta adhesiva. Eventualmente, se las arreglarán para salir de ella.

Se retorció de nuevo. El hombre intentó gritar, pero salió como un ronco silbido de aire.

“Debes saber algo”, dijo Reid.

“El… el… el…” tartamudeó el hombre.

“¿El qué?”

“El… jeque…”

“¿Jeque?” Reid frunció el ceño. “¿Mustafar? ¿Qué hay de él?”

“Él sabe… él sabe…” El hombre estaba jadeando de nuevo. La mitad de su cara estaba enrojecida por la explosión; la otra mitad estaba completamente descolorida. “Él sabe”.

Sabes, Jeque… una bala suena igual en cada idioma.

“No, tenemos al jeque. Ya lo hemos interrogado”, dijo Reid. “Él no sabe nada. Era un pasivo. Un chivo expiatorio”.

“El jeque”, dijo el hombre otra vez. Su voz apenas superaba un susurro. “No es… no es…” Sus ojos se pusieron en blanco y se inclinó

hacia adelante. Su frente rebotó ligeramente contra el borde de la bañera antes de que Reid pudiera atraparla. Inconsciente por un shock o pérdida de sangre, asumió Reid.

Gruñó frustrado. *¿El jeque no es qué?* ¿No decía la verdad? El jeque no sabía nada; ya lo había aprendido de una memoria desencadenada. Era una pista falsa, un rastro que se había enfriado. Este hombre era miembro de Amón — tenía sentido que intentara despistar a Reid, darle mala información.

Pero, ¿y si eso no es lo que era? pensó. *¿Y si intentaba decirme algo sobre Mustafar?* El hombre había estado bajo una gran presión. Aun así, el jeque estaba retenido en un sitio negro de la CIA en Marruecos. No había ninguna posibilidad de que Reid pudiera llegar a él, no sin ser descubierto.

Se levantó lentamente y se lavó la sangre de sus manos en el lavabo sucio. Dejó el sacacorchos en el brazo del hombre mientras revisaba sus bolsillos. Había un teléfono celular, y al igual que el de Otets anteriormente, no había información guardada, ni historial de llamadas, ni contactos.

Reid marcó el 112 en el teléfono — el número de los servicios de emergencia, el 911 de la Unión Europea. Una mujer respondió rotundamente en esloveno.

"¿Inglés?" preguntó Reid.

"Sí, ¿cuál es su emergencia?" dijo ella.

"Hay un incendio". Le dio la dirección del almacén. Luego terminó la llamada abruptamente y tiró el teléfono a la bañera. Sacó el revólver de encima del inodoro y colgó el bolso sobre su hombro.

En la sala de estar, uno de los hombres se había librado de los lazos alrededor de sus muñecas y estaba tirando frenéticamente de la cinta adhesiva alrededor de sus tobillos. Cuando vio emerger a Reid, se dio la vuelta y buscó su arma. Reid ya tenía la suya en mano. Disparó una vez. El golpe de la .357 fue significativo, casi estimulante. El disparo le dio al hombre en la frente y dejó un impresionante agujero.

Se metió el revólver en la parte de atrás de sus pantalones. Luego, con un gruñido de esfuerzo, sacó la estufa de la pared, la alcanzó por detrás y tiró de la tubería de gas.

Los otros dos hombres estaban conscientes en el suelo, con la cinta adhesiva sobre sus bocas, mirándole con los ojos muy abiertos.

Sabía que no podía dejarlos vivir — especialmente al miembro de Amón. Lo reportarían inmediatamente. Ellos sabrían el rastro que el Agente Cero estaba siguiendo.

Reid se paró en la puerta mientras tomaba la segunda lata de aerosol, con la bengala de la carretera pegada a ella, fuera de su bolso. Hizo estallar la bengala, la lanzó al suelo y luego saltó por las escaleras.

Tres segundos después, la primera explosión, la explosión de la lata de aerosol, llegó apenas un instante antes que la segunda, esta última mucho más grande. Todo el apartamento se incineró en un abrir y cerrar de ojos. Las ventanas explotaron hacia afuera; las paredes se derrumbaron. Una bola de fuego salió por la puerta abierta y llenó el hueco de la escalera, pero para entonces Reid ya estaba en planta baja, atravesando la puerta de seguridad de acero y corriendo hacia la fría noche.

Caminó enérgicamente por la manzana, manteniéndose alerta sobre su perímetro por si alguien le veía salir del edificio. No parecía haber nadie alrededor. Cuando llegó al basurero no se sorprendió en absoluto al ver que la motocicleta había desaparecido. Se burló. Probablemente algún par de ojos invisibles de un edificio circundante le habían visto esconderla, y se la habían robado en el momento en que entró en el almacén.

Reid retrocedió y se deslizó por el estrecho callejón mientras el apartamento ardía. Una carta en llamas voló y aterrizó cerca. Las sirenas gritaban a lo lejos mientras los vehículos de emergencia corrían hacia el fuego antes de que se extendiera a los destartalados edificios vecinos.

En la boca del callejón, Reid giró a la izquierda. Redujo su paso y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de aviador para que pareciera casual. Sólo salí a dar un paseo nocturno — *no, Oficiales, no oí ningún disparo ni explosión.*

Los pelos de la nuca se le erizaron.

Estaba siendo observado.

No había farolas en esta parte de la ciudad. El bulevar era oscuro; sería poco más que una silueta para un asaltante. Lentamente cogió el

arma que tenía en la espalda mientras escuchaba las pisadas que se acercaban detrás de él.

Lo primero que pensó fue en el asesino de Amón del metro — que de alguna manera el hombre lo había seguido hasta aquí, o asumido que vendría. Reid desenvainó el revólver mientras giraba, nivelándolo a la altura de los hombros, listo para disparar el verdadero cañón contra cualquier amenaza que se interpusiera en su camino…

"¡Kent!" Ella se congeló cuando vio el tamaño de la pistola en su mano.

"Maria". Parpadeó sorprendido — no sorprendido de que ella estuviera ahí, sino por su propia reacción al verla viva. Era una sensación de alivio, de consuelo.

Aun así, no bajó el arma. Tenía la sensación de que ella no había venido sola.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Rais estaba furioso.

Lo tenía. *Tenía* a Kent Steele en el ángulo deseado de su Sig Sauer, y de nuevo se las había arreglado para escaparse de sus manos.

Maldito sea ese italiano gordo por irrumpir en el momento más inoportuno.

Maldito sea el Agente Uno — el Agente Morris, como resultó — por estorbar.

No fue un pequeño alivio que al menos esta vez no hubiera terminado Rais con el esternón abierto, pero el mero hecho de que el Agente Cero aún respirara le causó tanta furia que se manifestó como una tempestad arremolinada de una migraña tensional, lo que le dificultó pensar con claridad.

Si ese insípido agente Morris no se hubiera atravesado en el camino… si la policía no hubiera aparecido… si ese tren no hubiera estado allí en ese preciso momento… si tan solo.

Lo peor de todo — peor que Steele se escapara, peor que Amón perdiera su activo de la CIA — era el hecho de que Steele ni siquiera parecía reconocerlo. A pesar de teñirse el pelo de rubio y usar lentes de contacto azules, Rais estaba cerca, cara a cara. Dada su historia, no había razón para que Steele no se diera cuenta de quién era. Pero simplemente no lo hizo.

No fue una actuación. Rais se dio cuenta de que no había ni un atisbo de reconocimiento detrás de los ojos de Steele.

Nunca se había sentido tan insignificante.

Después de eludir a la policía en la estación de metro, Rais se había metido en una tienda por departamentos y rápidamente compró una chaqueta verde y una gorra de béisbol para esconder su cabello rubio. Se quitó los lentes de contacto azules y los tiró a la basura, junto con su abrigo marrón. Luego recorrió la ciudad en busca de Kent Steele, revisando cada estación de metro que pudo encontrar en la ruta. Sabía que era inútil; Steele era un profesional. Se había ido hace tiempo, posiblemente ya fuera de Roma para entonces.

Rais sabía que no tenía otro recurso. No tenía forma de rastrear al agente hasta que Steele actuara de nuevo. Mientras tanto, tendría que informar a Amón y decirles que habían perdido al Agente Uno. Ser Amón significaba que había hecho un juramento de no mentir ni engañar nunca a sus hermanos. Tendría que decirles que fue por su propia mano, y tendría que aceptar las consecuencias.

Sacó un teléfono y llamó a un contacto de Amón que podía organizar rápidamente los planes de vuelo. El hombre sin nombre en el otro extremo — era sólo un número para Rais — lo dirigió a una pista de aterrizaje privada justo al norte de Roma. Menos de una hora después, era el único pasajero en un Cessna 210 de cuatro asientos, que volaba de Roma a Berna, la capital de Suiza.

Al llegar, Rais tomó un taxi al Hotel Palais. Se llamaba así porque era un palacio literal, con vistas a jardines meticulosamente decorados y un bosque más allá. Palais era una institución suiza, una sede para diplomáticos y políticos, la autoproclamada "casa de huéspedes" del gobierno suizo.

Tontos, pensó Rais cuando entró en el hotel y cruzó el vestíbulo de mármol. *No tienen ni idea de quién está entre ustedes*. En la parte superior, el techo abovedado era totalmente de cristal, lo que permitía ver el cielo azul claro. Todo esto enfermó a Rais. La opulencia de la misma. La altivez. Pero ese era el camino de Amón — esconderse a plena vista, mezclarse con la élite y los libertinos y los marginados por igual.

Tomó el ascensor hasta el tercer piso y siguió la rica alfombra escarlata hasta una suite en la esquina, donde sabía que varios de los miembros de Amón se hacían pasar por una rama de un grupo sin fines de lucro de pediatras viajeros. Golpeó bruscamente a la puerta dos veces, esperó tres segundos completos y luego golpeó tres veces más en rápida sucesión. Ese era su código personal, su identificador para sus hermanos. Un momento después, la puerta se abrió un poco, y un hombre alemán de rasgos afilados que se parecía un poco a una rata contestó.

Dejó entrar a Rais sin palabras. La suite de hotel se abrió en un amplio salón con grandes ventanas y muebles blancos. *Llamativo*, dijo Reid con desagrado. *Ostentoso.*

Había tres hombres sentados sobre los muebles blancos, dos en un sofá y uno en un sillón, de modo que formaron un triángulo alrededor de una mesa de café de cristal cargada con un té de olor dulce.

Llevaban trajes, cada uno con un cuello alto para esconder la marca de Amón en sus cuellos. La suite, los trajes, incluso el té eran una treta, por supuesto, en caso de que fueran interrumpidos por el servicio de limpieza o la administración del hotel o la policía. Cada uno de los tres podría proporcionar documentación completa de sus credenciales médicas. Podrían proporcionar números de teléfono con referencias que pudieran corroborar sus afirmaciones. Incluso podrían responder a preguntas médicas complejas, si fuera necesario.

Uno de los tres era, de hecho, un cirujano y había sido uno de los miembros del equipo que había salvado la vida de Rais después de que Steele le abriera la barriga. Rais no sabía su nombre; sólo que era alemán, por lo que en su mente se refería a él simplemente como el doctor alemán. El adulador con cara de rata que había abierto la puerta era su ayudante. El segundo hombre en la sala era el superior inmediato de Rais, el hombre al que llamaba Amón. Rais sabía que no era *el* Amón, pero no sabía su verdadero nombre.

El tercer hombre en la habitación fue inmediatamente reconocible, a pesar del traje y la corbata occidentales. Rais sólo había visto antes al jeque vestido con ropas musulmanas; era un tanto extraño verlo con solapas y anteojos, pero era necesario mantener las apariencias.

Rais asintió a cada uno. “Doctor. Amón. Jeque Mustafar”.

Ninguno de ellos le dijo nada. El único que miró a su alrededor fue Amón, que se levantó lentamente del sillón. Era egipcio; su piel era de color marrón claro y su barba negra pero delgada. No podría ser más que uno o dos años mayor que Rais.

“¿Cero?” preguntó simplemente.

La mirada de Rais cayó sobre la alfombra exuberante. Negó un poco con la cabeza.

Amón lo golpeó con el revés rápidamente. El granate en su anillo meñique cortó profundamente en el labio de Rais mientras su cabeza se movía hacia un lado.

Rais no hizo nada a cambio.

“¿Tienes idea de lo que nos costó volver a juntarte?” La voz de Amón era apenas un susurro. “Recuérdame por qué desperdiciamos nuestros esfuerzos”.

Rais no tenía ninguna respuesta válida. En cambio, dijo, “El Agente Uno está muerto”.

“¡Decepcionante!” siseó Amón. “Fracaso. *Estadounidense*”. Escupió la última palabra como si fuera una horrible maldición. “Ve. Espera por mí. Decidiré que hacer contigo”.

Rais tragó sangre mientras se retiraba al dormitorio trasero de la suite y cerró la puerta tras él. Se sintió profundamente avergonzado. Había fracasado — dos veces ahora. Y conocía muy bien el camino de Amón, habiéndolo cargado él mismo muchas veces. Estaba seguro de que esta reunión terminaría con una bala en su cráneo.

Fue estadounidense, una vez. Pero ya no más; había matado esa parte de él. Ahora era Amón. No tenía ninguna conexión emocional con su herencia. No tenía nada que mirar hacia atrás con cariño en los primeros veinte años de su sórdida vida.

*

Rais había nacido y crecido en un suburbio a las afueras de Albany, Nueva York, de madre complaciente y tímida y padre alcohólico, apenas empleado. Su infancia no había sido agradable. Su padre era un hombre amargado, convencido de que este mundo estaba unido únicamente en su contra, especialmente en aquellos casos en que su adicción le causaba la pérdida de otro trabajo, que ocurría cada cierto mes. El círculo era vicioso: empleo; fugaz, falsa felicidad; decadencia; despido; todo en espiral hacia los atracones, la violencia y los apagones. En esas últimas semanas, su padre atacaba a su esposa y a su hijo pequeño con el cinturón, el interruptor, las manos, todo lo que tenía disponible. Una vez había sido una estola de afeitar de cuero.

A los dieciocho años, Rais se había alistado en el Ejército de los Estados Unidos. Pasó los siguientes dos años principalmente en Fort Drum, cerca de Watertown, Nueva York, a un paso de la frontera canadiense. Irónicamente, había sido una experiencia extremadamente liberadora; mientras que la mayoría de los jóvenes tenían problemas para aclimatarse al estilo de vida estricto y reglamentario de un soldado de infantería del ejército, Rais se deleitó con ello. Comparado con su vida familiar, el ejército era pan comido. Aprendió a pelear, a disparar y a correr; como observador de avanzada, aprendió sobre la artillería y la intervención rápida y las llamadas por radio. No

necesitaba aprender a seguir órdenes. Que había estado arraigado a ellas desde que nació.

Pasó breves períodos en Japón, Alemania y Corea del Sur, y luego sucedió. Dos años después de su contrato de seis años, los eventos del 11 de septiembre de 2001 se desarrollaron a trescientas millas al sur de su base. Unos meses después, su unidad fue desplegada en Afganistán. El equipo de tres hombres de Rais exploró una sección de Kandahar considerada como el último paradero conocido de un prominente fabricante de bombas de Al Qaeda. A Rais se le ordenó lanzar un ataque a un edificio que se creía que era su cuartel general. Podía ver claramente que estaba lleno de mujeres, niños y familias que no tenían nada que ver con el conflicto.

Rais se negó.

Las bombas cayeron de todos modos.

Ciento doce personas murieron ese día. El fabricante de bombas afgano no estaba entre ellos. Por lo que Rais sabía, ninguno de los que perecieron en la conflagración tenía vínculos con el terrorismo.

Él huyó. A los veintiún años, abandonó el ejército y se escondió en un barco petrolero que viajó a través del Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo, atracando en Egipto. Se escondió, vivió en las calles durante meses, sobreviviendo de las sobras y de la infrecuente caridad de los demás. Después de poco más de un año se unió a un grupo de jóvenes que se autodenominaban activistas, aunque el término disidente político era más apropiado. Aprendió a robar carteras, a pasar desapercibido entre la multitud, a mezclar incendiarios caseros y a evadir a las autoridades.

Ocho meses después, en un bar de buceo de El Cairo, conoció a un hombre que se hacía llamar Amón. Fue un encuentro fortuito; el hombre buscaba a alguien dispuesto a robar dinamita de una mina de tantalita cercana. Rais estaba buscando un propósito.

Hablaron largo y tendido; más bien, Rais habló, y el hombre llamado Amón hizo preguntas y escuchó. Rais habló de sus experiencias, sus opiniones sobre los Estados Unidos, sus motivos para desertar. Se encontró siendo más honesto con el hombre de lo que había sido antes, con cualquiera. Amón habló muy poco de sus propias experiencias. Parecía fascinado con la historia de Rais.

Rais volvió a ver al hombre la semana siguiente y la semana después de esa. Cada vez que se encontraban, este hombre que se

hacía llamar Amón hablaba un poco más. Le dio a Rais libros para leer. Le pidió opiniones sobre las potencias mundiales, la política y la tan llamada "guerra contra el terror". Luego, finalmente, después de dos meses de visitas intermitentes, le pidió a Rais que viniera con él. Lo llevó a un complejo en el desierto. Lo presentó ante los otros.

Rais se dio cuenta inmediatamente de que todos tenían una cicatriz en el cuello — una especie de símbolo extraño. Un glifo.

Después de hablar largo y tendido con varios altos cargos de la organización, Rais fue invitado a vivir en el recinto. Se sometió a severas pruebas para probarse a sí mismo. Lo entrenaron, lo adoctrinaron, le enseñaron… pero nunca le ordenaron. Siempre tuvo una opción. Al menos eso es lo que le dijeron, que podía irse cuando quisiera. Hasta el día de hoy dudaba de que eso fuera cierto, pero no importaba. No quería irse.

Para entonces ya había denunciado mentalmente a su antigua patria, al menos mentalmente, pero cuando llegó el momento de hacerlo oficialmente y ser bienvenido en el santuario de Amón, eligió un nuevo nombre para sí mismo — Rais, como el infame Murat Rais. El nombre tenía una larga historia compartida por varios hombres, aunque el más prominente para él era el escocés del siglo XVIII Peter Lisle, que se convirtió al islam y se convirtió en un corsario otomano, adoptando el nombre Murat Rais de otro. Lisle finalmente obtuvo el puesto de Gran Almirante de la Armada de Trípoli.

Rais se ganó su marca, aunque su posición dentro de Amón requería que se ocultara siempre que fuera posible. Sus años de robar en las calles de Egipto y el entrenamiento de tiro del ejército de los Estados Unidos le sirvieron igualmente bien como asesino, y rápidamente ganó prominencia entre sus hermanos, ya que los pocos que conocían su nombre sabían que cumplía sus deberes con la máxima solemnidad — sus deberes de eliminar, de limpiar para el nuevo mundo de Amón.

Y ahora, parecía, que era su turno de ser limpiado.

*

Rais esperó en el dormitorio de la suite a que terminara la reunión y se decidiera su destino. No intentó escuchar a escondidas, pero aun así pudo escuchar fragmentos de la conversación silenciosa

que se estaba produciendo entre el doctor alemán, el Jeque y Amón.

"Las serpientes ya han comenzado a llegar", escuchó a Amón decir. Las serpientes, sabía Rais, que eran un nombre en clave para los jefes de estado y otros indeseables para su causa.

El jeque dijo algo inaudible y el doctor alemán respondió.

"Casi todo está en su lugar. Sólo falta la pieza final". Se pasó al alemán, probablemente por el bien de su ayudante, y dijo: "Vete ahora. Conoces tu deber".

"No esperamos. No vacilamos", dijo Mustafar. "Como Amón, perduramos".

Reid no conocía todo el plan por completo; sólo sabía piezas, aunque, sin duda, era más de lo que lo sabía la mayoría de miembros de Amón. Sabía que el plan implicaba atacar una vez en un lugar centralizado donde no sólo estarían presentes docenas de jefes de estado, sino personas de casi todas las naciones desarrolladas del planeta. Sabía que la segunda fase implicaba sembrar la disensión en las filas de organizaciones gubernamentales prominentes, a través de agentes bien situados de Amón.

La CIA Estadounidense era una de esas entidades.

Había otras fases, era consciente, pero no conocía sus detalles. El plan había sido meticulosamente elaborado a lo largo de los años. Finalmente se promulgaría — aunque Rais no estaría vivo para verlo.

Por fin se levantó la sesión. A través de la puerta, Rais oyó a Amón despedirse de sus invitados con la frase de despedida: "Como Amón, perduramos".

Mientras esperaba, se arrodilló y murmuró una oración, una que había aprendido en su primer día en el recinto del Desierto Occidental de Egipto.

"Amón, que escucha la oración, que responde al grito de los pobres y angustiados… Repítale a su hijo y a su hija, a lo grande y lo pequeño".

Rais cerró los ojos. "Relaciónalo con generaciones de generaciones que aún no han nacido; relaciónalo con el que no lo conoce y con el que lo conoce".

Escuchó abrir la puerta de la habitación, pero aun así mantuvo los ojos cerrados mientras murmuraba: “Aunque puede ser que el siervo sea justificado por hacer el mal, sin embargo, Amón es justificado por ser misericordioso. En cuanto a su enojo — en el cumplimiento de un momento no hay remanente. Como Amón, perduramos”.

El silencio reinó. La puerta se había abierto, pero Rais no sabía si estaba solo o no. Esperaba que la bala se le clavara en la frente en cualquier momento. Se preguntaba si lo escucharía, o si el mundo simplemente se desvanecería.

“Levántate”, dijo Amón amablemente.

Rais abrió los ojos. El egipcio estaba de pie ante él, con los brazos estacionados a los costados — y sorprendentemente, ninguna de las dos manos tenía una pistola.

“He fallado”, dijo Rais. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Amón. “Conozco mejor que nadie la pena por el fracaso. Estoy preparado”.

Amón suspiró. Alargó la mano y limpió la sangre de la comisura de la boca de Rais con la almohadilla de su pulgar. “Tu vida no es mía para tomarla”, dijo. “Pertenece a Amón”.

Rais frunció el ceño, confundido.

“Sí, has fallado”, dijo Amón. “El Agente Cero aún respira — pero tú también. Amón ha elegido tu destino. Lo que hoy se considera un fracaso puede convertirse en poco más que un impedimento en un camino más largo. Sólo tienes una tarea, Rais, y es eliminar a Cero de este mundo”. Amón se acercó, lo suficientemente cerca como para que Rais oliese el té en su aliento. “Sólo entonces se te permite morir”.

Rais asintió lentamente. Se había preparado mentalmente para la oscuridad que seguramente seguiría al final de su vida, pero ahora sólo veía luz y posibilidad.

“El mundo cambiará en dos días”, continuó Amón. “No se puede permitir que Cero interfiera. Un grupo de la CIA ha sido enviado para recogerlo y traerlo aquí, a Suiza”.

“¿Cómo lo...?” Rais se detuvo. Quería desesperadamente saber cómo podía Amón tener esa información, pero ya sabía que no se le permitiría saberlo. Sin embargo, se dio cuenta de que sólo había una respuesta posible: El Agente Uno no había sido el único topo dentro de

la CIA Estadounidense.

“Lo encontraré”, prometió Rais mientras se levantaba. “Lo mataré”.

Amón abrió un cajón en el escritorio, sacó un teléfono desechable y se lo dio a Rais. “Te mantendremos informado a medida que obtengamos información. Ahora vete”.

Rais tomó el teléfono y se fue del dormitorio sin decir nada más. Salió de la suite, tomó el ascensor hasta la planta baja y salió corriendo del Hotel Palais. Le habían dado una segunda oportunidad, una nueva vida — y esta vez nada le impediría matar a Kent Steele.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

"Maria".

Ella estaba a sólo unos pocos brazos de él en la oscura calle de Maribor mientras las sirenas se hacían más fuertes a unas pocas cuadras de distancia, rugiendo hacia el almacén en llamas. Sus rasgos se hicieron evidentes cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad — al cabello rubio, la piel de porcelana, su olor en la ligera brisa.

Kent mantuvo el revólver apuntado a ella.

Quería preguntar como lo había encontrado, pero él ya lo sabía.

"Sabías la dirección", dijo. "La había memorizado. Sólo me diste tu teléfono para que pudieras rastrearme".

"No", dijo ella. "Te di el teléfono en caso de que *necesitara* rastrearte".

"Me deshice de él".

"Pensé que lo harías". Ella sonrió y señaló hacia la MP-412 REX que tenía en su mano. "Es un arma muy grande. ¿Puedes bajarla, por favor?"

"No lo creo". Mantuvo su mira en ella. "Tomaste mi arma…"

"Se supone que estabas muerto. No estaba segura de que podía confiar en ti…"

"Yo todavía no estoy seguro de que pueda confiar en *ti*", replicó. "Me mentiste. Estás con ellos".

"Es más complicado que eso", dijo ella.

"Entonces explícame".

Ella suspiró. "Te dije la verdad — la mayor parte de ella. Realmente estaba tras la pista de Amón, y se enteraron de ello. Me hicieron su blanco. Tres veces lidié con sus asesinos. Siempre parecían saber dónde estaba, o dónde iba a estar. Pero… nunca fui repudiada. Sospechaba que había topos en la agencia. Así que fui me oculté y me escondí en la casa segura. Cartwright lo organizó. Difundió la información de que yo era repudiada. No sabía que habían dejado de

buscarme. Todos los días esperaba que viniera alguien — uno de los suyos". Se detuvo durante un largo momento. "Pero no lo hicieron. Tú viniste".

"Fue Morris", dijo Reid. "Estaba trabajando con ellos".

"Cartwright dijo lo mismo". Maria agitó la cabeza. "No quiero creer eso".

"Es verdad. En Roma, después de que escapé, había un asesino. Se conocían, Morris y él".

"Este asesino, ¿lo hizo…? ¿O es que tú…?"

"Él lo hizo", confirmó Reid. "El mató a Morris. No yo".

Ella bajó su mirada a la calle. "¿Y qué hay de Alan?"

Reid suspiró suavemente. Por supuesto que ella lo sabría. No le pareció bien que se lo hubiera ocultado. "Ese no fui yo. Lo encontré muerto en Zúrich. Creo que Amón lo torturó y lo mató para llegar a mí".

"¿Por qué?"

"Porque él…" Reid se calló. Estaba bastante seguro de que Reidigger le había ayudado a poner el implante en su cabeza, pero no iba a volver a darle la mano; no hasta que estuviera seguro de que podía confiar en ella. Bajó la pistola a la altura de la cadera, pero no quitó el dedo del gatillo. Esa sensación distinta, los pelos de la nuca, no habían desaparecido. "No viniste sola".

"Hay otros dos conmigo", dijo claramente. "Watson y Carver. Tú los conoces. O lo hiciste".

"¿Y ellos están aquí para qué? ¿Esperando en las sombras por una oportunidad de atacarme?"

"No", dijo Maria. "Tomé sus armas". Muy lentamente, sacó dos pistolas — cada una de ellas una Glock 27 estándar. Las sostuvo para que Reid las viera, y luego las dejó en el pavimento con cautela. "Están vigilando para asegurarse de que no me hagas daño". Entonces, dijo más fuerte: "Y serían muy estúpidos si intentaran algo. Ellos te conocen. Ellos saben de lo que eres capaz".

Reid notó que las sombras se desplazaban en su perímetro. Se

volteó un poco para ver a un hombre alto Afroamericano con un abrigo largo revelarse desde la boca de un callejón. *Watson*, él lo sabía. Al otro lado de la calle, en la oscura puerta de un edificio de apartamentos, había un segundo hombre con una gorra de béisbol — Carver, presumiblemente. Ambos se mostraron, pero ninguno de los dos se movió más allá.

"La pista", dijo Maria. "¿Qué encontraste?"

"Nada", mintió Reid. "Un callejón sin salida".

Ella levantó una ceja con recelo. "¿Así que lo volaste?"

"Ellos lo hicieron. Había una bomba. Apenas pude salir a tiempo".

"Hmm". Claramente no le creyó, pero no quiso insistir más.

"¿Es eso realmente lo que estás haciendo aquí, Maria? Siguiendo una pista", preguntó. "¿O has venido aquí por mí?"

"Vine aquí a ayudarte", dijo vagamente.

"Ayudarme". Se burló. "¿Ayudarme cómo? ¿Vamos a ser un equipo de nuevo? ¿Tú y yo y estos dos?"

"No, Kent. Quiero ayudarte… y tan extraño como pueda sonar, creo que la mejor forma para hacerlo es que vengas conmigo. Que salgas del exilio".

Casi se ríe. "¿Crees que la mejor manera de estar lejos de las manos de la gente en la que no confío es entrar en la guarida de la gente en la que no puedo confiar?".

"Sí, lo creo". Ella dio un pequeño paso hacia él. "Porque ahora mismo te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo. Sé que tal vez no vuelvas a confiar en ellos, no del todo". Ella dio otro paso más cerca. Su agarre se estrechó alrededor del revólver. "Pero tenemos recursos. Puedes ser reincorporado. Podemos ayudarte". Dio un paso más, hasta que se acercó lo suficiente como para que él pudiera alcanzarla y tocarla.

Desde este punto de vista, pudo ver la intensidad de sus ojos gris pizarra. Ella parecía sincera; él tuvo que recordarse a sí mismo que ella estaba muy bien entrenada. El engaño era su segunda naturaleza.

Pero tenía que ser capaz de llegar al jeque si iba a seguir la pista

potencial que el miembro de Amón le había dado. Era posible, quizás incluso probable, que fuera un callejón sin salida, pero no tenía nada más que seguir, ningún otro lugar a donde ir desde ahí. Y como Mustafar estaba retenido en un sitio negro de la CIA, no se acercaría ni a media milla del jeque antes de ser abatido a tiros.

Pero no le dijo nada de eso. En vez de eso, dijo: "Necesito más que eso. Tienes razón en que no puedo confiar en ellos. Necesito que me des una buena razón para confiar en *ti*".

Ella pensó por un largo momento. "No me recuerdas. Pero yo me acuerdo de ti. Me preocupo por ti, Kent… más de lo que piensas. No quiero verte herido".

Él negó con la cabeza. "Sin los recuerdos, sólo son palabras para mí".

"Está bien entonces". Habló en voz baja para que Watson, que estaba a unos tres metros a la derecha de Reid, no pudiera oír. "Que tal esto: tienes dos chicas en casa. Sé que eres lo suficientemente inteligente como para haberlas enviado a alguna parte, pero eso no puede durar para siempre. La agencia sabe de ellas, lo que significa que Amón también podría saberlo. Podemos ponerles un equipo de seguridad. No sé quién pueda ser malo, pero conozco algunos que son definitivamente buenos. Gente en la que sé que podemos confiar".

Reid frunció el ceño. "¿Qué significa eso, no sabes quién podría ser malo?"

En casi un susurro ella le dijo: "No creo que Morris fuera el único. Nunca tuve razones para sospechar de él; tampoco Cartwright. Y Morris no habría sabido dónde estaba antes de la casa segura. No tenía acceso a esa información. Pero de alguna manera, Amón lo hizo. Hay alguien más — tal vez más de uno, y de más arriba. Ven y ayúdame a encontrarlos. No podemos hacer eso desde fuera".

"Si tienes razón y es alguien de más arriba en la agencia, puede que fueran ellos los que intentaron matarme antes", razonó Reid. "¿Qué les impide intentarlo de nuevo?"

"Lo haremos oficial", dijo ella. "Podemos pasar sobre la cabeza Cartwright. Tengo un contacto, alguien a quien puedo llamar. Cuentas tu historia — el intento de asesinato, el implante de memoria, París, Bélgica, Roma… y nosotros la enviamos a la cadena, incluso más allá del Director Mullen. Asegúrate de que todos sepan que Kent Steele no sólo está vivo, sino que ha vuelto de entre los muertos. Involucra al

Consejo de Seguridad Nacional. Al diablo, si intentan algo estúpido, se lo enviamos a la prensa. Lo hacemos público. Protegemos a tus hijas. Acabaremos con Amón. Encontramos a los topos".

Reid pensó durante un largo momento. Salir del exilio parecía una idea monumentalmente tonta a primera vista, pero los argumentos de Maria eran válidos. Podría ayudar a eliminar los topos de la agencia. Sus chicas podrían estar protegidas.

Y lo más importante, podría llegar al jeque. De lo contrario, ¿qué haría? Sería una búsqueda inútil o tendría que dar a conocer su paradero para intentar sacar a Amón de su escondite. Aun así…

"Es riesgoso", dijo él.

"Puedes manejarlo". Maria sonrió. "Has lidiado con peores cosas que la burocracia".

Reid miró por encima de su hombro. El Agente Watson no se había movido. Tampoco Carver. Si la agencia realmente lo quisiera muerto, les habría proporcionado a estos dos un método mejor que un par de pistolas de servicio. Estaba al aire libre en una calle oscura de los barrios bajos de Eslovenia; ya habrían intentado algo.

Las chicas estarán a salvo.

Puedes llegar al jeque.

"Bien", dijo al fin. "Dices que te preocupas por mí. Dices que puedo confiar en ti. Esta es tu oportunidad de probarlo". Puso el martillo del revólver en posición de seguridad y lo metió en la parte trasera de sus pantalones. "Iré contigo. Pero no voy a entregar el arma".

"No te lo pediría". Ella se agachó y levantó las dos Glocks de la calle. Luego hizo un gesto con la cabeza y los dos agentes, Carver y Watson, salieron de sus sombrías posiciones. Ninguno de los dos dijo una palabra mientras los cuatro se dirigían hacia un todoterreno negro estacionado en la siguiente cuadra.

"¿Adónde vamos?" preguntó Reid mientras caminaban.

"Zúrich", replicó ella, "a los cuarteles Europeos de la CIA". Ella se rio suavemente entre dientes.

"¿Qué es lo gracioso?"

“Oh, nada en realidad”, dijo Maria. “Estaba pensando en la mirada de Cartwright cuando te vea. No va a creer lo que ven sus ojos”.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El subdirector Cartwright miró a través del vidrio de dos vías hacia una sala de interrogatorios, en un estado de shock absoluto. El Agente Cero, de vuelta de la muerte.

Con Johansson sentada a su lado en una silla de plástico duro, los dos charlando en silencio el uno con el otro.

Esto era problemático. No esperaba que Johansson trajera a Cero. Había dado a Watson y a Carver instrucciones explícitas — no intenten nada a menos que Cero intente huir. Cartwright esperaba que Cero huyera completamente. Johansson tenía sus garras en él, eso era seguro.

El subdirector Shawn Cartwright ni siquiera había estado en Zúrich durante seis horas cuando recibió la llamada de que Johansson había convencido a Kent Steele para que saliera del exilio, y sin un solo disparo (para su disgusto, ya que ella había relevado a los Agentes Watson y Carver de sus pistolas de servicio). En ese momento, Cartwright estaba durmiendo en un Hilton cerca del aeropuerto. Al recibir la llamada, se había levantado de la cama para vestirse y exigió que se le enviara un coche a buscarlo inmediatamente.

La sede de la CIA en Europa estaba en el quinto piso del consulado estadounidense en Zúrich, en un edificio blanco y gris de diseño contemporáneo que parecía más un pequeño hotel que un edificio gubernamental. Una gran bandera estadounidense ondeaba en el patio. Una robusta valla de acero rodeaba el perímetro, a la que sólo se podía acceder por una puerta electrónica con caseta de vigilancia y un destacamento de seguridad las veinticuatro horas del día.

Cartwright mostró su placa al guardia de seguridad y la puerta se deslizó hacia un lado para él. Eran casi las dos de la madrugada; Johansson y Steele se habían subido a un avión en Eslovenia y volaron directamente a Zúrich, donde un coche los recogió y los llevó al consulado. Habían llegado al consulado antes que él. A Cartwright no le importaba mucho esa parte —Johansson había esperado hasta que el avión estaba a punto de aterrizar antes de hacer la llamada de que iba a traer a Steele. Cartwright había estado dormido menos de una hora cuando sonó su teléfono celular, a sólo unos centímetros de su cabeza, sorprendiéndolo dos veces — primero al despertarlo, y luego

de nuevo con la noticia.

Mostró su identificación tres veces más antes de que se le concediera la admisión al quinto piso — una vez en la entrada del edificio, otra vez en los ascensores, y una tercera vez al guardia sentado que lo saludó cuando se abrieron las puertas.

Ellos conocían su cara, pero era protocolo. También era irritante.

Un asistente ejecutivo lo llevó a la sala de interrogatorios, donde vio a Johansson y Steele a través del cristal de dos vías. Le dijo al asistente que encendiera la cámara y grabara todo.

Luego se tomó un respiro, puso su mejor sonrisa y entró en la habitación. Los dos agentes dejaron de hablar abruptamente y le miraron. Al principio, Cero no pareció reconocerlo, pero al cabo de unos momentos entrecerró los ojos y asintió una vez.

“Subdirector”, dijo.

La sonrisa de Cartwright se amplió. La cara de Cero estaba magullada e hinchada. Tenía vendas en el cuello y la frente. Se veía horrible. “Me alegro de verte, Cero”.

Kent negó con la cabeza. “No me llames así”.

“Bien”. Cartwright se sentó en una silla frente a Kent y dobló las manos sobre la mesa. “Hola, Kent”. Se volteó hacia Johansson. “Déjanos, por favor”.

Ella miró a Kent como si estuviera esperando su aprobación — *¿Acaso ella ha olvidado quién es el jefe aquí?* — pero él volvió a asentir con la cabeza y ella salió de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró, Cartwright aclaró su garganta y comenzó. “Normalmente sabrías cómo funciona este tipo de cosas — nos lo cuentas todo, de principio a fin, y lo corroboramos con cualquier prueba que tengamos disponible. Pero tengo preguntas primero, así que empecemos con esas”. Señaló a una cámara en la esquina superior opuesta a su asiento. “Todo lo que se dice aquí será grabado. No vamos a conectarte al polígrafo porque, francamente, sabemos que puedes superar eso. Le pedimos que sea completamente honesto. Trata esta habitación como si fuera un tribunal de justicia. La pena por perjurio es la prisión — y sabes muy bien adónde enviamos a los agentes que nos dan la espalda”.

Kent asintió de nuevo, sin decir nada. Cartwright tenía problemas para leerlo. ¿Sabía Steele que había sido él quien envió a Reidigger y a Morris tras él? Si lo hizo, no lo estaba mostrando.

“Muy bien”, dijo Cartwright, un poco demasiado alto. “Creo que está bien establecido que, contrario a lo que creíamos, no estás muerto. ¿Dónde has estado estos últimos diecinueve meses?”

“Riverdale, en el Bronx”, dijo Kent simplemente. “He estado enseñando historia europea”.

Cartwright miró sin comprender. “¿Es una broma?”

“No”.

“¿Bajo qué alias?”

“Reid Lawson”.

“En serio”. Cartwright casi se burla. En el informe de seguimiento después de que Cero fuera anunciado como muerto en acción, se realizaron comprobaciones en cada uno de sus alias — pero no se habían molestado en comprobar su nombre de nacimiento. Incluso el mismo Cartwright nunca hubiera pensado que sería tan obvio. Pero allí había estado, escondido a plena vista todo el tiempo. “¿Y tus chicas? ¿Cómo están?”

Los ojos de Kent se entrecerraron. “No en Nueva York, si eso es lo que estás preguntando”.

“Bien”, dijo Cartwright con suavidad. “Odiaría que les pasara algo”. Él nunca había conocido a las chicas de Steele, pero estaba consciente de ellas. Era difícil para él imaginar al frío y aparentemente

indiferente Agente Cero como un padre amoroso.

"Yo también quiero respuestas". Kent se inclinó hacia delante, con una mirada de acero sin pestañear. "¿Enviaste al Agente Morris tras de mí?"

Cartwright frunció el ceño profundamente. "No. No, por supuesto que no. De hecho, después de más investigación, parece que usted tenía razón — el Agente Morris estaba trabajando con la Fraternidad. Hicimos una pequeña investigación y descubrimos una cuenta bancaria en las Islas Caimán con más de dos millones de dólares. Estaba bajo el nombre de una falsa sociedad de cartera. El CEO fue nombrado como la abuela de Morris — excepto que ha estado muerta por siete años". Cartwright se había sorprendido al descubrir la participación de Morris en la Fraternidad, pero fue fortuito para él, ya que le quitó el escrutinio del fallido intento de Morris de asesinar a Cero. "Mi turno. ¿Mataste a Clint Morris?"

"No", dijo Kent. "Pero yo lo presencié. Lo mató un asesino de Amón…"

"¿Amón?"

"Así es como la Fraternidad se llama a sí misma".

La frente de Cartwright se arrugó. "¿Qué significa eso?"

"Amón era un dios egipcio antiguo", explicó Kent. "No tengo todos los detalles todavía, pero creo que este grupo está basado en un culto fanático que se extinguió en el siglo VI".

"¿Qué es lo que buscan?"

"No estoy completamente seguro. Alguna vaga noción de un regreso a las viejas costumbres".

Cartwright sonrió con suficiencia. "¿Qué, como los faraones y las pirámides?"

"No seas pedante", dijo Kent. La sonrisa de Cartwright desapareció. "No estoy seguro de lo que pretenden lograr, pero sí sé que, en la cúspide de su influencia, los sacerdotes de Amón eran poderosos. Ellos controlaban los regímenes. Susurraban al oído del faraón y él escuchaba. Creo que quieren hacer algo similar de nuevo — controlar. Pero al igual que hicieron con la decimoctava dinastía de Egipto, si quieren recuperar el control, primero tendrían que destruir

la jerarquía establecida".

Cartwright nunca lo admitiría en voz alta, pero estaba un poco impresionado. Este Agente Cero sentado frente a él estaba muy lejos del seguro de sí mismo, orgulloso Kent Steele que conocía antes. "¿Cuándo planean hacer esto? ¿Tenemos un horario?"

Kent se encogió de hombros. "Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Por eso estoy aquí — necesito ayuda para llegar a ellos".

"Y te la daremos", dijo Cartwright. Era una mentira absoluta. Su intención era tomar el interrogatorio de Steele, fijar los asesinatos de Reidigger y Morris sobre él, y luego arrojarlo a una celda negra por el resto de su vida — que sería bastante breve, una vez que organizaran un desafortunado accidente para que le sobreviniera. "Pero primero, unas preguntas más. ¿Mataste a Alan Reidigger?"

"No. Estaba muerto cuando lo encontré en el apartamento aquí en Zúrich".

"Y, ¿por qué fuiste al apartamento en Zúrich?"

"Un fabricante de bombas ruso tenía la dirección de Reidigger en su teléfono. Creo que alguien le dio la dirección al ruso, quien a su vez se la dio a los iraníes — los mismos hombres que me sacaron de mi casa en Nueva York hace cuatro días".

"¿Y quién es ese alguien? Morris no habría tenido acceso a esa información". Los ojos de Cartwright se entrecerraron al darse cuenta de la insinuación de Kent. "¿Está sugiriendo que alguien dentro de la CIA…?"

Antes de que pudiera terminar su pregunta, alguien golpeó dos veces la puerta y luego la abrió sin esperar una respuesta. Era la asistente ejecutiva, una mujer con un traje de negocios gris con el pelo recogido en un bollo apretado.

"Disculpe, señor", dijo cortésmente. "Hay un…"

"*Disculpe*", dijo Cartwright bruscamente, "esta es una reunión a puerta cerrada, y no hemos terminado aquí".

La mujer sacó un teléfono celular. "Pero tiene una llamada, señor. Es el Director Mullen. Dijo que es urgente".

La garganta de Cartwright se secó.

Kent Steele se sentó en su silla y se cruzó de brazos. “Vas a querer tomar eso”, dijo Kent.

Cartwright cogió el teléfono. “Gracias”, dijo secamente. Esperó hasta que la mujer se fue y luego puso el teléfono en su oreja. Kent levantó una ceja, pero por lo demás no mostró emoción.

“Director”, dijo Cartwright.

“Cartwright”, ladró Mullen a través del teléfono. “¿Disfrutas de tu puesto?”

“La mayor parte del tiempo, señor”. *Aunque esta no era una de esas veces*, pensó amargamente.

“¡Entonces será mejor que tengas una buena explicación de por qué el maldito DNI me acaba de llamar directamente!” Gritó Mullen.

El color desapareció de la cara de Cartwright. *¿El DNI? ¿Cómo?*

Puede que Mullen fuera el director de la CIA, pero *su* jefe era el Director Nacional de Inteligencia — y la única persona a la que el DNI respondía era al propio presidente.

Cartwright se quedó sin palabras. “Señor, yo… no sé…”

“Ahórratelo”, soltó Mullen. “El director acaba de llamar a una conferencia de emergencia…” continuó Mullen, pero Cartwright apenas lo escuchó porque al mismo tiempo, Kent Steele se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta.

Cartwright bajó el teléfono y siseó: “¿Adónde crees que vas? ¡No hemos terminado aquí! ¡Siéntate!”

“¿Estás seguro?” preguntó Kent. “Parece que hemos terminado aquí”.

“¿Cartwright? ¡Cartwright! ¿Me estás escuchando?” La voz de Mullen sonaba pequeña y distante.

Cartwright se puso el teléfono en la oreja cuando Steele salió de la habitación. “Señor, sí. Lo siento. Conferencia de emergencia. ¿Cuándo?”

“De inmediato”, Mullen colgó.

Cartwright tragó.

Salió apresuradamente de la habitación para ver que Steele se había ido. Pero alguien estaba esperando afuera en el pasillo — Maria Johansson se apoyaba contra la pared lisa con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha en su rostro. “Parece que hay una conferencia de emergencia”, dijo casualmente. “Caminaré contigo”.

Cartwright echaba humo. Hizo un gesto de enojo a sus costados, pero mantuvo una expresión serena en su rostro mientras caminaban lado a lado por el pasillo.

“¿Cómo?”, preguntó en voz baja. “¿Cómo diablos contactaste al DNI directamente?”

Johansson se encogió de hombros. “No has estado al tanto de tus citas políticas, ¿verdad, subdirector?”

“Mi padre”, dijo Johansson, “fue nombrado miembro del Consejo de Seguridad Nacional hace seis meses. Oí que la recomendación vino del propio John Hillis”.

Cartwright estaba horrorizado. “¿Tu padre…?” Ella tenía razón; él no había estado prestando suficiente atención. Sus ojos se abrieron de par en par con una repentina comprensión. Su padre era un ex senador que había sido miembro del Consejo de Seguridad Nacional. Y en el tiempo que le había tomado a Cartwright llegar desde su hotel al consulado, ella había logrado contactar al DNI. Lo que significa que…

Lo que significaba que el informe de Steele era poco más que un intento de ganar algo de tiempo mientras se organizaba la conferencia. Habían jugado con él, simple y llanamente.

“No puedo creerlo”, murmuró.

“Deberías acostumbrarte a eso”. Johansson volvió a sonreír. “Creo que la próxima hora más o menos va a ser bastante reveladora”.

*

Las luces se atenuaron en la Sala de Conferencias C, la más pequeña de las instalaciones. Había seis personas presentes — Cartwright, Steele, Johansson, otros dos subdirectores y el Director de Operaciones de Zúrich, que supervisaban la actividad diaria de la sede central europea. Había dos amplias pantallas LCD instaladas apresuradamente en cada extremo de la mesa de conferencias. En uno

de ellos estaba el director de la CIA, Mullen, con su cabeza calva brillando más de lo habitual a la luz de su oficina central.

En la otra pantalla había un hombre mayor, de unos sesenta años. La piel bajo su barbilla colgaba de papada, pero sus ojos eran tan agudos y atentos como los de un ave de presa. El Director Nacional de Inteligencia, John Hillis, no parecía contento.

Un joven técnico enchufó dos cables en la parte trasera del monitor de Hillis. "¿Señor?", dijo. "¿Puedes oírnos?"

"Sí. Gracias, hijo".

"Estaré justo afuera por si me necesitan". El técnico salió apresurado.

La mirada de Hillis flotaba alrededor de la mesa antes de hablar. "He convocado esta conferencia de emergencia para tratar de corroborar las afirmaciones que han llegado a mi conocimiento recientemente", dijo con firmeza. "Estas afirmaciones involucran terrorismo potencial dentro de la Agencia Central de Inteligencia, y es de suma importancia que lleguemos al fondo de esto inmediatamente". Su ojo perspicaz se posó en Kent. "Agente Steele".

"Sí, señor".

"Tiene la palabra. Les recordaré que todo lo que digan será oficial, está siendo grabado y será compartido tanto con el Consejo de Seguridad Nacional como con el Departamento de Seguridad Nacional".

"Entendido, señor. Gracias". Kent Steele se levantó de su asiento. "No teníamos tiempo para un informe completo antes de que se convocara esta conferencia, así que me gustaría hacerlo ahora, para que conste en acta. Algunas partes de lo que voy a contarles pueden parecer increíbles. Todo lo que les pido es que mantengan una mente abierta. Dada nuestra elección de carrera y lo que todos hemos visto, creo que estarán de acuerdo en que los acontecimientos de los últimos cuatro días no son inverosímiles". Respiró profundamente. Cartwright notó que Johansson asintió con la cabeza con seguridad a su manera. "Hace 19 meses, Kent Steele, también conocido como Agente Cero, fue anunciado muerto en acción. Sin embargo, aquí estoy. Durante el último año y medio he estado viviendo en Nueva York con mis dos hijas, enseñando historia europea en la Universidad de Columbia. Hasta hace cuatro días, no recordaba haber sido agente de la CIA".

¿Sin memoria? Cartwright parpadeó sorprendido. *¿Cuál es su punto de vista aquí?*

Steele les contó todo. Comenzó con su secuestro en su casa en el Bronx por un trío de hombres iraníes. Despertando en un sótano de París. Tener un chip de supresión de memoria arrancado de su cráneo. En ese momento, Cartwright estaba en estado de shock. Un supresor de memoria… sabía que esas cosas existían. Si era verdad, era una estratagema brillante, y no tenía ninguna duda de que Alan Reidigger tenía algo que ver con ello. Alan había traicionado a Cartwright, desde el momento en que se ofreció a matar a su mejor amigo hasta su inoportuno asesinato.

Kent les habló de las instalaciones de fabricación de bombas en Bélgica. Les contó sobre el hallazgo del cuerpo de Reidigger en Zúrich, junto con una fotografía que lo llevó a Roma. Explicó cómo se reconectó con Johansson y sobre el posterior ataque de Morris.

La mente de Cartwright se tambaleaba a una milla por minuto mientras *Steele hablaba. Si estaba siendo honesto, y su memoria realmente había desaparecido, tal vez no recuerde quién vino tras él hace diecinueve meses*. Si Cero recordaba, no lo estaba diciendo. Pero eso también tendría sentido; sería una estupidez llamar a Cartwright en ese mismo momento. Si se acordaba, tenía una carta de triunfo. Aunque no lo hiciera, el subdirector tendría que andar con mucho cuidado a partir de ese momento.

“La agente Johansson vino a buscarme a Maribor”, dijo Steele al llegar a su conclusión. “Me convenció de que lo mejor era que viniera, a pesar de mi desconfianza. Juntos hemos deducido que esta organización, Amón, no pudo haber obtenido toda su información del Agente Morris. No habría sabido el paradero del Agente Reidigger o de Johansson, y ciertamente no habría sabido que Reidigger conocía *mi* ubicación. Por lo tanto, tenemos fuertes razones para creer que alguien más alto que el nivel de agente de campo en la CIA está suministrando información a Amón”.

Steele se quedó callado. La sala de conferencias estaba devastadoramente silenciosa. Cartwright podía decir por sus expresiones que los otros directores estaban igualmente asombrados. Incluso Mullen, que normalmente tenía control total sobre las sutilezas de sus reacciones, estaba claramente asombrado.

“Una última cosa, directores”, dijo Kent. “Entiendo que mis acciones últimamente no fueron sancionadas de ninguna manera por

la CIA o el gobierno de los Estados Unidos. Probablemente he quebrantado una docena de leyes en las últimas 24 horas. Soy plenamente consciente de ello, y aceptaré cualquier medida punitiva que consideren necesaria". Murmuró: "Gracias", y volvió a tomar asiento.

El director Hillis aclaró su garganta. "Perdóneme, Agente Steele, pero creo que todos necesitamos un momento para procesar lo que nos acaba de decir". Puso los dedos delante de su boca y suspiró. "Si todo esto es cierto, se trata de un conjunto de circunstancias extremadamente extrañas — pero como usted dijo, no del todo inverosímiles. Estas son acusaciones muy serias, y debemos considerarlas cuidadosamente".

La mirada del DNI se posó en la pantalla de Mullen, al final de la mesa de conferencias. "Director Mullen, con efecto inmediato, solicitaré la ayuda de la NSA para que monitoree todas las comunicaciones de todos los miembros de la CIA en una función de supervisión. Eso incluirá correo electrónico personal y teléfonos celulares".

"Señor", dijo Mullen con cautela, "No estoy seguro de que sea prudente…"

Hillis le lanzó una mirada peligrosa y Mullen se quedó callado. Cartwright sabía que el director de la CIA quería seguir impugnando, pero no se atrevió.

"Sí, señor", dijo Mullen con firmeza.

"Y usted, Agente Steele", dijo Hillis. "Usted mencionó que cree que este ataque terrorista ocurrirá pronto. ¿Qué tan pronto, y sobre qué base crees esto?"

"Me temo que no tengo respuesta para ninguna de esas preguntas, señor". Steele agitó la cabeza. "Es principalmente un presentimiento — como si descubriera algo antes del supresor de memoria que aún no he recordado".

Un presentimiento. Cartwright casi se burla en voz alta.

"Bueno, Agente", dijo Hillis, "será mejor que vuelvas y lo averigües".

Cartwright saltó a la atención. Estaba de pie antes de que se diera cuenta de que se había parado. "Señor, si me permite…"

Hillis frunció el ceño. Cartwright se sintió marchitarse bajo la mirada feroz. “Um, lo siento, señor. Subdirector Cartwright, División de Actividades Especiales. El Agente Steele era un agente de campo bajo mi supervisión cuando dirigía el Grupo de Operaciones Especiales, en el momento de su presunta muerte. Lo conocía bien — de hecho, lo conozco bien. Creo que, dada su pérdida de memoria y su apego personal a este caso, debería ser considerado comprometido”.

“Cartwright, ¿verdad?” El director Hillis miró a Cartwright de forma pareja durante un largo momento. “División de Actividades Especiales. Hmm. De todo lo que me acaba de decir este hombre, ha progresado más en cuatro días que toda su división en dos años. “¿Por qué demonios íbamos a deshacernos de él?”

Porque puede que se entere de lo mío. Sobre nosotros. Lo que intentamos hacerle. “Bueno, señor... creo que podría ser un peligro para la, eh...”

“Estás parloteando, Cartwright. Siéntate”.

“Sí, señor”. Cartwright se sentó mansamente.

“Director Mullen, quiero que el Agente Steele sea reincorporado inmediatamente y tenga acceso a todos los recursos de la CIA. Lo que sea que necesite, lo consigue”.

“Señor, si me permite, me gustaría asociarme con la agente Johansson”, dijo Steele. La miró al otro lado de la mesa, frente a él. “Ella es la única en la que creo que puedo confiar en este momento”.

“Hecho”, dijo Hillis. “Y mientras ustedes hacen lo que se debe hacer, pueden estar seguros de que haremos todo lo posible para encontrar a quien sea que esté proporcionando información a estos extremistas. Vamos a trabajar. Retírense”. Cuando los directores adjuntos y los dos agentes se levantaron de sus asientos, el DNI añadió: “Excepto tú, Mullen. Y Cartwright. Quiero hablar con ustedes dos”.

Cartwright sintió un poco de pánico mientras se sentaba lentamente de nuevo en la silla. La cara de Mullen quedó pálida cuando las otras cuatro personas salieron de la sala de conferencias.

Hillis pellizcó irritado el puente de su nariz. “¿Supresores de memoria? ¿Agentes corruptos? ¿Topos? ¿Y no sabíamos *nada* de esto?” Agitó su cabeza. “Esta es su oportunidad, ahora mismo, de decirme cualquier cosa que sepan de todo esto que no se haya dicho”.

Ninguno de los dos habló. Cartwright miró fijamente el tablero de madera.

"Muy bien", dijo Hillis. "Por suerte para ustedes, tenemos que arreglar estas filtraciones y poner fin a este complot primero. Pero pueden apostar que tan pronto como eso esté hecho, estaremos lanzando una investigación completa sobre lo que le pasó a ese hombre hace diecinueve meses. Si descubro que ustedes dos tuvieron algo que ver, será mucho más que sus trabajos en juego. ¿Quedó claro?"

"Sí, señor", murmuraron.

"Bien. Váyanse". El director Hillis apagó la cámara y la pantalla se volvió negra.

Mullen miró a Cartwright y agitó la cabeza con desdén. Sin decir una palabra más, él también se inclinó hacia adelante y apagó su cámara, dejando a Cartwright solo en la sala de conferencias.

Había jodido todo. No sólo Steele estaba vivo, sino que ahora tenía a la CIA sobre él. Tenía al Director Nacional de Inteligencia mirando por encima de su hombro. Las llamadas y correos electrónicos de Cartwright e incluso los mensajes de texto serían monitoreados de cerca.

No tenía más remedio que trabajar con el Agente Cero, darle lo que pidiera, y esperar que nunca descubriera que Cartwright y Mullen habían ordenado el ataque contra él con dos agentes de la CIA.

Al final se levantó de su silla y salió de la sala de conferencias. Por supuesto, Steele y Johansson lo estaban esperando en el pasillo, había miles de cosas que Cartwright quería decirles, ojalá pudiera decirles, pero al final se limitó a forzar una sonrisa. "Excelente trabajo, Agentes. Simplemente estelar. Quiero que sepan que pase lo que pase, los recomendaré a los dos para los Premios Valor…"

"Quiero que se asigne un destacamento de seguridad a mis hijas", interrumpió Kent. "De inmediato".

"Watson y Carver", añadió Johansson. "Pueden llevar a las niñas a una casa segura".

"Tenemos recursos en los Estados Unidos que podemos usar…" comenzó Cartwright.

“Extraño, estoy bastante segura de que acabo de oír al Director Nacional de Inteligencia decir que todo lo que Kent necesite, lo consigue”. Johansson levantó una ceja.

Cartwright sonrió, con los dientes apretados fuertemente detrás de él. “Por supuesto. ¿Dónde están tus chicas?”

“No”, dijo Kent. “Sube a los agentes a un avión y te diré adónde enviarlos después de que lo arregle todo”.

“Claro”. La mandíbula de Cartwright le dolía por su sonrisa forzada. “Watson y Carver estarán en el próximo avión”. Hizo una nota mental para que Steve Bolton en Langley arreglara el transporte y la recogida de los agentes.

“Y necesitaremos un avión”, añadió Steele. “Uno rápido. Necesitamos llegar a Marruecos esta noche”.

Cartwright frunció el ceño. Incluso Johansson levantó la vista. “¿Qué hay en Marruecos?”, preguntó.

“El Jeque Mustafar”.

“Ya interrogamos al jeque antes”, dijo ella. “Ha estado sentado en un sitio negro durante más de un año y medio. Me dijiste que lo recordabas”.

“Recuerdo lo que nos dijo”, dijo Kent. “Quiero saber qué es lo que *no* nos dijo”.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

“Que gracioso”, dijo Maria, “Recuerdo que me dijiste que no encontraste ninguna pista en Eslovenia”. Se sentó frente a Reid en un lujoso asiento color crema. Eran los únicos dos pasajeros de un Gulfstream G650, un avión de sesenta y cinco millones de dólares que viajaba a Mach 0.86 hacia Marruecos.

No estaba seguro de poder confiar en ti, pensó. Todavía no estaba seguro — aunque después de lo que ella había hecho por él, contactando al DNI y permitiendo que se hiciera su declaración, creía que se estaba acercando.

“Siento habértelo ocultado”, dijo simplemente. “De verdad, debo agradecértelo. No podría haber lidiado con nada de esto sin tu ayuda”.

“Tus niñas estarán a salvo”, prometió. “Watson y Carver son dignos de confianza. Tienes mi palabra”. Se rio un poco. “Tienes que admitir que es un poco irónico que estemos tomando un jet de lujo para viajar a uno de los peores lugares de la Tierra”.

“Hmm. No estoy seguro de que eso califique como ironía; tendría que ocurrir una inversión de las expectativas. Como si llegáramos allí y encontráramos que el sitio negro ha sido arrasado y un hotel de cinco estrellas fue construido en su lugar”.

“Oh, mis disculpas, Profesor”. Johansson sonrió. Reid echó un vistazo y se encontró con que ella le miraba fijamente.

“¿Qué pasa?”

“Ahora eres diferente. ¿Lo sabes?”

“No. No lo sé. ¿En qué soy diferente?”

“Es difícil de definir”. Ella pensó por un momento. “Kent siempre fue tan confiado — incluso arrogante a veces. Era ferozmente inteligente, igual que tú. Era audaz. Intrépido. Tenía un genio infernal”. Otra vez se rio un poco. “No debería decirlo así. Sigues siendo él. O, él es tú. No debería hablar como si fuera otra persona… pero de alguna manera lo parece”.

“Así que… diferente es bueno, ¿verdad?”

“Sí. Diferente es bueno. Quiero decir, menos arrogante es bueno”. Se rio suavemente. “Parece como si estuvieras en una quilla más pareja ahora. Antes, en un caso, Kent se podía… obsesionar. Se enfocaba como un láser. El trabajo era lo único que importaba. Eso es bueno, normalmente, pero la vida es mucho más que eso. Parece que ahora lo entiendes mejor”.

Él asintió, pero no dijo nada. Ella habló de Kent, el viejo Kent, con una especie de reverencia silenciosa, pero al mismo tiempo había una leve tensión en su voz que sugería que había muchas cosas sobre quién solía ser que dejaba algo que desear.

El intercomunicador crujió y la voz del piloto se hizo oír. “Agentes, hemos alcanzado la altitud de crucero”.

Reid encendió inmediatamente un portátil. Estaba ansioso por llegar a sus chicas.

Hace menos de media hora habían estado en el consulado de Zúrich hablando con Cartwright. Se les había dado una muda de ropa, aunque Reid había optado por conservar sus botas y la chaqueta de aviador; se había encariñado con ellos. Se había deshecho del voluminoso revólver REX en favor de la familiaridad de una Glock 27, con una LC9 atada a su tobillo. También dejó el bolso de fuga en un casillero, junto con el revólver y su ropa vieja. La navaja Swiss Army la metió en el bolsillo de su chaqueta. No la guardó por su utilidad o porque pensó que la necesitaría, sino porque se había convertido en un recuerdo para él del viejo amigo que apenas podía recordar.

Entonces Johansson y él fueron escoltados rápidamente a una pista de aterrizaje donde abordaron el Gulfstream, en ruta a Marruecos.

Inició sesión en su cuenta de Skype para ver un mensaje en espera de la cuenta de Katherine Joanne. *Estamos a salvo*, decía. *Lo siento, no pude llegar a la computadora antes.*

Reid respiró aliviado. Maya no había llegado a su último reporte, pero el mensaje le tranquilizó. Puso sus dedos en el teclado, pero no estaba seguro de qué decir. Quería ser honesto sin ser específico. Finalmente escribió:

Escucha atentamente. Te mereces algunas respuestas, pero no puedo dártelas todas. Puedo decir esto: No estoy en el país. Estoy ayudando a algunas personas importantes a hacer un trabajo muy importante, y tengo que llevarlo a cabo. Esto mucho más grande que yo. Pero saber que ustedes

dos están a salvo es mi mayor preocupación. Estoy enviando a dos hombres para protegerlas. Las van a llevar a un lugar y las mantendrán a salvo. Podemos confiar en ellos.

Se detuvo y miró a Maria, que estaba leyendo una transcripción de su último interrogatorio al jeque. Ella tenía fe en los dos agentes que Cartwright estaba enviando a buscar a sus hijas — y por el momento, eso tenía que ser lo suficientemente bueno para él. Reid decidió que él también la tendría. Era mejor que las chicas solas en algún lugar y que él no tuviera idea de lo que podría estar pasando.

Escribió: *No quiero que me digas dónde estás. Quiero que me des un punto de referencia, en algún lugar público, donde estos dos puedan verte. No tiene que ser cerca. Tiene que ser un lugar al que puedas llegar sin problemas.*

Antes de siquiera haber presionado la tecla "Enter" en su largo mensaje, apareció un ícono verde que le decía que Maya había iniciado sesión. Esperó unos momentos a que ella leyera el mensaje, y luego recibió uno de vuelta.

Maya escribió: *Dime algo para que sepa que eres tú.*

Una delgada sonrisa curvó sus labios. Era tan cautelosa como inteligente. Reid estaba increíblemente orgulloso — y, al mismo tiempo, esperaba desesperadamente que ella nunca tuviera ninguna idea en su cabeza para unirse a la CIA.

Siento que te hayas perdido tu cita de San Valentín en la ciudad, él escribió.

Pasaron dos minutos antes de que llegara su siguiente mensaje. *Wonderland Pier*, decía. *Cerca de los monos. ¿Lo recuerdas?*

Reid casi se rio a carcajadas. Wonderland Pier era un pequeño parque de atracciones en la costa de Jersey, cerca de Ocean City. Había llevado a las niñas allí cuando eran más jóvenes. En la entrada del parque, justo al lado del muelle, había una exhibición de monos animatrónicos tocando instrumentos. Sara, que en ese momento sólo tenía diez años, estaba tan aterrorizada por ellos que rápidamente se puso a llorar.

Inmediatamente llamó a Cartwright. "Tengo una ubicación — Wonderland Pier, Ocean City, Nueva Jersey, en la entrada del parque".

“Lo tengo”, confirmó Cartwright. “El tiempo estimado de llegada de Watson y Carver es de once horas. Serían, ¿cuánto? ¿Casi las diez p.m., hora del este? Que las niñas estén allí a las nueve de la mañana. Diles que no entren en pánico si no aparecen de inmediato, pero que no esperen más de una hora”.

“Muy bien”, dijo Reid. Luego, aunque le pareció extraño decírselo a Cartwright, añadió: “Gracias”.

“Seguro. ¿Especificaciones?”

“Especificaciones, bien. Sara tiene catorce años, mide 1.44 metros, es rubia y tiene los hombros largos. Maya tiene dieciséis, 1.60 metros, morena, pelo largo. Diles a los agentes que se acerquen con el nombre de Katherine Joanne, para que sepan que son los tipos correctos”.

Al mencionar a Kate, Maria levantó la vista, pero no dijo nada.

“Genial. No te preocupes, las conseguiremos”, dijo Cartwright. “Te lo confirmaré personalmente cuando esté hecho”. El subdirector colgó.

Reid transmitió el mensaje de Cartwright a Maya: *Estén allí a las 9 de la mañana. No esperen más de una hora. No los busques. Te buscarán a ti. Sus nombres son Watson y Carver. Te pedirán tu ID de Skype. Si alguien se te acerca por cualquier otro nombre, corres y pides ayuda.*

Está bien, confirmó Maya.

Las amo a las dos.

Te amamos también.

Reid se desconectó y cerró la computadora. Miró fijamente al espacio durante un rato, con los pensamientos a la deriva para recordar con cariño a sus chicas y a Kate en la playa. Caminando por el muelle. Jugando al minigolf y montando en el carrusel.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había ido a la deriva hasta que sintió la mano de Maria en la suya.

“Estarán bien”, dijo ella de manera tranquilizadora. “Si son como tú, pueden manejar más de lo que crees”.

“Sí”, dijo distante. Salió de su niebla. “Concentrémonos. Quiero

revisar esa transcripción después de ti. Entonces veremos lo que nuestro amigo el jeque no nos está diciendo".

*

Maria tenía razón en dos cosas: el aterrizaje de un jet Gulfstream en un sitio negro en el desierto marroquí era realmente irónico. Y realmente era uno de los peores lugares de la Tierra.

Eran las ocho de la mañana, hora local, cuando llegaron al sitio negro. Se había organizado para que pareciera una FOB del Ejército de los EE.UU., o una base de operaciones avanzada. El perímetro estaba rodeado por una cerca de eslabones de cadena erigida apresuradamente y rematada con alambre de púas. Los terrenos estaban formados por filas de tiendas de lona semipermanentes interrumpidas por estructuras de acero anchas y en cúpula. Todo, al parecer, desde los camiones hasta las tiendas de campaña y las cúpulas de acero, era de colores monótonos que combinaban con la arena que lo rodeaba.

Un miembro de las Fuerzas Especiales con gafas de sol Oakley y un pañuelo de color gris oliva envuelto en su cabeza los saludó en la pista de aterrizaje improvisada justo en las afueras del lugar. Tenía una barba negra y gruesa y llevaba una AR-15 en una correa sobre su hombro.

"Agentes, soy el Sargento de Fuerzas Especiales Jack Flagg. Bienvenidos al Infierno Seis". Les estrechó brevemente las manos a ambos. A Reid agregó: "Parece que usted ha pasado por tiempos difíciles, señor".

Reid ignoró el comentario — sabía muy bien que su rostro había visto días mejores. "¿Por qué lo llaman Infierno Seis?", preguntó en su lugar.

"Este sitio es la Designación I-6", contestó Maria.

"Pero creo que ya verás por qué lo llamamos así", dijo Flagg. Tenía un ligero acento de Texas en su voz. "Ya me han dicho por qué estás aquí. Por este camino".

Un viento tempestuoso soplaba mientras Flagg los guiaba a través del campamento. Reid apretó más su chaqueta a su alrededor. Siempre

había asociado este tipo de lugar desolado con un clima cálido y árido; no podía creer que hiciera tanto frío en el desierto.

El sargento abrió la puerta de acero de una de las muchas cúpulas de acero indescriptible y deprimentemente opaca y los llevó hacia el interior. No había ventanas ni ningún otro punto de salida, y estaba iluminado por una sola bombilla de cuarenta vatios en la cima del techo de diez pies. El suelo era de arcilla compactada, ya que la arena había sido excavada para la colocación de la estructura.

No había más gente dentro, pero había una reja cuadrada de hierro en el centro del piso, y esposas de cadena colgando de la pared del extremo este, aseguradas firmemente en la fachada de acero por gruesas espigas de hierro.

"Un segundo", dijo Flagg. Con un gruñido de esfuerzo, abrió la reja de hierro con bisagras; era una trampilla colocada en el suelo. Se abrió en una pequeña habitación subterránea de paredes de tierra a unos ocho pies de profundidad con una escalera de madera inclinada que descendía. Se quitó su AR y se lo dio a Reid por la correa. "Espera un momento, ¿quieres?" El sargento desenfundó un arma de mano, una Sig Sauer XM17 de color marrón desértico, y bajó por la escalera de madera.

"Vamos", le oyeron decir. "Arriba y a por ellos. Tienes visitas".

Tomó casi un minuto completo hasta que la cabeza de Flagg apareció de nuevo. Sostenía su pistola en alto con una mano y la otra colgaba a su lado mientras arrastraba algo hacia arriba, o a alguien.

El jeque estaba muy lejos de lo que la visión de Reid le había mostrado veinte meses atrás. En ese entonces, el jeque había estado aterrorizado, pero al menos parecía saludable — había color en sus mejillas, una ligera barriga, tono muscular en sus brazos y piernas.

La sombría figura que Flagg sacó del agujero era como una criatura completamente diferente. Sus brazos y piernas eran delgados y tenían protuberancias en las articulaciones, que recordaban a las nudosas ramas de los árboles. Sus mejillas estaban hundidas, los pómulos sobresaliendo prominentemente y haciendo que sus ojos parecieran demasiado grandes para su cara. Le habían afeitado la cabeza, pero su barba era larga, gris y rasposa. Llevaba una túnica marrón sin mangas, con un cinturón en la cadera y una soga, y unos pantalones cortos marrones que eran casi cómicamente grandes en sus delgadas piernas.

En la parte superior de la escalera, el sargento soltó la mano sobre el jeque y cayó al suelo a sus pies. Sus ojos, notó Reid, estaban vidriosos y estoicos, sin mirar nada en particular.

"¿Qué le pasa?" preguntó Maria. "Parece catatónico".

"Oh, no dejes que te engañe", dijo Flagg. "Está ahí dentro. A menudo es así; no se mueve mucho. Apenas come. La mayoría de los días sólo duerme o se sienta con esa mirada vacía en los ojos. Pero lo oímos, murmurando para sí mismo, casi todos los días".

"¿Qué es lo que dice?" preguntó Reid.

"La mayoría de las veces ni siquiera podemos entenderlo", admitió Flagg. "Pero hubo un par de veces en que, al principio, cuando era más coherente, le oí bien y con claridad. Decía lo mismo una y otra vez. No puedo recordarlo todo, pero sonaba como una especie de oración. No como cualquier oración que haya escuchado antes, pero así es como me pareció".

"¿Recuerdas algo de ella?" preguntó Kent.

"Sólo una parte", admitió Flagg. "Algo así, 'Por su ira, en el momento en que no hay restos', o algo así. ¿Tiene eso algún sentido para ti?"

Reid negó con la cabeza. "No, lo siento". Nunca había oído una oración así, ni en la ideología cristiana ni en la musulmana. "¿Nos das unos minutos con él?"

"Claro que sí". Flagg señaló hacia el AR-15 en las manos de Reid. "¿Quieres aferrarte a eso? Parece que supieras qué hacer con él".

Casi se había olvidado de que lo tenía en la mano. El rifle se sentía tan familiar en sus manos. Cuando miró hacia abajo, notó que estaba sosteniendo el extremo del trasero hacia arriba, con el cañón apuntando hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con su dedo índice plano contra el gatillo.

"Uh, no gracias. Estaremos bien". Se lo devolvió a Flagg. No pensó que Mustafar les daría ningún problema. El jeque empapado no podía pesar más de 90 libras.

"Está bien entonces. Estaré justo afuera por si me necesitan".

Tan pronto como Flagg salió, Reid se arrodilló junto al jeque.

Mustafar estaba de rodillas y de manos en la tierra, con una mirada de mil metros en los ojos.

"Jeque Mustafar", dijo en voz alta. "¿Me conoces?"

"Una bala…" la voz del jeque era ronca y rasposa. Tosió violentamente y luego respiró profundamente para recuperarse. "Una bala suena igual en cada idioma".

"Sí. Dije eso. ¿Me recuerdas entonces?"

Lentamente, muy lentamente, la mirada del jeque se levantó hasta que se encontró con Reid. "Agente Cero", dijo con calma.

"Así es. Estoy aquí para hacerte unas preguntas".

"Ya has hecho preguntas antes", dijo el jeque con su voz grave. Volvió a sus ancas. Luego levantó su mano izquierda, con la palma hacia afuera. "Hiciste preguntas y las tomaste". Lentamente giró la mano de modo que su espalda mirara a Reid y a Maria.

No tenía uñas en la mano. Sólo piel seca y agrietada.

"Hiciste preguntas a las que no tenía respuesta. Luego las tomaste. ¿Qué ha venido a llevarse esta vez, Agente?" Mustafar sonrió ampliamente. Le faltaba más de la mitad de sus dientes.

Reid miró hacia otro lado. Si él también lo había hecho, no lo recordaba.

Cueste lo que cueste. ¿Te acuerdas?

Se obligó a mirar hacia atrás al jeque y a su sonrisa de calabaza. "Todavía tienes mucho que puedo tomar. Confía en mí cuando te digo que vas a querer ser honesto". Reid se puso de pie y caminó alrededor del jeque. "Recientemente interrogué a un hombre que sugirió que usted podría saber algo. No tuvo la oportunidad de decirme lo que usted podría saber, a causa de su muerte. Se hacía llamar Amón".

Reid buscó cuidadosamente alguna reacción, algún destello de reconocimiento por parte de Mustafar. Pero no había ninguno.

"¿Qué pensó que sabías?"

El jeque no dijo nada.

Reid relató la conversación en su mente. *Él sabe*. Eso es lo que el

hombre de Amón en Eslovenia le había dicho. *Él sabe*. Luego, antes de perder el conocimiento, había murmurado dos frases más vagas: *El jeque… no es…*

"Te lo preguntaré de nuevo", dijo Reid. "¿Qué pensó que sabías?"

Maria negó con la cabeza. "¿Cómo sabemos que el tipo en Eslovenia no estaba tratando de despistarnos perdiendo el tiempo?"

"No lo sabemos", contestó Reid. "Pero estamos aquí y voy a averiguarlo".

Aun así, el jeque no dijo nada. Miró fijamente al suelo y murmuró algo en voz baja.

"¿Qué es eso? ¿Qué estás diciendo?" Preguntó Reid. "Habla más alto".

El jeque volvió a sonreírle, pero se quedó callado.

"¿Pinzas?" Maria sugirió.

Reid asintió sin apartar la vista de Mustafar. "Pinzas. Y algo afilado".

Mientras Maria se dirigía hacia la puerta a buscar los implementos, Reid repasó la escena por su cabeza una vez más, su interrogatorio con el miembro de Amón en el almacén. *Él sabe*, dijo el hombre.

Él sabe.

El jeque…

Él no es…

El jeque…

Él no es…

"Hijo de perra", dijo Reid sin aliento. "Maria, espera". Se detuvo en la puerta. "Tengo una corazonada". Buscó un puñado de la barba del jeque.

De repente, Mustafar se movió, y mucho más rápido de lo que ninguno de los dos habría asumido que era capaz, en su estado. Sacudió la cabeza hacia atrás, fuera del alcance de Reid, y su boca, en

su mayoría desdentada, se curvó en un gruñido.

"Johansson", dijo Reid, "sostenlo".

Maria se adelantó para agarrarlo. El jeque se agitó, como para golpearla, pero ella le cogió el brazo fácilmente y se lo retorció por detrás de la espalda. Gritó de dolor. Ella atrapó su otro brazo y lo sostuvo firmemente.

Reid agarró un puñado de su gris y sucia barba y la tiró hacia arriba, forzando a Mustafar a mirar hacia el techo. "¿Dónde está?" Gruñó Reid. Tiró la cabeza del jeque, a diestra y siniestra, sobre su delgado cuello.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Maria.

Reid no contestó. *Él no es… el jeque*. Eso es lo que el miembro de Amón había estado tratando de decirle mientras entraba en shock.

Reid usó ambos pulgares para separar el cabello grueso y gris — y luego lo vio. Justo debajo de la barbilla del hombre, donde se encontraba con la mandíbula, había una marca, bien escondida por su gruesa barba. Era el glifo de Amón.

Él no es el jeque.

Le habían afeitado la cabeza al jeque, pero no le habían tocado la barba. Muchos hombres musulmanes creían que era una obligación religiosa mantener la barba, y a pesar de que él era un prisionero, los carceleros de los sitios negros lo respetaban. Incluso en la Bahía de Guantánamo, a los detenidos Islámicos se les entregaron colchonetas de oración y se les dirigía hacia La Meca.

Amón lo sabía. Y lo habían usado en su beneficio para ocultar la marca.

Reid dio un paso atrás. "Déjalo ir". Maria lo soltó, y el hombre cayó a un montón en la tierra. "Tú no eres él. No eres Mustafar".

La boca de Maria se abrió un poco. "¿De qué estás hablando? Lo tenemos nosotros mismos. Nosotros fuimos los que fuimos por él, lo trajimos aquí…"

"Y estaban un paso por delante de nosotros". Reid suspiró frustrado. "El topo de la agencia debe haberse enterado de que íbamos tras el jeque. Le avisaron a Amón, quien reemplazó al jeque por un

doble. Este hombre no es Mustafar. Es Amón".

"No lo creo", murmuró Maria.

"Piénsalo. El verdadero Mustafar era rico y poderoso, pero no era Amón. Si lo hubiéramos traído aquí, se habría quebrado bajo la presión inmediatamente. Tenía *todo* que perder. Además, él era su banco; el jeque está financiando la conspiración de Amón. No podían arriesgarse a que lo capturaran, sabiendo lo que debe saber. Y no soportaban perder su alcancía de cerdito".

"Cristo". Maria paseó por la corta habitación de concreto dos veces. "Pero aún tenemos a este tipo. Él es Amón. Debe saber algo".

Reid negó con la cabeza. "No es probable. Sabiendo lo que sé de ellos, no le habrían dicho a este tipo nada que valiera la pena saber. Sabrían que íbamos a torturarlo para obtener información". Otets tenía razón; el "jeque" era sólo un chivo expiatorio. Él no sabía nada. Sólo que no de la forma que Reid esperaba.

Se arrodilló de modo que estaba casi cara a cara con el falso jeque. "¿No es cierto?"

En respuesta, el hombre sonrió con una sonrisa maliciosa, una sonrisa abierta. Se rio suavemente.

"¿Algo gracioso?" Maria enloqueció. "Todavía vas a pasar el resto de tu corta y miserable vida en ese agujero".

Su risita se convirtió en una carcajada, la cual se convirtió en una carcajada salvaje. Rodó sobre su espalda, riendo como un lunático.

Empezó a gritar. "¡Aunque puede ser que el siervo sea justificado por hacer el mal, sin embargo, Amón es justificado por ser misericordioso!". Se detuvo para volver a reír alocadamente. "¡En cuanto a su enojo — en el cumplimiento de un momento no hay remanente! ¡Como Amón, perduramos!"

Maria le dio una patada rápida en las costillas. El hombre gruñó y se dio la vuelta, agarrándose el estómago.

"Kent, esto era un callejón sin salida", murmuró. "Tenemos que ir a otra parte, encontrar una nueva pista".

Estaba más que desanimado. Estaba abatido. Se sintió derrotado. Habían venido hasta aquí sólo para enterarse de que habían cometido

un grave error hace más de un año.

"Tienes razón. Vamos". Reid se dirigió hacia la puerta, a punto de llamar a Flagg, cuando el prisionero de Amón en el suelo le gritó con su voz crujiente.

"Agente Cero", dijo bruscamente. "Espera un momento".

Reid se detuvo, volteándose lentamente.

"Ese hombre con el que hablaste. No estaba mintiendo. Sé algo que no te he dicho".

Reid dio un paso cauteloso hacia él. Era un truco, estaba seguro. No había forma de que ningún miembro de Amón renunciara voluntariamente al conocimiento. "¿Qué es lo que sabes?"

El falso jeque se dio la vuelta y, con un gemido, se puso de rodillas. "Me dijeron que algún día podrías volver. No les creí…"

"¿Qué es lo que sabes?" Preguntó Reid.

"Dijeron que, si lo hacías, debería decirte lo que sé…"

Reid lo agarró por el cuello de su sucia túnica y lo arrastró erguido. "¡Dime!", le gritó en la cara sucia del hombre.

El hombre de Amón sonrió ampliamente, mostrando las cuencas vacías en su boca.

"Sé, Agente Cero, que tiene dos hijas. Y sabemos cómo encontrarlas".

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Reid veía rojo. Perdió el control.

Más tarde, cuando se le pidió que relatara el suceso, no recordaría lo que sucedió después. No fue Kent quien se hizo cargo. Era una furia ciega que le hacía perder la memoria. Fueron la fuerza y la habilidad de Kent, la naturaleza protectora de Reid y tanto su amor como su devoción por sus hijas lo que galvanizó un odio ardiente y puro contra el prisionero abatido, demacrado y que se reía.

A la mención de sus hijas, Reid lanzó una derecha dura que aterrizó sólidamente sobre la mandíbula del falso jeque. Aún mientras se reía, los dientes se deslizaban por el suelo. Reid levantó la rodilla derecha y la metió en el torso cóncavo del hombre. Las costillas cedieron bajo el golpe aplastante.

El hombre trató de caer, pero Reid lo agarró de la garganta, lo sostuvo con facilidad y le dio un golpe en la cabeza con la parte superior de su cráneo. La amplia nariz del miembro Amón explotó en una cascada de sangre. Reid lo soltó, levantó el codo y luego se lo clavó en su muesca supraesternal, rompiendo ambas clavículas.

Las manos envueltas alrededor de él. Era vagamente consciente de los gritos, de un olor familiar, pero su mente estaba borrosa. Atacó a quienquiera que tratara de sacarlo.

Maria cogió su brazo y lo arrastró con ella, usando su impulso para tirar a Reid al suelo. Él cayó de espaldas en la tierra, jadeando.

Ella se paró sobre él, con una expresión severa y ansiosa al mismo tiempo.

“Detente”, le dijo ella con firmeza. “Eso no les ayudará”.

Reid cerró los ojos y luchó por calmarse. *Sabemos dónde están*. Quería ponerse de pie y matar al hombre que tenía delante.

“No”, dijo Maria, como si pudiera verlo en sus ojos. “Matarlo no hará nada por las chicas. Tenemos que irnos ahora”.

Ella tiene razón. Levántate. Encuéntralas.

Maria le ayudó a ponerse de pie. El no jeque yacía en el suelo,

luchando por respirar a través de su nariz rota y la sangre en su boca. Reid tuvo que arrancarle la mirada antes de que el impulso de pisotear su cabeza se hiciera demasiado fuerte.

Abrió la puerta de la estructura con cúpula de acero para encontrar a Flagg justo afuera.

"Tu prisionero necesita atención médica", murmuró Reid.

"Gracias, Sargento", dijo rápidamente Maria. "Tenemos que irnos inmediatamente".

Mientras los dos agentes se apresuraban hacia el avión que los esperaba, Flagg se asomó a la habitación oscura, preguntándose qué demonios había pasado.

Al acercarse de nuevo al Gulfstream, Maria llamó a Cartwright y lo puso en el altavoz. Ella habló rápidamente. "No es el jeque. El prisionero que tenemos no es Mustafar. Sabían que íbamos a por él y lo cambiaron por alguien de Amón, alguien dispuesto a asumir la culpa por su causa. Dijo que saben dónde están las chicas de Kent…"

"Espera, espera", dijo Cartwright. "¿Él *no* es el jeque?"

"¡Intenta mantener el ritmo!" Maria enloqueció. "Amón le dijo que, si Kent volvía, debería decirle que saben dónde están sus chicas. No están a salvo, Cartwright".

Subieron las escaleras cortas y entraron en el avión. El piloto los esperaba en la cabina, con la puerta cerrada y asegurada. Reid recorrió la corta distancia del avión y respiró en sus manos. Sólo podía pensar en Sara y Maya. Si algo les pasara, cualquier cosa, nunca se lo perdonaría. Si tan sólo pudiera advertirles. Podría enviar un mensaje, pero serían como las cuatro de la mañana en la Costa Este de los Estados Unidos. Además, no sabía si estaban más seguras donde estaban o en movimiento. ¿Estaría Amón observándolas en ese preciso momento? ¿Han estado vigilándolas todo el tiempo? Su sangre se congeló con el pronóstico.

"Este tipo ha estado en un agujero en la tierra durante veinte meses", dijo Cartwright. "¿Cómo diablos sabría dónde están las niñas? Está blofeando".

"No", dijo Reid de repente, "No creo que lo sea. Y aunque lo fuera, no estoy dispuesto a correr ese riesgo". Ellos sabían de sus chicas desde el principio. Pero no se las llevaron cuando vinieron por

él — sólo querían a Kent Steele. Se suponía que iba a morir en ese sótano de París.

Pero, ¿por qué ahora?, pensó. *Si no dañaron a las niñas antes porque querían usarlas como carnada, ¿por qué esperar hasta ahora, cuando descubrí que el prisionero no era Mustafar?*

"Este es su as en la manga", dijo sin aliento. "Nunca pensaron que llegaría tan lejos, pero lo planearon por si acaso".

"Mira, Watson y Carver están en camino", dijo Cartwright. "En unas cinco horas…"

"¡Cualquier cosa podría pasar en cinco horas!" Maria argumentó.

"Amón debe tener gente en los Estados Unidos, gente cercana", dijo Reid.

"¿Cómo las iban a encontrar?" preguntó Cartwright.

"Tal vez han estado observando todo el tiempo. Desde que me secuestraron. Podría haberlas seguido desde entonces…" Reid se calló. Dada la dedicación que había visto de Amón hasta entonces, era totalmente posible que hubieran estado vigilando su casa, que hubieran seguido a las niñas a un hotel, y luego a dondequiera que estuvieran ahora. El solo pensarlo le revolvía el estómago.

"Dijiste que te has estado comunicando con ellos a través de mensajes en línea, ¿verdad?" preguntó Cartwright. "Esto es lo que podemos hacer: darme la información de la cuenta. Haré que mis técnicos rastreen la IP de su último mensaje. Alertaremos a la policía local y enviaré un escuadrón inmediatamente. Las tendremos a salvo en los próximos treinta minutos, ¿de acuerdo? Sólo mantén la calma".

Mantén la calma. Reid casi se burla. Estaba a casi cuatro mil millas de distancia y no tenía una idea precisa de dónde podrían estar sus hijas. Con suerte estaban durmiendo en algún lugar, a salvo en sus camas. Su mente involuntariamente destelló sobre figuras oscuras que vagaban por los pasillos de un hotel mientras sus hijas dormían.

Agitó la cabeza violentamente, sacando el pensamiento de su mente.

"¿Kent? ¿Me has oído? Necesito la información de la cuenta".

"Correcto. Lo siento. Hemos estado usando Skype". Le dio a

Cartwright la cuenta y la contraseña. “Es el único contacto que tengo allí, bajo el nombre de Katherine Joanne”.

“Quédate cerca del teléfono. Mientras tanto, que el piloto regrese a Zúrich, para que podamos reevaluar esta situación con el jeque y determinar nuestro próximo movimiento”. Cartwright colgó.

Reid se cubrió la cara con las manos. Tenía náuseas. No podía pensar con claridad.

Maria instruyó al piloto para que regresara con ellos a Zúrich. Luego se sentó al lado de Reid, puso su mano en su espalda, y frotó suavemente. “Las encontrarán”, dijo con confianza. “Sé que lo harán. Sólo tenemos que esperar un poco”.

“Espera un poco”, repitió Reid en voz baja. Nunca se había sentido tan impotente.

La siguiente media hora se sintió como una eternidad. Tan pronto como el avión volvió a estar en el aire, se levantó de su asiento y caminó a lo largo del mismo. Se sentó, luego se puso de pie y luego se volvió a sentar. Fue al baño y se salpicó la cara con agua fría. Cada vez que intentaba pensar con claridad, su mente se dirigía a los lugares más oscuros. Pensó en todo lo que había pasado en los últimos días — la tortura en el sótano, la oficina con los matones de Otets, el baño del metro con el asesino de Amón, el sucio almacén en Eslovenia. Pero en cada caso imaginaba a sus hijas en esos lugares, pasando por lo que él pasó. Imágenes horripilantes se arremolinaban en el ojo de su mente incontrolablemente. Por mucho que lo intentara, no podía soltarlos.

Trató de iniciar sesión en su cuenta de Skype con la desesperada esperanza de que Maya estuviera despierta, sentada frente a la computadora, esperando noticias suyas. Pero la cuenta estaba bloqueada, probablemente por el equipo técnico de la CIA mientras rastreaban los mensajes hasta su fuente.

Pasaron treinta minutos. Luego cuarenta y cinco. Reid intentó llamar dos veces a Cartwright, pero el subdirector no respondió.

Finalmente, casi una hora después, sonó el teléfono celular. Reid lo cogió y respondió tan rápido como pudo. “¿Cartwright? ¿Las tienes?”

La larga y desdichada pausa lo dijo todo.

“Kent”, dijo cuidadosamente, “rastreamos el IP hasta un Holiday Inn en Nueva Jersey. La policía local y los bomberos evacuaron el edificio bajo el pretexto de una alarma de incendio. Revisaron a cada huésped, revisaron cada habitación. Kent… no están ahí”.

Las manos de Reid temblaron. Se formó un pozo de desesperación en su estómago, amenazando con abrirse paso por su garganta. No podía formar palabras.

“¿Kent?” La voz de Maria sonaba distante, hueca. “Kent…”

“Tenemos que irnos”, dijo Reid de repente. “Tenemos que volver. Tenemos que irnos, ir a Nueva Jersey”. Era lo único que tenía sentido para él en ese momento. Ir con las chicas. Encontrarlas de alguna manera. Mantenerlas a salvo. Empujó el teléfono en las manos de Maria y se dirigió rápidamente a la puerta de la cabina, golpeándola con la palma de su mano. “¡Oye!” le gritó al piloto. “¡Tenemos que volver!”

“Kent, no tenemos el combustible para ese tipo de viaje”, dijo Maria amablemente.

“¡Entonces encuentra algo!”, gritó enfadado.

“Tendrían una ventaja de ocho horas sobre nosotros, al menos…”, dijo ella.

“¡¿Qué se supone que hagamos, Maria?! ¿Sentarme en una sala de conferencias en Zúrich mientras mis hijas son torturadas o asesinadas?” Ahora estaba gritando, con la cara roja.

“Ya he enviado un equipo”, dijo Cartwright a través del altavoz. “Estamos comparando a cada huésped que ha estado en el hotel en los últimos tres días con los huéspedes actuales, y usaremos esas pistas para buscar en el área…”

“¡Y mientras eso sucede, mis hijas están siendo llevadas cada vez más lejos de ahí! ¡Esta gente no pierde el tiempo, Cartwright! ¡Me llevaron a Francia en un maldito avión de carga! No puedo…” Su mente se aferró a la visión de Sara y Maya, capuchas sobre sus cabezas, manos atadas, saltando en la bodega de un avión.

Reid volvió a golpear la puerta de la cabina. “¡Oye! ¡Sé que estás ahí!” Ni siquiera se había dado cuenta de que había tirado de su Glock, pero de repente estaba en su mano derecha cuando su izquierda golpeó la puerta.

“Kent, guarda el arma”, dijo Maria con cautela.

“Jesús”. Cartwright suspiró. “Esto es lo que me temía”, murmuró. “Johansson… Protocolo Delta”.

“Señor…”, empezó a decir ella.

“Es una orden, Johansson”, dijo Cartwright.

Reid giró. “¿Qué es el Protocolo Delta?”

Maria suspiró. “Es… una solución provisional”.

“¿Qué demonios significa eso?”

Ella habló despacio. “Es una medida para evitar que lo que pasó la última vez vuelva a suceder”.

“¿Qué? ¿De qué estás hablando?” Reid estaba más allá de la confusión. Necesitaban llegar a sus hijas — ¿por qué nadie más podía ver eso? “¿Qué pasó la última vez?”

Negó con la cabeza y miró al suelo. “Kent, cuando tu esposa murió, tú… te volviste loco. Te volviste corrupto. Era un rastro horrible y sangriento. No podemos permitir que eso vuelva a pasar”.

Sus fosas nasales se abrieron mientras gritaba. “¿Qué es el Protocolo Delta, Maria?”

Metió la mano en un compartimento lateral junto a su asiento y sacó una carpeta. “Aquí, velo por ti mismo”.

Le arrebató la carpeta de archivos y la abrió. Él frunció el ceño; ella le había entregado la transcripción del interrogatorio del jeque de hace veinte meses. “¿Qué es esto? ¿Qué es lo que debo bus...?”

Sintió la afilada puñalada de una aguja en su cuello.

Reid instintivamente arremetió, girando y golpeando a Maria en la boca. Su cabeza se giró a un lado. Ella no gritó; simplemente lo miró fijamente y se limpió una pequeña cantidad de sangre de la comisura de su labio.

La visión de Reid era borrosa. Su estómago se ató a sí mismo en nudos. Su respiración se hizo difícil y lenta. Ella lo había drogado.

“Lo siento”, dijo ella. “Lo siento mucho, Kent”.

Los bordes de su visión se ennegrecieron. Sus rodillas se debilitaron y se doblaron.

Su último pensamiento antes de golpear la alfombra fue de sus chicas, sus sonrientes y hermosas caras, y el hecho de que nunca las volvería a ver.

CAPÍTULO TREINTA

Sonó un teléfono.

"Mmm". Maya gimió mientras se daba la vuelta para contestar.

"¿Señorita Bennett?" dijo una joven alegre — demasiado alegre para ser tan temprano en la mañana. "Esta es su señal de alerta de las siete de la mañana".

"Gracias", murmuró y colgó. A su lado, en la cama gigante, Sara se agitó.

"Vamos, Chillona", insistió Maya. "Tenemos que levantarnos".

"No me llames así", murmuró Sara mientras metía la cabeza bajo una almohada.

Maya se levantó y fue al baño. Entrecerró los ojos; las luces fluorescentes eran duras y poco atractivas. Usó el baño, se lavó las manos y la cara y se cepilló los dientes. Luego regresó al dormitorio y volvió a empujar a Sara con dos dedos. "Oye. Arriba. Tenemos que irnos pronto".

"Pero acabamos de llegar", gimió Sara.

La noche anterior, a casi las diez de la noche, habían estado en el Holiday Inn a seis millas de distancia. Maya había decidido revisar la computadora en el vestíbulo justo una vez más antes de acostarse — y estaba contenta de haberlo hecho, ya que había recibido el extraño mensaje de su padre de conocer a dos hombres que los llevarían a un lugar seguro.

A pesar de que su padre había demostrado que era él, había algo que no le parecía correcto. Ya no se sentía segura, y con la noticia de que tal vez necesitaban protección, los instintos de Maya le dijeron que debían mudarse de nuevo. Ella empacó sus maletas y a su hermana, y tomaron un taxi a un Hampton Inn un poco más abajo en la carretera. Pagó en efectivo y se registró usando una identificación falsa bajo el nombre de Miranda Bennett, de dieciocho años. La había recibido sólo unos meses antes bajo la presión de sus amigos, pero nunca la había usado antes. Si su padre se hubiera enterado de que ella tenía una identificación falsa la semana pasada, se habría puesto furioso y la habría castigado durante un mes, pero dadas las

circunstancias actuales, ella tenía que imaginar que él podría estar realmente contento por ello.

"Chillona, si no te levantas de la cama en los próximos treinta segundos, te saco a rastras", dijo Maya con firmeza. "Necesito que te duches, te vistas y empaques. Vamos". Odiaba sonar como una madre — después de todo, sólo era dos años mayor que Sara — pero a veces era necesario.

Wonderland Pier estaba a treinta minutos de su hotel. Maya había preguntado en la recepción la noche anterior. Había una parada de autobús a unos cuatrocientos metros que las dejaba justo en el muelle. Allí esperarían a los dos hombres, Watson y Carver, como su padre le había instruido.

Asumió que los dos hombres con los que se reunirían eran oficiales de policía. Ella no tenía ni idea de en qué tipo de problemas se había metido su padre; al principio, ella había tenido miedo por él, especialmente esa primera mañana cuando bajó para encontrar las puertas delantera y trasera abiertas de par en par y su padre ya se había ido.

Pero no había llamado a la policía. Llamó a la Tía Linda en su lugar.

Maya no era estúpida — todo lo contrario. Desde que era pequeña había sido mucho más astuta que el niño promedio de su edad. Ella sabía que su padre solía viajar mucho por trabajo, afirmando ser profesor… y luego volvía a casa con cicatrices, con vendajes, a veces con férulas. Decía cosas como: "Papá es muy torpe y se tropezó en las escaleras". Una vez trató de decir que fue atropellado por un auto.

Pero no era estúpida. Ella no sabía lo que su padre solía hacer y ella sabía que no debía preguntar, pero asumió que era más que dar conferencias y asistir a seminarios. Entonces, después de la muerte de mamá, se mudaron de Virginia a Nueva York. Dejó de viajar y comenzó a enseñar a tiempo completo. La vida era buena — extrañaba a su madre desesperadamente, pero la vida en Nueva York había sido amable con ellos, hasta hace cuatro días, cuando su padre desapareció.

Aun así, ella sabía que no debía llamar a la policía. La Tía Linda, por otro lado, no lo sabía.

Maya había pasado la mayor parte de los últimos días permaneciendo en casa y viendo la televisión. Ella y Sara siguieron las

instrucciones de su padre y dejaron sus teléfonos celulares y tabletas en casa. Sin Internet, no había mucho más que hacer que ver la televisión. Afortunadamente, las Olimpiadas de Invierno estaban en marcha, y eso fue suficiente para distraerlas, al menos por un tiempo. Maya también vigilaba las noticias tan a menudo como fuera posible, esperando encontrar alguna indicación de lo que su padre podría estar haciendo, pero no había reportes que ella pudiera conectar con él.

Sin embargo, se sorprendió un poco al sintonizar las noticias hace dos noches y ver su propia cara, y la de Sara, devolviendo la mirada. La Tía Linda la había escuchado y no llamó a la policía cuando su padre desapareció, pero tan pronto como Maya y Sara dejaron su primer hotel sin avisarle, parecía que su tía llamó a las autoridades inmediatamente. Linda le había proporcionado a la policía una foto de las dos del verano anterior, en una barbacoa, sentada junto a una mesa de picnic y sonriendo sobre los platos de comida.

Maya y su hermana fueron oficialmente consideradas personas desaparecidas.

Al principio la había asustado; eran dos adolescentes, todavía niñas, que huían sin que un solo adulto supiera dónde estaban. Estaban potencialmente en peligro por una amenaza desconocida. Pero entonces Maya pensó en sus padres — ¿qué harían? Su padre probablemente alertaría a las autoridades, a pesar de la advertencia. Tenía tendencia a ser sobreprotector (aunque antes de desaparecer, parecía que estaba trabajando en ello).

Su madre, por otro lado… su madre la habría mantenido tranquila en esta situación. Habría hecho lo que fuera necesario. Así que eso es lo que Maya decidió que haría también. Tenía que pensar con responsabilidad, ser adulta y mantener a salvo a su hermana menor.

Por fin Sara se levantó de la cama y se arrastró hasta el baño durante unos treinta minutos, eventualmente emergió duchada, vestida y casi lista.

“¿Adónde vamos?”, preguntó. Maya había evitado decirle a su hermana menor más de lo que necesitaba saber. “¿Y cuándo nos vamos a casa?”

“Pronto”, le aseguró Maya. “Nos iremos a casa pronto, lo prometo. Pero primero vamos a encontrarnos con un par de personas que pueden ayudarnos, ¿de acuerdo? Papá los envió. Nos mantendrán

a salvo".

Sara frunció el ceño. "¿Por qué los envió papá? ¿Y a salvo de qué?"

Ojalá lo supiera, pensó Maya. Pero ella forzó una sonrisa y dijo: "A salvo en general, para que no tengamos que estar solas. Todo va a estar bien, Chillona… que digo, Sara".

Otra media hora más tarde estaban preparadas — cada una llevaba sólo una mochila apresuradamente llena con unas cuantas mudas de ropa — y luego se fueron de su habitación, pagando en efectivo, y encontraron la parada de autobús que las llevaría al muelle.

Maya estaba muy consciente de que Wonderland, el pequeño parque de atracciones en el muelle, no estaría abierto en febrero, pero algunas de las otras tiendas y atracciones sí lo estarían. En retrospectiva, ella deseaba haber elegido un lugar diferente. El muelle era perfectamente público, pero no habría mucha gente afuera. Aunque, pensó, sería más fácil para los dos hombres encontrarlas.

Las niñas desembarcaron del autobús al final de la Calle Sexta en Ocean City, a unas tres cuadras a pie del muelle hasta el lugar de reunión. Maya revisó su reloj; era un cuarto para las nueve. Los dos hombres llegarían pronto.

Ella tenía razón. No había mucha gente afuera. No sólo era temprano, y en un día de semana, sino que hacía un frío helado y la brisa que llegaba del océano hacía que el aire se sintiera espeso y húmedo. Puso su brazo alrededor de los hombros de su hermana mientras caminaban enérgicamente desde la parada de autobús hasta el muelle. La mayoría de los pequeños y anchos edificios que se alineaban en el paseo marítimo — tiendas de recuerdos, pizzerías, heladerías, campos de golf en miniatura — estaban cerrados, pero un puñado de negocios esperanzados estaban abiertos. Le dio a Maya una pequeña sensación de alivio saber que había por lo menos unas cuantas personas alrededor, al alcance de la mano.

Estaban casi en la entrada de Wonderland cuando ella lo vio. Un hombre caminaba enérgicamente por el muelle, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero negro. Tenía más o menos la edad de su padre, alto, blanco, con hombros cuadrados y una barba de dos días. Tenía el cabello oscuro y cortado cerca del cuero cabelludo.

Maya mantuvo su brazo sobre los hombros de Sara, pero

disminuyó su ritmo al acercarse el hombre. Definitivamente las miraba directamente, aunque de vez en cuando miraba de derecha a izquierda.

Cuando se acercó lo suficiente, dijo: “Hola, chicas. Me alegro de ver que han llegado a salvo. Me llamo Watson. Creo que te han dicho que vengas conmigo”.

Maya no dijo nada. Había algo extraño en su voz; hablaba un inglés sencillo, pero sonaba extraño, casi tenso… como si estuviera tratando de fingir un acento. Pero, de nuevo, su padre no había mencionado específicamente que los hombres que vendrían a buscarlos serían estadounidenses.

Tenía una memoria excelente y recordaba las instrucciones de su padre palabra por palabra. *Estén allí a las 9 a.m.*, había dicho. *No esperen más de una hora. No los busques. Te buscarán a ti. Sus nombres son Watson y Carver.*

“Se suponía que había dos de ustedes”, dijo Maya.

“Sí”. El hombre que se hacía llamar Watson sonrió plácidamente. “Mi compañero se retrasó. Pero te prometo que esto está bien. Nos reuniremos con él. Por favor, debemos darnos prisa. Vengan”. Hizo un gesto con su cabeza por el muelle, hacia atrás por donde habían venido. “Mi auto está por aquí”. Guio el camino, mirando por encima de su hombro para asegurarse de que las chicas le seguían.

Maya dudó. Al igual que en el hotel de la noche anterior, algo no estaba bien, pero no pudo identificarlo.

Te pedirán tu ID de Skype, dijo su padre en su mensaje. *Si alguien se te acerca por cualquier otro nombre, corres y pides ayuda.*

Maya comenzó a seguir al hombre, empujando a Sara junto con ella, pero caminando lentamente, deliberadamente ralentizando su paso. “Se suponía que nos ibas a dar un nombre”, dijo ella.

El hombre se detuvo y sonrió de nuevo. “Te lo dije. Es Watson”.

“No, se supone que deberías decirme mi nombre”.

“¿Decirte tu nombre?” Watson se rio. “Tú eres Maya. Y ella es Sara. ¿Sí? ¿Podemos irnos?”

La garganta de Maya se sentía tensa. Las campanas de alarma

gritaban en su cerebro. Esto no estaba nada bien.

"¿Y mi padre? ¿Su primer nombre?"

El hombre suspiró impaciente, pero mantuvo su alegre (y completamente falsa) sonrisa. No se le escapó a Maya que aún no había sacado las manos de los bolsillos de su abrigo.

"El nombre de tu padre", dijo el hombre, "es Kent".

La mandíbula de Maya se apretó tan fuerte que temía romper una muela, pero forzó su sonrisa más dulce. "Está bien entonces. Guíanos".

Tenían que alejarse de este hombre, y rápido.

Dejó que los guiara por un corto camino por el muelle antes de que ella volviera a hablar. "Espera, espera, espera. Lo siento mucho. Necesito usar el baño".

Un silbido de exasperación escapó de la garganta de Watson. "Habrá baños adonde vayamos…"

"Es una emergencia", insistió Maya. "Mira, están justo ahí". Señaló al edificio cercano que albergaba un par de baños públicos. "Seremos rápidas, ¿de acuerdo? Treinta segundos". Agarró a su hermana de la mano y la empujó hacia el baño antes de que el hombre pudiera responder. Soltó un gruñido, pero no intentó discutir. En vez de eso, reanudó su vigilancia, mirando ansiosamente a su alrededor.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ellos, Maya revisó rápidamente los compartimientos para asegurarse de que estaban solas.

"Maya, esto no me gusta", dijo Sara en voz baja.

"Lo sé. A mí tampoco. Sara, necesito que me escuches *con mucha* atención". Sostuvo a su hermana por un hombro y la miró a los ojos. "Vas a salir por la ventana trasera…"

"¿Qué?" Los ojos de Sara se abrieron de par en par.

"¡Sólo escucha! Voy a ayudarte a salir por la ventana trasera. Quiero que corras lo más rápido que puedas, dos manzanas más abajo. ¿Recuerdas el minigolf con tema alienígena, con los láseres y los Ovnis y todo eso?"

Sara asintió con la cabeza, con la boca ligeramente abierta.

“Bien. El año pasado había un agujero en la cerca trasera. Si aún no lo han arreglado, puedes entrar. Ve al hoyo doce y escóndete allí. No salgas por nadie ni por nada excepto por mí. ¿Comprendes? Corre, escóndete y quédate ahí hasta que yo venga por ti”.

El color desapareció de la cara de Sara. Maya se dio cuenta de que estaba petrificada.

“¿Qué está pasando?”, preguntó tímidamente. “¿Quién es ese hombre?”

“No tenemos tiempo para eso. Tienes que irte. Espérame…”

“¿Y si no vienes?”

Maya se mordió el labio. “Lo haré. Te lo prometo. Quédate ahí hasta que yo lo haga. ¿Entendido?” Su hermana no dijo nada. “Sara, ¿entendido?”

“Entendido”. La voz de Sara era casi como un susurro.

Maya la besó en la frente y luego ayudó a subirla a la altura de la ventana, donde Sara abrió el candado y giró el cristal hacia afuera. Le tomó casi un minuto completo, pero se las arregló para salir.

“Está bien”, se dijo Maya. No tenía idea de lo que iba a hacer desde ahí, pero al menos Sara estaría a salvo. Se puso su mejor sonrisa falsa y volvió a salir a la espera del “Watson”.

“Lo siento mucho”, dijo ella alegremente. “Mi hermana tiene problemas estomacales. Está muy ansiosa y asustada ahora mismo. Saldrá en un minuto…”

“¡No tenemos un minuto!” gruñó el hombre. “¿Tienes idea del peligro que corres?”

“Tengo una idea, sí”, murmuró Maya.

El hombre entrecerró los ojos. Se estaba dando cuenta. Se quitó la mano izquierda de la chaqueta, agarró a Maya por el brazo y la empujó hacia el baño.

“¡Oye, suéltame!”, gritó. “¿Qué estás haciendo?”

El hombre gruñó algo en voz baja — algo fuerte, gutural e ininteligible para ella. No era inglés. Abrió la puerta del baño con los hombros y se llevó a Maya con él mientras revisaba los

compartimientos vacíos.

Maldijo en voz alta en una lengua extranjera. “¡¿Dónde está?!”, preguntó, siseando en la cara de Maya.

“Espera, espera, te lo diré”, dijo ella desesperadamente. “No me hagas daño. Salió por la ventana”.

“¿La ventana?”, el hombre miró interrogativamente por encima de su hombro al pequeño portal rectangular, preguntándose quizás cómo Sara pudo haber pasado a través de él.

Maya se echó hacia atrás y le dio una patada tan fuerte como pudo, metiendo el dedo del pie de su zapatilla en la entrepierna del hombre.

El aliento y la saliva se le salieron a él con la fuerza del golpe. Se dobló inmediatamente, su cara se enrojecía mientras se ponía de rodillas. Maya no vio nada de eso, sin embargo — tan pronto como su patada aterrizó, él soltó su agarre sobre ella, y ella se fue corriendo. Abrió la puerta y salió corriendo hacia el muelle, bombeando sus piernas tan rápido como pudo.

Ella había estado en el equipo de atletismo femenino durante los últimos dos años, sin ser una estrella, pero con un pie ligero. No era muy buena a la distancia, pero los tramos cortos eran su especialidad. Sus largas piernas la impulsaron hacia adelante con cada salto mientras les exigía que fueran más rápido.

Escuchó un jadeo detrás de ella y miró por encima de su hombro. El pánico se clavó profundamente en su estómago; el hombre se había recuperado rápidamente o estaba corriendo a través del dolor. Su cara seguía siendo de un rojo brillante, pero ahora era una máscara de ira, haciéndole parecer casi demoníaco.

Era rápido y estaba cerrando la brecha entre ellos rápidamente.

Ella volvió a mirar hacia delante, sin atreverse a mirar hacia atrás, mientras que intentaba hacer un esfuerzo por acelerar. Sintió dedos en el cabello. Ella no podía correr más rápido que él…

Entonces deja de intentarlo, su cerebro le dijo.

Se detuvo repentinamente y al mismo tiempo se agachó. Su perseguidor no lo vio venir. Chocó con ella con fuerza, tropezó con su cuerpo agachado y salió volando por los aires. Por un breve momento,

él se elevó por encima de ella.

Luego golpeó las tablas del muelle, de frente, con un choque escalofriante.

Maya se puso de pie de nuevo. Sus costillas le dolían donde él había chocado contra ella, pero lo ignoró lo mejor que pudo y se fue en la dirección opuesta.

No puedo seguir corriendo, se dijo a sí misma. *Necesito encontrar un lugar donde esconderme*. Una de las tiendas abiertas sería ideal. El hombre no se atrevería a atacarla delante de otra persona… ¿verdad?

No puedo hacer eso, pensó ella. *No puedo poner a alguien inocente en peligro por mi culpa*. Aminoró el paso y miró a su izquierda. Estaba cerca de la entrada de Wonderland… los monos animatrónicos. Miró hacia atrás para ver al hombre a unos cincuenta metros del muelle. Apenas ahora se estaba moviendo, luchando por levantarse. No la estaba mirando a ella.

Rápidamente se dirigió hacia la exhibición de monos instrumentistas y se escondió detrás de ella. Él esperaría que huyera, que encontrara a alguien y llamara a la policía. No esperaría que se escondiera en el mismo lugar en el que se suponía que ya estaba.

Maya luchaba por controlar sus andrajosos y jadeantes alientos mientras se atrevía a asomarse por el borde del pequeño escenario. El hombre se tambaleó, a solo unos metros de ella. Su cara seguía siendo roja — ahora de un rojo oscura, ya que la sangre corría desde un amplio corte cerca de su línea del pelo, por su mejilla y cuello. Sus ojos estaban furiosos y salvajes. En su mano derecha, sostenía…

Maya se congeló aterrorizada. Por un momento, se olvidó de respirar. El hombre sostenía un arma de plata, una pistola, manteniéndola apretada a su lado, pero con el dedo en el gatillo.

Nunca antes había visto un arma de verdad y el solo hecho de verla la hacía temblar. No podía moverse, no se atrevía a respirar…

De repente, una mano la agarró bruscamente por el pelo. Chilló e instintivamente intentó retorcerse, pero la mano se agarró, tirando violentamente de su cabeza hacia atrás.

Había un segundo hombre, con una piel de color moca profundo. Podía ver su gran cuerpo, pero no su cara. Forzó su cabeza hacia adelante y su cuerpo la siguió, tropezando mientras la empujaba desde detrás de la pantalla.

“La tengo”, gritó al primer atacante. Se giró, medio escondiendo su arma detrás de su cuerpo. El cuello de su camisa blanca estaba empapado de sangre. La miró con un odio asesino. “¿Dónde está la otra?” gruñó el nuevo agresor.

“Escapó”, dijo el que tenía sangre en la cara. “Puedo encontrarla. Podemos hacer que esta hable…”

“No”, dijo el segundo hombre. “Ya hemos perdido bastante tiempo. Debemos irnos, ahora. Tenemos a una. Ella será suficiente”.

¿Suficiente para qué? Pensó Maya, entró en pánico. Ella trató de retorcerse fuera de su control. Su cuero cabelludo quemaba mientras varios pelos eran arrancados desde la raíz, pero el hombre la sostuvo firmemente. Empezó a arrastrarla por el muelle, en la dirección en que el hombre había dicho que su coche la estaba esperando. Ella tenía la

clara sensación de que una vez que estuviera en ese auto, no habría vuelta atrás. No vio otra opción.

"¡Auxilio!", gritó. Tan fuerte como pudo, gritó: "¡Estoy siendo secuestrada!"

El hombre que la sostenía tomó algo — y luego se lo mostró. Un cuchillo con una hoja malvada y curvada alcanzó su garganta. "Cállate, niña", siseó, "a menos que quieras que te abra".

Maya succionó y aguantó la respiración. No se atrevió a llamar de nuevo. Pero no tenía que hacerlo. De la tienda más cercana, una tienda que vendía camisetas de novedad, surgió una mujer corpulenta, con la frente ceñida en el centro con preocupación. Cruzó sus gruesos brazos contra el frío del invierno y miró a los dos hombres que sostenían a una adolescente por el pelo.

"¡Dios mío!" exclamó. "¡Suelta a esa chica ahora mismo, o llamaré a la policía!" Mientras lo decía, la mujer sacó un teléfono de su bolsillo trasero y tenía un pulgar en el teclado.

El hombre con el arma volvió a gruñir en un idioma extranjero. Tomó la pistola por la espalda y la levantó…

"¡No, espera!" Maya se oyó gritar.

Dos estruendosas palmadas dividieron el aire, tan fuerte y más real de lo que jamás se hubiera imaginado. La sangre se empañó en el aire por dos agujeros en el pecho de la mujer. El teléfono celular se estrelló contra el muelle, seguido un momento más tarde por el cuerpo de la mujer, que golpeaba con un ruido sordo las tablas — pero Maya no lo escuchó. Sus oídos sonaron con los repentinos y ensordecedores disparos.

"¡Idiota!" siseó el hombre que la sostenía.

"¡Ella iba a llamar a la policía!", dijo el primer hombre en defensa.

"¡Ahora vendrán de todas formas! Ven. ¡Deprisa!" Volvió a tirar del pelo de Maya, forzándola a avanzar, pero ella apenas lo sintió. Sus piernas estaban gomosas. No querían trabajar correctamente.

Acababa de presenciar un asesinato. Una persona inocente. Y era su culpa.

Su garganta estaba tensa y su cara adormecida. Una percepción surgió en el fondo de su mente — estos dos hombres estaban dispuestos a hacer todo lo posible para sacarla de aquí. No venía la policía por ella. Nadie estaba aquí para salvarla.

Su única gracia salvadora, su único pensamiento de consuelo, era que al menos Sara estaba a salvo. Maya esperaba contra toda esperanza que su hermana se quedara allí, escondida en el gran OVNI de plástico del duodécimo hoyo…

"¡Muévete!" El hombre le ladró en la oreja. Sus pies se arrastraron inútilmente contra el muelle. "Camina, o si no…"

Dos crujidos más intensos resonaron sobre el muelle de Wonderland. El cuerpo del hombre que sostenía el arma se sacudió y cayó hacia atrás. Maya parpadeó en estado de shock. No tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir, pero el hombre que la sostenía parecía saberlo. Agitó el cuchillo de un lado a otro, mirando a su alrededor salvajemente.

"¡No!", gritó. "La abriré, la abriré, la abriré…" Él se movió para apretar el cuchillo en la garganta de Maya, pero antes de que la hoja le llegara, un tercer disparo le partió los tímpanos. La cabeza del hombre se sacudió hacia atrás. Los dedos de su cabello se tensaron, arrancando más folículos de las raíces… luego se aflojaron y cayeron.

El aliento de Maya era irregular. Las lágrimas le picaban los ojos. A través de su visión borrosa vio una forma, subiendo al muelle desde el lado de la playa. Se limpió los ojos. Era un hombre Afroamericano, sosteniendo un arma con ambas manos, el cañón de la misma apuntando hacia abajo mientras se apresuraba hacia ella, mirando a diestra y siniestra mientras lo hacía.

"Katherine Joanne", le dijo a ella.

"¿Qué?" tartamudeó. Su cerebro se sintió como si hubiera sufrido un cortocircuito.

"Maya, soy el Agente Watson. Katherine Joanne — esa es la cuenta con la que contactaste a tu padre. ¿Hay más de ellos?"

"A… ¿Agente?" *¿Agente de qué?*

"Maya". Watson la miró a los ojos. "¿Son más, o sólo viste dos?"

"Dos", dijo ella temblorosamente. "Sólo a dos".

“De acuerdo”. Watson se arrodilló junto al cuerpo del hombre de piel tostada que la había estado sosteniendo. Tiró del cuello del abrigo del hombre e inspeccionó su cuello. Entonces Watson se puso un dedo en la oreja y habló. “Tengo a Maya. Dos asaltantes caídos. No son Amón; deben ser de una de las facciones bajo su mando”. Volvió a mirar a Maya. “¿Dónde está tu hermana?”

“Ella está… escondida…”

“¿Dónde?”

Maya señaló. “Por ahí. Alrededor de dos cuadras en esa dirección”.

“Bien. Necesito que me muestres dónde”. Volvió a apretarse el dedo contra la oreja — Maya pudo ver que llevaba un alambre, una correa transparente que le llegaba hasta el cuello. “Carver, lleva el coche a la entrada de la Novena Calle. Nos encontraremos allí”. Tomó a Maya suavemente por el hombro. “Necesito que me muestres, ¿de acuerdo? No te preocupes. Ahora estás a salvo”.

Maya se estremeció al tocarlo. Sus ojos amenazaban con más lágrimas. Acababa de ver a tres personas asesinadas en un minuto. Esta nueva persona — ¿el Agente Watson? — dijo que estaba a salvo, pero mientras él sostuviera un arma, ella no se sentiría tan segura.

Ambos se volvieron repentinamente al sonido de un gemido de dolor. El primer agresor, el de la pistola, no estaba del todo muerto. Se echó de espaldas, desangrándose sobre las tablas, retorciéndose en agonía. Él tosió manchas de sangre en su camisa.

“No importa”, murmuró. “Seguirán llegando demasiado tarde”.

El Agente Watson apuntó con su arma al asaltante caído, aunque no parecía que el hombre se levantaría de nuevo. “¿Demasiado tarde para qué?” Preguntó Watson.

El hombre de alguna manera se las arregló para sonreír. “El suelo se abrirá… con los talones… de sus pies”. Se rio y luego gimió de dolor.

Mientras Maya observaba, los músculos del hombre se aflojaron. Dejó de moverse. Sus ojos, sin embargo, permanecieron abiertos de par en par y la insinuación de una sonrisa permaneció en sus labios mientras moría.

Ella se estremeció y miró hacia otro lado.

“Vamos”, dijo Watson en voz baja. “Muéstrame dónde está tu hermana y nos iremos de aquí”.

Maya asintió con la cabeza y lo guio por el muelle hacia el campo de minigolf donde se escondía Sara. Ella todavía no estaba del todo segura de lo que estaba pasando. Pero a medida que su cerebro empezaba a agitarse de nuevo, recuperándose del shock de lo que acababa de ver, empezó a tener una idea mucho mejor de en qué podría estar involucrado su padre.

Definitivamente tendrían mucho de qué hablar cuando ella lo viera de nuevo — aunque si lo que había pasado con los dos posibles secuestradores era un indicio, no podía estar segura de que *volvería* a ver a su padre.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Reid recuperó el conocimiento lentamente. Tenía un intenso dolor de cabeza en la parte delantera del cráneo y no estaba seguro de dónde estaba. Había estado soñando — si podía llamarlo así. Había oído las voces de sus hijas, felices y riéndose. Había escuchado el sonido de las olas que chocaban suavemente en la playa. Escuchó la risa ligera y maravillosa de Kate, y luego un ligero tono de nerviosismo en su voz mientras llamaba a Maya para que observara cómo se ponía en pie en el rompeolas. Escuchó todos los sonidos de una familia que se dirigía a la orilla desde años atrás, pero no vio nada. Sólo oscuridad. Era como si estuviera ciego. Deseaba desesperadamente ver los rostros encantados de sus chicas, la sonrisa contenta en los labios de Kate. Pero no vio nada, sólo oscuridad.

Luego se despertó, le palpitaba la cabeza y olvidó por un momento en dónde estaba. Estaba sentado en un asiento color crema en una cabina estrecha — cierto. Estaba a bordo del Gulfstream. Aún estaban en el aire, se notaba por la presión en sus oídos. Intentó frotarse la cabeza, pero la muñeca derecha se le tensó después de unos centímetros.

Estaba esposado al reposabrazos afelpado.

Su visión era borrosa y tenía náuseas leves. A pesar de las muchas preguntas que tenía en la cabeza, descansó un momento en el asiento y cerró los ojos, esperando a que pasase la sensación.

“Aquí”. Era la voz de Maria. Abrió los ojos un poco para verla sosteniendo una botella de agua. “Las náuseas pasarán”. Ella habló en voz baja. Casi parecía avergonzada.

Tomó el agua con su mano izquierda desposada, la abrió y vació la mitad de la botella. Entonces él preguntó: “¿Por qué?”

“Créeme”, dijo ella, “era la última cosa que quería hacer. Y por mucho que no me importe Cartwright en este momento, tenía razón. No podíamos permitir que volvieras a perder el control. El Protocolo Delta era necesario”.

Su boca se sentía como si estuviera llena de algodón. Se bebió el resto del agua. Su cabeza comenzó a aclararse y, de repente, recordó el peligro que había causado que Maria lo drogara en primer lugar. Se sentó rápidamente, ignorando una nueva oleada de dolor de cabeza.

“¿Las chicas? ¿Qué has oído?”

“Están a salvo, Kent. Las encontramos”.

Respiró un enorme suspiro de alivio. “Dime qué pasó”.

“Se encontraron con Watson y Carver en el punto de encuentro. Hubo… complicaciones, pero ninguna de ellas resultó herida”, explicó Maria. “Están en una casa segura en el noreste de Maryland”.

“Quisiera hablar con ellas”.

“Acabo de enviar un mensaje a Cartwright de que estás despierto”, dijo ella. “Tiene que conectarte a través de una línea segura que pasa por Langley. Sólo será un minuto”. Luego añadió: “Pero están a salvo, Kent”.

Reid respiró hondo varias veces. Las náuseas estaban pasando. Su visión se estaba aclarando también. Quería estar enfadado con Maria, pero no pudo encontrar la energía ni, francamente, la motivación. “No estaba perdiendo el control”, dijo simplemente. “Ya no soy ese tipo. Sólo estaba haciendo lo que cualquier padre haría”. La miró a los ojos. “¿Tienes hijos? en tu… ¿otra vida?”

Ella negó con la cabeza. “No”.

Entonces no lo entenderías, quería decirlo.

En vez de eso, preguntó: “¿Cuánto tiempo he estado fuera?”

“Unas cinco horas”, le dijo Maria. “Todavía estamos en camino para regresar a Zúrich. Deberíamos estar allí pronto”. Sonó un teléfono celular. Maria contestó, murmuró unas palabras y se lo dio a Reid. “Alguien quiere hablar contigo”.

Puso el teléfono en su oreja.

“¿Papá?”

Reid cerró los ojos en un esfuerzo por extinguir la amenaza de las lágrimas. Esa palabra, sólo el sonido de la voz de Maya, fue como si toda su preocupación y angustia mental le fuera extraída. “Es maravilloso oír tu voz, cariño. ¿Estás bien?”

Ella se quedó en silencio durante un largo momento. “Yo… no lo sé. Creo que lo estaré. Yo… vi algunas cosas”.

“Lo siento mucho, cariño”. Quería preguntarle qué había visto, pero ahora no era el momento. Hablarían más tarde, cuando volvieran a estar juntos. Se lo merecía.

“¿Cuándo volverás a casa?” Su voz se quebró mientras ella hacía la pregunta y su corazón se rompió de nuevo.

“No lo sé”, dijo honestamente. “Pronto, espero. Pero estás a salvo, y eso es lo que más me importa. ¿Puedo hablar con tu hermana?”

“Está durmiendo”, dijo Maya. “Los, uh, sucesos de esta mañana realmente la agotaron”.

“Déjala dormir”, dijo Reid. “Pon a Watson al teléfono, ¿podrías?”

“Seguro”. Añadió con fuerza: “Te amo, Papá”.

“Yo también te amo, Maya”.

Un momento después, contestó una profunda voz masculina. “Es Watson”.

“¿Qué puedes decirme?” preguntó Reid.

Watson bajó la voz — por el bien de Maya, supuso Reid. “Dos asaltantes, ambos muertos. Les hicimos un reconocimiento. Uno era turco, el otro afgano. Ninguno era Amón, pero estoy seguro de que estaban trabajando con ellos”.

“¿Sabes cómo llegaron a las chicas?” preguntó Reid. “¿Estuvieron observando todo el tiempo o fueron enviados?”

“Esa es la parte extraña”, dijo Watson. “El primero se acercó a las chicas y trató de ganarse su confianza… haciéndose pasar por mí”.

Reid entendió inmediatamente lo que eso significaba. Amón tenía gente en los Estados Unidos, pero más que eso, quienquiera que estuviera filtrando información de la CIA seguía haciéndolo de alguna manera. Era la única explicación de cómo Amón habría sabido que Watson y Carver iban a ser enviados al muelle esa mañana. “Ya veo”, dijo. “Mantente alerta. Si lo supieran, podrían saber la ubicación de la casa segura”.

“Nadie va a entrar”, le aseguró Watson. “Tenemos a todo un escuadrón a nuestras espaldas”.

Reid asintió. “Gracias por cuidar de ellas”.

“Espera, Cero, hay una cosa más”, dijo Watson. “El Turco, antes de morir, dijo algo. No se me habría pegado si no fuera tan raro. Dijo: ‘La tierra se abrirá con los talones de sus pies’. ¿Eso significa algo para ti?”

Reid parpadeó. Había un destello de reconocimiento en las palabras, como si las hubiera oído antes en algún lugar, pero no podía reconocerlas inmediatamente. “No realmente”, dijo. “Pero lo investigaré. Gracias de nuevo, Watson”. Colgó, su frente se arrugó.

Maria se dio cuenta. “No te ves muy a gusto para ser un tipo que acaba de descubrir que sus hijas están a salvo”.

Reid negó con la cabeza. “No es eso. Es que…” Se calló. ¿Dónde había oído antes esa extraña frase? *El suelo se abrirá con los talones de sus pies*. Sonaba como algo que había leído antes o tal vez, incluso, citado en un salón de clases.

El teléfono sonó en su mano. Él respondió.

“Es Cartwright”, saludó el subdirector. “¿Estás bien, Cero? ¿Estás calmado?”

“Estoy bien”, dijo Reid en breve. Tenía varias palabras que quería compartir con Cartwright sobre su Protocolo Delta, pero contuvo su lengua. “¿Escuchó el informe de Watson?”

“Lo hice”, dijo Cartwright desanimado.

“Entonces sabes lo que significa. Alguien sigue filtrando información a Amón. ¿Ha empezado la NSA a rastrear la correspondencia de la CIA?”

El subdirector se mofó. “Me imagino que ya lo habrán hecho para este momento, pero no es como si nos fueran a decir: ‘Oye, empezamos a escuchar tus conversaciones privadas’”.

“Bueno, quienquiera que sea ha encontrado otra forma de obtener información. Tenemos que avisar a los Directores Mullen y Hillis. Tenemos que mirar más de cerca a los altos mandos. Y Johansson y yo tendremos que ocultarnos”.

El suelo se abrirá con los talones de sus pies. No podía quitárselo de la cabeza. Definitivamente lo había oído antes. ¿Pero dónde?

Cartwright suspiró. “No saltemos a nada precipitadamente.

Vuelve a Zúrich y lo resolveremos".

Reid negó con la cabeza. "No hay nada que podamos hacer en Zúrich. Tenemos que encontrar nuestra próxima pista". El único problema era que habían fracasado con el falso Jeque Mustafar y él no tenía ni idea de adónde ir después. No quería volver a Zúrich con las manos vacías y empezar de cero. No quería sentarse en una sala de conferencias y debatir opciones con los superiores. Quería encontrar a Amón y descubrir su conspiración, pero la única pista posible que le quedaba era encontrar al asesino, el extraño rubio que lo había atacado en la estación de metro de Roma. Si hubiera una manera de sacar al asesino de su escondite, Reid se arriesgaría. Pero no tenía ni idea de dónde podría estar el hombre ni de los canales a través de los cuales obtenía su información.

El topo de la CIA, tal vez, pensó Reid. Si Cartwright lo ayudó a dar a conocer su paradero, tal vez eso podría sacar al asesino de su escondite. Sería extremadamente arriesgado y requeriría hacerse vulnerable…

El suelo se abrirá con los talones de sus pies. Volvió a sacudir de él en la parte de atrás de su mente.

"Agente Steele", dijo Cartwright con severidad. "Le doy una orden directa de regresar a Zúrich, así que a menos que pueda darme una buena razón por la que no lo haría…"

"¿Quieres una buena razón?" interrumpió Reid. "Porque no estoy completamente seguro de que las filtraciones no provengan de ti". Colgó.

Maria le parpadeó, con una sonrisita en los labios. "Apuesto a que se sintió muy bien", dijo. "¿De verdad crees que podría ser él?"

Reid negó con la cabeza. "Supongo que es posible, pero no tendría sentido". Ciertamente no confiaba en Cartwright, pero el subdirector había intentado que lo echaran del caso, le había dicho a Hillis que Cero estaba comprometido. No parecía el tipo de juego que haría si trabajara con Amón.

El suelo se abrirá con los talones de sus pies. Podría haber sido una referencia a un dios o a un titán… ¿algo de la mitología, quizás?

Maria frunció el ceño. "¿Qué pasa? Pareces pensativo".

"Sólo necesito tiempo para pensar". Reid paseó por la pequeña

cabina. “El suelo se abrirá”, murmuró. “Con los talones de sus pies…”

Dioses. Titanes. Deidades. Pasó por la asociación básica de palabras en su cabeza, intentando liberar la pérdida de memoria. *Semidioses. Héroes. Epopeyas…*

De repente, hizo clic.

Mientras giraban en círculos, el Monte Hermón y el Líbano se separaron.

“Monte Hermón”, murmuró.

“¿Qué?”

“¡El Monte Hermón!” Casi grita. “Escucha, dime si esto encaja. Uno de los matones que Amón envió tras mis hijas, mientras se estaba muriendo, dijo: ‘La tierra se abrirá con los talones de sus pies’. Me pareció que me sonaba familiar”. Hablaba a una milla por minuto, gesticulando con sus manos mientras lo hacía. “Es una línea de la *Epopeya de Gilgamesh*, el poema Sumerio… El resto dice: ‘Mientras giraban en círculos, el Monte Hermón y el Líbano se separaron’. Se refiere a la batalla de Gilgamesh contra Humbaba”. *Gracias, Profesor Lawson*, pensó. La razón por la que le había sonado tan familiar era porque lo había enseñado una vez, hace años, cuando era profesor adjunto en la Universidad George Washington.

Maria simplemente negó con la cabeza. “Lo siento. No lo capto”.

“Era una provocación”, dijo Reid, emocionado ahora. “Mientras moría, el terrorista recitó una frase de la epopeya — probablemente una que había oído de un miembro de Amón. Suena como una amenaza, pero es una provocación, y una que apunta directamente al Monte Hermón, una montaña que se extiende a ambos lados de la frontera entre Siria y el Líbano. En la parte superior hay una zona de contención de la ONU, un puesto de avanzada…”

“¿Y crees que planean atacar el puesto de la ONU?”

“No lo sé. Pero sé que es una pista. Tenemos que llegar allí, ahora”.

“¿A Siria?” Maria parecía dudosa. “Suena como una exageración, pero… está bien. Tendremos que repostar primero”. Se dirigió rápidamente al frente de la cabina y cogió un teléfono de plástico con cable, una línea directa a la cabina del piloto. Ella le dijo al piloto su

plan y luego escuchó mientras él le transmitía un mensaje.

"Dijo que pasarán por lo menos treinta minutos antes de que podamos aterrizar y reabastecernos de combustible", informó Maria a Reid. "Estamos demasiado cerca de la zona de exclusión aérea, así que tendríamos que evadirla e ir a Berna a repostar…"

"¿Qué zona de exclusión aérea?"

"Sobre Sion, por los juegos de invierno".

"Oh, cierto". Los Juegos Olímpicos de Invierno estaban siendo celebrados en la sudoccidental ciudad suiza de Sion. Había olvidado por completo que estaban ocurriendo. "Espera un segundo…" *Sion*. La palabra se le quedó grabada en la mente como si hubiera sido clavada en su lugar. Volvió a caminar sobre el avión, de arriba a abajo, mientras Maria lo miraba fijamente.

"¿Y ahora qué? ¿Vamos a aterrizar o…?"

La boca de Reid se abrió parcialmente al darse cuenta de una nueva realidad que lo golpeó como un rayo. "Las Olimpiadas están en Sion", dijo en voz baja.

"Sí, lo sabemos". Maria se estaba impacientando. "¿Qué pasa con eso?"

"En la Biblia Hebrea original", explicó lentamente, "el Monte Hermón se llamaba de otra manera. Se llamaba Monte Tzion — escrito con una t-z, pero los traductores luego dejaron caer la t y la llamaron Zion. Pero esa ortografía original, en hebreo, se habría pronunciado como…"

Un grito de asombro se atascó en la garganta de Maria. "Como Sion".

"Exactamente. La provocación no era una pista sobre el Monte Hermón. Maria, era una pista directa sobre el ataque pendiente. Sion es el objetivo. Los Juegos Olímpicos de Invierno".

Salió corriendo hacia el teléfono blanco de la parte delantera de la cabina.

"¡Espera! ¿Cómo podemos estar seguros?"

"No podemos", dijo, "pero piénsalo. Es un área densamente

poblada, miles de personas de casi todas las naciones del planeta. Podría ser el mayor ataque terrorista de la historia".

"Jesús", respiró Maria. "Deberíamos haber visto esto antes".

Reid cogió el teléfono. "No aterrices en Italia", le dijo al piloto con urgencia. "Tenemos que aterrizar en Sion".

"Agente, no puedo aterrizar en Sion", dijo el piloto. "No estamos autorizados para eso…"

"Entonces necesitas habilitarlo, *ahora*", advirtió Reid. El terrorista que había atacado a sus chicas nunca les habría dado esa pista si el ataque no estuviera en marcha. "Algo terrible está a punto de suceder y puede que ya sea demasiado tarde para detenerlo".

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

“Tenemos que decírselo a Cartwright”, dijo Maria con urgencia. “Llevar a todos los agentes disponibles a Sion, cerrar el lugar, evaluar las amenazas…”

“No”, interrumpió Reid, “No creo que ese sea el movimiento correcto”. Estaba bastante seguro de que Cartwright no era el que filtraba la información, pero, de cualquier manera, el topo de la CIA estaría en alerta máxima en el momento en que se cerraran las Olimpiadas. “Amón aún sabía dónde estaban mis hijas y los nombres de los agentes que venían a buscarlas. Incluso si no es Cartwright, entonces es alguien cercano a él, alguien lo suficientemente cercano como para haberse enterado de nuestro plan. Si informamos a la agencia de esto, no hay nada que impida que eso vuelva a pasar”.

Maria negó con la cabeza. “Estamos hablando del potencial de cientos, tal vez miles de vidas perdidas, a escala internacional. Tenemos que decírselo a alguien. Tenemos que advertirles”.

“Interpol”, dijo Reid de repente. “Alertamos a la Interpol y les pedimos que notifiquen a los oficiales suizos y al Comité Olímpico. Diles que empiecen los protocolos de evacuación. Haz la llamada, Maria”.

“¿Y qué les decimos de nosotros? Somos dos agentes de la CIA que no pueden reportar a sus propios jefes por sospecha de fugas”.

Reid pensó rápidamente, sus ojos revoloteando de arriba abajo. “No… Pasamos por encima de la cabeza de la agencia. Contacta a tu padre y al Consejo de Seguridad Nacional. Dile que quienquiera que esté dando información a Amón aún está encontrando la forma de hacerlo. Necesitamos la sanción del DNI para actuar en esto”.

“Aun así, la CIA podría perder credibilidad…” comenzó Maria.

“Como dijiste, estamos hablando de cientos, tal vez miles de vidas. Creo que eso vale un poco de credibilidad”.

Reid se dio cuenta de que a Maria no le gustaba en absoluto mantener a la CIA al margen, pero asintió con fuerza y sacó el teléfono. Hizo dos llamadas; la primera fue a la Interpol para alertarlos de la posible amenaza y poner en marcha la seguridad de las Olimpiadas. Reid escuchó la tensa ansiedad en su voz cuando

mencionó que la CIA estaba potencialmente comprometida. La segunda llamada que hizo fue a su padre, para mantener al Consejo de Seguridad Nacional y al Director Nacional de Inteligencia al tanto de la situación y obtener su consentimiento para actuar.

Casi tan pronto como colgó, el intercomunicador volvió a la vida en la cabina. “Hemos sido autorizados para aterrizar y vamos a entrar rápido”, anunció el piloto. “Abróchense los cinturones, Agentes. Diez minutos para el aterrizaje”.

Maria se sentó al lado de Reid y se puso el cinturón. “Así que”, dijo ella, tratando y fallando por mantener el malestar fuera de su voz, “sólo para ser claros aquí, estamos a punto de interrumpir lo que podría ser el evento deportivo más grande del mundo y detenerlo, probablemente costando millones de dólares en ingresos, para buscar una aguja en un pajar en una corazonada de un terrorista que murió en Nueva Jersey, y estamos haciendo todo esto sin el conocimiento de la agencia que nos da la licencia para hacer cosas como ésta”.

“Sí”, confirmó Reid. “Eso lo resume todo”.

“Como en los viejos tiempos”. Sintió los dedos de ella cerrarse alrededor de los suyos. Eran cálidos y agradables; familiares, pero extranjeros. Era una sensación tan extraña estar cerca de ella, sentir al mismo tiempo como si fuera una vieja amiga y sentir el hormigueo eléctrico de algo nuevo y emocionante.

Casi echa de menos no confiar en ella.

Reid lo sintió en su barriga mientras el Gulfstream caía a unos cientos de metros. Maria le apretó la mano más fuerte.

“Antes de hacer esto”, dijo, “hay algo que quiero saber. Es sobre lo que pasó antes, la razón por la que Catwright y tú pensaron que el Protocolo Delta era necesario”.

“¿Quieres hablar de eso *ahora*?” preguntó Maria de manera incrédula.

“Es importante para mí”, insistió. “Todo lo que sé es que Kent estaba… no, eso no está bien. *Yo* lo hice. Dijiste que me volví loco. Que dejé un rastro horrible y sangriento. Pero no puedo recordarlo y no sé por qué lo hice. No puedo evitar la sensación de que hay algo más, hay algo que no me han dicho”. Miró a su alrededor y la miró a los ojos, aun sosteniendo su mano. “Confío en ti, Maria. Puedo decir eso ahora. Por favor, dime qué pasó”.

Ella negó con la cabeza. “Realmente no creo que sea el momento adecuado, Kent…”

“Mira, si he aprendido algo de la enseñanza de la historia, es que estamos condenados a repetir los errores del pasado a menos que aprendamos de ellos. No puedo aprender de algo que no recuerdo y no quiero volver a ser ese tipo. No quiero poner a nadie en peligro y no quiero poner en riesgo todo lo que está en juego aquí. Sólo tenemos unos minutos hasta que aterricemos y no sé qué va a pasar. Esta puede ser la única oportunidad que tengo de descubrir por qué dejé de ser Kent Steele”.

Maria suspiró tranquilamente. “Está bien”, dijo ella. “Te lo diré”. Succionó un respiro mientras el Gulfstream caía varios cientos de metros más, descendiendo rápidamente. “Cuando Kate murió, estabas inconsolable. Estabas en una operación cuando ocurrió. No estabas allí y te culpaste a ti mismo. Más que eso… estabas seguro de que Amón tuvo algo que ver con ello”.

Reid frunció el ceño. “Pero murió de una embolia”, dijo. “Causó un derrame cerebral. No había nada que nadie pudiera hacer, ni siquiera los paramédicos”.

“Intentamos decirte que no había nada que pudieras haber hecho, pero no escuchaste. Fuiste a cazar a Amón. Estabas obsesionado. La agencia intentó devolverte la llamada, pero te quedaste oculto. Nos enviaron al resto de nosotros — Morris, Reidigger y yo — tras de ti. Me separé de ellos para seguir otra pista…”

“¿Y me encontraste?”

“Sí”, dijo ella. “Fue entonces cuando… pasamos nuestro tiempo juntos. Cuando la agencia se enteró, amenazaron con repudiarnos a ambos. Volví. Tú no lo hiciste. Y unas semanas después, te anunciaron muerto en combate”.

Una visión destelló en la mente de Reid — *un puente. Oscuridad. El agua precipitándose más abajo. La sensación de caída…*

El Gulfstream volvió a descender. A través de la ventana, Reid podía ver un aeropuerto a la vista, la ciudad de Sion más allá de él. No había rascacielos, ni edificios de cristal, ni avenidas principales iluminadas; Sion parecía como si un antiguo pueblo se hubiera extendido como un charco, enclavado en la base de una cordillera y empequeñecido por los picos.

A lo lejos, en el lado opuesto de la ciudad, podía ver la gran Villa Olímpica que se había construido específicamente para los juegos. Enormes estructuras abovedadas albergaban eventos bajo techo, mientras que una pista de trineos y pistas de esquí habían sido cuidadosamente construidas alrededor de un par de montañas más pequeñas, en la cima de las cuales se encontraban castillos de piedra en posición vertical construidos cientos de años antes. La dicotomía era asombrosa.

Todavía tenía la sensación de que Johansson no le estaba contando todo, pero era demasiado tarde para cuestionarla. Estarían en el suelo en unos momentos.

"Gracias", dijo. "Por ser honesta".

Ella miró hacia otro lado.

"Ruedas abajo en dos minutos", anunció el piloto por el intercomunicador.

"Dios, espero que no sea demasiado tarde", murmuró Johansson.

"Lo que sea que haya que encontrar, lo encontraremos", dijo Reid. Intentó sonar lo más seguro posible, pero su voz vaciló.

La puerta del Gulfstream estaba abierta antes de que el avión se detuviera por completo en la pista. A la espera en la pista del Aeropuerto de Sion había tres coches de policía suizos, con las luces encendidas. Reid y Maria fueron conducidos a la parte trasera de uno de ellos y la comitiva partió inmediatamente, balanceándose sobre la carretera y corriendo hacia la Villa Olímpica.

Un hombre con un traje gris carbón se retorció para dirigirse a ellos desde el asiento de pasajero. "Mi nombre es Agente Vicente Baraf, de la Interpol", dijo mientras mostraba su placa. Su acento era italiano y llevaba un bigote negro delgado como un lápiz. "Mis superiores han estado en contacto con su Director Nacional de Inteligencia. Entendemos la situación y hemos recibido instrucciones de no comunicarnos con su CIA, más allá de ustedes dos".

"Agradecemos la cooperación, Agente Baraf", dijo Maria diplomáticamente. "¿Puede decirnos qué medidas se están tomando actualmente?"

"La Interpol está enviando a más de una docena de nuestros agentes de un foro económico en Davos para que vengan aquí", les

dijo Baraf. “Pero incluso en avión, eso llevará un par de horas. Mientras tanto, debemos trabajar con lo que tenemos. La seguridad Olímpica y la policía suiza están evacuando todo el parque. Sin embargo, estamos hablando de miles de personas. Es un proceso lento”.

“Lento no es bueno”, dijo Reid. “No queremos que Amón se ponga ansioso y haga algo precipitado”.

El celular de Maria sonó en su bolsillo. Ella no lo contestó; de hecho, ni siquiera lo miró. Ambos sabían probablemente era Cartwright. A estas alturas, la CIA ya se habría enterado de lo que estaba sucediendo. De hecho, con el gran volumen de cobertura de los medios de comunicación en los Juegos Olímpicos, había una buena posibilidad de que la mayor parte del mundo desarrollado estuviera consciente.

El Agente Baraf manipuló la pantalla táctil en el tablero del coche de la policía. “Voy a ponerte en contacto con una reunión informativa”, dijo. “No tenemos tiempo para una reunión en persona, así que en un momento se dirigirán a una sala llena de agentes de Interpol, oficiales de seguridad Olímpicos y la Oficina Federal de Policía de Suiza”. Encendió el Bluetooth del coche y un murmullo de voces se oyó de repente a través de los altavoces del estéreo del coche. “Atención, todos”, dijo Baraf en voz alta. “Tengo a los Agentes de la CIA Steele y Johansson en camino y van a compartir lo que saben, así que escuchen atentamente”. Los murmullos se callaron.

Reid miró a Johansson, quien asintió. De repente se dio cuenta de que nunca antes había tenido que informar a una sala de agentes — al menos no que pudiera recordar — y estaba muy agradecido de que no estuviera allí en persona.

Se aclaró la garganta, se inclinó hacia adelante y dijo en voz alta: “Soy el Agente Steele de la CIA”. Una vez que las palabras comenzaron, le llegaron como si lo hubiera hecho cien veces antes — y no estaba perdido como él pensaba. “Como saben, tenemos fuertes razones para creer que una organización terrorista está tramando un ataque contra los Juegos Olímpicos de Invierno. Nuestra información sugiere que han estado planeando esto durante algún tiempo, por lo que es probable que no estemos hablando de un suceso aislado, sino de algo que tenga como objetivo la zona más amplia y la mayor cantidad de gente posible”.

Pensó en las instalaciones de Otets, en las bombas que había

visto. “Todas las unidades de bombas y caninos disponibles deben centrarse en la detección de dinitrotolueno, el compuesto químico que se utiliza como incendiario activo. Cada una de estas bombas tendrá un radio de explosión de entre doce y dieciocho metros, pero como he dicho, no debemos creer que esto será aislado; espero que haya varios sitios, posiblemente pensados como una reacción en cadena para que una sola detonación pueda afectar a una gran área.

“El Agente Baraf nos ha informado que los procedimientos de evacuación ya han comenzado. Continúen esos esfuerzos, pero procedan con cautela. No queremos provocar el pánico ni dar a los insurgentes una razón para detonar antes”.

Una voz masculina habló por encima del altavoz. “Señor, ¿hay alguna nacionalidad específica a la que pertenezca esta organización que debamos buscar?”

“Desafortunadamente, no”, respondió Reid. “Este grupo en particular tiene miembros de todo el mundo y están bien entrenados. Es poco probable que aparenten el rol y no actuarán de una manera que despierte sospechas”.

Maria le dio una palmadita en el hombro y le señaló el cuello.

Cierto, pensó Reid. *La marca*.

“Al vaciar el parque, haga obligatorio que todos los evacuados muestren su cara y cuello”, le dijo Reid a la sala de reuniones. “Esta organización se llama Amón y sus miembros están identificados con una marca, una quemadura rectangular, en forma de jeroglífico egipcio. Detenga a cualquiera que tenga marcas sospechosas en la cara o el cuello”. Era muy consciente de que Amón podría no haber enviado a sus propios miembros a hacer la detonación; era más probable que hubieran reclutado a una facción de terroristas suicidas para que lo hicieran por ellos, pero era lo único que podía hacer.

“El tiempo estimado de llegada es de ocho minutos”, anunció Baraf.

“Una última cosa”, le dijo Reid a la habitación. “Procedan con extrema precaución. Estas personas, Amón, no dudarán en tomar vidas — las suyas y las de los demás — por su causa. Deben ser considerados extremadamente peligrosos. Si los perpetradores son identificados positivamente, no duden en usar fuerza letal”.

“Gracias, Agente”, dijo Baraf. “Todos ustedes tienen sus tareas.

Pueden retirarse". Apagó el altavoz.

A través del parabrisas, el Parque Olímpico de Sion salió a la luz; las altas pendientes artificiales, la retorcida pista de trineos, el enorme edificio abovedado que probablemente albergaba las pistas de patinaje sobre hielo. A pesar de sus luces parpadeantes y sus sirenas chillonas, la comitiva de tres coches de la policía se vio obligada a frenar a medida que se acercaban con el asombroso flujo de gente.

Baraf tenía razón; había miles de personas de todas las nacionalidades y etnias, la mayoría con los colores de su país de origen, rostros pintados con los colores de su estandarte y con pequeñas banderas en la mano. Se amontonaban en grandes grupos en las afueras del Parque Olímpico, bloqueando calles y aceras. La mayoría estaba confundida y parecía molesta por la evacuación. Muchos estaban furiosos, agitando los brazos o gritando a la policía suiza.

"Agente Baraf", dijo Maria, "deberíamos poner a estas personas a una distancia segura del parque y de los edificios. Amón es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que podríamos evacuar y quizás tomó medidas al respecto".

Baraf asintió con la cabeza y transmitió el mensaje por radio. "El problema", les dijo, "es el personal. Tenemos un equipo de seguridad completo y todos los agentes disponibles, pero simplemente hay demasiada gente".

Fuera del coche, Reid pudo ver al menos una docena de equipos de noticias, tal vez más, filmando en directo con las atracciones Olímpicas a sus espaldas. Tenía razón; el mundo estaba consciente de que un ataque terrorista estaba pendiente en los Juegos de Invierno… lo que significaba que Amón también lo sabía.

Se le había pasado por la cabeza la idea de que podían detonar sus bombas a distancia. Después de todo, eso es lo que él había hecho en las instalaciones de Otets, usando la bomba de la maleta. No necesitaban necesariamente a un hombre en el lugar del ataque. Sin embargo, la pregunta más importante en su mente no era cómo lo harían — sino por qué no lo habían hecho todavía. Los estadios y los sitios estaban siendo vaciados. Parecía que la mayoría de los espectadores ya habían salido. Cualquier atleta y jefe de estado habría sido uno de los primeros en ser escoltado fuera de las instalaciones.

¿Qué esperaba Amón? se preguntó. ¿La ilusión de la seguridad?

¿O abandonarían su plan si se hubiera frustrado?

No, pensó. *No se rendirían. Pasaron demasiado tiempo en esto. Lo habrían planeado para esta eventualidad. ¿Pero cómo?*

Su mirada miró a las multitudes, a las estructuras, a las cámaras de noticias, en busca de algo que pudiera parecer extraño, a medida que la comitiva se acercaba.

"¿Qué podemos hacer para ayudar?" preguntó Maria a Baraf.

"En primer lugar", respondió el agente de la Interpol, "podemos sacar de aquí a estos medios de comunicación. Pueden informar desde otro lugar. Su presencia está haciendo que la gente crea que su proximidad es segura. Entonces podremos establecer barricadas a una distancia adecuada…"

Baraf siguió hablando, pero Reid apenas lo escuchó. Estaba mirando fijamente, con los ojos entrecerrados mientras escudriñaba cualquier detalle que pudiera encontrar y que pudiera ayudarles.

No encontró ninguno.

"¿Agente Steele?" Baraf estaba retorcido en su asiento, mirándolo fijamente. "¿Qué tan amplio dijiste que era el radio potencial de la explosión?"

"Oh, um, lo siento. Aproximadamente de doce a dieciocho metros, basado en los explosivos que vi siendo fabricados".

"Así que veinticinco metros como mínimo", le dijo Baraf a Maria. "Barricadas en las tres calles que rodean la entrada al Parque Olímpico…"

Una vez más, la voz del agente de Interpol se convirtió en ruido de fondo para los pensamientos de Reid.

Hay algo aquí.

No… no algo. Alguien. Amón no confiaría su golpe maestro a otra facción. No detonarían a distancia. Tendrían a alguien aquí, quizás más de uno, para asegurarse de que las cosas se hicieran correctamente.

"Necesito entrar al parque", dijo en voz alta.

"¿Al parque? ¿Por qué?" preguntó Maria. "Las unidades de bombas están dentro, haciendo sus barridos. Seríamos más útiles

aquí…”

“Detenga el auto”, insistió. No tuvieron tiempo de arrastrarse por las calles atascadas de gente.

Baraf asintió al conductor y la comitiva se detuvo, justo en medio de la calle y a media cuadra de la entrada al Parque Olímpico. Reid abrió la puerta y salió. Por un momento se quedó de pie junto al coche, su mirada lanzándose cuidadosamente mientras separaba a la multitud.

“¿Kent?” Maria también salió. “¿Cuál es el plan?”

No contestó. Simplemente miró fijamente a un punto entre la multitud.

Por un breve instante, podría haber jurado que vio un destello de pelo rubio decolorado, una barbilla angular — una cara familiar.

“Kent, ¿qué pasa?” Maria insistió.

“No lo sé”. Agitó la cabeza. “Podría jurar que vi…”

El asesino de Amón del metro de Roma. Pero tal vez sus ojos le estaban jugando una mala pasada, haciéndole ver lo que quería ver. Si realmente lo había visto, el asesino se había ido, desvanecido entre la multitud.

Estaba vagamente consciente de que Maria había seguido hablando. “¿Kent? ¿Escuchaste lo que acabo de decir?”

“Lo siento, no…” Se había quedado en blanco, mirando a las multitudes, buscando la cabeza rubia.

“Dije, deberíamos separarnos, tomar diferentes lados del parque y…”

Ahí.

Reid hizo una doble toma. No había estado imaginando cosas en absoluto.

A unos cincuenta metros de distancia, apoyado en un poste de teléfono y sonriendo directamente hacia él, estaba el asesino de Amón.

Mientras Reid miraba con incredulidad, el hombre rubio se giró y comenzó a abrirse paso entre la multitud, de vuelta por donde vino —

de regreso al Parque Olímpico.

Estaba desafiando a Kent Steele a ir tras él.

Y lo hizo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

"¡Quédate con Baraf!" Reid le gritó a Maria. "¡Ayúdalo!"

"¿Adónde vas? ¡Kent, espera!" Maria le gritó, pero sus palabras se ahogaron rápidamente mientras él corría hacia delante, empujando a la gente a un lado y atravesando a la multitud lo mejor que podía.

Había visto al asesino. Estaba seguro de ello.

La única entrada general al Parque Olímpico era una única carretera de doble vía que atravesaba directamente su centro, entre una alta escultura contemporánea celeste que se había erigido para la ocasión y un centro de acogida. Reid vio un destello de pelo rubio desapareciendo detrás de la escultura y lo persiguió. Su mano derecha seguía buscando instintivamente la funda de la pistola que llevaba debajo de la chaqueta y tuvo que recordarse a sí mismo que estaba entre una multitud densa e intentaba no provocar el pánico.

Poco después de la entrada de la carretera había cuatro puestos de control, organizados apresuradamente por la Oficina Federal de Policía y la Interpol, con largas filas de personas que se amontonaban — en cada puesto de control, los agentes inspeccionaban brevemente la cara y el cuello de cada uno de los huéspedes cuando salían de la instalación, muchos de ellos adustos o sombríos.

No podría haber intentado pasar por un puesto de control con guardias armados, razonó Reid. A su izquierda, alrededor de la enorme escultura de alambre azul, estaba la entrada lateral de los empleados de un pequeño estadio que albergaba las pistas de patinaje.

Era el otro único camino en el que podía haberse ido.

Se apresuró y tiró de la puerta. Estaba abierta, pero más allá había oscuridad.

Reid se aventuró a entrar. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, sacó la Glock 27 de la funda de su hombro y cuidadosamente bajó por un oscuro pasillo. Comparado con la luz del día, estaba oscuro, pero las luces de emergencia cerca del suelo le iluminaban el camino.

Los sonidos de los espectadores descontentos casi se ahogaron desde el interior del edificio. Era casi completamente silencioso. Su

respiración era demasiado ruidosa, pensó, como un indicio a su ubicación. Cada paso podría ser como un terremoto para un asesino esperando al acecho.

Debí haberle dicho a Maria que me siguiera. Debería tener refuerzos. No debí venir aquí solo. Habría cientos de lugares para que el asesino se escondiera, para esperar a que Reid entrara.

A pesar de todos estos pensamientos, siguió bajando por el pasillo de acceso hasta que se abrió en el piso principal. A su izquierda y derecha estaban las primeras filas de asientos, dispuestas en un gran óvalo alrededor de una pista de hielo. El hielo central estaba iluminado por encima de la pista con potentes lámparas fluorescentes, que iluminaban la pista con una luz azul espeluznante. Todo lo demás, sin embargo, estaba oscuro.

El hielo estaba vacío; eso es todo lo que podía ver. La única manera de ir era hacia arriba. Subió las escaleras con cuidado, lentamente, un paso a la vez, con su arma apuntando a una presunta masa central sobre el asesino.

"Ya es suficiente". La voz retumbó, resonando sobre las filas de asientos de tal manera que Reid no podía saber de dónde venía. "Baja el arma".

Reid resistió el impulso de dar la vuelta, de intentar rastrear la voz. En vez de eso, mantuvo su mano firme mientras su mirada revoloteaba a diestra y siniestra por cualquier signo de movimiento.

"¿Por qué haría eso?", replicó. "¿Para que puedas dispararme?"

"Podría dispararte ahora", dijo la voz con naturalidad. "Tengo una línea de visión clara".

"¿Entonces por qué no lo haces?" Reid lo desafió.

Una risita suave. "Porque dos veces he intentado matarte con un arma y dos veces un golpe de fortuna te ha salvado de mí". El asesino se detuvo brevemente. "Me abriste con un cuchillo y me dejaste por muerto. Creo que debería devolverte el favor".

Reid se burló. "Eres un lunático".

"No, Agente. Soy mucho más que eso. Ahora… baja el arma".

Reid maldijo suavemente en voz baja. No veía otra opción — ya

sea que pudiera quedarse con el arma, tratar de encontrar al asesino y posiblemente recibir un disparo… o que pudiera bajar su arma y posiblemente recibir un disparo.

Lentamente se agachó y dejó la Glock en el escalón.

“Y la otra”, dijo la voz resonante.

“No tengo otra…”

“¡*No* me mientas!” Ladró en voz alta el asesino. “Me debes más que eso”.

“No te debo nada”, gruñó Reid.

El asesino volvió a reírse. “¿Dónde está? ¿En una funda de tobillo? ¿En el bolsillo de la chaqueta? Suéltala”.

Reid gruñó frustrado, pero se agachó de nuevo y sacó su segunda pistola, la pequeña LC9, de la funda de su tobillo. La puso junto a la Glock y se levantó.

“Bien. Ahora, sube las escaleras”.

Reid lo hizo, hasta que llegó a un amplio pasillo central a la mitad del estadio, una calle entre las secciones de la pista.

“Quédate ahí”, dijo el asesino.

De la oscuridad tomó forma una silueta. Al principio, en la tenue iluminación, era sólo una forma, pero a medida que los ojos de Reid se fueron ajustando se convirtió en un hombre, y luego en un hombre de pelo rubio, barbilla afilada, hombros cuadrados. Estaba sosteniendo algo en alto — una pistola.

Reid no necesitaba verla para saber que era una Sig Sauer con silenciador.

El asesino lo tenía muerto por segunda vez según lo que recordaba. Si apretaba el gatillo, no habría más confusión entre Reid Lawson y Kent Steele, porque ambos dejarían de existir.

“Te entiendo”, dijo Reid, tratando de sonar confiado. “Tu plan va a fracasar. ¿Cuánto tiempo estuvo tu gente planeando esto? ¿Dos años? ¿Quizás más?”

“Nada ha fallado”, dijo con calma el asesino.

"¿Es eso cierto? Entonces, ¿por qué no lo detonaste todavía?"

"Oh, lo haremos", contestó el desconocido rubio. "Muy pronto. Sólo que… no donde piensas".

La expresión de Reid se aflojó. Sintió esa bola de miedo en su estómago que ahora le era familiar.

"¿De qué estás hablando?"

Reid no podía ver su sonrisa, pero podía oírla en la voz del asesino. "Mordiste el anzuelo. Nosotros te guiamos hasta aquí. Amón te ha entregado a mí".

Estaba equivocado. Sion no es el objetivo después de todo.

El terrorista de Nueva Jersey, sus últimas palabras no eran una pista. Eran una distracción, una forma de incitar al pánico internacional, mientras que la amenaza real se cernía sobre otros lugares, ignorada — y una trampa, para que Kent Steele llegara allí solo.

Había fallado.

La sensación de malestar y tensión en su estómago empeoró con la ronca risa del asesino. "Lo estás armando", se mofó. "Verás, Agente, Amón nos enseña que todo hombre tiene un propósito. Hacemos muchas cosas en nuestras vidas, pero todos tenemos una razón singular para ser. Podemos elegir ignorar nuestro propósito — pero hacerlo no es servir a Amón. Me han dado un propósito. Y mi propósito, simplemente, es matarte".

Este hombre es un psicópata, pensó Reid. *O sólo completamente adoctrinado.*

Agitó la cabeza lentamente. "Si este es mi fin, es el tuyo también. No hay salida para ti. Este lugar está lleno de agentes, policía y seguridad. Incluso si me matas, nunca saldrás con vida".

"Agente, ese es el punto. Te mato. Me matan a cambio. No aceptaré que me hagan prisionero. Serviré a Amón en mi más alto propósito". El asesino levantó el arma, mostrándosela a Reid y luego la dejó en el asiento más cercano. "¿No lo ves? Tú eres mi destino. Y yo… yo soy tu juicio". Metió la mano en su chaqueta y desenvainó un cuchillo de caza curvo. La hoja de plata brillaba en la tenue luz.

Ahora que el arma estaba fuera de su alcance, el primer instinto de Reid fue correr, correr, correr hacia la salida, advertir a Baraf y a Maria que Sion no era el objetivo deseado después de todo. Pero la Sig Sauer seguía estando al alcance del asesino. Reid no llegaría a cinco metros antes de que le dispararan por la espalda. Tenía que alejar al desconocido de la pistola, al menos lo suficiente para poder escapar.

"¿Mi juicio? ¿Es eso lo que crees que eres?" Reid forzó una risa. "Ni siquiera te recuerdo. Lo que sea que haya pasado entre nosotros, no debe haber dejado mucha impresión. Tú no eres mi juicio. Eres un cuerpo más que tendré que dejar por el camino".

Su ridiculez hizo el trabajo. El asesino soltó un grito gutural mientras se abalanzaba sobre Reid. Volteó el cuchillo y se balanceó hacia abajo con una puñalada por encima de la cabeza. Reid la bloqueó instintivamente con un antebrazo, retorció su cuerpo mientras se agachaba, y lanzó al asesino por encima de su hombro.

El hombre rubio cayó sobre una rodilla y se empujó hacia arriba, balanceando el cuchillo en un amplio arco hacia atrás. Reid saltó hacia atrás, apenas evitando la hoja — y se tropezó, derribando la fila de asientos frente al pasillo. Golpeó el suelo con fuerza. El dolor le subió por el codo.

El asesino estaba sobre él de nuevo en un instante. Tenía dedos en el pelo. Le tiraron la cabeza hacia atrás. En cualquier momento, sabía que el cuchillo estaría en su cuello.

Reid levantó la mano para bloquearla y atrapó la hoja con la palma de su mano. Gritó de dolor cuando le abrieron su palma — pero era preferible eso a su garganta. Empujó la hoja hacia arriba mientras se agachaba debajo de ella y, entonces, plantó ambas manos en el suelo y dio una patada hacia atrás con toda la fuerza que pudo reunir.

El asesino rubio gruñó cuando recibió la patada de mula en el pecho. Su cuerpo abandonó el suelo por un momento y luego se estrelló contra dos filas de asientos de plástico duro. Gimió, levantándose lentamente.

Reid vio su oportunidad. Bajó corriendo por la fila hacia las escaleras y las saltó de dos en dos. Necesitaba volver afuera, a la intemperie, de vuelta con Maria, contarle lo que sabía ahora…

Miró por encima de su hombro justo a tiempo para ver al asesino de pie en las escaleras, volviendo a levantarse con el cuchillo de caza, apuntando para lanzarlo.

Reid rodó hacia adelante.

El cuchillo navegó apenas por encima de su cabeza, pero calculó mal la inclinación de las escaleras y perdió el control, cayendo de cabeza sobre sus talones. Sus costillas golpearon el borde de un escalón y perdió el aliento.

El cuchillo de caza se estrelló contra el hielo y patinó hasta detenerse.

Reid hizo un gesto de dolor e intentó impulsarse de nuevo. El asesino había perdido su cuchillo, por el momento, pero aún podría estar armado. Reid miró hacia arriba y vio al hombre rubio que bajaba cojeando las escaleras tras él. La caída sobre los asientos debe haberlo lastimado.

Bien. Eso lo retrasará. Aunque no me va mucho mejor.

Sus costillas estaban ciertamente lastimadas. Su palma estaba sangrando mucho. Su rodilla izquierda palpitaba. No estaba seguro de que pudiera dejar atrás al asesino por el pasillo de acceso por el que había entrado en el edificio, y esa era la única salida segura que conocía.

El cuchillo. Ve por el cuchillo.

Reid se obligó a levantarse, bajó los últimos escalones y saltó sobre el hielo. Se deslizó sobre sus rodillas por la pista de patinaje recientemente renovada y agarró el cuchillo de caza por su mango de marfil.

El asesino vaciló en el umbral de la pista de patinaje. Reid esperaba que no estuviera lo suficientemente confiado como para llevar la pelea al hielo. Se puso en pie con cuidado, manteniendo el equilibrio, desafiando al asesino a unirse a él.

El desconocido rubio dio un cauteloso paso adelante. Se tambaleó un poco, levantando los brazos para mantener el equilibrio. Reid podía ver su cara claramente bajo las poderosas luces que alumbraban Una vez más, una extraña familiaridad le golpeó, aunque no pudo ubicarla.

Luego miró al asesino a los ojos.

Curioso — Reid estaba seguro de que habían sido de un azul frío y helado allá en el metro de Roma. Pero ahora eran verdes, un verde

profundo, como el color de un bosque denso.

El descubrimiento lo golpeó como un choque de alto voltaje en el cerebro. Una visión destelló — un rostro, ese mismo rostro que estaba mirando, pero con el pelo oscuro, la sombra de una barba, la barbilla angular y esos ojos verdes.

Una estación de tren en Dinamarca.

Un nombre vino a él. "Rais", murmuró en voz alta.

El asesino sonrió ampliamente. No era ni agradable ni amenazante; en todo caso, era triunfante. "Lo recuerdas, Agente".

Rais. Una nueva visión apareció: el asesino de pie a su lado, alegre, apuntando con el cañón de un arma a la frente de Reid.

"Mi cara era diferente entonces", dijo Rais. "Pero sabía que recordarías".

"Tú eres al que buscaba", dijo Reid en voz baja. "Cuando yo… hace tiempo cuando…"

Cuando estaba en pie de guerra, poco después de la muerte de Kate. Cuando el Agente Kent Steele se fue de cacería, dejando un rastro de cuerpos a su paso, desconsolado y desesperado por perderse en la cacería. Los recuerdos le inundaron y con ellos vino un intenso dolor de cabeza en la parte delantera de su cráneo. Torturaba a cualquiera que pudiera tener información. Les prometía amnistía por la información y luego los asesinaba de todos modos.

La agencia había intentado llamarlo de regreso. Los ignoró.

Había estado persiguiendo al asesino y…

Otra visión — una estación de tren en Dinamarca. Había rastreado al asesino y lo encontró justo antes de abordar un tren con destino a Múnich. Ellos pelearon. Ambos estaban ensangrentados; se golpearon hasta casi matarse. Pero al final, Rais lo tenía de espaldas con una pistola en la cabeza.

El asesino apretó el gatillo, pero el arma falló. Kent sacó un cuchillo de su bota. Apuñaló a su presunto asesino en el estómago y arrastró el cuchillo hacia arriba, abriéndolo.

Dejó a Rais ahí para que muriera.

“Te encontré… Te *maté*”.

Pero no le había traído ni satisfacciones ni respuestas, y Rais no había muerto.

Una sonrisa de satisfacción se reflejó en los labios del asesino. Eso era todo lo que él quería, que Reid lo recordara.

“Como Amón, perduramos”, dijo Rais. “Como dije, mi destino es matarte”.

“Inténtalo”.

El agarre de Reid se apretó alrededor del cuchillo mientras el asesino se lanzaba hacia adelante. Esperaba que Rais se tambaleara en el hielo, pero sus botas de algún modo se ajustaron a la superficie resbalosa.

Reid se dio cuenta demasiado tarde. Rais se había preparado para esto, lo atrajo específicamente hasta aquí, a la pista. El asesino llevaba una especie de botas de tracción, mientras que Reid estaba desbalanceado sin esperanza.

Giró el cuchillo hacia arriba mientras Rais se acercaba, pero sus movimientos eran espasmódicos. Su movimiento se hizo ancho y Rais lo bloqueó fácilmente. El puño del asesino conectó con la mandíbula de Reid en un salvaje uppercut. Las estrellas nadaban en su visión. Apenas había visto venir el golpe, estaba demasiado distraído por mantener el equilibrio.

Reid apenas sintió el segundo puño conectar con su mejilla. Oyó un ruido — el cuchillo se le escapaba de la mano.

El golpe le hizo tambalearse, así que se fue con él, empujando con los talones y propulsándose hacia atrás. Golpeó el hielo con fuerza y se deslizó unos tres metros. Rais había estado preparado para dar un tercer puñetazo, pero no golpeó nada, y su impulso lo hizo avanzar. Se tambaleó y cayó sobre sus extremidades en el hielo.

Necesito llevar esta lucha a tierra firme si quiero tener una ventaja. Se dio la vuelta, se puso de pie y se empujó a sí mismo, deslizándose al estilo del béisbol justo cuando Rais estaba recuperando el equilibrio. Reid chocó con el asesino y lo abalanzó hacia plataforma en la que empezaban las escaleras. Los dos hombres cayeron en una maraña de miembros.

Rais terminó en la cima. Se sentó a horcajadas sobre Reid y bajó los puños, uno tras otro, golpeándole. Reid levantó ambas manos para tratar de bloquear los golpes, pero siguieron viniendo una y otra vez. La cara del asesino estaba roja, su expresión de pura ira, mientras se balanceaba una y otra vez. Un puño le quitó el brazo y le partió los labios. Otro conectó con su sien derecha. La visión de Reid nadaba. Si no hacía algo, perdería el conocimiento. Intentó retorcerse, pero Rais apretó las caderas, atrapando a Reid debajo de él.

El asesino agarró ambos lados de la cabeza de Reid e intentó meterle los pulgares en los ojos. Reid agitó su cadera tan fuerte como pudo, desestabilizando a Rais. El asesino vaciló, y Reid disparó un puñetazo y golpeó al asesino en la garganta. Un húmedo sonido de asfixia escapó de sus labios. Reid lo empujó a un lado y se dio la vuelta, fuera del camino.

Hizo una mueca de dolor cuando algo pesado y rígido se atascó en su costado.

Se había olvidado por completo de ello. No estaba desarmado del todo.

Reid metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y rápidamente sacó la navaja Swiss Army. Sacó la hoja de tres pulgadas. Rais luchaba por recuperar el aliento, pero al mismo tiempo se ponía de pie.

Antes de que pudiera, Reid enterró el cuchillo en el costado del asesino, hasta su empuñadura roja.

Rais echó la cabeza hacia atrás y gritó de dolor mientras el cuchillo le perforaba el riñón. Reid tiró de la hoja y soltó un grito primitivo mientras volvía a apuñalar, esta vez en los músculos de su espalda. Rais aulló y cayó en cuatro patas.

Rais intentó arrastrarse, pero Reid lo agarró por la parte trasera de su cinturón y lo tiró hacia atrás. Luego volvió a clavarle la delgada cuchilla en su costado.

Rais gritaba con cada puñalada. La fuerza se drenó de sus miembros. No podía arrastrarse hacia adelante. Apenas podía moverse.

Reid apuñaló una vez más, en la parte baja de su espalda, y retorció la espada. “Saluda a Amón de mi parte”, siseó al oído del asesino. “Quizás esta vez te dejen morir”.

Rais ya no podía ni siquiera gritar; su boca gemía en silencio, cubierta de agonía.

Reid de repente se sintió exhausto. Se dejó caer hacia atrás en un asiento de plástico mientras Rais se desplomaba sobre sus codos. Le dolía en todas partes. No estaba seguro de poder reunir la fuerza para volver a estar de pie, mucho menos para matar a este hombre.

Estamos condenados a repetir los errores del pasado a menos que aprendamos de ellos.

Las palabras que le había dicho a Maria menos de treinta minutos antes pasaron por su cabeza. Ahora conocía los errores de su pasado; al menos algunos de ellos. Matar a Rais antes, o pensar que había matado a Rais, no le había traído ningún consuelo, ninguna satisfacción.

Pero ya no se trataba de satisfacción. Iba a matar a Rais. No podía dejar vivir a alguien así.

Y, sin embargo, ahora comprendía lo que no había entendido antes.

"Nnggh…" El asesino se quejaba con suaves gemidos mientras agitaba inútilmente un brazo, como si pudiese arrastrarse, pero estaba débil y perdía sangre rápidamente. No había ningún lugar al que pudiera ir. Con un gruñido sostenido, se giró sobre su espalda. Miró a Reid, con sus ojos verde boscoso muy abiertos y asustados.

"Ahora lo entiendo", le dijo Reid. "Entiendo. Tú… tu gente… toda tu organización, Amón… me tienen miedo. Tienen miedo del Agente Cero. Nunca se ha tratado sólo de la conspiración".

Amón había descubierto que Kent Steele estaba vivo, y enviaron a los iraníes a buscarlo y matarlo. Enviaron a Morris tras él. Enviaron a Rais tras él. Intentaron llegar a sus chicas. Y ahora la falsa pista sobre un ataque a las Olimpiadas.

No se trataba sólo de la conspiración — sino de él. Mucho de lo que había pasado era para evitar que llegara a donde se suponía que debía estar. Tenían miedo del Agente Cero, porque sabían por experiencia previa que él era capaz de detenerlos. Hicieron todo lo posible para intentar matarlo o, al menos, mantenerlo a raya. El Agente Cero era su fantasma, un fantasma inquietante del que no podían librarse.

Reid mantuvo contacto visual con Rais. Quería ver cómo se le drenaba la vida de los ojos.

“Maldito tonto”, dijo Reid en voz baja. “Esto nunca fue por el destino. Para ellos, sólo eres un peón. Alguien que hace su trabajo sucio”.

Con un gruñido, se bajó de la silla y se arrodilló. Se inclinó hacia delante, cerca de la cara de Rais. Podía oler la amplia sangre que manchaba el suelo que había debajo de ellos. Vio el temor abyecto a la muerte — o más bien al fracaso — en los ojos de su adversario.

“Antes de morir”, le dijo Reid, “quiero que tu último pensamiento sea éste: no importa lo que haya pasado entre nosotros, no importa lo que creas sobre el destino o el juicio, para mí sigues siendo sólo un cuerpo más que tendré que dejar por el camino”.

Deslizó el cuchillo entre las costillas de Rais, apuntando a su corazón.

El asesino jadeó, con los ojos muy abiertos y enrojecidos. Lentamente exhaló mientras sus párpados se cerraban.

Reid dejó el cuchillo allí, enterrado en el pecho de Rais, y se puso de pie. No sabía si Rais era el que le había quitado la vida a Reidigger, pero aun así se sentía como una forma de justicia poética.

Reid estaba en mal estado. Le dolía todo, pero tenía que moverse.

El hecho de que la falsa pista le enviara a los Juegos Olímpicos de Invierno tenía que significar que el ataque no era sólo en otro lugar, sino inminente. Estaba a punto de suceder, si es que no estaba sucediendo ya.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

"Jesús, Kent, ¿qué te pasó?" Maria lo vio mientras salía cojeando por la puerta de acero hacia la pista de patinaje. Ella se apresuró y le colgó el brazo sobre sus hombros para ayudar a estabilizarlo.

"No es Sion", dijo sin aliento. Después de matar a Rais, Reid había recuperado sus armas y luego había regresado por el oscuro pasillo de acceso tan rápido como pudo — lo cual no fue nada rápido. Su rodilla dolía más con cada paso; debe haberse roto algo cuando cayó por las escaleras. Su ojo derecho se le había hinchado de nuevo. Ambos labios estaban agrietados y partidos. Su mano izquierda estaba cubierta de sangre donde la palma de su mano fue abierta — y todo eso por sí sólo explicaba los cortes y moretones visibles. Sabía que habría mucho más bajo su ropa.

Había abierto la salida de la pista de patinaje para los empleados y parpadeó con el repentino brillo del día, ansioso por advertirle a Maria y a Baraf.

"No es Sion", repitió. "Esto fue una distracción, otra pista falsa. Para incitar el pánico, para crear una sensacional noticia mundial. Para hacer que la gente mire en la dirección equivocada…"

Maria parpadeó de asombro. "¡Eso no explica lo que te pasó!"

"Bueno, también fue un intento de matarme". Gruñó de dolor mientras ella le ayudaba a salir del parque.

Maria sacó su teléfono y apretó un botón con su mano libre. "Baraf", dijo ella rápidamente, "Lo encontré. Nos vemos en la entrada".

"Piénsalo", dijo Reid una vez que colgó. "Todos los noticieros del mundo desarrollado están cubriendo esta historia ahora mismo. Nadie está prestando atención a ningún otro lugar. Maria, el ataque está ocurriendo hoy — pero no aquí".

Gruñó frustrada. "¿Cómo podemos detenerlo si no sabemos dónde?"

El Agente Italiano Baraf trotó hacia ellos, con el ceño fruncido al ver el estado de Reid. "Oh, *Dio*", murmuró. "¿Qué pasó…?"

“Hay un cuerpo en el estadio”, dijo Reid a modo de explicación. “Querrás avisar a seguridad antes de que alguien más entre ahí”.

“¿Qué?” Los ojos de Baraf se abrieron de par en par en estado de shock.

“El ataque no está ocurriendo aquí”, le dijo Maria. “Esto fue una distracción”.

“No es el estilo de Amón”, dijo Reid rápidamente, antes de que el agente de Interpol pudiera preguntar algo. Se regañó a sí mismo por no haber pensado en ello antes. Quedó tan atrapado en su convicción de que había resuelto el rompecabezas, que tenía que ser en las Olimpiadas de Invierno, que no se detuvo a pensar en lo que realmente buscaba Amón. “Un ataque aquí podría haber sido a gran escala, pero buscan algo mucho más que algo tan simple como un alto número de cadáveres. Si este grupo está basando su ideología en el mismo culto a Amón que existía antes, entonces no sólo quieren matar a la gente. Quieren sembrar el descontento político con la intención de un posible control. Quieren eliminar a gente *específica*, por un objetivo específico; gente como líderes, jefes de estado, legisladores…”

¿Pero dónde estaría pasando eso?

El agente Baraf levantó las manos frustrado. “¿Así que todo esto fue en vano? ¡No puedo creerlo! ¡Hemos evacuado a miles! ¡Y ahora el mundo entero cree que los terroristas estaban atacando las Olimpiadas!”

“Oye”, le respondió Maria, “¡Teníamos la responsabilidad de llevar esto a cabo! ¿Y si hubiera habido un ataque y no hubiéramos hecho nada?”

Sus voces acaloradas se convirtieron en poco más que un ruido de fondo mientras Reid intentaba razonar. *¿Por qué una distracción en Suiza?* Las Olimpiadas eran probablemente el mayor escenario que Amón podía pedir. Con cientos de miembros de los medios de comunicación presentes, la voz se correría rápidamente. Pero tenía que haber algo más que eso. Simplemente podrían haber detonado unas cuantas bombas en cualquier parte y haber creado una distracción temporal.

Sion era un objetivo falso destinado a engañarlos, a ocultar al verdadero objetivo. Se regañó a sí mismo por no darse cuenta; la táctica del engaño fue utilizada con frecuencia a lo largo de la historia. Su mente se desplazó hacia la Segunda Guerra Mundial, hacia

la invasión de Normandía en 1944 — más específicamente, la Operación Guardaespaldas, uno de los mayores engaños militares de todos los tiempos. Las fuerzas aliadas aparentaron convertir el Pas de Calais en su principal objetivo, obligando a las tropas alemanas a defender el lugar, y luego tomaron por sorpresa a los ejércitos del Eje cuando en su lugar invadieron Francia desde la costa norte.

"El mismo país", murmuró Reid. Los Aliados habían planeado la Operación Guardaespaldas y se dirigieron a un lugar que no sólo estaba dentro del mismo país, sino que no estaba muy lejos de su presunto objetivo. "Fue en el mismo país". Sus murmullos se perdieron en el verdadero partido de gritos entre Maria y Baraf.

"... ¡Sacó a más de una docena de agentes de una cumbre internacional!" decía Baraf mientras Reid volvía a la realidad. "Sin mencionar a la Policía Federal Suiza y..."

"¡Baraf!" Reid interrumpió. El agente de la Interpol parpadeó sorprendido por el repentino estallido. "¿Qué cumbre internacional? ¿Dijiste que tus agentes fueron sacados de un foro?"

"Sí, el Foro Económico Mundial en Davos".

Reid había oído hablar de él antes. Era una reunión anual de líderes mundiales y capitanes de la industria, celebrada en un centro turístico de montaña en los Alpes Suizos, en la ciudad de Davos.

El ceño fruncido de Baraf se aflojó. Parecía olvidarse de su ira. "¿No crees...?"

"¿Cuánta gente asiste?", preguntó Reid, "¿y quiénes?"

"Uh... casi dos mil invitados en total. Aproximadamente setenta son jefes de estado y el resto son líderes empresariales de todo el mundo. Además, entre cuatrocientos y quinientos miembros de los medios de comunicación".

Reid se giró hacia Maria. "Tenemos que irnos, de inmediato".

"¿Crees que es el foro?" Baraf agitó la cabeza. "Amón sería imprudente si intentara algo allí. La seguridad se ha incrementado a la luz de los recientes ataques..."

"Amón ha estado planeando esto durante más de dos años", interrumpió Reid. "Hay muchos precedentes históricos para algo así. Crear una distracción tan cerca del foro alejaría a las fuerzas suizas de

un evento suizo. ¿No te das cuenta? Amón no es imprudente. Están preparados".

Maria lo apoyó bajo un hombro mientras salían a toda prisa del parque por la entrada, cortando una franja entre los espectadores Olímpicos que aún estaban esperando, hacia el coche de policía que los había traído hasta aquí desde la pista de aterrizaje cercana. La rodilla de Reid latía con rabia, pero hizo todo lo posible por ignorarla.

"¡Agentes, esperen!" Baraf gritó mientras corría tras ellos. "El foro no empieza sino hasta mañana. Deberíamos alertar al personal de seguridad en Davos; ellos pueden evaluar la situación y…"

"No tenemos tiempo para evaluaciones", interrumpió Reid. "Amón no esperará. Hoy tienen su oportunidad, mientras todos los ojos están puestos en las Olimpiadas. "Su mente estaba trabajando a una milla por minuto. Amón había incitado al pánico y creado una distracción en el mismo país en el que planeaban llevar a cabo su ataque. Era arriesgado, pero entendía por qué; todos los recursos que Davos pudiera tener a mano habrían sido enviados a Sion. El Foro Económico Mundial aún no había comenzado; nadie sospecharía de ninguna amenaza en este momento. Amón pronto llevaría a cabo su ataque, probablemente esa misma noche, cuando la mayoría de los jefes de estado hubieran llegado al resort alpino.

"Aunque el foro no empiece hasta mañana", continuó, "estamos hablando de dos mil personas — imagino que la mayoría de ellas ya han llegado o están en camino".

"Bueno, sí", confirmó Baraf, "probablemente ya habría llegado al resort para este momento, en sus suites y…" Se calló cuando se dio cuenta.

"Exacto". Cualquiera que se imagine un ataque en el Foro Económico Mundial adivinaría que ocurriría *durante* los tres días del foro — no el día anterior.

Llegaron al coche de la policía y se subieron, el Agente Baraf de copiloto y Reid y Maria detrás de él. "Llévanos de vuelta a la pista de aterrizaje tan pronto como sea posible", le pidió Reid al oficial.

"Agente, eso no nos serviría de mucho", dijo Baraf. "Davos no tiene aeropuerto, y está a más de cuatrocientos kilómetros de distancia. El aeropuerto más cercano es Zúrich, y aun así el viaje dura una hora en helicóptero".

“Sólo llévanos a la pista de aterrizaje”, insistió Reid.

El oficial encendió las luces y las sirenas del auto y corrió hacia el Gulfstream que estaba esperando.

“Agente Baraf”, dijo, “¿puede ponerse al teléfono con la Interpol y decirles que envíen a sus agentes de vuelta?”

“Por supuesto”, contestó. “¿Debería alertar a la seguridad de Davos?”

“Sí, de inmediato”, contestó Reid. Entonces se le ocurrió una idea. “Pero… no relacione la naturaleza de la amenaza”.

Baraf parpadeó sorprendido.

“Estoy seguro de que tienen sus propios protocolos de seguridad para casos como este”, explicó Reid, “y supongo que implica una evacuación rápida e inmediata. Necesitamos que manejen esta situación cuidadosamente. De lo contrario, podrían levantar sospechas y hacer que Amón actúe antes”. Sabía que era extremadamente arriesgado — posiblemente una apuesta mortal, pero Amón tenía un plan, y confiaba en que lo cumplirían a menos que se les diera a entender que no debían hacerlo. “Si deben comenzar la evacuación, deben hacerlo lentamente. Que parezca natural. Mete a la gente en los coches y envíalos lejos. Por el bien de todos los presentes, no puede *verse* como una evacuación”.

Baraf lo entendió. “Lo explicaré”.

“Maria”. Reid se volvió hacia ella. “Vamos a necesitar a todos a la obra para esto”.

Ella asintió mientras sacaba su teléfono y hacía la llamada, poniéndola en el altavoz.

“Más vale que tengan una *increíble* explicación de lo que están haciendo”. La voz de Cartwright era firme y enojada y un poco más que alterada. “El Director Mullen quiere sus cabezas en un plato por pasar sobre él de nuevo. ¡Por no hablar de causar una de las mayores falsas alarmas de la historia reciente! ¿En qué pensaban…?”

“Cartwright, tenemos problemas más grandes ahora mismo”, interrumpió Reid. Rápidamente relató su teoría sobre el nuevo objetivo: los invitados del Foro Económico Mundial.

“¿Cómo puedes estar seguro?” preguntó Cartwright. “Necesitamos pruebas, no corazonadas. Ya tenemos una crisis internacional en nuestras manos, ¿y quieres crear una segunda?”

“Encaja perfectamente”, dijo Reid con firmeza. “No estamos hablando sólo de líderes políticos, sino de jefes de la industria, CEOs, altos ejecutivos… estamos hablando de la oportunidad de eliminar a cientos de las personas más poderosas del mundo”.

Cartwright se quedó en silencio por un largo momento. Reid sabía exactamente lo que el subdirector estaba pensando: si ignoraba a Reid y lo hacía pasar por una corazonada, y *había* una amenaza legítima, las consecuencias podrían ser astronómicas.

“Cristo”, murmuró. “Cero, más vale que estés seguro de esto…”

“Estoy seguro”. Reid intentó sonar lo más seguro posible. “Esto no es una pista de Amón. Esto es aprender de los errores del pasado. Sion era un engaño. Davos es el objetivo”.

Cartwright gruñó. “¿Qué necesitas?”

“Zúrich está a una hora en helicóptero”, dijo Reid. “Necesito que envíes a cualquier agente disponible que puedas, inmediatamente. Nos encontraremos con ellos allí”.

“Kent”, dijo Maria, “no podemos llegar a Davos en menos de una hora”.

“Sí, podemos”, le dijo Reid. “¿Y Cartwright?” dijo al teléfono. “Tenemos que mantener esto lo más silencioso posible. Si Amón se entera de que estamos tras ellos, pueden hacer algo precipitado”.

“Algo precipitado parece una subestimación increíble”, dijo Cartwright. “Está bien, Cero. Los tendré listos en diez minutos”.

Maria colgó. “No estás pensando lo que yo creo que estás pensando… ¿o sí?”

“Sí”, dijo Reid, “Creo que sí”.

Baraf se retorció en su asiento. Más allá de él, a través del parabrisas, la pista de aterrizaje quedó a la vista. “Los agentes de la Interpol están en camino de regreso a Davos”, confirmó. “Podemos volar directamente a Zúrich y puedo tener un helicóptero esperando que nos lleve…”

“No vamos a Zúrich”, dijo Reid.

“¿Qué?” Baraf miró con curiosidad a Reid, luego a Maria y luego otra vez a Reid. “¿Entonces adónde?”

El coche de policía entró en la pista de aterrizaje y el piloto, con un uniforme blanco y gafas de aviador, bajó las escaleras del avión para saludarlos. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció, al ver a los tres agentes corriendo hacia él.

“¿Reabasteciste combustible?” preguntó Reid.

“Sí, señor, listo cuando quiera”.

“Necesitamos que nos lleves a Davos”.

El piloto frunció el ceño. “Señor, no hay aeropuerto en Davos”.

“Lo sé”. Reid subió corriendo las escaleras y se adentró en el

Gulfstream, seguido de cerca por Maria y Baraf. El confundido piloto los siguió.

"¿Cuál es la velocidad máxima de un G650? ¿Alrededor de unas seiscientas millas por hora?" preguntó Reid.

"Seiscientos diez". El piloto puede que haya adivinado lo que quería Reid, ya que parecía un poco enfermo.

"¿Para que puedas llevarnos allí en, ¿cuánto, treinta minutos?"

"Señor…"

"¿Y cuánto espacio necesitarías para aterrizar?"

"Yo… necesitaría una pista de aterrizaje. Señor".

"¿Y si no tuvieras una?"

El piloto palideció. "... ¿Señor? No lo dirá en serio".

"Maria, teléfono". Ella puso el celular en la mano de Reid y él se lo mostró al piloto. "Sus órdenes eran llevarnos a donde quisiéramos ir. Si lo prefieres, puedo llamar al Director Nacional de Inteligencia ahora mismo y explicarle que estás perdiendo el tiempo y potencialmente comprometiendo miles de vidas. O puedes llevarnos a donde queramos ir".

El piloto tragó. "Uh… cuatro", dijo mansamente. "Cuatrocientos pies, más o menos. Cinco para estar seguros".

"Gracias. Ruedas arriba, ahora".

Mientras el piloto se retiraba, Reid le devolvió el teléfono a Maria. La sugerencia de una sonrisa apareció en sus labios, pero ella estaba haciendo todo lo posible por ocultarlo.

"¿Qué?", preguntó.

"Sé que esta es una situación muy grave, pero… eres el Agente Cero al cien por cien ahora".

No lo dijo en voz alta, pero lo extraño fue que no *era* Cero del todo. Si no fuera por el Profesor Lawson, no habría interpretado la burla del terrorista moribundo sobre Sion. Y dudaba de que se hubiera acordado del Foro Económico Mundial. Él era ambos — o, mejor dicho, ellos eran él.

Y era completamente consciente de que simplemente tendría que vivir con ello.

Maria sacó un botiquín de primeros auxilios de un compartimento superior y lo abrió en una mesa plegable frente a él. “Déjame ver esa mano”, dijo ella. Extendió su ensangrentada mano izquierda, con la palma hacia arriba, para mostrar la larga rebanada donde el cuchillo de Rais la había abierto. “No tengo mucho con lo que trabajar, pero al menos podemos vendarla”.

“Gracias”, dijo en voz baja mientras ella limpiaba la sangre de la herida. Su toque envió una agradable sensación de hormigueo hacia arriba y debajo de su brazo, casi adormeciendo el dolor.

“Ni lo menciones”.

“No, quiero decir por…” No sabía muy bien cómo articular sus pensamientos con ella — sobre todo porque tenía problemas para resolverlos por sí mismo. Para alguien en quien había desconfiado sólo dos días antes, ahora la veía más como una compañera. Una amiga. No, era más que eso. Al menos pensó que podría serlo.

Ella le miró, sus ojos gris pizarra se encontraron pacientemente con los de él mientras esperaba a que terminase su discurso.

“Por todo”, dijo finalmente. “No habría llegado tan lejos sin ti”.

“Como dije”. Ella sonrió. “Ni lo menciones”.

El teléfono volvió a sonar tan pronto como el Gulfstream estuvo en el aire.

“Los agentes están en un helicóptero”, dijo Cartwright. “Pero Jesús, Cero, estoy viendo esta lista de invitados, y es asombroso. Kent, el vicepresidente está ahí. Nuestro propio VP. Sin mencionar al presidente de la República Popular China. El Primer Ministro. Más de un centenar de multimillonarios de todo el mundo”. Cartwright suspiró antes de añadir: “Esto es mucho más que una cuestión de seguridad nacional. Necesito reportar esto a la cadena inmediatamente”.

“Subdirector”, dijo Reid, “Entiendo su posición, pero si se corre la voz… si los medios de comunicación empiezan a informar sobre ello, o si Amón tiene alguna razón para creer que su plan no va a funcionar…”

"...Entonces las bombas comenzarán a explotar", Cartwright terminó con un suspiro derrotado.

"Amón está observando. Confía en mí". Pensó en sus propias experiencias. Amón había estado allí a cada paso del camino. En el sótano con los iraníes, había visto por primera vez la marca de Amón en el cuello del bruto del Medio Oriente. En las instalaciones de Otets, dos miembros más de Amón, cada uno con el glifo chamuscado en la piel. Y cuando Morris no pudo matarlo, el asesino de Amón, Rais estuvo allí.

"Amón está mirando", dijo de nuevo. "Este es su gran plan, y si se hacen una idea de que estamos tras ellos, van a saber que estamos al tanto de su complot. Si Davos inicia una evacuación apresurada o si algún medio de comunicación es alertado de esto..."

"Kent, esto es mucho más que nuestros trabajos en juego", argumentó Cartwright. "La NSA probablemente esté grabando esta llamada. Si esto sale mal, sabrán que lo sabíamos. ¿Sabes dónde ponen a la gente como nosotros en esa situación?"

"Lo sé". *El Infierno Seis*, pensó. *En un agujero en el suelo por el resto de nuestras vidas*. "Sólo mantén la calma un minuto y mantente al teléfono". Puso a Cartwright en el altavoz y dejó el celular en el suelo. "Baraf, dijiste que la seguridad ha aumentado en Davos. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando este equipo de seguridad en el lugar?"

El Agente Baraf negó con la cabeza. "No estoy completamente seguro, pero al menos dos semanas".

"De acuerdo. Eso significa que Amón colocó sus bombas antes de eso, lo que significa que no es probable que tengan temporizadores". Las bombas que había visto en las instalaciones de Otets tenían una capacidad de horas, minutos y segundos de dos dígitos — pero no de días. Y no había forma de que Amón comprometiera la posición de sus explosivos para poner en marcha los temporizadores. "Igualmente improbable es un interruptor de hombre muerto — nadie va a mantener el gatillo apretado durante dos semanas. Así que deben estar en detonación remota. Por lo que vi, estos no son dispositivos complejos; son un simple bypass a un transmisor remoto".

"Y el alcance del transmisor tendría que estar cerca", dijo Maria. "Dentro de, ¿qué, un cuarto de milla?"

Reid asintió. "Tal vez menos, si quieren asegurarse de que todo salga bien. Pero considerando la extensión del resort, necesitamos

considerar cualquier lugar dentro de un cuarto de milla de las suites. Ese es nuestro perímetro". Se dirigió al agente de la Interpol. "Baraf, dile a la seguridad de Davos que deben concentrar sus esfuerzos en localizar las bombas. Si van a empezar a evacuar, hay que hacerlo despacio, con cuidado. No puede haber pánico".

Baraf asintió con fuerza. "Davos habrá hecho un barrido exhaustivo antes de que lleguen los invitados. Dondequiera que Amón haya escondido sus explosivos puede ser más difícil de encontrar de lo que tenemos tiempo para hacerlo",

"Lo sé". Reid intentó ponerse en el lugar de Amón. *¿Dónde los escondería?* Pensó en el apartamento de Reidigger en Zúrich, cuando hizo lo mismo para encontrar la bolsa de escape debajo de las tablas del suelo.

Pero antes de eso, había revisado las paredes en busca de cualquier signo de perturbación.

"Antes de que llegaran todos", dijo de repente, "apuesto a que el resort hizo algo de mantenimiento, ¿verdad? Cualquier reparación necesaria habría sido completada…"

"Tienes razón", le dijo Baraf. "De hecho, una renovación se completó hace sólo unas semanas".

"Eso debe ser. Apuesto a que así es como escondieron sus bombas — podrían haber enviado a miembros, haciéndose pasar por obreros de la construcción. Les habría dado acceso a cualquier parte del complejo".

"Eso es cierto", dijo Maria, "pero cualquier trabajo que hicieran tendría que ser inspeccionado y aprobado después, ¿verdad? Así que Davos debería tener un informe o algún tipo de registro…"

Los ojos de Baraf se abrieron de par en par. "Lo que significa que, con un poco de suerte, ¡nos han dado la ubicación de sus bombas!"

Escondiéndose a plena vista, pensó Reid. Si fuera verdad, sería la provocación más cruel posible. Si su atentado pudiera estallar, Davos se daría cuenta de que tenía todo lo que necesitaba para evitarlo.

"Baraf, ¿puedes decirle todo eso a la seguridad de Davos?" preguntó Reid.

El agente de la Interpol asintió. El teléfono ya estaba en su oreja.

“Cartwright, ¿aún estás con nosotros?”

“Estoy aquí”. La voz del subdirector parecía agotada.

“Necesitamos un favor. Davos no tiene aeropuerto. Necesitamos que te pongas en contacto con la Oficina Federal de Policía de Suiza para ver si podemos despejar unas quinientas yardas de autopista, fuera de la ciudad y al menos a una milla del resort. No queremos que nos vean entrar”.

“Como en los viejos tiempos”, suspiró Cartwright. “Está bien, haré que suceda”.

Veintitrés minutos más tarde, el Gulfstream G650 se encontraba en la calle Parsenbahn, en un tramo recto de autopista que la Oficina Federal de Policía había bloqueado rápida y temporalmente. Tan pronto como los tres agentes desembarcaron, el pequeño avión giró sobre la carretera, con cierta dificultad, y volvió a despegar, para evitar el escrutinio de los medios de comunicación. Estaban lo suficientemente lejos del resort alpino para evitar ser vistos, pero era totalmente posible, Reid se dio cuenta, que alguien había sido testigo de su rápido descenso. Sin un aeropuerto, sería muy extraño ver un avión volando bajo sobre Davos.

Sólo podía esperar que Amón no se hubiera dado cuenta.

Maria, Baraf y él fueron conducidos a un coche de policía que los esperaba. “Sin luces y sin sirenas”, le dijo al oficial en el asiento del conductor. “Y si hay una entrada trasera, llévanos allí”.

Les llevó menos de dos minutos llegar desde el Parsenbahn al resort de montaña alpino. Reid no podía dejar de admirar su belleza; el lugar del Foro Económico Mundial en Davos parecía más bien una aldea en expansión de condominios y villas de poca altura, cada uno cubierto de nieve y rodeado de altos abetos que eclipsaban los edificios que rodeaban. Todo el complejo estaba situado a la sombra de los Alpes Suizos. Era pintoresco, sereno — y muy probablemente a punto de ser destruido.

Desembarcaron del coche de la policía y fueron inmediatamente recibidos por un hombre delgado, de mirada aguda, con el pelo negro y un traje negro bien hecho a medida. No perdió el tiempo expresando su descontento.

“Agentes”, dijo en un duro inglés con acento alemán, “Soy Burkhalter, gerente general del resort. No me gusta que me

mantengan en la oscuridad con respecto a la seguridad de mis invitados".

"Nos disculpamos sinceramente, señor", dijo Baraf diplomáticamente, "pero hay poco tiempo para eso. Si me permite informar a su equipo de seguridad, podemos evaluar…"

Burkhalter interrumpió con una mano muy levantada. "¡Debo insistir en que comparta los detalles y la legitimidad de cualquier amenaza potencial inmediatamente!"

"Y lo haremos", dijo Reid. "Podemos hablar mientras caminamos. ¿Puede mostrarnos las estructuras más cercanas que han sido recientemente renovadas?"

El gerente abrió la boca para hablar — probablemente para argumentar la petición de Reid — cuando un teléfono sonó en el bolsillo de su abrigo. Lo sacó y levantó un dedo para indicarles que esperaran.

"Burkhalter", respondió. Su expresión exasperada se aflojó, las comisuras de su boca se arrastraron hacia un ceño fruncido. "Yo… yo entiendo", murmuró. "Esperen instrucciones". Bajó el teléfono y miró a Reid. "Parece que su dato es correcto, Agente. Mi equipo de seguridad ha descubierto un artefacto incendiario".

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El estómago de Reid se apretó instintivamente. Habían encontrado una bomba — pero sólo una, y él tenía la sensación de que había muchas más escondidas en el resort.

"¿Dónde?", preguntó.

"Cuartos de huéspedes", les dijo Burkhalter. El color había desaparecido de la cara del gerente. "Un chalet, recientemente renovado".

Reid le arrebató el celular y lo puso en el altavoz. "Soy el Agente Kent Steele de la CIA. ¿Con quién estoy hablando?"

Una voz ronca llegó a través del teléfono. "Este es el Capitán Hegg, jefe de seguridad".

"¿Qué puedes decirnos?"

"El dispositivo estaba sellado dentro de una pared, como se sospechaba", dijo Hegg. "Parece que usaron un material de compuesto ligero de pulpa de madera, en lugar de yeso".

"Máximo daño", dijo Maria a sabiendas. "Así que el radio de la explosión no está tan afectado".

La conmoción de Burkhalter finalmente pareció disminuir mientras movía una mano con impaciencia. "Nada de eso es importante. Esta es oficialmente una situación de crisis, que requiere un protocolo de evacuación inmediato".

"Espere", insistió Reid. Burkhalter le parpadeó con asombro. "Sólo espere. Escúcheme. La gente que hizo esto lo ha estado planeando por mucho tiempo. No tengo ninguna duda de que han adquirido información sobre qué jefes de estado se alojan en qué suites. Ellos están aquí. Están observando. Y si les damos alguna razón para creer que somos conscientes de ellos — detonarán".

Burkhalter se burló en voz alta. "Entonces, ¿qué quiere que hagamos, Agente? Esta evacuación escalonada podría tomar horas. Algunos de nuestros invitados insistirán en conocer la naturaleza de la amenaza. Y si usted se equivoca y estos terroristas hacen estallar sus bombas de todos modos, podríamos ser responsables de cientos de

vidas perdidas. Vidas importantes". Agitó la cabeza. "Davos no se doblegará a los caprichos de los fanáticos. Debemos llevar a la gente a un lugar seguro".

"Creo que tiene razón, Agente Steele", dijo Baraf en voz baja. "Es, como se podría decir, un callejón sin salida."

Reid se pasó las manos por el cabello mientras pensaba desesperadamente en una posible solución. No tenía idea de cuántas bombas podría haber en el lugar. Podría llevar días localizarlas todas. No podían evacuar a todos antes de que Amón se diera cuenta. Estaban aquí en alguna parte, al menos uno de ellos, quizás más, con el dedo en el detonador, esperando su momento. Y podrían estar en cualquier parte…

"Espera", murmuró Reid. *Eso es*, pensó. Alguien aquí tenía el dedo en el detonador de las bombas — pero no *podría* estar en cualquier parte.

"Esto es suficiente", refunfuñó Burkhalter. "Llevaremos a esta gente a un lugar seguro inmediatamente…"

"Burkhalter", dijo con dureza, "*continuará* con la cuidadosa evacuación del complejo. No incite al pánico. *No* atraiga la atención de los medios de comunicación. El terrorista está aquí en alguna parte, en las instalaciones, y hay pocos lugares en los que puede estar. Si empiezas a vaciar este lugar, las muertes estarán sobre *tus* hombros. ¿Lo entiendes?"

Burkhalter puso su mandíbula firme. Parecía como si tuviera algunas palabras que elegir para Reid, pero en vez de eso asintió una vez, con fuerza.

"Capitán Hegg", dijo Reid al teléfono. "¿Su equipo está barriendo en busca de bombas?"

"Eso es correcto, señor", confirmó Hegg. "Hemos llamado a los escuadrones antiexplosivos de la Oficina Federal para ayudar…"

"Me temo que no tenemos tiempo para eso", interrumpió Reid. "Entiendo que es muy peligroso, pero necesitamos localizar tantos dispositivos como podamos. Estas bombas en particular son activadas por un radiotransmisor. Es una pequeña caja negra del tamaño de una caja de cerillos con un solo cable azul. Si quitan eso, las bombas deberían ser inútiles para Amón…"

“¿Deberían?” preguntó Hegg.

“Es la mejor oportunidad que tenemos. Informe a su equipo: retire inmediatamente los transmisores de los dispositivos descubiertos. Mantenga a Burkhalter informado de su progreso”.

“Lo haré”. Hegg terminó la llamada y Reid le devolvió el teléfono al gerente.

“¿Quieres darnos una pista de lo que estás pensando?” preguntó Maria.

“Quienquiera que esté controlando las bombas debe estar estacionario”, dijo Reid. “Tienen que estar en algún lugar. No son móviles”.

“¿Qué te hace pensar eso?” preguntó Baraf.

“Cada bomba requiere su propio detonador”, explicó Reid, recordando los dispositivos que había visto en las instalaciones de Otets, “a menos que estén físicamente conectados, y este lugar está demasiado disperso para eso. Incluso de forma remota, si todas las bombas estuvieran en un solo detonador, podría debilitar la señal a un grado que impediría su éxito potencial”.

Burkhalter parecía estar enfermo. “¿Cuántos dispositivos crees que están ocultos?”

Reid negó con la cabeza. “No lo sabemos”.

“Muy bien”, dijo Baraf, “entonces estamos buscando a alguien que haya establecido una base temporal de operaciones en algún lugar donde no sería interrumpido”.

“¿El cuartel general, tal vez?” Burkhalter propuso. “¿Los sótanos?”

“Hay demasiados lugares que podrían ser”, dijo Baraf con desdén.

“Espera”, dijo Maria de repente. “Estamos en la base de los Alpes Suizos”. Señaló hacia arriba, hacia la enorme montaña más allá de Davos. “Las montañas causan estragos en la recepción de radio”.

“Tienes razón”, estuvo de acuerdo Reid. “Cuanto más grueso sea el material, mayor será la posibilidad de que absorba ondas de radio… lo que significa que el bombardero necesitará algo de elevación, un

lugar con una señal lo suficientemente clara para transmitir a través del resort". Se volteó hacia Burkhalter. "¿Dónde podría alguien estar aislado mientras recibe señales claras?"

"Yo… um…" El delgado gerente se frotó la barbilla. "El nido del cuervo, ¿supongo?".

"¿Qué es el nido del cuervo?"

"Es un apodo para la antigua sala de control del centro de conferencias", explicó Burkhalter rápidamente. "El equipo se volvió obsoleto hace años. Ahora sólo lo usamos como cabina de transmisión, ya que da al auditorio principal…"

"Y nadie lo usará todavía porque el foro no ha comenzado", concluyó Maria.

"Sé cómo llegar", dijo Baraf con urgencia. "Síganme. Sr. Burkhalter, por favor, reúna al personal de seguridad que no esté trabajando directamente con el Capitán Hegg para localizar las bombas y pídales que empiecen a registrar cualquier área aislada de las instalaciones. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir".

"Pero de nuevo", le recordó Reid, "asegúrate de que lo hagan con cuidado. No podemos permitir que sea obvio".

"Lo haré". El gerente general asintió de nuevo y se apresuró hacia el cuartel general del personal para reunir lo que Reid esperaba que fuera suficiente mano de obra para encontrar al bombardero a tiempo. Los tres agentes se dirigieron en la dirección opuesta, con Baraf a la cabeza. El agente italiano corrió hacia delante, con Maria y Reid en sus talones. (Era bastante impresionante para él la rapidez con la que Baraf podía moverse con mocasines de cuero). Cruzaron un patio nevado y cortaron entre una hilera de chalets con marco en forma de 'A' y un edificio de tres pisos de suites.

La rodilla de Reid palpitaba con enojo mientras cojeaba tan rápido como podía. A pesar de sus mejores esfuerzos, su ritmo se ralentizó, y pronto Maria y Baraf ganaron una ventaja sobre él.

"¡Kent!" Ella llamó de regreso. "¿Estás bien?"

"Sólo sigan adelante", jadeó. "No me esperen. Necesitamos…" Vio un objeto en su periferia y miró hacia arriba, entre los chalets. "Baraf, espera. ¿Qué es eso?" Señaló hacia el horizonte.

Baraf ralentizó su marcha a un trote y miró en la misma dirección, hacia una aguja blanca de cuatro pisos detrás de las estructuras con marco en forma de 'A'. "¿Eso? Es un, uh, cómo se dice… un campanario. De una iglesia".

"¿Está en uso?"

Baraf se detuvo y frunció el ceño. "Es un lugar emblemático, tiene siglos de antigüedad. El resort fue construido alrededor de él, y…" Él gruñó. "No. No está en uso".

Reid recuperó el aliento mientras sopesaba sus opciones. La teoría del nido del cuervo de Burkhalter encajaba perfectamente — igual que lo haría un campanario sin usar en una iglesia antigua.

"Nos separamos", instruyó. "Baraf, ¿puedes ir a la sala de control?"

El agente asintió. "Será un placer".

"Maria, ve con él. Revisaré el campanario".

Ella se mofó. "¿Vas a ir solo, con una pierna lastimada? De ninguna manera. Me necesitas más que él".

"¿Baraf?" Reid preguntó.

Sonrió ferozmente. "No dejes que el traje te engañe. Soy bastante capaz por mi cuenta. Buena suerte, Agentes". Salió corriendo de nuevo, dirigiéndose hacia el centro de conferencias.

Maria tomó uno de los brazos de Reid y se lo colgó de los hombros. "Vamos", dijo ella. "No vas a llegar rápido a ninguna parte y yo no voy a esperar por ti".

No pudo evitar reírse mientras ella lo ayudaba tan rápido como podía. "¿Así era en los viejos tiempos? ¿Tú tomando el relevo?"

"Oh, definitivamente. Tomando el relevo, limpiando tus desastres… no tienes idea de cuánto me debes".

"Si no lo recuerdo, no pasó". Gruñó suavemente mientras se acercaban a la iglesia. El dolor en su rodilla estaba empeorando.

Baraf tenía razón; la iglesia debía tener cientos de años de antigüedad, pero se veía sólida, la fachada de piedra apenas no estaba muy deteriorada. Estaba claro que la gente de Davos cuidó muy bien

del lugar.

Maria desenfundó su Glock y abrió las puertas. Despejó la sala y luego introdujo a Reid. “Esto no te va a gustar”, dijo ella.

El interior de la iglesia era sorprendentemente pequeño — era dudoso que más de cincuenta personas pudieran caber en los bancos. En la parte posterior del edificio, justo después del transepto, se encontraba el inicio de la torre del campanario y una escalera de madera en espiral que conducía a la parte superior.

Por supuesto que hay escaleras, pensó Reid amargamente. En su apuro por encontrar al terrorista, no había considerado que cuatro pisos se extendían entre ellos y el pico, y de repente deseó haber optado por tomar la sala de control en su lugar.

Miró hacia arriba, pero no podía ver nada más allá del techo de madera en la parte superior de las escaleras que servía como piso para la pequeña habitación circular en lo más alto. Era una pequeña bendición — significaba que, si el bombardero estaba allí arriba, tampoco los vería venir.

Maria debe haber estado pensando lo mismo, porque miró hacia arriba con dudas. “Sólo hay un camino hacia arriba”, dijo en voz baja. “Nos vendría bien una distracción ahora mismo”.

“No hay tiempo”, dijo Reid, aunque estuvo de acuerdo en que ir a ciegas no era lo ideal. “Además, cualquier distracción que hagamos puede hacer que actúen pronto. Si está ahí arriba, no tendrá línea de visión sobre nosotros. Hagámoslo”.

Él subió primero. Incluso los primeros pasos de madera hicieron que su rodilla ardiera de dolor. Se puso un dedo en los labios para advertir a Maria que se quedara callada; cada pequeño sonido parecía resonar en la torre. En respuesta, puso los ojos en blanco, habiendo ya comprobado eso.

Mientras ascendían con cuidado, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera servir de advertencia hacia la espiral cavernosa, la pierna de Reid se sintió como si estuviera en llamas. Lo que primero pensó que era un tirón muscular severo, ahora se dio cuenta de que era más probable que fuera un desgarro. Antes de llegar a la mitad del camino, su pierna empezó a temblar con la amenaza de ceder.

Oblígate a aceptarlo, le insistió a su cuerpo. *Hay vidas en riesgo.*

Ciertamente no servía de nada que apenas pudiera sostenerse sobre la barandilla — estaba en su lado izquierdo, la mano que Rais había cortado. Comenzó a quedarse atrás otra vez con respecto a Maria.

Aproximadamente a dos tercios del trayecto por la escalera de caracol que lleva a la cima del campanario, su pierna se dobló debajo de él, amenazando con ceder. Se agarró a la barandilla para apoyarse y evitó caerse.

Maria extendió la mano instintivamente y le agarró el brazo. "¿Estás bien?"

"Sigue sin mí", susurró. "Estaré justo detrás de ti".

"¿Estás seguro?"

"Estaré bien. Sólo… ten cuidado".

Ella dudó un momento, pero luego asintió y se apresuró a subir, doblando su ritmo, pisando de punta en punta cada escalera en un intento por minimizar cualquier ruido que pudiera hacer. Reid la siguió lo mejor que pudo, pero pronto desapareció de la vista alrededor de la siguiente curva en la escalera de caracol. En unos instantes, pensó, que ella estaría en la pequeña habitación redonda que había en la cima del campanario.

"Vamos", les gruñó a sus rodillas mientras se levantaba por otra escalera.

Un agudo crujido partió el aire y resonó a lo largo del campanario, sorprendiéndole. Un solo disparo.

Reid contuvo la respiración. *Era Maria*, se dijo a sí mismo. *Ella lo atrapó. Le disparó al bombardero, y en cualquier momento dirá que todo esté despejado.*

No escuchó ningún grito. En vez de eso, escuchó un estruendo que golpeó el techo de madera a pocos metros por encima de él.

No había forma de confundirlo. Un cuerpo acababa de caer al suelo.

Reid apretó los dientes y se forzó a subir. Ni siquiera se había dado cuenta de que había desenvainado su Glock, pero ahí estaba, agarrada con su buena mano derecha, haciendo todo lo posible para

ignorar el dolor abrasador de su pierna y de su mano cortada mientras apoyaba la mitad de su peso en la barandilla.

Por favor, aguanta, le rogó a su cuerpo.

Por suerte, así fue. Llegó hasta el final de la escalera, donde una puerta de arco abierto conducía a la pequeña cámara redonda. Con su arma en alto, respiró hondo y entró, moviendo inmediatamente el cañón a diestra y siniestra.

Su mirada captó varias cosas a la vez: Maria, abajo. Sangre en ella. Un hombre de pelo claro. Con una pistola en la mano. Dirigida a Reid.

No tuvo tiempo de procesarlo todo. Rápidamente apuntó y disparó.

El terrorista también lo hizo.

En ese mismo instante, la rodilla de Reid decidió que finalmente había tenido suficiente. Justo antes de apretar el gatillo con el dedo, su pierna izquierda se desvió de debajo de él y se cayó al suelo dando una media vuelta. Su propio disparo se descontroló y golpeó el techo.

El disparo del bombardero no le dio en la cabeza por centímetros.

Reid hizo un gesto de dolor al caer al suelo bajo su pierna lastimada. El bombardero estuvo sobre él en un instante, cruzando el espacio de la habitación en dos grandes zancadas. Pateó la mano de Reid y la Glock salió volando, haciendo ruido al bajar por las escaleras de madera.

Reid lo fulminó con la mirada mientras se inclinaba hacia abajo. En su puño sostenía una fea pistola negra — una Luger P08. El bombardero era sencillamente bajito, con el pelo arenoso. Con los ojos oscuros, una notable sobremordida y una nariz afilada que se enganchaba ligeramente en la punta que le daban un parecido general a una rata. En su cuello, Reid podía ver claramente el glifo de Amón.

“Agente Cero”, dijo en un silbido. “Debo decir que esta reunión es agridulce”. Su inglés estaba apenas teñido de un acento Suizo Alemán. “Por un lado, es un honor conocer a una leyenda así. Sin embargo, debo asumir que nuestro amigo mutuo fracasó en Sion”.

Reid lo ignoró y se volvió hacia Maria, quien gimió de dolor mientras se apoyaba en un codo. Su mano sostenía el hombro opuesto,

donde el bombardero le había disparado.

"¿Estás bien?" preguntó.

"El bastardo se me echó encima", gruñó. "Pero viviré".

"Ah, ¿sí?", dijo el bombardero con cara de rata con una mueca de desprecio.

"Otros vendrán", le dijo Reid. "Habrán oído los disparos".

"Sin duda. Y los veré venir". Hizo un gesto hacia la mesa que tenía detrás, donde tres monitores de pantalla plana estaban sentados uno al lado del otro, con imágenes en blanco y negro en cada uno. Reid reconoció a uno como la entrada de la iglesia y a otro como el interior de la iglesia. El último monitor tenía una vista en ángulo descendente de las escaleras de caracol que conducían al campanario.

"Nos viste", murmuró. "Estuviste observando todo el tiempo".

"Cámaras ocultas. Muy pequeño y muy discreto. Amón pensó en todo, Agente Cero. El tiempo que le tomaría a cualquiera llegar hasta aquí es más que suficiente para que yo detone, si es necesario".

En la mesa junto a los monitores estaba la pistola de Maria y junto a ella había una caja negra trapezoidal, de unos pocos centímetros de grosor, con más de dos docenas de interruptores cromados en filas. Cada interruptor tenía un pequeño LED rojo a su lado. Desde la parte posterior de la caja había una multitud de cables, cada uno de los cuales terminaba una caja rectangular negra — radios transmisores, Reid sabía, uno único para cada bomba escondida a lo largo de Davos.

Nos estaba observando, pensó Reid, *pero no detonó. ¿Por qué?*

"Viste que estaba herido", razonó en voz alta.

El bombardero sonrió con maldad. "Me arriesgué, sí. Mis hermanos probablemente no lo aprobarían. Pero vi una oportunidad y no pude resistirme. Pronto, Agente Cero, morirás. Antes de eso, sin embargo, van a ver la destrucción de Davos y de cientos de líderes mundiales". Señaló a la única ventana del campanario, un gran marco en forma de ojo de cerradura con un marco de hierro oscuro. "Tenemos el punto de vista perfecto para ello".

Reid se puso en una posición de asiento. El bombardero saltó

hacia atrás, con la Luger apuntada, claramente sin interés en correr más riesgos. La rodilla de Reid gritaba en protesta por el movimiento; no había forma de que volviera a levantarse.

Aunque tal vez no tenga que hacerlo, pensó. Todavía tenía la pequeña LC9 plateada y negra atada a su tobillo. El Agente Baraf ya habría llegado a la sala de control y se habría dado cuenta de que era un callejón sin salida. O regresaba a la iglesia o trataba de comunicarse con ellos por teléfono, y cuando eso fallara, vendría a buscarlos.

Tan pronto como alguien más entrara en la iglesia y se desviara la atención del bombardero, decidió que iría por la funda en su tobillo. Sólo tendría una pequeña oportunidad, pero tenía que intentarlo.

El bombardero miró su reloj de pulsera. “Me temo que nuestro horario se ha adelantado unas horas”, suspiró, “pero usted nos ha forzado la mano, Agente Cero. Ahora, por favor, dirijan su atención a la estación de abajo…” Su mano flotaba peligrosamente sobre el panel de interruptores.

“¡Espera!” exclamó Reid. “Amón no pensó en todo”. Tenía que ganar algo de tiempo, de alguna manera, y sólo había una manera de que pudiera pensar en hacer eso — demostrarle al bombardero que Amón no era tan impecable como él lo percibía.

El hombre con cara de rata levantó una ceja. “No hay ningún defecto en nuestro plan”.

“Hay uno. Me subestimaste. Descubrí la ubicación de tus bombas”.

La cara del bombardero se extendió lentamente en una amplia sonrisa. “Estás haciendo tiempo”.

“No lo estoy. Enviaste gente como obreros de la construcción durante la renovación del resort. Escondieron las bombas detrás de las paredes y las cubrieron con un material de compuesto ligero que no impediría la explosión”.

La sonrisa del bombardero colapsó. “¿Cómo…?”

“No son tan inteligentes como ustedes creen”, dijo Reid simplemente.

“Ya han… encontrado algunas”, agregó Maria lentamente. Reid

notó con leve pánico que su rostro estaba desvaneciendo; ella estaba perdiendo sangre rápidamente.

Vamos, Baraf.

"No". El bombardero agitó la cabeza vigorosamente. "No, no han encontrado nada". Sus labios temblaban de ira y de temor. Dio otro paso atrás, y de nuevo su mano se posó en el espacio sobre los interruptores. "Si lo hubieran hecho, entonces supongo que hay una posibilidad de que esto no haga nada". Miró fijamente a Reid mientras su dedo tocaba un interruptor al azar

"No, ¡no…!" Reid se oyó gritar.

El bombardero pulsó el interruptor.

Reid contuvo la respiración, esperando escuchar una explosión, sentir la detonación debajo, ver una bola de fuego naranja elevarse hacia el cielo a través de la ventana de la cerradura.

No pasó nada.

La pequeña luz roja del LED se apagó al pulsar el interruptor, pero por lo demás, el silencio reinó en la pequeña habitación redonda en la parte superior del campanario.

Reid respiró aliviado. La bomba detonada debe haber sido una que el equipo de Hegg ya había encontrado y desarmado. Pero su consuelo duró poco.

Las manos del bombardero temblaban con una furia silenciosa mientras su cara se ponía roja de indignación. Se dio la vuelta hacia Reid. "¡Lo has arruinado todo!", gritó. Sus ojos eran salvajes y asesinos mientras nivelaba la temblorosa Luger — pero no hacia él.

Le apuntaba a Maria.

"Elige", siseó. "O le disparo a esta mujer delante de tus ojos o acciono otro interruptor. Elige".

"¿Qué?" exclamó Reid horrorizado. "Yo… no. No puedo. No puedo. No lo haré".

"¡Elige!", gritó el bombardero. Extendió la mano izquierda y apoyó un dedo en un interruptor.

Reid miró con incredulidad. Donde Rais y el falso jeque eran

fanáticos peligrosos, este hombre era simplemente un monstruo. No había forma de que pudiera tomar esa decisión. Se negó.

"Elige".

"Escúchame", dijo Reid rápidamente. "*Tú* eres el que tiene una opción. El plan de Amón ha fracasado, te des cuenta o no. Todavía puedes alejarte de esto. Danos información y te concederemos la amnistía. Tienes mi palabra".

El terrorista agitó lentamente la cabeza. "Como Amón", dijo en voz baja, "perduramos".

Pulsó el interruptor.

Reid hizo una mueca de dolor.

No pasó nada. No hubo detonación. *Gracias a Dios*, pensó.

"Otra vez", declaró el bombardero. "Elige".

Tienes que estar bromeando. Todavía había casi dos docenas de interruptores en el tablero. No había forma de que Davos siguiera teniendo esa suerte.

"No lo haré", insistió Reid. "No voy a elegir".

"Yo lo haré". La voz de Maria era débil, sus ojos entrecerrados, todo el color se le drenaba de la cara. Reid la miró sorprendido. La mayor parte de su camisa estaba empapada de sangre, y ya no estaba sosteniendo su herida; había perdido la fuerza para mantener su brazo en alto. "Yo elegiré".

"Maria…", dijo él.

"Está bien, Kent". Una sonrisa se movió en sus labios. "Tuvimos una buena racha, tú y yo". Las lágrimas rebosaban sus ojos. "Realmente te amaba. ¿Lo sabes?"

Reid asintió mientras sentía un pinchazo en sus propios ojos. Quería decir algo, cualquier cosa, pero en vez de eso miró al suelo. No podía ver a Maria morir delante de él.

El bombardero se inclinó sobre ella. "No es tu decisión", dijo venenosamente. "Es de él". Quería avergonzar al Agente Cero, torturarlo antes de matarlo. Reid sabía muy bien que este loco los asesinaría y haría estallar las bombas — pero no necesariamente en

ese orden.

Y entonces se le ocurrió una idea. Maria también era consciente de ello. No había razón para que se sacrificara.

“Lo sé”, le dijo al bombardero débilmente. “Estoy… haciendo tiempo”. Señaló con su barbilla hacia los monitores que había detrás de ellos.

En el monitor central, Baraf y tres oficiales de seguridad irrumpieron en la iglesia, haciendo la transición al monitor más a la derecha mientras subían las escaleras en espiral.

“¡No!”, gritó el terrorista. Dejó caer la Luger al suelo y se tambaleó hacia el tablero.

Un estallido de adrenalina recorrió a Reid, adormeciendo el dolor al ver su oportunidad. Se lanzó hacia adelante, sacó la LC9 de la funda de su tobillo y apuntó al bombardero. Le disparó dos tiros, en el centro de masas, en la espalda del hombre mientras alcanzaba los detonadores.

El cuerpo del bombardero sufrió un violento espasmo cuando las balas lo golpearon. Pasó por encima del tablero y cayó sobre la mesa, tosiendo sangre con fuerza sobre la ventana en forma de ojo de cerradura.

Mientras sus piernas se debilitaban y se entregaban a sus pies, sus manos buscaban aferrarse a algo desesperadamente, a cualquier cosa de la pudiera sostenerse.

Un dedo encontró un interruptor y lo apretó.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Reid sintió que la estruendosa explosión sacudió las tablas que tenía debajo. Escuchó la asombrosa y fuerte detonación. Cerró los ojos para no ver la columna de humo gris que se elevaba contra el cielo azul de Davos, pero no hizo nada para ahogar los gritos y el llanto de los que estaban afuera.

Había fracasado. Incluso una sola detonación todavía era un ataque terrorista. Había fallado en detenerlo.

Cuando volvió a abrir los ojos, Maria estaba acostada a un lado, inmóvil. Se arrastró hasta ella y le tomó el pulso. Estaba viva, aunque su respiración era superficial.

"Aguanta", le dijo. "Aguanta un momento".

Los pies golpearon las escaleras fuera de la habitación. Segundos después, Baraf y los tres oficiales entraron, con las armas en alto, y más que sorprendidos por lo que encontraron.

"Necesita atención médica de inmediato", exigió Reid.

Ninguno de los oficiales de seguridad se movió. Parecía que estaban tratando de reconstruir lo que había sucedido en el campanario de la iglesia.

"¡Ayúdenla!" Baraf les ladró. Dos de los oficiales corrieron hacia adelante, levantando a Maria con cautela y llevándola enérgicamente por las escaleras.

El tercer oficial revisó al terrorista. "Está vivo, señor".

"Bien", dijo Reid desapasionadamente. "Asegúrate de que siga así. Quiero saber todo lo que sabe. Y quiero asegurarme de que sepa lo que hizo hoy aquí".

El oficial inmediatamente se puso en contacto por radio para solicitar un transporte médico aéreo.

Baraf extendió una mano y cuidadosamente ayudó a Reid a ponerse de pie. Hizo una mueca por el dolor ardiente en la rodilla y se apoyó en el hombro del agente italiano. Permanecieron así por un momento, uno al lado del otro, ambos mirando por la ventana

mientras el espeso humo gris seguía subiendo por el aire.

"El centro de conferencias", dijo Baraf en voz baja. "Seguramente se perdieron vidas". Se volteó hacia Reid. "Pero deberías estar orgulloso de lo que pudiste lograr. Hoy has salvado a cientos — probablemente a miles".

"Aún no es suficiente", murmuró Reid. No se sentía como un héroe, y ciertamente no quería quedarse ahí parado y mirar el humo, ni escuchar las sirenas que empezaron a sonar desde algún lugar cercano mientras los vehículos de emergencia rugían hacia el lugar. A pesar de todo lo que había pasado, de todo lo que había hecho, de alguna manera — quizás de una manera muy pequeña, pero no por ello menos importante — seguía sintiéndose como si Amón hubiera ganado.

El Agente Cero, en efecto, pensó amargamente mientras se giraba y cojeaba dolorosamente fuera de la habitación para comenzar su lento descenso por las escaleras.

*

El subdirector del Grupo de Operaciones Especiales, Steve Bolton, estaba almorzando cuando se enteró de la noticia. Había un bar de deportes a menos de diez minutos de Langley que servía unos excelentes emparedados de bistec con queso y, al menos una vez a la semana, se iba a la cafetería y se daba el gusto.

La televisión detrás de la barra estaba reproduciendo lo más destacado del partido de hockey de la noche anterior, la victoria cuatro a uno de los Washington Capitals sobre los Buffalo Sabres, cuando fue interrumpida por una noticia de última hora desde Davos, Suiza.

Bolton dejó de masticar y simplemente miró.

El complot había fallado. Cero debe haberse dado cuenta. Sólo una bomba había estallado.

Sintió un nudo apretado de pánico en su pecho. El sándwich de bistec a medio comer amenazó con volver a subir.

Sabía muy bien lo que Amón le hacía a la gente que les fallaba.

No se atreverían, pensó. Era un oficial de la CIA. Lo necesitaban. Además, ¿no fue él quien les dio a Alan Reidigger?

Alan había cometido un grave error. Hace varios meses, había usado la base de datos de la CIA para investigar a alguien llamado Reid Lawson. Bolton rastreaba las actividades de todos sus agentes de campo; para un observador externo, parecería que sólo estaba siendo un jefe minucioso, pero su propensión a seguir a sus agentes era un subproducto de su propia paranoia. En ese momento, sin embargo, había pensado poco en ello. Reidigger estaba en una operación de tráfico de personas. No tenía nada que ver con Amón.

Pero Alan volvió a comprobar el mismo nombre unos meses antes. Bolton comenzó a sospechar; Reidigger dejó el nombre fuera de su informe, a pesar de haber verificado a esta persona dos veces. Lo que era aún más extraño era que la base de datos no contenía información sobre el hombre — ni antecedentes, ni dirección, ni número de teléfono, ni nada. Sólo un nombre.

Era extraño que la CIA tuviera un archivo de datos vacío sobre alguien, pero era más extraño que Alan lo buscara continuamente sin ninguna nota en su informe. Y cuando Reidigger buscó en la base de datos por tercera vez hace sólo unas semanas, Bolton decidió investigarlo él mismo. Una búsqueda en Internet de Reid Lawson produjo docenas de resultados; no había forma de saber con seguridad cuál era el Lawson de Reidigger.

Entonces Bolton se dio cuenta: ese era exactamente el punto. Reidigger no estaba revisando la base de datos para encontrar a Reid Lawson. Lo estaba revisando para asegurarse de que no había información disponible. Alguien había alterado el archivo, ofuscado los datos, y Bolton estaba bastante seguro de que era el propio Reidigger. Una eliminación de los registros de la CIA sin duda levantaría algunas cejas, pero los archivos se alteraban o modificaban a diario.

Bolton odiaba la idea de que cualquiera de sus agentes pudiera estar ocultándole secretos —irónico, ya que sus propios secretos podían hacer que lo mataran a él, y a otros — por lo que investigó más a fondo, buscando en los archivos de la CIA cualquier mención de un tal Reid Lawson.

Y encontró uno.

El subdirector Steve Bolton se sorprendió al descubrir que Reid Lawson era el nombre de nacimiento del Agente Cero. No sólo Kent Steele estaba vivo, sino que había eludido a la CIA bajo el único alias que nadie pensó que usaría... su verdadero nombre. Y Reidigger lo sabía.

Bolton le había dado a Reidigger, su propio agente, a Amón. Lo torturaron por el paradero de Kent Steele y luego lo mataron.

El subdirector había hecho todo lo que le habían pedido. No se atreverían a tocarlo.

Aun así, sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta mientras deslizaba su té helado del posavasos, lo volteó y escribió una nota rápida. Cartwright había dejado escapar que la NSA estaba monitoreando a todos los miembros de la CIA en funciones de supervisión, así que tenía que tener cuidado con su correspondencia.

No lo sabía, escribió. *Fueron ocultos*.

Era una mala excusa, pero era una excusa de todos modos. Es lo único que tenía sentido para él; Cartwright y Cero deben haberse ido ocultos. Como jefe del Grupo de Operaciones Especiales, debería haber tenido conocimiento de un ataque en Davos, pero no había oído nada más allá del posible ataque a los Juegos Olímpicos de Invierno.

En algún lugar del bar deportivo con él había un miembro de Amón. Bolton no tenía idea de quién podría ser o si había más de uno, pero sabía que lo estaban vigilando, siguiéndolo y recogiendo su correspondencia mientras los dejaba. Interceptarían el posavasos y verían su nota. Y entonces… Bueno, no tenía ni idea de lo que podría pasar desde allí.

Pero sí sabía que había dejado su arma en el cajón de su escritorio cuando se fue a almorzar.

Su teléfono sonó, pero lo ignoró. En vez de eso, dejó caer un billete de veinte en la barra, se levantó de su taburete y se puso un abrigo. Se dirigió rápidamente hacia la puerta y cuando la abrió, vio movimiento en su periferia. No se dio la vuelta. Él lo sabía.

Alguien lo estaba siguiendo. Ellos ignoraron su mensaje, el posavasos, y lo siguieron hasta la luz del día. No se molestaron en tratar de ocultar el hecho de que lo estaban siguiendo.

Su garganta se secó. *No se atreverían*, se dijo a sí mismo.

Steve Bolton salió a la luz del día y el hombre de Amón lo siguió.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

"¿Agente Steele? ¿Escuchaste lo que dije?"

Reid salió de sus pensamientos y miró al joven agente sentado junto a su cama. Ella era uno de los agentes de Cartwright, uno de los que había enviado en helicóptero para ayudar en Davos. No podía tener más de veinticinco años. Davos probablemente había sido su primera operación importante.

Ella también le había dicho su nombre dos veces y él aún no lo había retenido. No por falta de respeto. Sólo que tenía mucho peso sobre él.

"Um, lo siento. Estaba… distraído. ¿Puedes repetir eso?"

"Dije que la Agente Johansson está mejorando", contestó el agente. "Recibió una transfusión de sangre y sus signos vitales están estables".

"Genial. ¿Cuándo puedo verla?"

"Pronto", prometió el agente. "Ella aún no ha despertado".

Reid asintió con la cabeza. Tras la explosión en el Foro Económico Mundial de Davos, Maria y él fueron llevados inmediatamente en helicóptero a un hospital de Zúrich, donde aterrizó en la UCI y fue ingresada en la admisión general. Tenía razón sobre su pierna — un menisco parcialmente roto. Serían al menos unas pocas semanas de moverse lentamente.

Pero no fue por eso que se perdió en sus pensamientos. No era por eso que no había podido dormir toda la noche, incluso con los analgésicos que le dieron. Era la otra noticia, el informe en el que había insistido en mantenerse al tanto, a pesar de estar en otra ciudad y lejos del lugar.

La única explosión en el resort alpino se cobró la vida de nueve personas e hirió a otras diecisiete. Entre los fallecidos se encontraban delegados de Brasil, Japón y México; un ejecutivo de una iniciativa de emisiones limpias; y tres miembros de los medios de comunicación.

Después de su partida apresurada y la de Maria, Baraf y la Interpol se hicieron cargo de la investigación, con la ayuda de los

agentes enviados por Cartwright. Con el receptor del bombardero desactivado, el resto de los explosivos se localizaron rápidamente y se desarmaron completamente — veintitrés en total.

Según la mayoría de los informes, el ataque de Amón fue un fracaso. Sólo habían logrado detonar una sola bomba. Pero para Reid, aún se la habían arreglado para detonar una bomba.

Una llamada telefónica de Cartwright esa mañana le había informado que el frenesí de los medios de comunicación había comenzado antes de que el polvo se asentara, antes de que el personal de seguridad terminara una evacuación completa del resort. A los pocos minutos de la explosión, el mundo estaba al tanto. El ataque pendiente a los Juegos Olímpicos de Invierno fue una distracción del objetivo real, un foro económico en los Alpes Suizos que acogió a docenas de líderes mundiales y titanes de la industria.

"¿Y el terrorista?" preguntó Reid a la joven agente.

"Está vivo", le dijo ella, "y hablando".

Reid luchó por sentarse en su cama de hospital. "¿Decir qué?"

Ella miró hacia otro lado. "El subdirector dijo que preguntarías. También dijo que deberías descansar…"

"Por favor", insistió. "Es importante para mí".

Ella asintió lentamente. "Muy bien. Su interrogatorio llevó a la localización de tres hombres que se hacían pasar por médicos en un hotel suizo. La policía federal llegó esta mañana mientras intentaban huir. Dos de ellos fueron detenidos — uno era un cirujano alemán cuya licencia médica había sido despojada debido a acusaciones criminales, y el otro fue identificado como El Jeque Mustafar de Teherán".

Reid respiró un pequeño suspiro de satisfacción. El jeque — el *verdadero* jeque — sin duda pasará el resto de sus días en un hoyo similar al de su doble trastornado en el Infierno Seis.

"¿Y el tercero?" preguntó.

"El tercero se las arregló para evadir a las autoridades el tiempo suficiente para llegar al techo", le dijo el agente. "Él… saltó".

"¿Él saltó?" Reid se quedó mirando con los ojos en blanco. "Jesús.

¿Está muerto?"

Ella asintió. "Se pone peor. Una cámara de la policía lo capturó todo, así como sus últimas palabras. Él dijo: 'Como Amón, perduramos'. Luego saltó. Ese material ya ha sido filtrado a la prensa".

"Así que el mundo sabe de Amón", dijo lentamente. "Y si no lo saben, pronto lo sabrán".

"Sí. Y ya sabes cómo son los medios de comunicación. Es la noticia principal en todas partes. Así que… la agencia ha decidido seguirle la corriente. El glifo de Amón se está difundiendo entre los organismos encargados de hacer cumplir la ley de todo el mundo, con la advertencia de estar atentos a cualquiera que tenga la marca en la piel".

Reid sabía que al menos debería haber estado ligeramente contento con los resultados. Pronto todo el mundo sabría de la organización terrorista, y sus miembros no tendrían adónde huir. Pero, aun así, el objetivo de Amón de incitar al miedo en el mundo había funcionado, de alguna manera, incluso si su plan más amplio había fracasado.

La agente se levantó de su asiento. "Haré que las enfermeras le avisen cuando pueda visitar a la agente Johansson".

"Gracias", le dijo mientras ella salía de la habitación.

"Oh, hay una cosa más". Se detuvo en la puerta. "Se perdió en la confusión de todo lo que ha pasado, pero, aun así, deberías saberlo. Ese hombre, el de Sion, fue encontrado vivo".

"¿El hombre en Sion?" A Reid le tomó un momento registrar lo que ella le estaba diciendo. Sion ya se sentía como hace años. "¿Qué hombre en…?" Se calló mientras recordaba. "¿El asesino? ¿El rubio?"

Ella se encogió de hombros. "Si ese es el tipo, entonces sí. No está en buena forma, pero está vivo. Pero no te preocupes por él. Está bajo fuerte vigilancia, y será puesto bajo custodia tan pronto como esté bien".

Reid no podía creer lo que estaba escuchando. Estaba seguro de que había perforado el corazón del asesino — sin embargo, Rais había *sobrevivido* de alguna manera.

"¿Agente?", dijo. "Por favor, haz algo por mí y lleva un mensaje

hasta allí. No hay que subestimar a ese hombre, pase lo que pase. Es extremadamente peligroso".

Ella sonrió. "Se los diré, Agente Steele. Pero confía en mí. No va a ir a ninguna parte en un futuro cercano".

*

Rais no podía moverse.

No podía hablar. Ni siquiera podía respirar por sí mismo. Estaba inútil, derrotado y completamente solo.

El asesino yacía en una cama de hospital en Sion, Suiza. Tenía un tubo de respiración en la garganta, un tubo de alimentación en el estómago y un catéter en la uretra. Incluso las funciones corporales más básicas eran imposibles para él en su estado. Los médicos le administraron tantos analgésicos que durmió veinte horas ese primer día.

Pero todavía había vida en él. Todavía había furia en él.

Kent Steele lo había eludido tres veces. La primera vez, cuando Steele abrió su intestino y lo dejó para que muriera, el cirujano alemán reparó las costillas fracturadas de Rais con tornillos y una pequeña placa de acero.

Esa pequeña placa, de poco menos de dos pulgadas de ancho, le había salvado la vida. Donde Steele había evadido sus intentos en los dos primeros casos por un golpe de fortuna, esta vez había sido Rais quien tenía la suerte de su lado. Cuando Steele había deslizado el pequeño cuchillo entre sus costillas, apuntando a su corazón, esa estrecha placa de metal redirigió la hoja un poco más lejos. Un simple cuarto de pulgada en una dirección y la hoja habría perforado su atrio izquierdo.

De vuelta en el Parque Olímpico, en la oscuridad del estadio de la pista de patinaje, Rais había recobrado el conocimiento y se había dado cuenta de que Steele se había ido y que el pequeño cuchillo rojo salía de su pecho. No creía que sobreviviría, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a su destino.

Sabía lo que tenía que hacer si quería tener alguna posibilidad de

sobrevivir y escapar. Con su última onza de fuerza, soltó el cuchillo y lo usó para cortar el glifo de Amón de su brazo. Presionó su brazo contra su cuerpo para pellizcar la piel arrugada y levantada de la marca y, en tres golpes, la cortó.

Unos minutos más tarde, escuchó voces. Dos agentes de seguridad entraron en el estadio con información de la CIA de que había un cadáver dentro. Rais les gritó débilmente, más gemidos que palabras, pero en la cámara vacía y resonante lo escucharon.

"Buen Señor", había exclamado uno de ellos. "¿Está vivo?"

Entonces Rais perdió el conocimiento de nuevo.

Cuando se despertó, estaba en un hospital, conectado a las máquinas. Tubos en sus cavidades corporales. Su cabeza nadando con drogas. Su brazo derecho estaba esposado a la barandilla de acero de la cama.

Los pensamientos coherentes venían lentamente, como flotando en una brisa: estaba vivo. La policía suiza estaba desplegada frente a su puerta en parejas. Cada vez que despertaba, había caras diferentes, nuevos turnos.

Sabía que una vez que estuviera lo suficientemente bien para hablar, la policía querría interrogarlo — o peor aún, entregarlo a la CIA. No podía permitir que eso sucediera. Tan pronto como tuviera un poco de fuerza, tendría que intentar escapar de este lugar.

Las noticias llegaron en el transcurso de dos días, a partir de conversaciones en el pasillo o del personal médico. Con cada nueva información, su ira e indignación crecía.

El complot de Amón había fracasado.

El bombardero estaba bajo custodia.

El egipcio, su punto de contacto con Amón, estaba muerto.

El jeque y el doctor alemán fueron arrestados.

Todo por lo que Rais había trabajado en los últimos años había desaparecido. Todo excepto un factor crucial — Kent Steele seguía vivo.

Y él también.

Al tercer día de su hospitalización, su doctor, un hombre blanco bajito con gafas y un brillante parche de calvicie, entró en la habitación para examinar sus heridas. Peló metódicamente los vendajes y pinchó suavemente las suturas crudas y dolorosas.

"Te estás curando bien", le dijo a Rais sin rodeos. El médico sabía muy bien quién era su paciente y su relación con lo que había ocurrido. "Estoy seguro de que recuerdas poco de los últimos días. Le extirpamos uno de sus riñones y le operamos para extraer una parte lacerada de su hígado". Habló desapasionadamente. "Habrá daños nerviosos a largo plazo, pero nada que pueda perjudicar la calidad de vida". Se detuvo un momento, considerando la implicación de lo que acababa de decir. "Aunque, me imagino que donde sea que termines por el resto de tu vida te faltará algo de 'calidad'".

Con el tubo en la garganta, Rais no pudo decir nada en respuesta.

"Una vez que su frecuencia respiratoria mejore, le quitaremos los tubos, reduciremos la medicación y lo sacaremos de la UCI", continuó el doctor. "Pero su recuperación tardará algún tiempo antes de que pueda ser dado de alta. Y luego…" Su mirada se dirigió hacia los dos oficiales de policía desplegados fuera de la puerta de la habitación. No necesitaba decir nada más; Rais sabía que 'y entonces' significaba que sería detenido — o, más probablemente, que sería interrogado y torturado para obtener información, y luego enviado a un agujero infernal para marchitarse y morir.

No podía permitir que eso sucediera.

La noche cayó y Rais luchó por dormir. Sus extremidades se sentían pesadas y sus heridas le dolían con cada ligero movimiento. El médico había disminuido su medicación; ya fuera para destetarlo de los analgésicos o para vengarse a propósito, no lo sabía, pero el dolor era más intenso ahora. Trató de ignorarlo, pero como no cedió, lo usó para alimentar su ira mientras intentaba idear un plan de escape. Tendría que ser bajo la cubierta de la noche, después de las horas de visita y cuando el personal fuera mínimo. Estaba en el cuarto piso, así que las ventanas no eran una opción. Tendría que sorprender a sus dos guardias sin hacer ruido, para no alertar al personal cercano. Luego necesitaría ropa; tuvieron que cortarle las suyas cuando lo trajeron. No podría salir con uniforme de policía. Eso sería demasiado sospechoso.

Tenía tiempo para planear su fuga, incluso si eso significaba sacar el catéter y las líneas intravenosas él mismo y luchar para salir. Sólo

podía esperar a recobrar la fuerza suficiente para hacerlo. Todavía no estaba seguro de adónde iría ni de lo que podría hacer. Sólo una cosa estaba clara en su mente: ya no era sólo su destino librar al mundo de Kent Steele.

Ahora era una necesidad.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

"Hola". Maria chasqueó los dedos dos veces delante de su cara. "Tierra a Kent".

Le hizo un guiño. "Lo siento. Estaba… pensando".

"¿En qué estás pensando?"

Se quedó en silencio un largo momento. "Personas murieron, Maria. Hicimos lo que estaba en nuestras manos, hicimos todo lo que pudimos y aun así murieron personas".

Los dos se sentaron uno frente al otro en una sala de conferencias en el cuartel general de la CIA en Zúrich, esperando a Cartwright y a la sesión informativa. Lo primero que hizo Reid al regresar al cuartel general fue tomar la línea a la casa segura y asegurarse de que sus hijas estuvieran bien. A pesar de estar a varios miles de kilómetros del foro económico y de la explosión, la experiencia lo había sacudido. Amón casi había ganado.

Pero sus hijas estaban a salvo, sólo un poco afligidas por el encierro y deseosas de volver a casa. Por primera vez desde que desapareció de la casa en Nueva York, Reid pudo prometerles honestamente que estaba a salvo y que pronto volvería a casa con ellas.

Maria había pasado el resto del día anterior y la noche en el hospital. Después de que su herida fuera tratada y recibiera una transfusión de sangre, se consideró que estaba lo suficientemente bien para ser dada de alta, aunque su brazo derecho estaría en cabestrillo durante las siguientes dos semanas.

Ella se acercó a la mesa y agarró su mano con la suya. "Tienes razón", dijo ella, "la gente sigue muriendo. No sólo en Davos también. Perdimos amigos. Testigos inocentes atrapados en el fuego cruzado. Desafortunadamente, Kent, ese es el trabajo. Mientras haya gente como Amón, dispuesta a hacer cosas horribles para tratar de imponer su voluntad, la gente morirá. Por cínico que parezca, ponerle fin es un objetivo demasiado idealista. Nuestro trabajo consiste en controlarlo, sofocarlo y tratar de evitarlo siempre que sea posible. A veces… no es posible".

Él sonrió ampliamente. "Gracioso. Te tomé por una mujer

esperanzada y optimista". Su sonrisa se desvaneció. "A esta hora la semana pasada, nunca me hubiera imaginado que estaría hecho para este tipo de trabajo. Todavía no estoy seguro". Suspiró. "Creo que tengo un largo camino por delante. Hay muchas cosas que no recuerdo".

"Tal vez eso no sea tan malo", sugirió Maria. "Tal vez sin algunos de esos recuerdos, puedas ser una persona nueva. Tal vez puedas ser todas las mejores partes de Kent y todas las mejores partes de Reid".

"Sí. Tal vez". Reid sonrió. "Y no pienses ni por un segundo que he olvidado lo que dijiste en ese campanario".

"No sé de qué estás hablando", dijo tímidamente.

"¿No? ¿Tengo que refrescarte la memoria…?"

Ella se mofó. "Estaba entreteniendo a un terrorista, Kent. Se llama subterfugio. *Solías* saber lo que eso significaba".

"Sí, y aparentemente tú *solías* amarme".

Maria se sonrojó ferozmente. "Yo… sí. Tal vez. Aunque creo… creo que los dos éramos personas diferentes en ese entonces".

"Sí", estuvo de acuerdo en voz baja. La tensión en el aire se hizo más espesa, así que rápidamente cambió de tema. "Pero no más secretos, ¿de acuerdo? No entre nosotros. Creo que puedo decir con seguridad que aparte de mis hijas, podrías ser la única persona en el mundo en la que siento que puedo confiar. Me gustaría que siguiera así".

"De acuerdo". Maria hizo una mueca. "Pero… ¿puedo salirme con la mía con un pequeño secreto más?"

Reid sonrió con suficiencia. "¿Y ahora qué?"

Metió la mano en su bolsillo trasero y sacó un sobre blanco doblado. "No te hablé de esto antes porque no estaba seguro de si decías la verdad. Y luego nos separamos, y luego… bueno, ya sabes".

"¿Qué pasa?"

"Hace unas semanas, esto llegó por correo a la casa segura en Roma. Fue enviado por Alan Reidigger. No sabía que yo estaba ahí". Ella deslizó el sobre hacia él. "Es tuyo. No lo he abierto".

Reid abrió el sobre. Con seguridad, estaba dirigido a él — *para Reid Lawson* estaba escrito en el anverso, junto con la dirección del apartamento en Roma. Le dio vuelta y vio que en la solapa trasera había seis palabras, escritas claramente en letras minúsculas: *En caso de mi muerte.*

Maria tenía razón. El sobre aún estaba sellado.

"Apuesto a que encontrarás algunas respuestas aquí", dijo ella.

Reid dio vuelta el sobre con sus manos. Él quería respuestas — pero al mismo tiempo, no estaba seguro de que le gustaran. No le pareció el momento adecuado para abrirlo, no allí, sentado en una sala de conferencias.

No estaba seguro de que alguna vez fuera el momento adecuado.

La puerta se abrió y el subdirector Cartwright entró, llevando una carpeta marrón. Reid dobló el sobre y se lo metió en el bolsillo. *Más tarde*, pensó.

"Agentes", Cartwright saludó con fuerza. "Hicimos algo bueno hoy". Incluso mientras lo decía, no parecía contento.

Maria frunció el ceño. "Está enviando señales contradictorias, señor".

"Todavía hay mucha confusión", dijo Cartwright. "Mucha gente quiere hacerles muchas preguntas. No sólo la CIA, sino también Asuntos Internos, el gobierno suizo, el Consejo de Seguridad Nacional y posiblemente la Interpol. Lo más importante que podemos hacer ahora mismo es ser completamente honestos sobre los eventos de los últimos cinco días".

Ambos agentes asintieron con la cabeza.

"Hay más", dijo Cartwright. "Tengo fuertes razones para creer que el topo dentro de la CIA es Steve Bolton".

El nombre apenas registró algún efecto en Reid — sólo lo había oído de pasada como otro funcionario de la CIA — pero Maria levantó la vista con agudeza. "¿Cómo puedes saberlo?" preguntó ella.

"Yo tenía mis sospechas desde antes, cuando enviamos a Carver y Watson a buscar a tus hijas", explicó Cartwright. "Bolton fue el único al que se lo conté, y el terrorista se identificó como el Agente Watson".

Pero no actué en consecuencia; no estaba seguro, y hacer una acusación como esa con tan poca evidencia no me habría sentado bien si no fuera verdad". Agitó la cabeza. "Debí haber seguido mis instintos entonces".

"No es demasiado tarde…", dijo Maria.

"Bolton ha desaparecido", les dijo el subdirector. "Se fue a almorzar justo antes del ataque a Davos, y nunca regresó. Su celular fue encontrado a una cuadra de un bar que le gustaba. Nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él".

"Entonces eso es todo", dijo Reid. "Si les estaba dando información, entonces las fugas deberían cesar".

"Sólo podemos esperar, Cero". El subdirector negó con la cabeza. "Me gustaría considerar el día de hoy como una victoria — y, a todos los efectos, lo fue. Pero puede que todavía tengamos problemas en la agencia, y Amón sigue ahí fuera".

"Cierto", estuvo de acuerdo Reid, "pero Amón ha cometido un error fatal". Se volvió hacia Maria. "¿Recuerdas tu analogía en Roma, sobre su cadena? ¿Alguien a la izquierda y alguien a la derecha? Les hemos roto la cadena. Tenemos al bombardero, al doctor alemán y al verdadero jeque. Rais está muerto y también el egipcio. Están desorganizados. No sé cuánto tiempo durará, pero espero que lo suficiente para que podamos adelantarnos".

"¿Nosotros?" preguntó Maria.

Reid se mordió el labio. Con todo lo que había pasado, no había pensado realmente en lo que pasaría después. Extraño, pensó, que su instinto era continuar, seguir adelante. Si lo pensaba por un momento, todo lo que realmente quería era volver a casa con sus hijas.

"Johansson, ¿podría darnos un minuto?" preguntó Cartwright.

"Por supuesto". Maria se levantó y salió de la sala de conferencias.

Una vez que se fue, el subdirector tomó el asiento frente a Reid. Colocó la carpeta marrón entre ellos y dobló sus manos sobre ella.

"No me gusta hablar con rodeos", dijo. "Ya has sido reinstalado en este caso. He hablado con los Directores Mullen y Hillis, y a la luz de lo que han hecho, podemos mantener esa restitución — a la espera

de una evaluación psicológica, resonancias magnéticas y algunas otras pruebas. Podrías volver, con todas las de la ley". Cartwright se detuvo un momento. "O, podrías elegir no hacerlo". Golpeó la carpeta marrón con un dedo índice. "Aquí está tu informe completo de este caso. Una vez que este lío esté resuelto, los archivos de Cero tienen que ir a alguna parte. O a los archivos… o la base de datos activa".

Reid se quedó en silencio durante un largo momento. Extrañaba desesperadamente su vida tranquila con sus chicas, sus noches de juego, sus conferencias y clases… pero, por otro lado, se encontraba anhelando la emoción de la persecución, la sensación del frío acero en su mano y la emoción que le producía el retroceso de un arma.

"Gracias", dijo Reid, "pero creo que necesito algo de tiempo. No estoy seguro de estar preparado para eso. Todavía tengo que averiguar quién soy".

Cartwright se rio. "¿Todavía no te has dado cuenta de eso?" El subdirector se inclinó hacia adelante. "No te engañes pensando que eres un gran misterio, Cero. Es muy sencillo. Eres Reid Lawson. Naciste como Reid Lawson. No es un alias. Es por eso que nunca te encontramos en nuestro seguimiento después de tu presunta muerte; pensamos que eras lo suficientemente inteligente como para no usar tu nombre real. ¿Quién haría eso? Resulta que estabas escondido a plena vista todo este tiempo".

Reid sintió cómo una ola de alivio le bañaba. Era Reid Lawson. Su esposa había sido Kate Lawson. Sus hijas eran Maya y Sara Lawson. Eso es lo que eran, lo que él era.

"Pero también eres Kent Steele", dijo Cartwright. "Sí, es un alias, hecho para tu protección, pero no es menos que lo que eres".

Reid asintió. "Entiendo. Pero hasta que recupere mis recuerdos y los resuelva, todavía siento que hay un lado de Reid y un lado de Kent. Mi cerebro es un poco desordenado".

"Puede… que tengamos un tipo que pueda ayudar", dijo pensativo el subdirector. "Es un… bueno, no estoy seguro de cómo describirlo. Es un tipo de tecnología — al menos esa es la descripción de su trabajo — pero es muy brillante. Un poco extraño, también, pero brillante. Sé que estamos hablando de tu cabeza, pero si alguien puede averiguarlo, es él. Si vuelves, podrías sentarte con él. Tal vez pueda arrojar algo de luz sobre lo que está pasando en tu ático". Cuando Reid se quedó en silencio, continuó: "Tómate un tiempo. Averígualo.

Pero no tardes demasiado. Esta oferta no estará sobre la mesa para siempre, y odiaría perder a un activo como tú".

Reid sonrió con suficiencia. "Ayer le dijiste al director Hillis que estaba comprometido".

Cartwright se encogió de hombros. "Sí, bueno, supongo que a veces me equivoco". Se puso de pie y se abotonó la chaqueta. "Vamos, Cero. Tienes muchas preguntas que responder antes de que podamos llevarte a casa con tus hijas".

"Cero", repitió Reid pensativamente. "Supongo que yo también lo soy".

"Sí", estuvo de acuerdo Cartwright. "No importa el nombre que uses o quién se crea que eres, siempre serás el Agente Cero. Aparte de un puñado de personas, nadie sabrá lo que hiciste hoy. Lo has hecho antes y nadie lo sabía. Si lo haces de nuevo, nadie lo sabrá. Es parte del trabajo. Cero es nada, nadie. Cero es un fantasma". Con la mano en la puerta, añadió en voz baja: "Supongo que todos lo somos".

EPÍLOGO

Tres días después de la explosión en Davos, un Cessna Citation X hizo el vuelo transatlántico del Aeropuerto de Zúrich a Dulles International en Virginia. Dentro del avión, Reid tamborileaba sus dedos contra el apoyabrazos de cuero con entusiasmo. Los últimos días habían sido agotadores, aparentemente interminables horas de conferencias, reuniones, informes, contar y volver a contar su historia una y otra vez para varios hombres con trajes cuyos rostros y nombres se desdibujaron después de un tiempo.

Pero finalmente se iba a casa.

"Kent, ¿estás bien?" Maria se sentó a su lado al otro lado del pasillo estrecho. "Pareces un niño esperando la mañana de Navidad".

"Sí". Él sonrió. "Estoy genial. Sólo estoy emocionada por verlas de nuevo". Incluso la velocidad máxima de setecientas millas por hora del Cessna no era lo suficientemente rápida como para llevarle a casa con sus hijas, y ahora que ya estaban cerca, su impaciencia crecía exponencialmente. "Sabes, es gracioso", musitó. "Estoy un poco… nervioso, en realidad. Se siente como si hubiera pasado mucho tiempo".

Maria sonrió. Ella abrió la boca para contestar, pero sonó su teléfono celular. "Es mi padre", dijo ella. "Probablemente se preguntarán qué tan cerca estamos. Discúlpame". Se levantó de su asiento y fue a la parte trasera de la cabina para contestar. "Hola, Papá. Sí, casi en casa…"

Los dedos de Reid tamborileaban de nuevo en el apoyabrazos. Ni siquiera se dio cuenta de que su rodilla izquierda estaba rebotando en anticipación. *Necesito relajarme*, se dijo a sí mismo. Agarró el bolso negro de nylon a sus pies — el BUEN bolso de Reidigger — y tiró de él para abrirlo, buscando una botella de agua que había guardado dentro.

Sus dedos rozaron algo más. Era el sobre todavía sellado que Alan le dirigió en caso de su muerte.

Reid no lo había abierto todavía. Habían pasado tantas cosas y… y si él estaba siendo honesto consigo mismo, eso era una excusa. Tenía algunas dudas sobre la lectura de su contenido. Le preocupaba que pudiera aprender algo sobre su pasado de lo que más tarde se

arrepentiría. También quería estar solo cuando lo leyera, y los últimos días habían sido un torbellino de actividad.

Podía escuchar a Maria a poca distancia de él, hablando con su padre, recordando las reuniones y conferencias que habían tenido, y sabía que tenía tiempo para sí mismo.

No más excusas, pensó. *No hay momento como el presente*.

Puso el pulgar bajo la solapa y abrió el sobre.

No estaba seguro de lo que esperaba, pero se sorprendió un poco al encontrar sólo una hoja de papel en el sobre — y en él, una carta bastante corta, bien escrita en una mano familiar, la misma letra que había visto una vez antes en la nota que encontró en el pasaporte de Reidigger.

Oye Cero, la carta comenzó.

Si estás leyendo esto, probablemente estoy muerto (o tal vez sólo eres muy impaciente). De cualquier manera, significa que llegaste a la casa segura, lo que significa que las cosas probablemente se nos fueron de las manos. Lo siento por eso. Quiero que sepas que sólo hice lo que sentí que tenía que hacer.

Antes de que leas el resto de esto, necesito que recuerdes algo. Necesito que recuerdes el Puente Hohenzollern. El doc. dijo que, si el supresor alguna vez era removido, decirlo en voz alta debería ayudar a recordar la memoria, así que adelante. Inténtalo. Entonces tal vez el resto de esta carta tenga un poco más de sentido.

Reid parpadeó en la página durante varios segundos. Conocía el Hohenzollern; era un puente ferroviario en Alemania que cruzaba el río Rin. Fue inaugurado en 1911 por el Kaiser Wilhelm. Conocía los hechos, pero no el significado.

“Puente Hohenzollern”, murmuró en voz alta.

Una visión destelló instantáneamente por su mente.

Es de noche. Estas parado en el sendero del puente, apoyándote en la barandilla y mirando hacia la oscuridad del río que fluye por debajo. La caída de ochenta pies ciertamente lesionaría, posiblemente incluso mataría, a la persona promedio. Pero a ti no.

Si tan sólo.

Los pasos se acercan. Miras hacia arriba lentamente, no te sorprende en lo más mínimo ver a Alan Reidigger acercándose. Es cauteloso, se mueve lentamente, aprensivo.

“Oye, Cero”, dice. Está tratando de sonar alegre, pero su voz está tensa. “Has estado ocupado”.

Sobre su hombro, a unos 50 metros por el sendero, está el Agente Morris. Alan no vino solo.

“¿Estás aquí para matarme, Alan?”

Reidigger se apoya en la barandilla con sus antebrazos, mirando a tu lado.

“Sí”, dice.

Eso fue hace diecinueve meses, sabía Reid, casi hasta el día de hoy. Eso fue después de la muerte de Kate, después de la ola viciosa de Kent, después de que fue llamado de nuevo por la CIA y decidió ignorarlos. Reidigger lo había encontrado en Colonia, Alemania, y había venido hasta él en el puente. Le dijo que estaba ahí para matarlo.

“Sí”, había dicho.

Ambos permanecieron allí en silencio durante un largo tiempo, mirando fijamente al agua.

“Lo encontré”, dijo Kent finalmente. “El asesino de Amón que estaba persiguiendo. Su nombre es Rais. Lo abrí y lo dejé morir”. Miró hacia el cielo. “¿Sabes lo que pasó después?”

Reidigger lo sabía. “Nada”, dijo en voz baja.

“Así es. Nada. No sentí nada. No he sacado nada de ello. No hay satisfacción. No hay reivindicación. No hay nuevas pistas. No hay direcciones”. Kent se detuvo por un largo momento. “Alan, llevé esto demasiado lejos. No creo que haya vuelta atrás”. Miró a su amigo y añadió: “Asumí que la agencia enviaría a alguien. Sólo que no pensé que serías tú”.

“Me ofrecí como voluntario”, le dijo Alan. “Si alguien iba a hacerlo, tenía que ser yo”.

“¿Y Morris?”

“Está aquí como refuerzo, en caso de que lo necesite”.

“No lo necesitarás”, le aseguró Kent. “No me opondré a ti”.

Alan suspiró. “Kent, eres un maldito tonto, ¿lo sabías? Has sido cegado por el dolor. ¿Has olvidado que tienes dos chicas en casa? Ellas te adoran. Su madre acaba de morir y no han visto a su padre en semanas. Ellas te necesitan. Y francamente, las necesitas”.

Kent levantó la vista de nuevo, esta vez confundido. “Dijiste que estabas aquí para matarme”.

“Lo estoy”, dijo Alan, “en cierto modo. Estoy aquí para matar a Kent Steele”.

“No entiendo”.

“Dices que no hay vuelta atrás, pero no creo que eso sea cierto”, explicó Alan. “Escúchame atentamente. La CIA ha estado desarrollando un dispositivo altamente experimental — un microchip capaz de suprimir la memoria. Estoy bastante seguro de que puedo conseguir un prototipo”.

“¿Supresión de memoria? Alan, ¿de qué demonios estás hablando?”

“Antes de ser agente de campo, trabajaba en investigación y desarrollo. Vi algunas cosas. Todavía tengo amigos allí. Este chip es diminuto, no más grande que un grano de arroz. Si puedo conseguirlo, conozco a un neurocirujano en Zúrich que lo instalará, sin hacer preguntas. Podemos suprimir estos recuerdos, Kent. Te olvidarás del asesino y de la Fraternidad. Olvidarás que alguna vez trabajaste para la CIA. No tendrías recuerdos de ser Cero. Irás a vivir una vida tranquila con tus chicas en alguna parte. He planeado muchas cosas. Pero necesito tu ayuda — y, obviamente, tu cabeza”.

Kent se quedó sin palabras. Había oído las historias, por supuesto; la leyenda decía que la CIA había estado experimentando con el cerebro humano durante décadas, pero nunca había visto nada legítimo de ello. Siempre lo había atribuido a la leyenda urbana.

Pero si lo que decía Reidigger era cierto, entonces… quizás era posible regresar de todo esto.

“Tendrás que decir que sí ahora”, le dijo Alan, “porque estoy seguro de que en uno o dos minutos Morris se va a impacientar. Va a bajar por aquí, y lo único que tiene para ti es una bala”.

“¿Y si no funciona? ¿Y si se enteran?”

Reidigger se burló un poco. “No lo sé, Kent”, dijo impaciente. “Como dije, es experimental. Y si la agencia se entera, te matarán a ti y probablemente a mí también. No tenemos tiempo para trabajar en la logística. La única alternativa es que mueras en este puente esta noche”.

Kent pensó en sus chicas. Extraño, se había sentido como si hubiera pasado tanto tiempo desde que pensó en ellas y, repentinamente, se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaban, de lo asustadas que probablemente estaban. Las había enviado a Nueva York para quedarse con la hermana de Kate y hacía tiempo que no las llamaba. Ellas lo necesitaban a él — y él las necesitaba a ellas.

“Gracias, Alan”.

“Agradécemelo más tarde. Encuéntrame en Zúrich. Ya conoces el lugar”, dijo Alan. “Entonces sólo hay una cosa más”.

Alan sacó su arma y apuntó a Kent. “Necesito que te caigas”. Disparó una vez.

La bala le falló por menos de dos pulgadas, zumbando tan cerca de su oreja que sintió la brisa en él. Kent se tambaleó contra la barandilla y se inclinó hacia un lado.

Un puente. Oscuridad. El agua precipitándose más abajo. La sensación de caída…

Reid respiró hondo. El recuerdo había sido tan vívido, tan lúcido, que era como si estuviera ahí. Tuvo que recordarse a sí mismo que estaba en el Cessna, en camino a los Estados Unidos y a sus hijas.

Tocó la cicatriz de su cuello donde le habían arrancado el supresor de memoria. Lo había hecho voluntariamente, por sus hijas — y por él mismo, para poner fin a su camino de guerra autodestructivo. De repente, las palabras de la nota de Reidigger, la que había encontrado en Zúrich, tenían mucho más sentido: *Si estás leyendo esto, es porque lo que hicimos regresó para mordernos el trasero. Siempre pensé que podría, por eso he estado llevando esto desde entonces.*

Reidigger había sospechado que el supresor podría no durar para siempre o que alguien se enteraría de que Kent Steele seguía ahí fuera — y lo había planeado. Había arriesgado su vida para ayudar a su amigo. Había muerto por su amigo. E incluso después de su muerte había seguido ayudando a mantener vivo a su amigo Cero.

Reid abrió la carta una vez más. Había dos párrafos más debajo del activador de memoria del puente.

Espero que lo recuerdes, continuó la carta, *porque lo que voy a contarte a continuación es extremadamente importante. Kent, antes de que me enviaran, la CIA quería arrestarte, pero no me escuchaste. No fue sólo por tu camino de guerra. Había algo más, algo que estabas a punto de encontrar — demasiado cerca. No puedo decirte lo que fue porque ni siquiera yo lo sé. No me lo dijiste, así que debe haber sido algo pesado.*

Sea lo que sea, sigue ahí, encerrado en tu cerebro en alguna parte. Si alguna vez lo necesitas, hay una manera. El neurocirujano que instaló el implante, su nombre es Dr. Guyer. La última vez que practicó fue en Zúrich. Podría devolverlo todo, si quieres. O podría reprimirlos todos de nuevo, si quieres hacerlo. La elección es tuya. Buena suerte, Cero. — Alan

Reid miró la carta durante un largo momento, releyéndola dos veces más antes de comprender plenamente lo que Reidigger le estaba diciendo. Podría traerlo todo de vuelta, si quisiera. Podría saberlo todo. O podría suprimirlo de nuevo.

Ninguna de esas opciones era muy atractiva.

Ya había suprimido los recuerdos una vez por desesperación y necesidad. No había forma de que pudiera volver a la ignorancia después de todo lo que había pasado, especialmente si eso significaba comprometer la seguridad de sus hijas.

Pero recordar era una opción igualmente perturbadora. Si desbloqueara todos sus recuerdos como Kent Steele, ¿volvería a ser esa persona y volvería a caer en viejos hábitos? ¿Dejaría de existir Reid Lawson o la personalidad que había desarrollado como Reid, dejaría de existir?

Y lo más inquietante de todo fue la vaga alusión de Reidigger a "algo más". Algo que estaba a punto de encontrar. ¿Y si recordaba algo que no debía recordar — o algo peligroso que Kent Steele había estado tan desesperado por olvidar?

"Está bien, Papá", escuchó a Maria decir detrás de él. "Sí, nos vemos muy pronto. Yo también te quiero". Al terminar la llamada, Reid dobló la nota y la metió de nuevo en el sobre. Ella cayó en el asiento junto a él. "¿Todo bien?", preguntó ella, notando el sobre en su mano.

"Sí". Forzó una sonrisa. "Todo está genial". Su primer instinto fue

compartir la carta con ella, pero algo en el fondo de su mente le impidió hacerlo. Era para él y para nadie más. Además, acababan de pasar por un infierno para resolver un misterio. No había necesidad inmediata de lanzar uno nuevo.

En vez de eso, le dijo: “Era una carta de despedida. Creo que sabía que Amón estaba tras su rastro y quería un cierre. Ojalá pudiera recordar más de él; parecía un buen tipo”.

“El mejor”, estuvo de acuerdo Maria tranquilamente.

Antes de volver a meter la carta en el bolso, sacó otra cosa — la foto de Reidigger y él de pie frente a la fuente de Roma. Estaba muy desgastada y arrugada por el centro. En la foto, los dos estaban sonriendo y parecían muy cómodos el uno con el otro.

Espero recordarte algún día, pensó. Alan había sido un mejor amigo para él de lo que jamás podría haber sido a cambio, y quería honrar la memoria del hombre lo mejor que pudiera. Metió la foto en el sobre, con la carta, y la puso de nuevo en el bolso.

El intercomunicador de techo cobró vida cuando el piloto anunció: “Aterrizaremos en pocos minutos. Abróchense el cinturón, Agentes”.

Con esa breve declaración, el entusiasmo regresó de repente y Reid se olvidó de la carta. Volvería a ver a sus chicas en pocos minutos.

Se aclaró la garganta cuando el avión se hundió en la altitud. “Entonces, uh, ¿volverás a Baltimore?”

“Sí. Por el momento, hasta la próxima misión”. Ella sonrió. “Será agradable. No he estado en casa en mucho tiempo. ¿Qué hay de ti? ¿Ya te han dicho adónde vas?”

El Director Mullen le había informado de que, independientemente de que aceptara o no su oferta, la CIA lo reubicaría a él y a sus hijas. Otros miembros de Amón podrían estar al tanto de su dirección en Nueva York y no querían arriesgarse.

“Alejandría”, le dijo. “Voy a tomar un puesto adjunto en Georgetown”.

“Virginia, ¿eh?” Se encogió de hombros. “Sabes, eso está a una hora más o menos de mí”.

Él sonrió. “Yo, uh… sí. Eso está cerca”. Miró sus ojos grises, su vibrante sonrisa. Ella le era más familiar ahora, y no sólo por lo que habían pasado en los últimos días. Era como reunirse con un amigo de la infancia después de décadas de separación; los recuerdos eran borrosos, quizás incluso se perdieron, pero había una cercanía, un parentesco — tal vez más que eso. Algo que rozaba la intimidad.

Ella quería que dijera más, él lo sabía. *Sólo pregúntale*, su cerebro le punzó la boca.

“Sería, um, sería bueno volver a verte”, le dijo.

Ella se inclinó sobre el pasillo y lo besó, sólo brevemente, pero de manera significativa. Sus labios se sentían acogedores y familiares contra los de él.

“Definitivamente estaría bien”, dijo tímidamente.

“Y, uh…” Se detuvo un momento. “Sé que tienes mucho que hacer y dos chicas que cuidar. Pero sería bueno tenerte de vuelta”.

Reid miró al suelo y asintió. Ella tenía razón; él tenía mucho que hacer y mucho en lo que pensar. Pero sólo tenía una cosa en mente en ese momento — no, dos cosas, y ambas estaban en la parte trasera de una limusina negra en ese mismo momento, yendo hacia el aeropuerto para saludarlo. Habría tiempo para sopesar sus opciones y resolver las cosas más tarde.

Era hora de ir a casa.

*

Maya ni siquiera se dio cuenta de que su rodilla izquierda estaba rebotando en anticipación. Estaba sentada detrás de los Agentes Carver y Watson en la parte trasera de un elegante sedan negro de lujo con su hermana a su lado mientras conducían por el asfalto de una pequeña pista de aterrizaje en Dulles. Había un segundo coche negro conduciendo paralelo a ellos; no tenía ni idea de quién podía estar en ese coche y las ventanas estaban demasiado oscuras para poder verlas. Pero no importaba. Estaban a punto de ver a su padre y luego se irían finalmente a casa.

“¿Estás emocionada, Chillona?”, le preguntó a su hermana.

Sara sonrió ampliamente y asintió con entusiasmo. Si su hermana menor se vio afectada por los acontecimientos de la semana pasada, no lo demostró. Era resiliente — y no había visto lo que Maya había presenciado.

El silencioso Agente Carver conducía con Watson en el asiento de pasajero delante de ellas. Había sido muy amable con ellas los últimos días que habían estado en la casa segura. Se aseguró de que estuvieran bien alimentadas y de que tuvieran todo lo que necesitaban. Hay que admitir, que Maya se había vuelto un poco loca en la casa segura. Tenían que mantener las reglas de no tener teléfonos celulares, computadoras ni tabletas. Afortunadamente, había un televisor — lo que significaba que podía ver las noticias.

Maya no perdió de vista que los dos eventos internacionales más importantes, primero la falsa alarma en los Juegos Olímpicos de Invierno y luego la explosión en Davos, ocurrieron el mismo día, y que la tarde siguiente su padre había anunciado su regreso a casa.

Ese hecho, combinado con la casa segura, los guardias armados, los dos hombres que las habían asaltado en el muelle, y el título "Agente" de Watson significaba que Maya había reunido una idea bastante buena de por qué su padre podría haber estado lejos. Al menos, ella creía que sí, pero no intentó vocalizarla ni hizo preguntas. Era lo suficientemente inteligente como para saber que ninguno de los hombres que la protegían le daría una respuesta honesta.

Sin embargo, la única conclusión a la que había llegado definitivamente, en el tiempo que pasó en la casa segura, era que no estaba bien. Ella había sido casi secuestrada, amenazada con una pistola, tuvo un cuchillo en la garganta y fue testigo de la muerte a tiros de dos hombres y una mujer inocente.

A pesar de lo jubilosa que estaba de que su padre volviera a casa vivo y bien, había algunas cosas que tenían que discutir. Ella sentía que él le debía todo eso.

"¡Oye, echa un vistazo!" El Agente Watson señaló hacia arriba, a través del parabrisas, mientras un pequeño jet bimotor blanco descendía del cielo hacia ellos.

Sara se estrujaba el cuello y su sonrisa crecía. "¿Es él?"

"Es él", confirmó Watson.

Maya sintió un poco de excitación nerviosa correr por su columna

vertebral. Las ruedas del Cessna aterrizaron suavemente a unos pocos cientos de metros de ellos, y se desplazó a corta distancia por la pista. Los dos sedanes negros redujeron la velocidad mientras se acercaban al avión.

La puerta se abrió desde adentro y un hombre con una camisa blanca de uniforme —presumiblemente el piloto — bajó un par de escaleras de acero cuando el Agente Carver detuvo el auto y se estacionó.

Al principio, no surgió nadie. Ninguna de las niñas se movió de sus asientos, aunque Sara se retorcía ansiosamente. Entonces una silueta llenó la puerta… pero no era su padre. Era una mujer — una mujer alta, impresionante, con el pelo rubio en cascada alrededor de sus hombros y, curiosamente, su brazo derecho en un cabestrillo blanco. Salió del avión y se dirigió rápidamente hacia el otro coche negro que la esperaba. Ella abrió la puerta trasera del lado del pasajero, pero justo antes de entrar en el vehículo, miró hacia su coche y mostró una cálida sonrisa. Maya no creía que la mujer pudiera ver más allá de los vidrios polarizados — ¿o sí?

Entonces ella entró, cerró la puerta y el otro coche negro partió casi inmediatamente. Maya estaba tan confundida por la hermosa mujer y su extraña sonrisa que ni siquiera se dio cuenta de que el otro pasajero del avión estaba desembarcando hasta que Sara la tocó repentinamente en el hombro y le señaló.

“¡Maya, mira!”, prácticamente gritó. Sara se volvió hacia el agente Watson. “¿Podemos…?”

“Por supuesto”. Watson sonrió. “¿Qué están esperando?”

Las chicas saltaron del coche, dejando las dos puertas traseras abiertas mientras corrían hacia él.

“¡Papi!” Sara saltó a sus brazos y él la atrapó, apretándola fuertemente y moviéndola de un lado a otro.

“Dios, es tan bueno volver a abrazarte”, dijo, con la voz apagada mientras enterraba su mejilla en el pelo de ella. Sostuvo a Sara durante varios segundos, y luego la dejó en el suelo y se volvió hacia Maya.

Su amplia sonrisa se desvaneció.

Ella había corrido hacia él, igual que su hermana, pero se detuvo

unos pasos y simplemente le miró fijamente. Durante los últimos días, ella había pasado mucho tiempo imaginando cómo sería su reunión, particularmente por la noche mientras intentaba quedarse dormida. A veces soñaba con ello. Pero ella nunca había esperado esto.

Un lado de su cara estaba muy lastimado, el ojo aún púrpura e inflamado. Tenía una venda de mariposa en la frente y una más grande en el cuello. Estaba claramente cojeando sobre una rodilla y su mano izquierda estaba envuelta en una gruesa gasa, parecida a un guante.

Su expresión se suavizó. Sabía exactamente lo que ella estaba pensando. “Maya…”, empezó.

Es evidente que él había estado en peligro, lo que significa que ellas también habían estado en un auténtico peligro. La realidad, sus vendas, sus moretones y su cojera, la golpearon fuerte.

Intentó mantener las lágrimas a raya, pero no pudo. Todas sus emociones salieron a la superficie, todas a la vez — no sólo su alegría al ver a su padre con vida, sino su alarma al verlo en tal estado, el miedo que había aplastado para poder mantener a su hermana a salvo, el horror de ver la escena en el muelle. Todo eso se produjo como una presa desbordada, como si su cerebro hubiera decidido que finalmente era seguro ceder, y las lágrimas se derramaron generosamente.

Su padre la envolvió en un abrazo y la sostuvo. No dijo nada — no tenía que hacerlo. La sostuvo mientras ella sollozaba en su hombro.

“Oye”, dijo al fin. Su voz se quebró. “Ya estoy aquí”. La apretó de nuevo y le dijo: “Todo va a estar bien”.

Ella quería decirle que no estaba bien, que nunca estaría bien… pero justo en ese momento, en ese momento, se sintió como si casi lo estuviera.

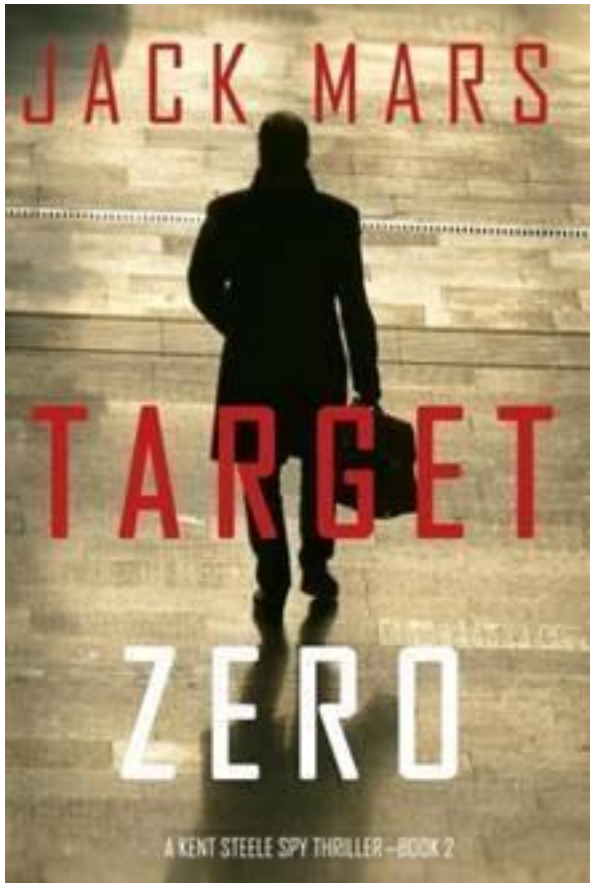
Maya lloriqueó y dio un paso atrás para limpiarse los ojos. Se rio un poco de sí misma — siempre se había sentido avergonzada de llorar delante de alguien, incluso ante su padre.

“Tenemos mucho de qué hablar”, dijo ella.

“Sí”, estuvo de acuerdo. “Tenemos”.

Su padre le puso un brazo alrededor de ella y el otro alrededor de Sara, y los tres se dirigieron hacia el coche que los esperaba. Hacia

algún lugar, hacia casa.


JACK MARS
TARGET
ZERO
A KENT STEELE SPY THRILLER—BOOK 2